

Iñaki Zuloaga

Lectulandia

Hijos del Gran Arquitecto no es una novela de intriga, ni de aventuras, ni de viajes, ni de espadachines, ni de navegantes, aunque tiene un poco de todas ellas, en un claro homenaje del autor a todos los géneros con los que disfrutó a lo largo de su vida de lector. La trama se ubica a finales del siglo XVIII, cuando Manex Lamark retorna a su añorada Francia después de pasar algunos años en el extranjero, tratando de rehacer su vida. A su regreso, se verá envuelto en una arriesgada misión, en la que la intriga, la traición, el amor y la masonería encontrarán su lugar a partes iguales. Una historia que comienza en París y que discurre por todo el sur de Francia, pasando por San Sebastián y Tolosa y terminando en la costa este de los EE. UU.

El objetivo central de la novela es que el lector pase un buen rato mientras se ilustra sobre algunas materias, pero también el de dirigir la mirada hacia algo fundamental de nuestras sociedades: las libertades públicas. ¿Dónde nació la libertad de la que hoy disfrutamos? ¿Quiénes la hicieron posible? ¿Por qué ocurrieron los hechos que determinaron nuestro presente? Nada ocurre porque sí. Detrás de estos hechos extraordinarios, que están en el origen de nuestros actuales sistemas de gobierno, se esconden extraordinarios personajes como Benjamín Franklin e inesperados sucesos que acabaron por desembocar en la independencia de los Estados Unidos, que ha determinado de manera imprescindible el futuro de nuestras sociedades.

El autor ha intentado envolver estas reflexiones en una trama ágil y aventurera, casi cinematográfica, llena de emoción y de sentimiento.

Lectulandia

Iñaki Zuloaga

Hijos del gran arquitecto

ePub r1.0
Titivillus 26.07.18

Título original: *Hijos del gran arquitecto*
Iñaki Zuloaga, 2017
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Citas

«La base de todo orden político es la soberanía del pueblo».

Samuel Adams.

«Consideramos evidentes por sí mismas las siguientes verdades: Que todos los hombres han sido creados iguales, que han sido provistos por su Creador de ciertos derechos inalienables, entre los que se encuentran, la vida, la libertad y el fomento de la felicidad; que para asegurar estos derechos se han instituido gobiernos entre los hombres, gobiernos que derivan sus poderes legítimos del consentimiento otorgado por sus gobernados; que cuando una forma de gobierno es perjudicial para estos fines, el pueblo tiene derecho a cambiarla, abolirla y a establecer un nuevo gobierno que se base en principios tales y organice su poder en forma tal que resulte la más apropiada para procurar su seguridad y felicidad».

Declaración de Independencia de los EEUU, 1776.

INTRODUCCIÓN
La Guerra de Independencia Americana

La Guerra de Independencia de los Estados Unidos, en la que se enmarca la acción de esta novela, fue conocida también como la Guerra de las Trece Colonias (1774-1781). El preludio de esta guerra fue la denominada en Europa Guerra de los Siete Años (The French and Indian war 1756-1763), en la que los franceses perdieron todas sus posesiones en América del Norte frente a los ingleses. Quedaron pues, derrotados y deseosos de una revancha, por lo que no dudaron en apoyar con vehemencia la causa de los independentistas en las colonias americanas. Por otra parte, las represalias contra los colonos tras la derrota francesa, condujeron a grandes excesos y desaciertos de la Corona Británica, tanto a nivel comercial como especialmente a nivel fiscal, que desembocaron en los sucesos de 1773 conocidos como Tea Party. Tres navíos cargados de té y procedentes de Inglaterra, fueron abordados sigilosamente por miembros de la masonería de Boston disfrazados de indios y tras apoderarse de las naves, destruyeron los cargamentos arrojándolos al agua. Si los americanos habían de pagar impuestos pensaron que era mejor si los pagaban en su propio beneficio y no en el de la metrópoli.

En 1774 se reúne el Primer Congreso Continental en Filadelfia y se inicia el camino hacia la independencia. En ese camino, las Logias masónicas juegan un importantísimo papel, pues la mayoría de los políticos involucrados en los acontecimientos pertenecen a la hermandad. La secesión independentista, tiene además un profundo ideario liberal, heredada de los principios masónicos de sus impulsores.

En Abril de 1775 se inician las hostilidades y se producen los primeros combates. El Segundo Congreso Continental se reúne nuevamente en Filadelfia y asume funciones de Gobierno Nacional. Nombra a catorce generales para organizar el ejército y a propuesta del masón John Adams, que posteriormente será el segundo presidente de los EEUU, se nombra al también masón George Washington,

posteriormente primer presidente de los EEUU, comandante en jefe del ejército de la joven y emergente nación.

Ya en 1776, tras declarar el Congreso que son una nación libre y soberana, se produce la Declaración de Independencia el día 4 de Julio, impulsada por tres insignes miembros de la masonería americana: George Washington, John Adams y Benjamín Franklin, secundados por Thomas Jefferson cuya pertenencia a la Orden no está probada, aunque fuese claramente filomasón y defensor de sus principios.

Nace así la República Federal de los Estados Unidos de Norteamérica, primera República Liberal y Democrática de la historia y en la que los masones concretan en forma de Estado la síntesis de sus ideales. La soberanía popular, tras siglos de secuestro por diferentes minorías nobiliarias y/o eclesiásticas, llega al pueblo que la ejercerá a través del sufragio universal y de los representantes en los Parlamentos. Nace así el embrión de todas las democracias parlamentarias occidentales, que se desarrollarán al amparo de estos principios, propiciando la mejora material, intelectual y moral que impulsa la Masonería universal y que a lo largo de los siguientes doscientos cincuenta años, derivará en nuestros Estados del Bienestar y en el dominio de los Imperios de la Ley.

Pero la Guerra de independencia camina por malos derroteros en sus comienzos. El ejército inglés es un ejército profesional y además cuenta con la ayuda de algunos destacamentos de caballería alemana, (el reinante Jorge III es un Hannover de origen alemán) por lo que los colonos mal organizados y peor armados, no representan un peligro para ellos, especialmente en campo abierto. Los insurrectos deben de desarrollar una guerra defensiva de guerrillas, pero en campo abierto son sistemáticamente masacrados. En los círculos internacionales no se les concede ninguna posibilidad contra el ejército inglés y el mundo aguarda expectante a que sean derrotados.

Es precisamente esta superioridad, la que se convertirá a la postre en la tumba del ejército británico. Unida a su tenacidad defensiva, los colonos cuentan con un aliado inesperado, la soberbia de los generales ingleses que les impide liquidar la guerra rápidamente. De la guerra en emboscadas y las cuantiosas pérdidas que suponen para los casacas rojas, se pasa a una apabullante derrota en Saratoga en 1777 y el general británico Burgoyne se rinde con sus tropas y seiscientos húsares alemanes. Es el principio del fin.

El año 1778 marcará la apertura del frente sur, la obtención de los insurrectos de reconocimiento internacional, y la mejora de sus aprovisionamientos y armamento, con la entrada finalmente en la guerra de Francia y posteriormente España (Tratado de Aranjuéz). Estos dos países enviarán desde mediados de 1778, ya abiertamente, soldados, armas y fondos para abastecer a los colonos. El marqués de La Fayette desde 1777, el conde de Rochambeau y el marino De Grasse, así como otros insignes miembros de la nobleza y de la masonería francesa, se unen a la causa de la República americana.

En 1781 el general Cornwallis rodeado en la ciudad de Yorktown por tropas americanas y francesas, capitula con todas las tropas británicas a su mando. Aún durarán las hostilidades casi dos años más, pero lo que pareció un sueño de cuatro colonos locos acaba por triunfar. «¡Oh Dios, todo ha terminado!», exclama angustiado lord North, primer ministro de Su Majestad.

Las Trece Colonias del rey Jorge III en América del Norte, dejan de serlo para convertirse en la República Federal de los Estados Unidos. El Tratado de Versalles de 1783 ratificará los acuerdos.

IZ

Pero a comienzos de 1778 las espadas están en alto y los dados del destino giran en el aire, esperando el momento de señalar el futuro…

…en algún lugar en el sur de Norteamérica.





PARÍS - LA LOGIA LIBERTAD

Puerto de El Havre, cerca de París
Enero de 1778

-1-

Manex Lamark desembarcó con las primeras luces de la mañana. Había sido un largo viaje desde las posesiones francesas en la isla de Martinica, en las que había residido los dos últimos años. Tras una intensa etapa de su vida, que incluía varios años de guerras y arduas misiones militares, había descansado durante los dos últimos años en la hacienda azucarera que su familia regentaba en la hermosa posesión antillana. Había sido un cambio radical en su vida, cambio que todo el mundo esperaba resultase saludable para su cuerpo y especialmente para su espíritu. Lo que sí podía considerarse cierto, más allá de toda duda, era que volvía convertido en un experto en el arte de destilar ron, uno de los tesoros comerciales de la isla caribeña.

Desde que las lanchas de remolque habían tomado las estachas de la nave para remolcarla hasta los muelles, Manex había permanecido sobre el puente, atento a todas las maniobras y ansioso por llegar a tierra. Su enorme estatura, incrementada por su sombrero y la pluma que lo coronaba, destacaba entre los ocupantes de la toldilla de la nave. En cuanto se había hecho evidente la costa de Francia, había comenzado a prepararse para el desembarco. Qué gran placer había sentido al recuperar los ropajes europeos, largamente olvidados en los baúles de la hacienda, las botas altas de cuero que le habían acompañado en tantas aventuras y su recio capote de invierno, imprescindible en aquella época del año en la fría Europa. El calor y la humedad del trópico quedaban ya lejanos y olvidados ante el frío, el viento y la lluvia con las que le recibía su querida y añorada Francia.

En cuanto la goleta estuvo sólidamente atracada al muelle, tomó su escaso petate, y saltó a tierra con gesto alegre. La alegría era una predisposición del carácter de Manex. No había día en el que su despertar no estuviese presidido por un vivo

sentimiento de alegría, aunque desgraciadamente nunca podía garantizar que esa sensación fuese a acompañarle a lo largo de toda la jornada. Muchas veces incluso parecía desvanecerse recién levantado, pero Manex lo consideraba un don divino, una agradable sensación con la que comenzar cada nuevo día.

Los graznidos estridentes y peculiares de decenas de gaviotas le hicieron mirar al cielo, para contemplar las aves que sobrevolaban el muelle en busca de cualquier menudencia que pudiera ser ingerida. Le gustaban las gaviotas. Tenían mala fama entre los marineros, y ciertamente eran unos pájaros crueles con los náufragos, pero eran aves que siempre aparecían cerca de la costa y su presencia era el preludio de la llegada a puerto. Para Manex, eran pájaros que anunciaban una buena noticia, como era la inminente posibilidad de poner pie en tierra firme. Sonrió. Estaba de buen humor y se sentía bien.

Siempre se sentía especialmente bien al pisar el suelo de su amado país. Dos años, dos largos años había permanecido lejos, y ahora al tocar puerto, todos aquellos olores y colores tan familiares, le llegaban agolpados en señal de bienvenida. Era una combinación extraña, mezcla de salitre y pescado, de algas y alquitrán, que muchos podrían incluso considerar nauseabunda, pero que a él le parecía irresistible.

Recorrió a paso ligero los escasos cien metros que le separaban de las oficinas de la Compañía Comercial de las Pequeñas Antillas, sonriendo y saludando a quienes se cruzaban en su camino. Tuvo que sortear todo tipo de obstáculos en forma de bultos y cajas, apilados en precario equilibrio y extremo desorden a lo largo de los interminables muelles del puerto comercial más cercano a París. Todo tipo de mercancías de las posesiones francesas de ultramar, de los puertos más importantes de Europa, así como de otros puertos de todas las regiones de Francia, llegaban cada día a El Havre, para abastecer el insaciable apetito de la reina de las ciudades, su anhelada París.

En la oficina de la compañía, le esperaba un comunicado…

—¿Hace cuántos días llegó este mensaje? —preguntó al mozo que atendía la oficina de mensajería de la compañía comercial.

—Este llegó hace una semana —le respondió de manera inmediata—. Yo mismo lo recogí.

—¿A qué os referís con «este»? ¿Acaso ha habido «otros»? —le inquirió Manex con un gesto enérgico, apoyado en su respetable altura y sintiéndose intrigado.

—Sí señor. Un caballero de París ha estado trayendo nuevos mensajes y retirando los anteriores desde hace tres semanas, que es el retraso que ha acumulado la nave en la que habéis llegado, *monsieur*.

—Gracias —fue la escueta respuesta de Manex a quién el mensaje empezaba a quemarle las manos—. Por cierto —añadió mientras cerraba la puerta—, en mis aposentos del barco he dejado un baúl con algunas pertenencias que no me son necesarias. Disponed de ellas como gustéis.

El muchacho sonrió complacido. Siempre había cosas que dejaban olvidadas o

abandonadas los pasajeros y que le aportaban algunos ingresos extras. Nada excesivo, desde luego, aunque tampoco nada desdeñables en aquellos atribulados días.

—Se hará como disponéis —respondió sonriente el muchacho.

Manex abandonó las oficinas presuroso y comenzó a romper con impaciencia el sello lacrado que cerraba el mensaje y en el que reconoció enseguida la inconfundible marca de la familia Montagnac. Era un mensaje largo y extraño que le remitía a una reunión en París, que tendría lugar en un punto geométrico conocido solo por los Hijos de la Viuda, nombre por el que se conocía a los miembros de la fraternidad de los Francmasones, a la que pertenecía.

Cerró el mensaje y musitó para sí mismo un escueto «justo a tiempo», mientras que acudían a su mente las palabras contenidas en la carta que le había empujado a su regreso precipitado desde las posesiones antillanas: «Acontecimientos de máxima importancia y gravedad» iban a tener lugar en los próximos meses en París. Sin más dilación se aprestó a tomar las disposiciones que le permitiesen llegar a la ciudad aquella misma noche.

París
Un día después
-2-

París, la ciudad de la Luz, del conocimiento y del saber, era también el mayor exponente de las sombras que oscurecían aquel siglo luminoso para la razón, pero tenebroso para la fraternidad. Grandes avenidas, soberbios edificios públicos, suntuosos palacios y espléndidos monumentos rivalizaban con la pobreza extrema de muchos de sus habitantes, la degradación de sus arrabales, la suciedad y el hedor insoportable de sus calles y de su río, y constituían las señas de identidad de una urbe que ya superaba el medio millón de habitantes.

Un todavía joven Luis XVI, continuaba la tradición heredada de sus predecesores. Una vida de ostentación y licencia, ajeno a los sufrimientos de su pueblo y a los incipientes vientos revolucionarios que, poco a poco, empezaban a soplar como una nueva brisa, nacida de la falta de esperanza de sus habitantes, de los hediondos olores de la ciudad, de la nula calidad de vida, y de la certeza que acompañaba a sus moradores de que la muerte les sobrevendría siendo todavía escandalosamente jóvenes. No faltaba mucho tiempo para que sucediese lo inevitable. Las aguas aún tranquilas pronto formarían una imparable riada que arrastraría no solo la cabeza del monarca, sino toda la podredumbre y corrupción de aquella clase social, que durante siglos había conducido los destinos de Francia, y que ajena a su fracaso histórico, seguía instalada en la pereza y el vicio, más preocupada de su vestuario que del futuro de su pueblo. Pero de momento, la cabeza del Borbón seguía en su sitio y los *sans culotte* pululaban por París, sin más preocupación que encontrar lo suficiente para sobrevivir un día más en aquel infierno rodeado de lujo.

Logia Masónica Libertad
Afueras de París
-3-

El carruaje avanzaba ligero por la Rue de Chartrois. El conductor, que hasta entonces había dejado trotar a los caballos alegremente, los sujetó con firmeza para doblar en la Rue de L'Orient, con dirección a la Place Chablis. A media calle, detuvo bruscamente el carruaje al sentir los golpes de un bastón sobre la mirilla situada justo detrás del pescante.

El caballero de capa y sombrero negros, descendió elegantemente. Sin mediar palabra, le acercó unas monedas con su mano derecha, al tiempo que su bastón golpeaba el lateral del carruaje, indicando al cochero que podía continuar sin atender a la devolución del cambio.

El caballero esperó pacientemente hasta que el carruaje desapareció en la oscuridad. Escuchó con atención los sonidos de la noche. El silencio dominaba sobre la oscuridad, tenuemente matizada por el brillo difuso de un lejano farol. Retrocedió bordeando un muro de piedra, hasta llegar a la verja forjada que había dejado deliberadamente a sus espaldas. Penetró en el jardín, no sin antes lanzar por última vez, una rápida mirada a su alrededor. Estaba solo.

Con paso firme, se dirigió hacia el sólido edificio de estilo neoclásico que se adivinaba al fondo de la propiedad. Caminó acompañado por el sonido rítmico de la gravilla que cedía bajo sus botas. Subió los tres escalones que encontró al final del sendero, y se encaró con las dos enormes puertas de roble macizo lacadas en negro, adornadas con sendas aldabas imitando unas ramas de acacia.

Golpeó rítmicamente tres veces y esperó.

La mirilla, situada a media altura de la puerta se abrió, y entre susurros se produjo un intercambio de contraseñas antes de volver a cerrarse.

Finalmente, la gran puerta se movió lentamente y el caballero franqueó la entrada.

—¡*Monsieur* Lamark! Qué gran placer. Hacía tanto tiempo que no disfrutábamos de su compañía. Ni siquiera sabíamos que os encontrabais en París.

François Yves de Montagnac, Venerable Maestro de la Logia Libertad, era quien así le saludaba, mientras el hermano Guarda Templo se hacía cargo de su capa y su sombrero.

Yves de Montagnac se acercó, para darle los tres besos que constituían uno de los saludos rituales de los masones, y al acercarse a su mejilla le susurró:

—Mañana al mediodía, te espero en la casa de Yvry. No faltes y recuerda que nada de lo que acontezca hoy te concierne… ¡Querido Manex! —continuó efusivo—. Venid a saludar al resto de los hermanos. Hoy estamos todos y hasta vuestro gran amigo Armand de Azincourt nos ha honrado con su visita.

En Pasos Perdidos[1], los hermanos de la Respetable Logia Libertad, al Oriente de París, charlaban amistosamente mientras se ataviaban con sus prendas rituales, mandiles ricamente decorados y bandas con bordados que simbolizaban las diferentes herramientas masónicas, que competían en belleza y contenido simbólico.

—¡Manex! ¡Por todos los diablos! ¿De dónde sales? ¡Te creía en tus inhóspitas montañas vasconas, o disfrutando de la vida en la Martinica! ¡A mis brazos!

Quien con tanto alborozo le recibía, esbozando una enorme sonrisa, no era otro que su gran amigo Armand de Azincourt. Literalmente se abalanzó sobre Manex para abrazarlo.

—Manex, cuánto te he echado de menos —le decía mientras le abrazaba repetidamente y le besaba tres veces en las mejillas—. Empezaba a pensar que nunca más volveríamos a vernos.

—Querido Armand, ni la flota inglesa que bloquea El Havre hubiera podido evitar que viniera a visitaros antes de volver a casa, aunque he de decir en honor a la verdad que de los malditos ingleses no pudimos ver ni tan siquiera sus altivos y ridículos gorros marineros.

—Sin duda conocían la naturaleza de la carga que transportaba el barco y decidieron alejarse por si las moscas —replicó Armand mientras todos reían divertidos.

—Por cierto mi querido amigo, ¿cómo sigue la bella Marie?

La sonrisa desapareció repentinamente del rostro de Armand, y sus ojos brillaron, aún un poco más, mientras el resto de los congregados simulaban discretamente otras obligaciones protocolarias.

—Murió hace seis semanas…

El rostro de Manex se contrajo en una mueca de dolor y a sus labios no acudió ninguna palabra de consuelo para su amigo, pues la impresión que sintió le impedía articular sonido alguno. Sin decir nada abrazó a Armand, de cuyos ojos brotaban las lágrimas que a duras penas trataba de contener.

Tres golpes secos sobre el suelo de mármol anunciaron que el Maestro de Ceremonias se disponía a iniciar la entrada en el Templo, marcando así el inicio de

los trabajos rituales de aquella Respetable Logia. Con gesto solemne se dirigió hacia el vacío.

—¡Hermanos Aprendices, seguidme!

Mientras los aprendices seguían al Maestro hacia sus sitiales en la Logia, Manex se sintió anonadado por la terrible noticia de la muerte de Marie, a quien había conocido y admirado no solo por su espontanea belleza, sino por su dulzura y delicadeza.

Manex trató de consolar a su amigo del alma, compañero de guerras y penurias, de penas y confidencias, de juergas y de amoríos.

—Armand. ¡Querido Armand! Cuánto lo siento —le dijo sin dejar de abrazarle—. No lo sabía, disculpa mi torpeza.

Los ojos de Armand brillaron con el fulgor de las lágrimas.

—No te preocupes Manex, ya sé que no lo sabías y que apreciabas mucho a Marie. Ella también te apreciaba y te quería, y se acordaba continuamente de ti, rogando al cielo que volvieras para ocuparte de mí cuando ella muriera.

La voz del Maestro de Ceremonias volvía a resonar solemne, llamando al trabajo ahora a los compañeros del taller.

—¡Hermanos Compañeros, seguidme!

Aunque tal conducta era absolutamente impropia de un masón a las puertas de un templo masónico al inicio de sus trabajos rituales, Manex no pudo reprimirse y se volvió a Armand. Bajo ningún concepto podía permitirse no estar con él antes de sus partidas respectivas de París.

—Debemos vernos Armand. Tras la ceremonia hablaremos y trataremos de…

No hubo tiempo para más. La voz solemne del Maestro de Ceremonias brotó nuevamente de forma clara, llamando, esta vez, a los Maestros de la Logia.

Todos entraron y ocuparon sus lugares en el Templo, sumido en la penumbra.

—¡Hermanos! ¡Las Tres Luces! En pie y al orden —anunció el Maestro de Ceremonias.

El Venerable Maestro, François Yves de Montagnac y sus dos Vigilantes, entraron en el Templo, que simboliza los cuatro puntos cardinales. El Venerable ocupó su lugar en Oriente, donde nace la Luz, e inició la ceremonia ritual de apertura de los trabajos…

Plaza de Chablis
Cerca de la Logia
-4-

Mientras tanto en la Place de Chablis, la lluvia arreciaba y todos corrían a guarecerse del temporal. Era una lluvia violenta que desencajaba contraventanas y arrastraba lo que encontraba a su paso, y que formaba parte de aquel temporal del norte que azotaba la Île de France desde hacía días, haciendo aún más difícil la vida en las ya complicadas calles parisinas.

Las puertas de la taberna del Ganso y la Parrilla se abrían continuamente dejando escapar de su interior los alegres sonidos de la música bretona y las carcajadas de algunos borrachos y mujeres de la vida. Esto era París, la ciudad de las tabernas y de las prostitutas. Por cuatro monedas uno podía conseguir lo que quisiera y la oferta era abundante.

En los soportales de la plaza, que hacían esquina con la Rue de L'Orient, una figura alta y estilizada, de larga cabellera negra, nariz afilada y que vestía una especie de larga chilaba parda oscura, casi negra, que le confería cierto aspecto monacal, miraba fijamente en dirección a la calle, como tratando de penetrar la oscuridad con ojos de rapaz nocturna. No se movía y parecía mimetizarse con el fondo negro de la fachada de los edificios. Una ráfaga de viento empujó la lluvia dentro de los soportales y le mojó la cara y el cabello, pero la figura permaneció impasible.

Una muchacha que difícilmente superaría los dieciséis años se acercó de forma insinuante, atraída no solo por la posibilidad de conseguir algún dinero, sino por la fuerza casi siniestra que emanaba de aquel ser que al mismo tiempo producía una atracción irresistible.

—Disculpe *monsieur*. ¿No desearía pasar un rato con una bella alsaciana? No le costará mucho *monsieur*, y le garantizo que estoy libre del mal napolitano[2].

No se movió, ni cambió de expresión. De hecho, pareció que ni tan siquiera

hubiese oído la proposición de la muchacha, que se disponía a repetir su oferta de manera más sugestiva, cuando la tomó por el vestido con fuerza, pero sin violencia. La atrajo hacia sí y le miró con unos ojos negros, profundamente hundidos en las cuencas escondidas detrás de una nariz afilada como un puñal, y que parecían tener más de cien años.

Ella sintió inmediatamente que el pánico se apoderaba de su ser. Trató de zafarse del extraño, pero sus enormes manos parecían garras dotadas de una fuerza sobrehumana. La retenía casi sin esfuerzo, y la muchacha nada conseguía a pesar de sus intentos por liberarse de aquel abrazo mortal. La atrajo hacia sí con decisión y volvió la cara para mirarle. Acercó el rostro de la joven hasta unos centímetros de distancia del suyo y le obligó a mirarle a los ojos. Ella comprendió la inutilidad de su resistencia y cesó en sus movimientos, entregándose a la fuerza de su mirada. En un solo instante, que recordaría toda su vida, recorrió en los ojos del extranjero todos los horrores que se reflejaban en sus pupilas. Vio la muerte y los sufrimientos indescriptibles a los que aquel ser humano debía de haber sido sometido y comprendió, sin embargo, que no tenía nada que temer de aquel hombre sin piedad. Seguramente jamás había recibido una caricia, pensó. Forzó un poco el gesto de su cara para acercarse y le besó ligera, aunque cariñosamente en la mejilla. Él no se inmutó, pero le soltó lentamente. Luego, la muchacha creyó intuir en aquel rostro de pergamino algo parecido a una sonrisa. Regresó al local sin poder evitar que las piernas le temblasen.

El extraño, imperturbable ante la lluvia que nuevamente mojaba los soportales, volvió a su expresión hermética y se concentró en la calle frente a él.

Logia masónica Libertad
La misión
-5-

Ajenos a las inclemencias meteorológicas de aquella noche de invierno parisina, la reunión de masones se acercaba a su punto culminante. El Venerable Maestro Yves de Montagnac, golpeó con su mazo de cantero sobre la mesa.

—Hermanos, la palabra va a circular por el Bien General de la Orden.

El silencio en la sala era denso. Todos sabían que aquella reunión precipitada de la Logia presagiaba algún acontecimiento importante, y que Montagnac solo había hecho circular la palabra en cumplimiento del Rito. Nadie hubiese osado perturbar aquel momento con asuntos menores.

—El silencio reina en ambas columnas, Venerable Maestro —anunció el Primer Vigilante.

Lentamente, Yves de Montagnac se incorporó. Avanzó sin prisa, como si el tiempo no contara, y descendió los tres peldaños que le separaban de la parte inferior de la gran sala. Avanzó aún unos pasos más, y se detuvo frente al Altar de los Juramentos. Todas las miradas le seguían con avidez. El silencio apenas quebrado por el rumor de sus pasos, era digno del momento. Del interior de su casaca, extrajo una especie de zurrón de bello terciopelo azul celeste. Sobre él y ricamente bordados en oro, destacaban una escuadra y un compás. Los símbolos de los maestros masones. Lo depositó lentamente sobre el ara de los juramentos, mientras todas las miradas convergían hipnotizadas y regresó a su lugar.

—¡Hermanos! —dijo en tono solemne para atraer la atención de los congregados —. Como sabéis, nuestros hermanos de ultramar en las colonias inglesas del rey Jorge viven tiempos difíciles. ¡Tiempos de guerra y de lucha por su libertad frente a la tiranía inglesa!, tiranía que se ha hecho más cruel y abusiva, si cabe, después de la

guerra[3], y de los abusos que siguieron a ella. Desde hace dos años, nuestros hermanos americanos sostienen una lucha heroica por su independencia.

»A esta lucha no podemos permanecer ajenos. Muchos de nuestros hermanos están deseosos de partir hacia las colonias de América para unirse a la causa de la Libertad. Pero para que tal cosa sea posible, ciertos asuntos deben de ser resueltos previamente.

»Como bien sabéis no estamos en guerra con Inglaterra, y por tanto, no podemos intervenir directamente. Es cierto que nuestros hermanos americanos han conseguido dar la vuelta a los reveses del inicio de la guerra, y que desde la victoria en Saratoga han conseguido equilibrar la contienda. Pero grandes peligros se ciernen sobre nuestros ideales. Si queremos alumbrar nuestro sueño de libertad y república para nuestros hermanos en América, tenemos que comprometernos sin límite.

Hizo una larga pausa mientras contemplaba la hermosa lámpara que alumbraba el salón y continuó su discurso, aun de manera más pausada, como si pensase cada palabra antes de pronunciarla.

—Hermanos, ese zurrón que veis ahí, contiene importantes documentos que deben ser entregados a nuestros hermanos de América. Nada puedo deciros sobre su naturaleza y destino por las razones que todos intuís, pero puedo aseguraros que son de capital importancia para la causa de la libertad de las trece colonias —hizo una breve pausa para incrementar la tensión—. ¡Para la causa de la libertad! —continuó con énfasis—. Libertad de América hoy, quizás para la nuestra mañana.

»Hermanos masones de la Logia Libertad, quiero deciros que cuento con vosotros para hacer llegar estos documentos a su destino. No puedo ocultaros los grandes riesgos de esta empresa, ya que los ingleses presienten nuestras intenciones, pero confío encontrar entre vosotros a quienes estén dispuestos a arriesgar la vida por tan noble acción. Por tanto, quien de vosotros esté dispuesto, que se ponga en pie.

Nadie se movió. El silencio se hizo aún más denso. Manex empezaba lentamente a intuir las intenciones de Montagnac. Las razones de su precipitada llamada, su exigencia del más absoluto secreto, las palabras susurradas a la entrada, su deseo de verle en Yvry, sus temores por el bloqueo inglés. No pudo sino esbozar una sonrisa. Viejo zorro…

Su sonrisa desapareció inmediatamente cuando vio a su amigo Armand ponerse en pie. Le miró fijamente implorándole con los ojos que volviese a sentarse. No se movió. Manex sabía muy bien que eso sería lo último que haría alguien como su amigo Armand, uno de los hombres más audaces que hubiese conocido en un campo de batalla. Comprendió que muerta Marie, por quien Armand sentía más que amor, veneración, nada le impediría buscar la muerte en las empresas más arriesgadas.

Sintió una ola de simpatía y de cariño que le recorría el cuerpo, y sin que pudiera evitarlo, la mente de Manex volvió a revivir aquel día nefasto de su vida, cuando su prometida Eugene de Monfort le atravesó el corazón con el fino puñal de la traición. Aunque la naturaleza de sus pérdidas fuese diferente, nada era comparable a la

pérdida de la mujer amada. Si Armand se sentía la mitad de mal que él se sintió con Eugene, no dudaría en buscar la más arriesgada de las audacias para sucumbir en ella. Sintió la rabia que surgía de su interior, y tuvo que recurrir a sus fuerzas más profundas para reprimir sus sentimientos. Levantó la vista y observó que también otros caballeros se habían incorporado, pero finalmente la voz de Montagnac acabó por devolverle a la realidad.

—Maestro de Ceremonias —ordenó Montagnac—, acompañad a estos caballeros entre columnas[4].

El Maestro de Ceremonias deambuló por el Templo, en el sentido de las agujas del reloj, dejando a su derecha y en el centro de la sala el tablero y las tres luces que simbolizan la Sabiduría, la Fuerza y la Belleza, y condujo a los caballeros entre columnas.

—Caballeros Masones de la Logia Libertad… ¡En pie! —exclamó mientras miraba al infinito—. ¡Honremos la valentía de nuestros hermanos! Por razones que todos comprendéis solo yo conoceré quien será el elegido para este trabajo, pero aquí y ahora, todos los hermanos de la Logia Libertad os rendimos homenaje por vuestro honor y valentía, y nos unimos a vosotros en la aclamación de nuestros ideales. ¡Libertad, igualdad, fraternidad!

—¡Libertad, igualdad, fraternidad! —respondieron al unísono los congregados.

Concluidos sus trabajos, los hermanos se reunieron en torno al ágape ritual que se servía en las dependencias anexas de la mansión, en una sala más reducida y fácil de calentar, en la que se afanaban los criados ultimando los detalles ante la llegada de los primeros caballeros, con aspecto sediento tras la intensa reunión vivida.

Manex, que trataba por todos los medios de localizar con la mirada a Armand, irguiéndose sobre las puntas de sus botas para añadir unos centímetros a su respetable altura y superar así la barrera humana que lo rodeaba, veía con desesperación creciente que su amigo se le escapaba de entre los dedos. Además, no podía mantener aquella actitud con las personas que se le acercaban a conversar con él, y a quienes saludaba cortés pero lejano, para volverse a erguir a manera de avestruz y otear el horizonte. Por fin, a lo lejos y en el extremo de la estancia, observó contrariado como Armand, acompañado de los otros voluntarios, desaparecía por una puerta lateral siguiendo al Venerable Maestro.

En su interior se sentía muy impresionado por la muerte de Marie, con quien tuvo una relación muy profunda, no tanto por la cantidad sino por la calidad de la misma, en aquellos tiempos en los que Armand había despreciado abiertamente el amor que ella le ofrecía, porque prefería el devaneo fácil, la juerga nocturna y las intrigas de la corte. Manex le había acompañado durante cierto tiempo en sus aficiones, pero nunca se había dejado cegar por esa vida fácil y parásita que hacía tan famosa a París, porque en lo más profundo de su ser añoraba la vida familiar y sencilla de su Bayona natal. Vida sencilla pero de calidad, despreciada en la corte por quienes nada sabían de ella. Pero sus padres habían muerto y huérfano e hijo único, había sido recogido

por François, amigo y socio de su padre durante décadas y con quien había vivido prácticamente toda su vida, considerándole además de su padre, su maestro en el arte de la vida. Fue en aquellos momentos de vida licenciosa, entre guerra y guerra, cuando pudo conocer y apreciar la calidad humana de Marie y su amor sin límites hacia Armand. ¿Por qué será que las mujeres se enamoran siempre de los canallas?

Su pregunta, sin respuesta, quedó flotando en el aire ante el brindis que proponía con voz sólida alguien a quien no podía ver, por encontrarse oculto por un cortinón de intenso rojo aterciopelado.

—¡Por nuestra franca hermandad causa de nuestra alegría, por la Masonería y nuestro amor fraternal!

—¡Por ella! —respondieron todos al unísono.

Aquí solían empezar a ponerse las cosas complicadas, pues los masones gustaban de las libaciones hasta el punto de haberse hecho popular el dicho «beber como un masón», del cual los masones estaban francamente orgullosos. Paradojas de la construcción interior.

Trató de moverse en dirección a la puerta por la que había visto desaparecer a Armand, pero fue abordado por el conde de Chevrol, que tenía posesiones en las Antillas y que según le espetó a modo de saludo, acababa de enterarse de su llegada de Martinica.

—¿Quizás *monsieur* Lamark dispongáis de alguna noticia de la Isla de Guadalupe? Lamentablemente debido al bloqueo de los ingleses, hace meses que no sé nada de mis posesiones en La Fleury.

Manex se sorprendió un poco por la pregunta del conde, no solo porque nunca se había mostrado especialmente comunicativo con él, sino porque le resultaba difícil de creer que fuese el único francés con posesiones en Guadalupe, que no había oído hablar de la terrible tormenta tropical que había asolado la pequeña isla a comienzos de la última temporada de huracanes.

—Me temo señor que no sé demasiado, aunque he oído que al parecer han sufrido algunas inclemencias meteorológicas por allí recientemente. Tal vez esa sea la causa de su falta de noticias y no el bloqueo. Al fin de cuentas, nuestra goleta arribó a El Havre sin problemas.

Sin dar tiempo al conde a reaccionar, se disculpó, mientras emprendía la huida en dirección a la puerta por la que aparecía con gesto preocupado Armand. Aún tuvo que saludar a un par de hermanos más, hasta llegar a su destino.

—Armand, vámonos de aquí a cualquier sitio donde podamos conversar sin ser interrumpidos continuamente.

—¿No te despides de Montagnac? —preguntó sorprendido Armand.

—No hace falta. Nos veremos mañana o dentro de unos días —añadió guiñando el ojo.

Aún tardaron un rato largo en cruzar la estancia y ganar la puerta de salida entre saludos, despedidas y abrazos fraternales, pero al fin lo consiguieron.

El frío de la noche los recibió con grandes halos de vapor producidos por sus respiraciones, y las centelleantes luces de las estrellas que se adivinaban entre las nubes que amenazaban nieve.

—Y bien querido Manex. ¿Dónde quieres que te lleve? —preguntó pícaramente.

—¿Qué sugiere vuestra «eminencia»? —respondió socarrón, recordando el apodo que tenía Armand en el pasado.

—Sugiero una agradable cena en La Gallina de Pau, una visita a la taberna de los hermanos Picardie y… una visita al salón de alguna encantadora *madame*.

Ajenos a la figura que les observaba desde la esquina próxima, Armand y Manex cerraron la verja tras de sí y se dirigieron charlando amigablemente hacia la Rue de Chablis donde sin duda les sería más fácil encontrar un carruaje. Tras ellos la negra silueta se deslizó hacia la trasera del edificio desde el que había estado vigilando la calle y se dirigió al establo de la posada donde le aguardaba un corcel cuyo pelaje se mimetizaba con la noche en la que se adentró tratando de no perder de vista a los caballeros.

JUNTO AL TÁMESIS

Compañía de Estiba
Puerto de Londres
Enero 1778

-1-

Ron Howard, observaba el lento discurrir del Támesis desde la sala de reuniones de la London Mason´s Livery Company, mientras acariciaba suavemente la cubierta de la edición de 1723 de las Constituciones de Anderson[5]. Su semblante, de por sí grave, reflejaba claramente la tensión y el cansancio acumulados en su interior. De hecho, no había dormido prácticamente nada desde que tres días antes, el hermano de lord Cornwall le había «invitado» a un paseo por los jardines de Kew y le había expuesto sin rodeos, la delicada situación. Parecía imposible, pero podían perder las trece colonias de Norteamérica. La miopía con la que la corona había actuado en este asunto era evidente para todos, menos para el joven rey, pero ellos no estaban allí para criticar al monarca sino para buscar soluciones. El lord había sido meridianamente claro al respecto. Todos, todos los medios a nuestro alcance deberán ser puestos en juego para conjurar este peligro para la Corona.

Desde la derrota del ejército inglés en Saratoga frente al general rebelde Gates, la situación se iba tornando más adversa cada día. A pesar de que el ejército británico era sensiblemente mejor y estaba mejor entrenado y armado, a pesar de la ayuda que les prestaban algunas naciones indias como los Sénecas y Cherokees, a pesar de todos los pesares, los británicos no eran capaces de decantar la guerra a su favor. Había que reconocer que también los franceses contaban con simpatías entre los indios, y que ayudados por Oneidas y Tuscarovas, estaban deseosos de revancha desde que al final de la guerra de los Siete Años, hubieran de ceder La Louisiana, Canada y Nueva Escocia. Cierto que los franceses se mostraban cada día más osados en su apoyo a los americanos. Pero no era menos cierto que el ejército americano no contaba apenas

con tropas regulares y que en su mayoría estaba constituido por milicias de voluntarios sin ninguna formación militar y pésimamente armados. En cualquier caso, y a pesar de que todavía no había tropas regulares francesas luchando en suelo americano, la ayuda material francesa a los independentistas se hacía cada vez más intensa, sin que la Marina Real Británica pudiese poner remedio a la situación, a pesar del bloqueo naval al que sometían los puertos franceses del Mediterráneo y del Atlántico.

En las cancillerías europeas, se especulaba ya abiertamente con una intervención oficial francesa en el conflicto y con que esta arrastraría además a Carlos III de España. Por si todas estas noticias no fueran suficientemente alarmantes, los masones de Francia, espoleados por Benjamín Franklin como representante de las logias masónicas americanas en Francia, lejos de mantener una posición neutral en el conflicto, apoyaban abiertamente el levantamiento de las Trece Colonias y se alejaban inexorablemente de La Gran Logia de Inglaterra. Ante el bloqueo inglés, no dudaban en utilizar su amplia red de logias y contactos en Europa para ayudar a los americanos. Aspiraban, nada más y nada menos, que a crear la primera república liberal y democrática de la historia en la que florecerían, por primera vez, los logros del trilema «libertad, igualdad, fraternidad». Ellos ya habían tenido república y al lord protector Cronwell un siglo atrás, pero afortunadamente habían conseguido reconducir la situación. Sabían bien a qué se enfrentaban, que no eran otra cosa que la violencia y el caos.

Sin desearlo, Ron Howard se había visto involucrado en el conflicto y ahora se encontraba en un callejón sin salida. Desde que había empezado a espiar las actividades de las logias francesas en el conflicto de ultramar, había ido constatando su progresivo envolvimiento en el asunto.

Por su parte, la presión de los nobles dentro de las logias londinenses e inglesas a favor de una intervención en el conflicto, fue creciendo paralelamente al intervencionismo francés. Finalmente, Yves de Montagnac había conseguido el apoyo de las logias de Francia a la causa americana, salvo algunas honrosas excepciones sobre todo entre las Logias del sur, que disentían de Montagnac más por cuestiones internas que por la causa americana, pero que le proporcionaban cierto apoyo.

Todo este proceso había culminado en aquella ceremonia barroca en la Logia Libertad, presagio de una intervención directa y material.

Por otra parte, estaba aquel libro que acariciaba suavemente entre sus manos, y que contenía los preceptos que debían guiar las acciones de todo masón, y entre las que destacaban, la no intervención de la Masonería en asuntos políticos y religiosos, amén de la conducta ética que debía presidir todas sus acciones. Leyó:

«Un masón está obligado por su compromiso a obedecer la Ley moral y si entiende correctamente el Arte nunca será un estúpido ateo o un libertino irreligioso. Pero mientras en otros tiempos los masones fueron obligados en cada país a seguir la religión de dicho país o nación fuera cual fuese, ahora solo están obligados a creer en

aquella religión en la que todos los hombres están de acuerdo, dejando sus propias opiniones para sí mismos, y esta es ser hombres de bien y verdaderos hombres de honor y probidad, sean cuales fueran sus creencias y que ayuden a distinguir que la Masonería se convierta en un centro de unión y el medio para conciliar la verdadera amistad entre personas, que de otra forma, hubiesen permanecido distantes perpetuamente».

Suspiró por la profundidad de la lectura. Así habían pensado los iniciadores del Arte[6]. ¿Qué había sucedido para que tantas cosas cambiasen? ¿Cómo era posible que estuviesen hablando de guerra, quienes habían nacido para rendir culto a la paz? La paz. Qué bien sonaba aquello, y qué lejano, casi ficticio, casi imposible. En toda su vida no había conocido un periodo de paz que pudiese ser reconocido como tal. Las guerras siempre estaban presentes. O se estaban preparando, o habían estallado, o acababan de terminar, dejando heridas tan profundas que conducirían irremediablemente a otra, sin solución de continuidad.

Ron Howard volvió su mente nuevamente hacia la cruda realidad. Sabía, porque ya lo había escuchado en Kew, que la nobleza inglesa iba a exigirle una intervención directa y expeditiva, tanto para averiguar lo que Montagnac se traía entre manos, como para eliminar a aquellos mensajeros cuya misión parecía ser de enorme trascendencia para el futuro de Inglaterra en sus colonias del norte de América.

Sabía también que el resto de los asistentes a la reunión no dirían nada. Habían sido convocados como figurantes, para conferir la solemnidad y la legitimidad que parece aportar el número de asistentes. Desgraciadamente la presión sutil, lenta y constante del lord sobre los implicados en la toma de decisiones, no dejaba espacio para la duda. Si decían algo, sería para presionarle aún más, ya que él era el único que dominaba el aparato masónico en Inglaterra y en el continente. El problema era por tanto directamente suyo. O aceptaba las tesis de los nobles y se empleaba con total energía, traicionando los principios de la fraternidad universal, o se exponía a las insospechadas consecuencias de su negativa.

No tenía elección y era plenamente consciente de ello. ¿O si la tenía?, pensó mientras reconocía el autoengaño que arrastraba la propia pregunta. Podía simplemente negarse y dejar que otro tomase las riendas. Pero ¿podría soportar la ansiedad de no saber lo que estaba pasando? ¿Podría perdonarse a sí mismo en caso de que su sustituto emplease algunos medios que él consideraba inaceptables? No podía renunciar e irse a casa como si tal cosa. ¿Y si se veía obligado a usar los métodos que deploraba y cuya utilización trataba de evitar? Había aspectos importantes que debían de ser discutidos y aclarados, y sobre todo, quería que los asistentes supiesen que su forzada intervención tendría como consecuencia final su abandono de todas sus responsabilidades, una vez superada la crisis. Era su último cartucho, aunque fuese de pólvora mojada. Trataría de manejar el asunto dentro de ciertos límites. Era lo único que podía intentarse.

No es que él fuese un mojigato ni un meapilas. De hecho, había sido soldado y

conocía perfectamente la crueldad de la guerra. Había visto tantas veces cómo el odio podía transformar a un ser educado en una fiera sin sentimientos, capaz de matar, violar, robar y prostituir cualquier atisbo de humanidad que pudiera haber tenido.

Había apuntado mentalmente algunas decisiones y esperaba pacientemente a sus invitados. Mientras lo hacía, su mente trataba de aproximarse al problema e imaginar lo que Yves de Montagnac estaba tramando.

¿Cuál sería el contenido del zurrón de terciopelo azul? ¿Cuál de los tres caballeros sería el elegido?

¿Qué podía contener aquel zurrón, que lo hacía tan valioso? ¿Por qué debía de ser transportado por un Hijo de la Viuda? Cualquiera podía llevarlo y nadie sospecharía nada. Quizás Montagnac creía que sabíamos más de lo que sabíamos en realidad.

Conocía a Montagnac desde su juventud. François había realizado un largo viaje por las Islas Británicas para estudiar su idioma y sus particularidades jurídicas. Recordaba la facilidad que había mostrado para aprender el idioma y, como no, su proverbial afición por las mujeres bonitas. Esbozó una sonrisa. Le había visto tontear con las jóvenes damas de la sociedad londinense, entre las que contaba con una sólida reputación de canalla. Aquellas jovencitas blancas y espigadas, de estricta educación inglesa, eran como gorrioncillos en manos de un seductor nato como Yves. Y además francés.

—Maldita rana[7] —exclamó mientras sonreía.

No había sonreído desde hacía mucho tiempo y presentía que aquel asunto no le iba a deparar muchas alegrías. Se entristeció nuevamente, pero no había lugar para la tristeza, el desánimo o la duda. La decisión estaba tomada y ahora se trataba de aplicarse al máximo en la resolución del problema. Las preguntas se agolpaban en su mente. ¿Podría hacerlo sin derramar sangre? Esta pregunta le angustiaba porque la respuesta era negativa con toda probabilidad y él detestaba la violencia. ¿Cuál sería la Logia de destino en América? Seguramente alguna de aquellos malnacidos que habían organizado la *Tea Party*. ¿Cuál de los tres caballeros sería el elegido? Seguramente Azincourt. Era el más peligroso. ¿Qué contenía el misterioso zurrón de terciopelo azul? ¿Documentos? Si era así, ¿de qué clase? ¿Por qué eran tan importantes? Si eran tan importantes, ¿por qué organizar aquella mascarada?

La vertiginosa velocidad a la que se desarrollaban los acontecimientos le producía cierta sensación de impotencia. Tenía que relajarse y poner en orden sus ideas. Por lo menos si quería tener alguna posibilidad en el enfrentamiento con Montagnac. Conocía bien las habilidades del francés para la intriga y no podía creer, o al menos le resultaba difícil aceptar, que Montagnac no supiese que estaba siendo espiado. ¿Quizás no lo sabía todavía? Su red de espías e informadores en general y la parisina en particular eran altamente eficaces. Algo fallaba en la lógica de sus pensamientos. La ceremonia de la Logia Libertad tenía toda la pinta de una gran farsa. Desgraciadamente no podía dar nada por seguro. Era un error que no debía ni podía permitirse. Montagnac era imprevisible y listo. Muchas veces genial.

Si quería tener una oportunidad, tenía que ser metódico. Había que interceptar a alguno de los mensajeros y comprobar el contenido del zurrón. No estaba seguro de que los tres correos hubiesen sido enviados. Es más difícil correr detrás de una presa fantasma que de una real. Esta escenificación era muy propia de François. Todos corriendo detrás de un correo, que no existe ni deja huellas. Quizás esta era en el fondo la estrategia de Montagnac. En cualquier caso, el método exigía que siguiese a Armand. En cuanto lo tuviese en sus manos, sabría lo que había diseñado el francés, pues estaba seguro que Yves nunca confiaría en otros antes que en Armand.

Dejó de pensar en el francés, cuya forma barroca de actuar estaba, además de en contra de los principios del siglo, en contra de los intereses de Su Majestad. Al final, la fraternidad que tanto admiraba, acababa siempre donde había comenzado, es decir, en la tribu.

Tenía que comenzar a pensar, y como siempre que el tiempo le apremiaba, lo hacía en voz alta.

—¿Qué hubiese hecho yo si estuviese en el lugar del francés? —repitió la pregunta varias veces entre susurros.

No tenía muy claro lo que hubiese hecho en su lugar, pero sí lo que nunca hubiera hecho. De ninguna manera hubiese montado aquel espectáculo en el taller[8]. Hubiese escogido a su mejor hombre, a su hombre de máxima confianza, y lo hubiese enviado en secreto, con el mayor de los sigilos.

Iba a necesitar un hombre joven, fuerte, decidido, leal y que hablase al menos la afectada lengua del otro lado del Canal de Inglaterra. Esto no parecía fácil de conseguir, sobre todo por el idioma. Había que meditar este aspecto más profundamente. De momento era necesario, urgente y prioritario que sus agentes de París obtuviesen al menos uno de los tres zurrones. *Madame* Seville debía de ponerse inmediatamente en movimiento. Era su mejor arma para estos menesteres.

Tres sonoros golpes en la puerta precedieron a Paul, su sirviente. Los visitantes habían llegado.

Residencia de Armand de Azincourt
Afueras de París
-2-

Mientras tanto, encerrado en su casa, Armand no acababa de comprender demasiado bien las razones del retraso de su partida. Cuando después de la tenida[9] se había reunido con Montagnac en un anexo de la mansión, las explicaciones recibidas del Venerable parecían contener una promesa de acción inminente, pero los días transcurrían sin que las órdenes precisas propias de Montagnac llegasen. Ya se había repuesto de la memorable juerga con Manex, y pequeños fragmentos de aquella noche acudían a su mente haciéndole sonreír, cuando no reír a carcajadas. Qué maravilla contar con amigos como aquel vascón desarraigado, y aquella turba variopinta y sorprendente, que constituía la hermandad.

El pobre Manex, a pesar de los dos años pasados en ultramar, y a pesar de pretender tener todo superado, sufría con una intensidad sorprendente. Aquella hermosura bearnesa le había abierto un gran tajo en su alma, y esto no es algo que se arregle así como así. Recordó con ternura el momento de la visita a la casa de aquella cortesana tan atractiva, y cuyo nombre no podía recordar.

Desde que Marie se sintiese indispuesta por primera vez, se habían mudado al extrarradio de París, a una pequeña casa de campo. Muerta Marie, Armand deseaba regresar al bullicio parisino, pero todavía prefería llenar su soledad con los recuerdos contenidos en aquella casa pequeña y coqueta, con un enorme jardín que la rodeaba y un pequeño y cristalino arroyo que lo cruzaba, añadiendo un toque de frescor al jardín en los meses más tórridos del verano.

Si la inactividad le consumía los nervios, la incertidumbre le volvía loco, pero tenía que esperar instrucciones en su casa. Montagnac había sido terminante. Nada de París. Nada de mujeres. Nada de bebida. Y lo había dicho por ese orden.

Sonrió de nuevo pensando en la buena pareja que hacía con Manex cortejando

mujeres, y recordó aquella vez, en Amiens, cuando se encontraban acampados en las afueras y cada noche seducían a una mujer diferente, pues quién fallaba tenía que invitar a toda la compañía a beber durante un día completo y ese era un precio muy alto a pagar, sobre todo teniendo en cuenta que aquella compañía era capaz de desecar el cauce equivalente al de su riachuelo, a condición de que fuese de buen vino de Borgoña. Falso. Daba igual de qué brebaje se tratara con tal de que les emborrachase. Volvió a sonreír abiertamente.

Llamaron a la puerta. Era Rufo, su criado, que le indicaba que una persona que rehusaba decir quién era, le aguardaba en la entrada de la casa, junto a la puerta del riachuelo.

¡Por fin las esperadas instrucciones! Salió corriendo al jardín que cruzó en tres zancadas. No conocía al mensajero, y esto le hizo recelar un poco, pero sus recelos desaparecieron inmediatamente, al escuchar las palabras secretas de reconocimiento de la hermandad.

Despidió al mensajero con un triple abrazo, y volvió ansioso a la casa para encerrarse en su cuarto preferido, que no era otro que el desván.

Abrió el sobre lacrado y leyó:

LIBERTAD, IGUALDAD, FRATERNIDAD

Querido Armand:

Si tus nervios no te han traicionado, recibirás este mensaje y estarás presto a partir. Paciencia. Partirás mañana. Sin prisas, sin equipaje y sin despedidas. Te dirigirás hacia el norte. Tu destino es Amberes desde donde embarcarás rumbo al nuevo mundo en una nave que te aguardará allí. No debes de preocuparte por nada más que por llegar. Solo deberás detenerte en San Quentin y en Valenciennes, para recibir instrucciones. Conoces a los hospitalarios de ambas Logias. Ellos tendrán instrucciones más precisas si fuese necesario. Si lo deseas puedes evitar la primera ciudad, pero no la segunda, pues allí te esperarán instrucciones sobre cómo proceder en Amberes, y dónde dirigirte para embarcarte.

Armand, eres un hombre valiente y decidido, pero en esta empresa más vale ser astuto que fuerte.

No expongas tu vida innecesariamente. Para nosotros eres insustituible. Tienes nuestro respeto y admiración.

SALUD, FUERZA Y UNIÓN.

Armand terminó la lectura con un gesto de satisfacción. Por fin la acción comenzaba. Tenía que reconocer que eso le gustaba y le motivaba, y además, lo había echado en falta durante la última etapa de su matrimonio. No, no se quejaba de su vida junto a Marie, pero quién ha probado lo que se siente en plena acción, nunca podrá habituarse del todo a la comodidad de una vida sencilla y relajada.

Comenzó los preparativos de su viaje, que más bien eran pocos, pues llevaba días preparándose. No le parecía difícil poder llegar a Amberes sin ser descubierto. Conocía aquellas tierras como la palma de su mano y aunque viajaría con ciertas restricciones, creía poder llegar al puerto flamenco en apenas cuatro o cinco días.

Sus pensamientos volvieron a ser interrumpidos por la llamada a la puerta en el

tono inconfundible de Rufo. Enfadado, se dirigió hacía la misma dispuesto a lanzar una dura reprimenda, pero nada más abrir la puerta tuvo que reprimirse, pues quien allí aguardaba no era su feo y desarrapado Rufo, sino una visión del paraíso con formas de mujer, ataviada con un vestido que conseguiría cortar la respiración al más casto de los capellanes militares.

Inmediatamente reconoció el rostro de la dama, como el de la cortesana que le había presentado Manex en la loca noche parisina, y cuyo nombre no conseguía recordar. El criado que la acompañaba, se dio media vuelta a una pequeña señal de la dama, y quedaron frente a frente, con Armand incapaz de articular palabra.

—¿No pensáis invitarme a entrar, *monsieur*? —preguntó acompañando la pregunta con un insinuante movimiento de labios.

—Por supuesto *madame*… disculpad mi torpeza. Pasad. Estáis en vuestra casa.

Ella le sonrió mientras avanzaba hacia el interior. Nada más entrar, no pudo reprimir una mueca de desagrado, ante la vulgaridad de la estancia y de la casa en general. Nunca podría comprender como la gente podía vivir en casas así. Se volvió hacia Armand mientras le cedía un pequeño echarpe.

—Tenéis una casa absolutamente deliciosa, *monsieur* de Azincourt. ¿Hace mucho que vivís en ella?

Armand, hacía esfuerzos sobrehumanos tratando de recordar el nombre de la dama, pero todo era en vano. Ella, que se había percatado perfectamente de esta circunstancia, disfrutaba de su azoramiento, mientras pensaba que aquel soldado iba a ser fácil de desplumar, máxime cuando le constaba que desde la muerte de su esposa, no se había prodigado con las mujeres.

—Solo hace un año. Nos mudamos cuando mi esposa se vio afectada por una terrible enfermedad —le confesó Armand.

—Perdonad *monsieur*, nada más lejos de mi intención que traeros a la memoria hechos penosos para vos.

—No os preocupéis por ello *madame*.

—Y bien *monsieur*, ¿habéis recordado ya mi nombre? —preguntó tratando de dar un giro a la conversación, mientras le sonreía con estudiada picardía, conocedora del efecto devastador que sus ojos verdes causaban entre hombres como aquel.

—Espero señora que sepáis perdonar mi impertinencia, pero la noche que nos conocimos no estaba precisamente lúcido, salvo para admirar vuestra belleza, así que os agradeceré si me ayudáis en el empeño.

—Armand, ¿espero no os ofenda mi trato familiar? Me…

—De ninguna manera *madame* —le interrumpió.

—Me preguntaba Armand, si todo esto no será una argucia para mostrar vuestra indiferencia hacia mí.

—Podéis estar segura de que no es así *madame*…

—Seville —apuntó ella con un susurro, acercando su boca a su oído y provocándole una turbación difícil de disimular.

—Podéis estar segura de que no es así, *madame* Seville —le respondió con énfasis—. ¿Puedo ofreceros algo *madame*? ¿Quizás una taza de té? ¿Quizás prefiráis un oporto?

—De ninguna manera Armand, un té será perfecto.

—Disculpadme un momento, os lo ruego *Madame* —dijo Armand haciendo un amago de dirigirse hacia la cocina.

—¿Vais acaso a llamar al servicio, querido Armand? No os molestéis, ya sé que no lo tenéis, más allá del gañán que nos ha atendido. Si queréis ser práctico, acercaos a la puerta y llamad a mi sirviente Marcel. Él se encargará de todo. Además, estamos de regreso de la hacienda del conde de Palermo y nos ha obsequiado con algunas botellas de sus famosos espumosos. Llamad a Marcel y él se ocupará de todo.

Armand le miraba estupefacto, aunque la idea de una velada en compañía de aquella mujer despampanante le parecía perfecta, antes de partir a su arriesgada misión. Así que sin dudarlo dos veces, se dirigió al jardín y llamó al famoso sirviente.

El tal Marcel era, a pesar de su amaneramiento casi cómico, un criado absolutamente extraordinario y mientras charlaba con Eloise, que así se llamaba la dama, Eloise de Seville, el tal Marcel preparó una suculenta cena fría a base de embutidos, pollo frío y champán.

—Contadme Eloise, ¿a qué debo el placer de vuestra visita? —retomó la conversación Armand, ya repuesto de la primera impresión.

—Lo sabéis muy bien Armand. El otro día, cuando nos presentó *monsieur* Lamark, me dejasteis bastante impresionada. Impresión que se ha visto aumentada al conocer vuestras innumerables hazañas en los campos de batalla. He oído que sois un hombre bastante impetuoso —le susurro coqueta.

—Exageraciones sin duda Eloise, pero decidme ¿cómo conocisteis a Manex? —inquirió extrañado.

—Realmente no se puede decir que le conozca, pero coincidí con él en algunas fiestas, cuando se hacía acompañar por una joven provinciana de gran belleza.

A la mente de Eloise acudieron de manera inmediata, los muchos intentos que realizó para atraer a Manex y el desdén que siempre recibió de él, embelesado siempre por aquella jovencita arrogante y provinciana. Cómo había disfrutado presentándole a uno de sus amantes, mientras Manex se hallaba de viaje. Cómo había exprimido cada momento de triunfo, cuando ella le abandonó para casarse precisamente con aquel amante, que le ofrecía lo que ella realmente quería, una vida vulgar en una capital de provincias, atendiendo a críos y a curas y languideciendo mientras esperaba el regreso del marido retenido por asuntos de vital importancia en París. Como había odiado a aquella estúpida.

—¡Eugene! ¿Conocíais a Eugene? Sabréis entonces que le destrozó el corazón casándose con un español.

—Pues no lo sabía querido Armand —mintió con descaro—, pero contadme qué ocurrió. Ella parecía un ser tan adorable… —afirmó mientras se regocijaba en su

engaño.

—Y lo era —replicó Armand—, pero deseaba algo que Manex no podía darle. Una familia, tranquilidad y una vida reposada. Las mujeres se ven atraídas por los hombres de acción, pero luego siempre tratan de llevarlo a su terreno. No es que Manex no quisiera, sino que no podía y ella perdió la paciencia y se casó con un noble español que por aquel tiempo residía en París. Cuando Manex regresó de Egipto, todo había terminado. Destrozado, marchó a las posesiones familiares de la Martinica de las que regresó el mismo día de nuestra presentación. ¿Satisfecha?

—¿Y vos Armand, también viajáis mucho u os dejáis ver por París? Sabed que vuestra respuesta me interesa sobremanera.

—También viajo. Precisamente mañana debo partir a resolver unos asuntos.

—Qué interesante… ¿Y hacia dónde os dirigís?

—No quiero aburriros con pesados comentarios mercantiles, *madame*.

Marcel apareció portando una suculenta bandeja llena de dulces manjares y se acercaron a la mesa a degustarlos. Se sentaron uno junto al otro y se dedicaron a disfrutar de los placeres gastronómicos y carnales, hasta quedar exhaustos sobre el suelo del salón.

La velada había sido muy agradable pero había llegado el momento de terminarla, pensó Armand al despertar junto a la dama. Suavemente cubrió su cuerpo con las mantas que la rodeaban y la tomó en brazos. Subió a la segunda planta y depositó su cuerpo esbelto entre las sábanas limpias y la arropó. Dormía plácida y satisfecha.

Bajó de nuevo y se asomó al porche llamando a Marcel entre susurros.

—Marcel, la señora se encuentra muy cansada y duerme. La he acomodado en la cámara de invitados. Yo he de partir mañana temprano, así que os dejo a su cuidado y al de la casa. Cuando os vayáis podéis dejar las llaves a Rufo.

—No os preocupéis. Todo se hará como mandáis.

Armand se retiró al pequeño cobertizo situado al fondo del jardín y no lejos de las caballerizas. Se sentía satisfecho. La noche era fría pero limpia, su ego se hallaba colmado con aquel inesperado regalo de la fortuna y mañana, mejor dicho, dentro de unas horas, partiría hacia la aventura y la gloria. Se acostó en el pequeño camastro y se durmió.

LA ROSA ROJA

Camino de Yvry
Afueras de París

-1-

El camino serpenteaba aburridamente entre los labrantíos de aspecto prometedor, pese al descuido invernal. Seguía haciendo frío y la lluvia, que caía casi ingrávida, acentuaba esa sensación. El barro se iba apoderando progresivamente del camino, debido al continuo trasiego de carros y campesinos que se dirigían al cercano mercado de Yvry, en los dominios del señor de Martell.

El mercado semanal de Yvry había sido muy reputado en la comarca y aun en la región durante muchos años, pero el nefasto reinado del Luis XVI y las continuas levas que las diversas guerras producían, condujeron a su lento pero paulatino declive. Y se notaba. No había alegría en las caras y las ropas que vestían los campesinos eran casi harapos. Mejor sería decir campesinas, porque las mujeres constituían abrumadora mayoría y los pocos hombres que se veían eran viejos, niños y algunos adultos rencos o tullidos a quienes su desgracia había salvado de las levas. Así estaba Francia en aquellos tiempos del Señor. Agotada. Hambrienta.

Ajeno a todo lo que le rodeaba, Manex se acercaba a Yvry a lomos de su caballo. Solo sentía la fina lluvia que le refrescaba las mejillas y mojaba su capa y su sombrero de ala ancha, adornado con una vistosa pluma roja. Una fina y continua lluvia le traía los recuerdos de su casa, de los verdes prados junto al Adour y de los paisajes de las montañas pirenaicas, salpicados por las inconfundibles manchas blancas de las ovejas, y el verde lujurioso de los bosques de robles y de hayas. No había acudido al día siguiente a casa de François, y eso le costaría una severa reprimenda, sobre todo porque parecía que el asunto que se traía entre manos era muy relevante. Pero no podía abandonar París sin reunirse con Armand y correrse una sonora juerga juntos. Tantos años sin verse, la muerte de Marie en la plenitud de su vida, la misión a la que enviaban a Armand y en la que posiblemente él mismo

estuviese involucrado, eran razones suficientes para desobedecer. No era remota la posibilidad de que nunca más volvieran a verse, a abrazarse, a levantar sus copas brindando por la salud, la fuerza y la unión, para acabar en manos de alguna bella dama parisina sedienta de fogosidad juvenil.

La noche de París había sido fascinante, como siempre, aunque Armand se había mostrado muy reservado sobre la misión que le había sido encomendada. Tampoco Manex había insistido, pues no hubiese sido leal para con su amigo, a quien hubiese puesto en un aprieto, y además porque estaba seguro, conociendo a François, que con bastante probabilidad la misión le iba a ser encomendada a él y que lo de Armand era una brillante estratagema del Venerable.

Armand primero se había mostrado triste, al rememorar el recuerdo de Marie, pero tras visitar la taberna de los hermanos Picardie, todo había vuelto a ser como siempre. Aún recordaba retazos de la conversación cuando lo que decían todavía tenía algún sentido.

—Querido Manex —filosofaba Armand—, la vida es la contravoluntad. Si tú deseas esto, ella te lo niega y te ofrece aquello que no deseas, pero solo hasta que empiezas a desearlo, momento que aprovecha para arrebatártelo. Yo amaba a Marie, Manex. Sé que la hice sufrir, que la desprecié en el pasado, pero créeme, la adoraba y mi matrimonio era mi mejor sensación. Estaba harto de las guerras, de los devaneos, de las intrigas de palacio… Matrimonio y fraternidad eran mi refugio dorado. Pero todo naufragó en un instante. La felicidad, los deseos y el futuro se evaporaron antes de que me diera cuenta de ello. Un día Marie se sintió mal, y a los tres días estaba muerta y yo todavía ni tan siquiera me había percatado de su enfermedad.

—No te tortures Armand. No eres culpable de que una maldita enfermedad se lleve lo que más quieres de la noche a la mañana. Al menos te queda el recuerdo. Un recuerdo bello y apasionado. No me entiendas mal, no trato de menospreciar tu dolor ni menguar la magnitud de tu pérdida, pero al menos no tienes que unir a ella la vergüenza y la amargura de haber sido despreciado.

—Manex, que nos conocemos —le decía Armand adoptando una pose cómplice —. Sabes muy bien, querido amigo, que tus conquistas se cuentan por docenas, por no decir por cientos. ¿Cómo pudo la simple Eugene derrotar al más apuesto y valiente miembro del Regimiento de Angers, hasta convertirlo en un mequetrefe? —rió sonoramente mientras espoleaba a Manex.

—Armand, la simple Eugene, como tú la llamas, me cautivó porque poseía un don especial, algo que no tienen las mujeres en nuestros días, tan ocupadas como están en recrearse en la moda, en visitar los salones, en perderse en coqueterías y habladurías sobre tanto zoquete uniformado. Eugene tenía personalidad, despreciaba el papel de hija casadera de un acaudalado provinciano y se interesaba por la vida, por el arte, por la política… No era una linda joya para lucir colgada del brazo, sino una amiga con la que poder discutir apasionadamente, para al final fundirte en el más inimaginable de los delirios de amor. Pasión y razón mezclados en partes perfectas.

Cuando quise darme cuenta ya la había perdido, y desde entonces solo soy un náufrago a la deriva.

—Déjame de cuentos románticos Manex y háblame de las fogosas damas de ultramar. ¿Es cierto que se bañan semidesnudas en las cascadas del volcán?, ¿o que a veces cabalgan por las haciendas vistiendo solamente una vaporosa camisa?

La sonrisa de Manex se convertía en carcajada ante el rostro pícaro y suplicante de Armand, seducido como tantos otros por las leyendas que llegaban de las posesiones antillanas.

—Armand, nunca cambiarás. Si salimos con buen pie de este condenado asunto, te prometo que te contaré que es un *sucsuc*.

—¡Cuéntamelo inmediatamente pirata…!

Sonriendo divertido, Manex salió de su estado de ensoñación. Levantó la vista para comprobar dónde se hallaba, y a lo lejos, sobre la colina, divisó el Chateau de Graves, residencia de la familia Montagnac. Se apartó del camino y se puso a trotar alegremente a través de las verdes praderas.

François Yves de Montagnac, conde de Martell y señor de Yvry, era un hombre de mediana estatura, delgado, y con una expresión severa en el rostro, algo mitigada por la dulzura de sus hermosos ojos azules. De la división que entre la nobleza existía en Francia, de espada y de toga, los Montagnac debían la suya a lo segundo. Trescientos años de probada nobleza blasonaban el escudo familiar, a cuyo pie, el lema «Primero el Deber», constituía toda una declaración de principios. Primogénito de la familia, había ingresado en un colegio de Jesuitas, no lejos de sus dominios, a la edad de once años. Ya empapado de conocimientos clásicos, había iniciado sus estudios de derecho en París, seis años después. Siguiendo la tradición familiar, y tras concluir los estudios de bachiller, primer grado de la carrera, se había licenciado con honores para convertirse poco más tarde en abogado del Parlamento de París. Pero tales responsabilidades pronto le aburrieron, y cesando del cargo, había viajado por las Islas Británicas estudiando su idioma y particularidades jurídicas. Allí había tenido su primer contacto con la Masonería, continuado después tras su regreso a Francia. De aquel extraordinario viaje guardaba buenos recuerdos, respeto por el poderío naval de Su Majestad y un gran temor a la secular obstinación británica. Sus negocios de Ultramar, que controlaba su hermano Philippe y en los cuales también había participado el padre de Manex, sabían mucho de ambas cosas.

Desde el balcón de su dormitorio, situado en la segunda planta de la mansión, miraba fijamente hacia el valle por el que trotaba alegremente el hijo de su gran amigo Jean Luc, a quién había recogido siendo aún un niño al morir sus padres y de quien iba a depender el éxito de la empresa, que desde hacía meses, constituía su única obsesión. Le observaba con orgullo, porque le consideraba su hijo, aquel hijo que la naturaleza siempre se negó a darle como castigo por su conducta juvenil, y que siempre supo sería su maldición eterna. Apartó tales pensamientos de su memoria, y se preparó para recibir a Manex.

Camino de Amberes
Cerca de San Quintín
-2-

Mientras tanto en el camino de Amberes, Armand de Azincourt descabalgó su caballo con gesto cansado. En cualquier caso, el motivo de su cansancio había merecido la pena, pensó recordando a la bella Eloise gimiendo en sus brazos, pero luego había tenido que cabalgar todo el día casi sin detenerse, bajo un cielo plomizo que amenazaba tormenta, y se sentía destrozado. El frío le había aterido las manos y al volver a estar sobre sus piernas, sintió un fuerte dolor que le recorrió el cuerpo. Mientras realizaba grotescos movimientos para desentumecer sus miembros, ató su caballo frente a la posada.

La posada tenía un nombre muy sugestivo: L'Aubergue de la Diviniere[10], y por la bonita chimenea de piedra salía una columna de humo muy prometedora. La cercanía de la comida le hizo sentir un hambre feroz. No en vano, para ganar tiempo había preferido no detenerse a almorzar. Los dos desvíos que había tomado, para evitar las postas del correo, habían sido desafortunados y le habían obligado a realizar dos largos rodeos, que contribuían todavía más a su terrible cansancio.

Abrió la puerta y el tintineo de una campanilla anunció su llegada. La estancia era amplia y acogedora. Un fuego bajo, que ardía con gran potencia, lanzaba llamaradas a la chimenea situada en el fondo de la estancia. En la repisa, la cacharrería de cobre, reinaba en armonioso desorden. Mientras se quitaba los guantes y el sombrero, recorrió la estancia con la mirada.

El salón, profusamente decorado con motivos campesinos, viejos arcones y lámparas, estaba desierto. Sintió el calor del fuego y se frotó vigorosamente las manos para recuperar la circulación. Mientras se desabrochaba la capa, recorrió la estancia buscando algo que le permitiese hacer sonar la campanilla nuevamente, y como no lo encontró, desenvainó su largo sable y asestó una enérgica estocada a la

indefensa campanilla, que tintineó alegre ante los bríos guerreros de Armand. Sonrió divertido.

El aroma del estofado de buey precedió a la mujer fornida, aunque de aspecto dulce, que a grandes pasos se dirigía hacia él, desde una puerta situada al fondo del salón.

—Perdone el señor. No le oí llegar —se disculpó la posadera—. ¿En qué puedo servirle? —preguntó, mientras se arreglaba el pelo con femenina coquetería.

—¿Podría decirme a qué distancia se encuentra San Quentin?

—Lejísimos señor —respondió dispuesta a no perder la escasísima clientela de los últimos tiempos—. En invierno anochece muy temprano señor y no creo que podáis llegar hasta allí —añadió.

Armand había pensado llegar hasta San Quentin y alojarse en la casa de algún hermano de la Logia Tolerancia. Conocía la dirección del Hermano Hospitalario[11] y era muy posible que tuviese algún mensaje esperándole, aunque la sensación de cansancio se hacía más evidente a cada momento, invitándole a hacer un alto en el camino.

—¿Cuántas leguas? —insistió.

—Seis —respondió ella, bajando la mirada en señal de resignación ante la previsible pérdida del cliente.

Entre los principales defectos de Armand de Azincourt, el mayor había sido siempre su indefensión ante el rostro suplicante de una mujer, lo que unido a su estado le hizo tomar una decisión.

—¿Tiene alguna habitación disponible? —preguntó sonriendo.

—¡La más bonita del albergue señor! —le respondió la posadera con otra sonrisa llena de promesas.

—Pues conducidme a ella —le dijo sonriendo—, me muero de cansancio.

La habitación se hallaba en la parte trasera y era pequeña pero acogedora, como había prometido Genevieve, que así se llamaba la posadera. En un principio, Armand había pensado comer algo inmediatamente, pero la cama tenía un aspecto cómodo y mullido que le sedujo. Se tumbó sobre ella para comprobarlo y la fatiga del viaje se adueñó de su mente. Casi sin darse cuenta, sus párpados se fueron cerrando y se sumió en un profundo sueño.

Château de Graves
Yvry, afueras de París
-3-

Normalmente Montagnac hubiese salido a la puerta principal para recibir a Manex y le hubiese abrazado efusivamente. No lo hizo porque quería dejar bien patente su disgusto por el retraso de su llegada y la inconsciencia de su actitud. Ya había sido informado por sus hombres de París, que el retraso se debía a que Armand y Manex se habían dedicado a recorrer las tabernas y salones de la ciudad, y aunque comprendía sus razones, no podía tolerar su indisciplina, que ponía en peligro el trabajo y la seguridad de muchos hermanos, incluidos ellos mismos. Manex era para él como un hijo y siempre había sido su mejor hombre para la acción. Desde que volvió de Egipto y sufrió aquel terrible desengaño con aquella noble y hermosa bearnesa llamada Eugene de Monfort, no había vuelto a ser el mismo. ¿Habrían sido suficientes aquellos dos años en las posiciones familiares de la Martinica para recuperarlo? Pronto lo sabría, pues los ruidos que llegaban desde el jardín anunciaban su inminente llegada.

Al acercarse a la mansión, Manex se sorprendió de no ver a François entre quienes le esperaban frente a ella. De hecho solo pudo distinguir a Ferdinand, su asistente, y a un jovenzuelo que sería posiblemente el mozo de cuadra. Obviamente, su pequeña parranda con Armand iba a tener mayores consecuencias de las que había previsto, y el asunto que le llevaba al Chateau de Graves y sobre el que todo el mundo se conducía con tanto misterio, tenía una dimensión inesperada para él. Solo hacía unos días que había regresado a Francia y tras dos años de despreocupación caribeña, casi había olvidado la seriedad europea y, sobre todo, el estricto carácter de François.

Descabalgó con parsimonia mientras el joven, a quien no conocía, sujetaba el caballo y Ferdinand se acercaba para darle la bienvenida.

—*Monsieur* Lamark. Bienvenido al Chateau de Graves. Espero que hayáis tenido un buen viaje —le recibió Ferdinand, siempre amable.

—Gracias Ferdinand. Ha sido magnifico. Espero que el señor no se encuentre indispuesto.

—De ninguna manera, *monsieur* Manex. El señor se encuentra perfectamente y os espera en la biblioteca. Pero ¿tal vez deseéis asearos antes de reuniros con él?

—No es necesario Ferdinand. Vamos inmediatamente a su encuentro.

Precediendo a Manex, Ferdinand le condujo silenciosamente a través de la casa que tan bien conocía. Accedieron por las escaleras hasta el segundo piso, donde se encontraba el despacho privado de François y su biblioteca.

La biblioteca, en la que había pasado largos ratos de estudio cuando residía en el Chateau, era una verdadera maravilla. Ya desde antes de morir su esposa Marie Claire y sobre todo desde entonces, Yves de Montagnac había sido un lector empedernido. Todo lo que podía leerse en el mundo civilizado se encontraba en aquella biblioteca centenaria.

Ferdinand golpeó la puerta con suavidad y la voz melodiosa de François le invitó a entrar. Manex sintió una cierta tensión ante la inminencia de la reprimenda que iba a recibir, merecida por otra parte. Tragó saliva y penetró en la barroca biblioteca.

—¡Querido Manex, a mis brazos! —François avanzaba hacia él con los brazos ostensiblemente abiertos y una afable sonrisa en el rostro—. ¿Cómo te encuentras?

Manex se sintió un poco desconcertado ante la reacción de François, pero sintió un inmediato alivio, pues conocía de primera mano las consecuencias de la ira del Venerable.

—No tan bien como vos, a tenor de lo que contemplan mis ojos.

—Déjate de lisonjas jovencito. Los viejos somos insensibles al halago.

Yves de Montagnac le tomó el brazo afectuosamente para conducirle hacia los sillones situados al fondo de la estancia, mientras se interesaba por sus viajes y su familia.

—Pero dime Manex, ¿cómo van las cosas por la Martinica? ¿Cómo está mi hermano Philipe? Contádmelo todo… ¿Y el bloqueo inglés?

Tomaron asiento en los cómodos sillones en torno a una pequeña y lujosa mesa de madera, que no le resultaba familiar, y sobre la que se amontonaban figurillas de porcelana con mil y una imágenes de búhos de todos los tamaños y colores.

—Vuestro hermano se encuentra perfectamente y la plantación, tanto la de caña como la de coco, crecen sin cesar. El año pasado destilamos seis mil barriles de ron y obtuvimos considerables ganancias, y este año todo augura una producción aún mayor…

—Déjate de cháchara mercantil —le interrumpió—, y cuéntame los detalles personales.

—¿Os referís quizás a *madame* de Cremone?

—Ciertamente jovencito —aseveró con una sonrisa burlona.

—Vuestro hermano la sigue cortejando, pero no parece dispuesto a ir más allá por el momento. La plantación y el molino de caña absorben sus pensamientos casi de manera permanente. Me temo que tendréis que esperar para ver ese feliz acontecimiento que esperáis, hecho realidad. Yo en el fondo soy optimista y estoy íntimamente convencido de que vuestro hermano la ama apasionadamente, y de que acabarán desposados.

—Me alegra escuchar esas palabras. Philippe necesita una mujer y además esa unión sería especialmente provechosa. No en vano sus plantaciones son las más importantes de la isla.

—Después de las nuestras, por supuesto —matizó Manex.

Tres golpes en la puerta interrumpieron la conversación. Era Ferdinand anunciando que el almuerzo estaba preparado en el pequeño comedor contiguo a la cocina, en la primera planta.

—Espero que tengas apetito después de la larga cabalgada —le dijo mientras le invitaba con un gesto a incorporarse—. Juliette te ha preparado un almuerzo que podría alimentar a una guarnición sitiada durante todo un año, y sabes que para ella sigues siendo aquel jovencito siempre hambriento, que pululaba por la cocina a todas horas. Espero que tu estómago esté en buena forma. Lo vas a necesitar.

Llegaron al pequeño salón donde les esperaba una mesa perfectamente dispuesta. Julliete, la enorme y rolliza cocinera, apareció por la puerta que comunicaba con la cocina. Con lágrimas en los ojos y presa de una enorme emoción, se abalanzó sobre Manex besándole y abrazándole como una gallina clueca.

—¡Señor Manex! ¡Señor Manex! —repetía sin dejar de sollozar. Se volvió a la cocina entre suspiros, sollozos y aspavientos, sin poder agregar nada salvo un velado «qué delgado está, Dios mío».

Tomaron asiento dispuestos a saborear la sabrosa comida. En el curso de la siguiente hora y media desfilaron por la estancia suculentos manjares de la cocina vascona, gascona y bearnesa, de las cuales Juliette era una auténtica experta. Sopas, *foies*, confits, piparradas y pichones, acompañados de los excelentes vinos de las bodegas Yvry, desaparecieron como por arte de magia. La intxaursaltxa[12] final, casi hizo llorar a Manex de melancolía.

Habían departido de manera intrascendente durante la comida y François le había puesto al día de la situación de su familia y amistades. Finalmente le invitó a acompañarle nuevamente a la biblioteca.

—El deber es lo primero —dijo socarronamente, citando el lema familiar tras la opípara comida—. ¿Por cierto, no te has traído a tu ayudante contigo? Creía que erais inseparables.

—La verdad es que si hubiese sabido el derrotero que iban a tomar las cosas, hubiese dejado que me acompañase, pero preferí dejarlo al cuidado de la protección de vuestro hermano. Como sabéis, las costas de la Martinica no son los parajes más seguros del nuevo mundo. Me quedaba más tranquilo sabiendo que se quedaba allí.

—Quizás sea mejor así. Dos hombres llaman la atención más que uno y tú lo que menos vas a necesitar es público.

Ya en la biblioteca Ferdinand les sirvió, en grandes copas de cristal de Bohemia, el Armagnac que François reservaba para las grandes ocasiones.

—Querido —comenzó pausadamente—, ha llegado el momento de que hablemos de cosas serias. Supongo que te preguntas muchas cosas sobre tu precipitado regreso y la ceremonia de París. Primeramente he de reprenderte severamente por no haber acudido a mí cuando te lo pedí. Si lo disculpo es porque desconocías la importancia del asunto y porque el bueno de Armand necesitaba de tu compañía, antes de comenzar su misión. Desde que murió Marie no ha vuelto a ser el mismo y tú eres su mejor amigo. Era absolutamente necesario que no supieras nada, pues aquí todo acaba por saberse.

—¿Corre peligro? —se atrevió a interrumpir Manex.

—Todos lo corremos. Los documentos que vas a llevar a América son de vital importancia y con ellos, Washington puede tomar ventaja a los ingleses. Como sabes, la guerra está un poco estancada y Francia todavía no puede intervenir directamente en el conflicto. Nosotros debemos hacerlo por ella. Has de saber que Washington es miembro de nuestra hermandad. También la mayoría de sus allegados y especialmente el señor Benjamín Franklyn, que representa la causa de la independencia de las trece colonias ante nosotros.

François se incorporó y se acercó a la mesa escritorio. Sacó una pequeña llave del bolsillo y abrió un cajoncillo hábilmente disimulado en el lateral del mueble de roble. Extrajo un zurrón, similar al que ya había visto en París. Esta vez era de terciopelo negro y también llevaba bordado en oro una escuadra y un compás, símbolo de los maestros masones.

Volvió junto a Manex y lo depositó suavemente, con mimo, sobre la mesita repleta de reproducciones de búhos de todo tipo y de todos los materiales inimaginables.

—Armand ha partido para Amberes, donde embarcará para la Guayana holandesa. No irá más allá. Su misión es solo de protección, para darte a ti una ventaja que vas a necesitar. Ron Howard es un temible adversario.

—¿Qué pinta Howard en este asunto? —preguntó sorprendido Manex.

—Trata de detenernos. Está obligado a actuar así porque el hermano de lord Cornwall y otros nobles le presionan. Hace tiempo que siguen nuestros movimientos de cerca. Todavía no sé cómo obtiene la información de nuestras reuniones, pero lo sabe todo. Por eso fue necesaria la farsa del otro día. No sé si Ron se tragará el anzuelo y si lo hace, no será por mucho tiempo.

—¿Está Armand al corriente de la situación?

—Me temo que no. Él cree que lleva la información verdadera. No te preocupes. Pronto espero noticias de San Quentin. Tú hubieses hecho lo mismo por él. No le pasará nada, es un soldado excepcional.

El rostro de Manex reflejaba la preocupación que había comenzado a sentir por su amigo. Aquel asunto tenía una dimensión que se le había hecho patente repentinamente. Con Howard por medio, el juego llegaría hasta el final. Era, desde luego, un adversario temible y con una de las mejores redes de espionaje del mundo, como había tenido ocasión de comprobar en Egipto.

—La situación con los americanos es complicada —continuó Montagnac—. Nuestro ministro de exteriores, el conde de Vergennes, no está dispuesto a reconocer la independencia de América y esto frena el tratado. Franklin nos presiona porque están perdiendo la guerra, y aunque reciben nuestras ayudas y también la de los españoles, a través de los Gardoqui, una familia de financieros de Bilbao, el esfuerzo no es suficiente Manex.

—Pero yo creía que la firma del tratado era inminente. Muchos de los nuestros esperan su firma para unirse a la causa. Se habla incluso de este mes de Enero —replicó Manex.

—Sí, el tratado está hecho y seguramente se firmará en Febrero, pero ese no es el tema. Una cosa es el tratado, que es un acto formal, una apariencia, y otra la organización de toda la red de suministros. Los americanos, a pesar de Saratoga, pueden perder la guerra o ver limitada la extensión de su país. Con los ingleses dominando el sur, la amenaza será constante.

François le observaba y casi podía escuchar sus pensamientos. No quería que se preocupase antes de tiempo ni más de lo necesario, así que eligió un tema que sabría que atraería su atención de manera inmediata.

—Eugene está bien —dijo suavemente, para probar sus reacciones.

Del rostro de Manex desapareció la preocupación, para aparecer una expresión de suplicante interés.

—Se ha casado con un rico noble guipuzcoano y vive en Tolosa[13]. ¿Todavía la amas?

—Me temo que sí —respondió lacónicamente Manex.

Montagnac comprendió perfectamente que aquellos dos años en las colonias no habían servido para borrar la memoria de Eugene y que su querido hijo adoptivo Manex, seguía prisionero de sus sentimientos y esto no era bueno para la misión que se avecinaba. Pero no había alternativa. La suerte estaba flotando en aire mientras los dados de la fortuna giraban sobre sí mismos.

Camino de Amberes
Albergue de la Adivinadora
-4-

Mientras tanto, en el camino de Amberes la tormenta estaba en su apogeo. El viento y la lluvia se abatían sobre la posada como si estuviesen decididos a arrancarla de la tierra. Los truenos sonaban cada vez más cerca y el tiempo entre el relámpago y el trueno se acortaba a cada momento. La violencia de la tormenta tenía paralizada a Geneviève. Sentada en la cocina, sin más luz que la de un candil, su rostro reflejaba el terror que desde niña le producían las tormentas. Jerome, el viejo soldado renco que le ayudaba en la posada, no había regresado aún de San Quentin. Por su parte, el huésped seguía durmiendo, ajeno al escándalo meteorológico.

Geneviève no soportaba estar sola en aquellas circunstancias. Sin pensárselo dos veces, tomó el candil en sus manos y cruzó el salón a toda prisa. Subió las escaleras y se plantó frente a la puerta de la habitación del recién llegado. Prefería pasar por descarada que seguir muriéndose de miedo en la cocina. Además, el caballero era bastante atractivo y le había sonreído de manera condescendiente.

Giró el pomo de la puerta y comprobó que el pestillo no estaba cerrado. Abrió la puerta un poco más y a pesar de que en un primer momento había pensado llevar su descaro hasta el final, no pudo reprimir la costumbre de anunciarse.

—*Monsieur*, *monsieur* —susurró a media voz, sin obtener respuesta.

Abrió la puerta un poco más a la vez que el relámpago iluminaba al caballero plácidamente dormido. Se acercó y se sentó sobre el borde de la cama, mientras elevaba el candil para iluminar el rostro de Armand. Primero, no alcanzó a comprender. Después, un terror superior al que le producía la tormenta se apoderó de ella. Corrió escaleras abajo como alma que lleva el diablo.

Sobre la cama, Armand de Azincourt yacía con la sorpresa aún patente en su

rostro. Su cuello, rebanado de parte a parte con un fino estilete, y sobre su pecho, una rosa roja.

LA RUTA DEL SUR

Cerca de Tours
Río Loira

-1-

Llegar hasta Tours desde Orleans había sido tedioso. Legua tras legua, el paisaje se repetía hasta el infinito. Ni una sola colina alteraba la monotonía del viaje. Los cielos plomizos del invierno le habían acompañado en todo momento, añadiendo una sensación de falta de avance en la marcha, y ni siquiera había podido aliviar su tedio charlando con los viajeros, ya que apenas se había cruzado con unas docenas, la mayoría campesinos.

Se distraía recordando los detalles que minuciosamente le había transmitido François: evitar las postas; evitar las rutas principales en algunos tramos; no recurrir a los hermanos, salvo en algunas escalas, que estaban arregladas para poder informarle; no hablar con nadie de su destino y mucho menos de su misión; no perder de vista el zurrón; llegar sigilosamente a Burdeos y embarcarse para América con el mismo sigilo; por descontado, no mirar su contenido ni las instrucciones finales que en él se hallaban, hasta alejarse de Europa. Con tantos condicionantes, llegar a Burdeos iba a costar bastante más que los diez días habituales.

Enfrascado en sus pensamientos, la figura que le contemplaba emboscada entre los arbustos de una pequeña elevación del terreno, le pasó desapercibida. Cuando el caballero se alejó lo suficiente, la figura se incorporó y se dirigió pausadamente hacia el otro lado del pequeño promontorio donde le aguardaba su montura. No tenía ninguna prisa, ya que sabía hacia dónde se dirigía el caballero.

Cruzó el Loira a través del Pont du Roi, y sintió el frío viento del oeste sobre la majestuosa corriente fluvial, que bajaba crecida debido a las persistentes lluvias de la últimas semanas. Las aguas habían anegado múltiples labrantíos de los márgenes del río, en cuyo curso desbocado, enormes álamos plateados aparecían como islas en medio del cauce. Cruzar el gran río, era realmente una frontera. Allí comenzaba un

largo camino, a través de las inmensas soledades agrícolas de Francia. Era su verdadera despensa, la que le había sacado tantas veces de las sucesivas ruinas a las que le habían conducido las diferentes e interminables guerras.

Miraba aquellos horizontes infinitos y no dejaba de maravillarse de la belleza de aquella tierra, fría en el invierno y calurosa en el verano, mientras trotaba por la planicie interminable.

Su mente vagaba por su pasado tratando de aliviar la monotonía del viaje, y el frío de la estación le hacía evocar sus días de la Martinica y aquella sensación tan agradable de no tener ninguna responsabilidad, de poder perderse durante días sin que nadie le echase en falta, y de sentir el sol y la sal en su piel, mientras vagaba por aquellas playas interminables de blancas arenas y agradable soledad. Cómo le había gustado aquello, e igual que la sal cura las heridas con un escozor brutal pero repentino y finito, así se había librado de Eugene. O al menos así lo había creído hasta su regreso a Francia.

La sal se llamaba Valerie y le había abrasado el corazón desde el mismo momento en que la vio surgir del cañaveral, sudorosa, con aquella camisola amplia y desprendida del hombro, que sugería unos pechos pequeños y puntiagudos. El sudor le resbalaba por el cuello, y mojando la camisa la hacía pegarse a la piel hasta confundirse con ella. Y el rostro, ¿qué decir del rostro? ¿Es que podría imaginarse algo más hermoso que aquella nariz chatilla y descarada, sobre una boca de perfil de sirena, rematada en los labios más carnosos y sonrosados que nunca hubiese visto? Y su pelo, recogido en un moño del que se habían escapado, traviesos, unos mechones que caían desenfadados sobre su cara morena clara. Pero todo ello, a pesar de su soberbia, quedaba relegado a un segundo plano, ante aquellos ojos avellana, que le miraron con un descaro que él jamás hubiese ni tan siquiera imaginado en una mujer.

Caminaba por la arena justo donde la costa iniciaba un giro hacia la desembocadura del río y comenzaban los campos. Surgió de las cañas y se detuvo esperando a que él pasara, con la mano izquierda sobre su cadera y la derecha reposando mansamente sobre su muslo. Sintió surgir el deseo de su interior como una llamarada de pasión incontrolada, que reprimió como buenamente pudo y que todavía hoy le sorprendía por su intensidad. Se estremeció con el recuerdo y la pasión le volvió a recorrer todo el cuerpo como un latigazo. Pasó frente a ella sin poder dejar de mirarla, y al rebasarla se volvió, para seguir mirándola mientras caminaba de espaldas. Ella, desdeñosa y consciente de su belleza, miraba para otro lado con un gesto de cansancio, mientras se volvía de vez en cuando para cerciorarse de que la presa quedaba totalmente enganchada a su belleza. Luego, lentamente, se puso a caminar en dirección contraria a la que llevaba Manex, y se alejó contoneándose, aunque sin exageración. Una ambrosía que los hombres deseaban desde que era una niña y por la que más de dos docenas habían ya enloquecido sin remedio.

Desde aquel momento no tuvo otro objetivo que buscarla para poseerla. Nunca había visto antes mujeres de aquel color, que oscilaba entre el negro zaino y el ébano.

Le habían atraído desde el primer momento, pero no lo suficiente como para sentir interés carnal. Pero aquella mulata descarada y armoniosa le había producido un deseo sexual incontrolable, nuevo y dulce, que tenía que satisfacer a toda costa.

Cuando regresó a la mansión se dirigió sin perder tiempo a la cocina, en busca de René, que era el criado de su confianza y le preguntó sobre aquella beldad de ensueño, pero para su impaciencia René no sabía nada. Aunque no siguió sus pesquisas aquella noche, no fue porque su deseo se hubiese calmado ante la primera dificultad, sino porque no se atrevía a preguntar a otras personas con las que no había intimado demasiado, si podía utilizarse aquella palabra con los esclavos. Regresó a sus aposentos y se aseó, pero su mente no podía parar ni un momento de pensar en aquella criatura maravillosa, y cuando los criados se acercaron con sus baldes de agua tibia para bañarle, descubrió azorado que no podía reprimir una erección y tuvo que despedirlos a la carrera y aliviarse sin recato.

Durmió, eso sí, de un tirón y por primera vez en mucho tiempo su mente no pensó ni un solo segundo en Eugene.

Por la mañana, se despertó descansado como hacía tiempo que no se sentía, y para su horror descubrió que su deseo se reproducía de inmediato, lo que le volvió a azorar sobremanera ante la posibilidad de ser visto nuevamente de esta guisa por los criados, por lo que se volvió sobre el costado, pues Henriette acostumbraba a traerle zumos azucarados a aquellas tempranas horas de la mañana. Pensarlo y escuchar el rumor de la muchacha en la antesala fue todo uno, así que volvió a ser sorprendido en aquel estado de excitación por la muchacha, que lejos de sorprenderse se alejó desdeñosa, y es que era bastante difícil para un blanco competir con las excelencias locales en esa materia.

Pasó varios días recorriendo la finca a caballo y dejándose caer tanto por los ingenios como por las zafras y de manera algo insólita, incluso por los miserables poblados de los esclavos. Pero todo fue en vano, pues la muchacha había desaparecido tan misteriosamente como había aparecido y en algún momento llegó a pensar, que pudiera tratase de un espejismo. Pero no era posible que un espejismo provocara aquellas erecciones que llegaban incluso a dolerle.

Su búsqueda resultó infructuosa, pues nadie parecía conocer a la beldad, o si la conocían, nadie tenía interés en decírselo, cosa esta bastante probable, pues los amos blancos raramente preguntaban por las nativas con fines educativos, y los moradores de los poblados estaban escarmentados a este respecto. Así que todo se diluyó en la nada.

Harto de esta búsqueda Manex se reencontró con el mar. Desde niño había sentido fascinación por la inmensidad azul, silenciosa y misteriosa que nacía de las playas blancas e interminables de su tierra y se adentraba en lo desconocido. «¿Dónde nacerían aquellas olas que iban a morir a sus pies mansamente?», se había preguntado una y otra vez, enfrascado en la contemplación del horizonte cantábrico. Siempre deseó ir más allá del horizonte y por Dios que lo había conseguido.

Siempre había querido aprender a manejar una embarcación impulsada por el viento, pero al haber sido amparado por Montagnac y haber tenido que irse a París tras la muerte trágica de sus padres, no pudo acceder a esos conocimientos, para él mágicos, del gobierno de las naves de vela. La magia del viento y su dominio. Al fin y al cabo la historia del viento era la historia de la humanidad.

Había reparado varias veces en un bajel de pequeñas dimensiones y de curioso aparejo, que se hallaba varado en una de las playas de la plantación y que a tenor de los signos externos, no se utilizaba habitualmente.

«La construyó el amo Ricard cuando vivió con nosotros», le había dicho René, que lo sabía todo menos lo de la chica mulata, el muy desgraciado.

A través del inevitable René, contactó con un pescador de la pequeña localidad marinera de Porte Bleu, a quién contrató para que le enseñase a navegar, con aquella maravilla con velas varada en la playa.

El pescador se llamaba Youm, aunque los colonos le llamaban Olivier, pues los nombres africanos les resultaban complicados y poco familiares, pero Manex prefirió llamarle por su nombre africano y Youm se lo agradeció, porque Olivier era un nombre que le recordaba a un amo muy violento que tuvo cuando era niño, en una hacienda de Curasao de la que procedía. Desde niño había sido pescador, como lo habían sido su padre y antes sus abuelo y como lo eran sus tíos y primos. A pesar de contar solo con cincuenta años, parecía un hombre mayor que rondase los sesenta, o incluso en algunos momentos que los superase ampliamente. Sus ojos, sin embargo, mantenían su fulgor negro.

Así su relación fue buena desde el principio y tras una pequeña inspección a la nave, Youm le dio una lista de todas las cosas que necesitaría para repararla. Toda la jarcia debía ser renovada y el casco necesitaba una reparación en toda regla, que encargarían al maestro carpintero que también se encargaba de la tonelería de la hacienda.

Youm trabajaba sin descanso, y poco a poco, aquel viejo barco comenzaba a parecer más robusto y marinero.

Y por fin llegó el día, en el que todo estaba listo para la primera prueba de navegación. Youm llegó con las velas nuevas, que había confeccionado en su pueblo. Eran blancas como la arena de la playa en la que estaba varada la embarcación, y en la vela mayor la costurera había cosido un cuadrado con el símbolo de la hacienda, que no era otro que un pelícano negro sobre dos cetros dorados entrecruzados, y rematados en su parte superior por dos flores de lys. Así que la suerte de la embarcación estaba echada en lo que al nombre se refería y fue solemnemente bautizada con el nombre de *El pelícano negro*. Unos tragos de ron y una larga mañana de conversación sobre los secretos de la navegación a vela, fueron la ceremonia de botadura de la nave, que quedó flotando mansamente a escasos metros de la orilla.

Para que un barco navegase bien en aquellas aguas, era necesario que no tuviese

mucha quilla, para evitar los peligrosos arrecifes y bajos que asomaban por doquier, y esta circunstancia propiciaba que la embarcación tuviese muchas dificultades para ceñir, y que el abatimiento producido por el viento, y la deriva de las corrientes, la desviasen mucho del rumbo aparente que indicaba la proa y que la pequeña orza abatible con la que contaba, difícilmente podía compensar. Esta fue la primera lección de Youm. Aquella embarcación solo servía para navegar cerca de la costa y en las ensenadas, pues para navegar en altura se necesitaba más calado. A Manex esto le traía sin cuidado y cada vez que Youm tiraba de la escota de la vela mayor y el bote se aceleraba repentinamente escorándose hacia los lados, sentía una descarga de emoción y disfrutaba como un niño, como el niño que todavía era en realidad.

Poco a poco Youm le fue enseñando las diversas formas de encarar el viento, dependiendo que se tomase de frente, de costado o de atrás, y fue aprendiendo a distinguir los términos marineros que indicaban cada una de las maniobras, que cada vez se iban complicando más y más dentro de su sencillez. Aquella pequeña embarcación estaba llena de cabos y si para maniobrarla había que tener tantas cosas en cuenta, qué no sería gobernar una de aquellas majestuosas naves que cruzaban el océano rumbo a las metrópolis. Goletas, corbetas, fragatas y navíos de línea, tenían que ser naves extraordinariamente difíciles de gobernar a pesar de las grandes tripulaciones que desplegaban. Youm le comentó que para maniobrar algunos navíos de línea de la flota de Su Majestad, era necesario contar con más de ochocientos marineros, lo que dejó atónito al joven Manex.

Recorrían la ensenada de un lado a otro desde el varadero y paralelos a la costa, tomando un pequeño riesgo adicional en cada virada, y poco a poco Manex se iba haciendo con el control de la nave y de sus diferentes virtudes y defectos.

Ceñía mal y de popa era poco gobernable, pero con vientos portantes de través y de aleta, era una embarcación estupenda, a pesar de sus escasos cinco metros de eslora.

Youm le iba dejando progresivamente tomar las riendas y desde hacía días se limitaba solamente a observar al amo, sentado en la proa y gobernando exclusivamente el pequeño foque con el que contaba la embarcación.

—Creo que el señor ya está preparado —le dijo un día con una amplia sonrisa en el rostro, que dejaba al descubierto una dentadura blanca asombrosamente bien conservada para su edad.

—¿Listo para qué? —le interrogó Manex sorprendido.

—Para navegar solo señor. Esa es la prueba de fuego. Mientras yo esté junto al señor para corregirle y guiarle y para decidir qué debe hacer en cada momento, el señor nunca superará un determinado nivel.

Manex se sintió agradado por la perspectiva de navegar solo en aquella pequeña nave, pero su aplomo se desvaneció cuando Youm le indicó con la mano hacia poniente, donde se distinguía casi en el horizonte la pequeña Isla de los Ciervos como objetivo de su examen.

—Es una navegación fácil señor —le dijo—, un través de ida y otro de vuelta. Lo único complicado será ir cambiando de rumbos para rodearla y ahí radica el sentido de este aprendizaje. La soledad ante la responsabilidad de las decisiones. ¿Se atreverá el señor?

Tras pensarlo mucho y cambiar su decisión varias veces, finalmente el día de la prueba quedó fijado para el siguiente martes. Durante esos días que faltaban para la prueba, Youm ni se acercó al varadero, aunque en ningún momento dejó de observar a Manex desde una pequeña colina cercana. Observó sus dudas en la primera ocasión en que se atrevió a partir en solitario, y cómo la embarcación iba dando bandazos ante la imposibilidad de mantenerla en una trayectoria más o menos rectilínea. Rió con ganas, que no recordaba desde su ya lejana juventud, al observar la incapacidad de Manex para hacer virar a la embarcación, y como había embarrancado en la playa en varias ocasiones.

El día señalado para la gran prueba llegó por fin. Manex esperaba en la playa desde el amanecer, preparando todos los aparejos del velero y esperando a Youm. Por la bocana de la ensenada asomó una pequeña embarcación de vela latina, como la que usaban los pescadores, que enfiló directamente hacia donde se encontraba Manex. Podía distinguir a Youm sentado en la popa, pero no podía distinguir a la otra figura sentada en la proa del barco y que intermitentemente era tapada por la pequeña vela de proa. La nave se acercó de frente hasta quedar mansamente varada en la playa, mientras Manex la observaba embobado. Sobre la proa y ahora perfectamente visible para sus ojos, se podía distinguir la poderosa silueta de aquella beldad mulata, que había perseguido por toda la isla sin resultado y que le observaba con descaro recostada sobre el mástil.

—Hola señor Manex —le dijo con voz cantarina Youm—, esta es mi sobrina Valerie, que vendrá conmigo en esta embarcación para que podamos disfrutar de sus avances.

Manex, con la vista clavada en la muchacha, no pudo articular palabra mientras recibía de ella su habitual mirada de desdén.

—Buenos días Youm —le respondió, sin poder apartar la mirada de la muchacha.

Youm, que ya conocía aquella mirada de los hombres hacia su sobrina, comenzó a arrepentirse de haberle permitido ir con él, y se dio cuenta inmediatamente de que la insistencia de la muchacha por acompañarle distaba mucho del desinterés con el que aparentemente escuchaba sus relatos sobre los progresos del amo. Problemas. Eso era lo que significaban aquellas miradas. Problemas y más problemas.

Recuperado de la primera impresión, Manex había empujado *El pelícano negro* hasta dejarla flotando mansamente junto a la *Invencible*, que era como se llamaba la barca de Youm. Se sintió nervioso ante la perspectiva de quedar en evidencia ante la muchacha, a quién no dejaba de mirar de reojo.

Youm por su parte continuaba dándole consejos para afrontar la navegación, pero Manex no escuchaba nada dado su estado de azoramiento.

—Y si tiene que virar, señor, debe ceñir para tomar velocidad antes de dar un golpe contundente de timón y cambiar de banda —le explicaba Youm, resignado ante lo que se avecinaba y que se anunciaba en la mirada del señor hacia su sobrina.

Y partieron. La barca de los esclavos se mantenía a su barlovento a escasa distancia, mientras él luchaba por mantener la trayectoria de la suya. Salieron de la bahía y las olas comenzaron a dificultar la maniobra del velero, pues al haber poco fondo tendían a encresparse. El viento no era fuerte pero impulsaba la embarcación a unos cuatro nudos, que era el límite a partir del cual las cosas empezaban a ponerse difíciles. Manex mantenía retenido el pequeño foque mientras con la mano derecha sujetaba el timón y con la izquierda tiraba de la escota de la vela mayor. El barco cabeceaba con las olas que iban en aumento y de vez en cuando una ola superaba la amura e inundaba el interior de la embarcación.

Desde la otra embarcación, Youm no cesaba de darle consejos, que era incapaz de seguir, mientras la mulata se reía de él con descaro dejando ver una dentadura blanca que cubría alternativamente con la mano, en un gesto de coquetería.

Superada la barra de arrecifes las cosas mejoraron, pues al subir el fondo, las olas a pesar de su tamaño eran más armoniosas, y la embarcación había dejado de cabecear y se deslizaba con majestuosidad sobre la superficie.

Enfiló hacia la pequeña Isla de los Ciervos, que debía su nombre a que en el pasado proliferaban estos animales, aunque desde hacía años no quedaba ni un solo ejemplar tras las cacerías intensivas a las que les habían sometido los nobles del lugar. Podía llegar hacia media mañana y para el mediodía estaba seguro que podría enfilar de nuevo hacia casa, tras rodear la pequeña isla. Estaba ansioso por volver y poder conocer algo de su deseada e inesperada compañía.

El viento comenzó a subir de intensidad y en un primer momento esta circunstancia animó a Manex, que pensó en que así su pequeña excursión concluiría antes, pero a medida que se incrementaba su fuerza comenzó a levantarse un oleaje que le dificultaba mantener la trayectoria, y que poco a poco empezó a anegar la nave. Youm le hacía gestos ostensibles y le gritaba, pero la fuerza del viento le impedía comprender lo que le decía.

La costa de la que habían partido empezaba a estar más distante de ellos que la pequeña isla y Manex no sabía qué decisión tomar, incapaz de comprender lo que su maestro trataba de comunicarle desde la otra embarcación, y sus nervios empezaron a aflorar puesto que no eran sus habilidades natatorias las más fuertes de su repertorio.

La embarcación de Youm cambió súbitamente de rumbo, y se dirigió directamente hacia el centro de la embarcación de Manex, que navegaba todavía manteniendo cierta trayectoria pero demasiado encarado a las olas, con el consiguiente peligro de ser engullida por una de estas, y cuando ya se encontraba a punto de embestirla, viró bruscamente para ponerse a su costado, momento en el que Valerie, con una agilidad que para sí quisieran los gatos, saltó limpiamente de una embarcación a otra. Con un gesto amable pero expeditivo, apartó a Manex del timón

y tomo las riendas de la nave. Corrigió el rumbo para que la nave tomase las olas con la amura, y evitar así que siguiese haciendo agua. Mientras tanto Youm había virado en redondo, y dando popa al temporal, había tomado el camino de regreso zarandeado por las olas, entre las que desaparecía para volver a aparecer como si se tratase de un corcho gobernado por el capricho del mar.

—¿Por qué se aleja de nosotros? —preguntó Manex a la muchacha, entre interesado y temeroso.

—Por si necesitamos ayuda. Nuestra embarcación es mejor que esta y puede capear el temporal, pero esta falucha dudo que consiguiese volver a la ensenada. Además, pasar el arrecife con este viento esta solo al alcance de los mejores. No se preocupe el señor, que mi tío llegará a tierra y así alguien sabrá que estamos en la isla. No se inquiete, está en buenas manos.

No dio pie a más comentarios, se concentró en la tarea que tenía delante y se dirigieron directamente a una pequeña playa que se divisaba entre los acantilados de la isla. Valerie, sin decir una palabra, indicaba con un gesto a Manex cada vez que debía modificar la posición de la pequeña vela, y con mano experta sujetaba el timón y corregía el rumbo, cada vez que una ola grande amenazaba con engullir la embarcación. El viento había comenzado a rugir con fuerza, y aunque ella mantenía la serenidad, podía verse la preocupación en su cara mojada por el agua y con el pelo enmarañado flotando sobre sus ojos, y que ella retiraba instintivamente, con un coqueto gesto de su mano derecha.

Se acercaban a la playa, y a medida que se reducía la distancia, podían ver las olas que reventaban frente a ella. Manex se sintió intranquilo, aunque la determinación que emanaba del rostro lujurioso de la mulata le calmó. Ella disfrutaba de cada momento, viendo a aquel presuntuoso amo temblar de miedo, ante la perspectiva del naufragio.

Al acercarse a las olas rompientes frente a la playa, Valerie cazó la vela mayor para ganar velocidad y tratar de acompasar su marcha a la de una gran ola, que les tomó por la popa y les lanzó hacia delante, como si estuviesen cabalgando sobre ella. La muchacha trataba de mantener la trayectoria recta de la embarcación, en pugna con su tendencia natural a cruzarse sobre la ola, y parecía que lo iba a conseguir, cuando el timón se partió, dejando la embarcación al capricho de otra gran ola, que la engulló, como si se tratase de un pequeño trozo de madera.

Manex cayó al agua y se vio arrastrado por una fuerza siniestra hacia el fondo del mar. Pugnó por alcanzar la superficie pero un nuevo remolino le condujo otra vez hacia el fondo. Presa de la desesperación, realizó un nuevo esfuerzo y consiguió salir a flote lo justo para tomar aire mientras otra enorme ola volvía a engullirle. Cerca ya del pánico, consiguió salir a flote lo suficiente para ver que la playa se encontraba muy cerca, y gracias a ello, tomó fuerzas de lo más recóndito de su ser y arrastrado por las olas pudo hacer pie en la arena, lo que consiguió tranquilizarle y darle el aplomo que le faltaba para vencer la última resistencia del mar y llegar exhausto a la

playa, donde quedó tendido, extenuado y tembloroso.

La mano de Valerie sobre su nuca fue lo siguiente que sintió. Giró sobre sí mismo y se encaró con la mulata que le sonreía sentada junto a él, radiante de hermosura. No pudo resistirse a sus deseos y con fuerza le agarró de la camisa y la atrajo hacia sus labios. Besándose con lujuria rodaron sobre si mismos mientras arrancaban sus ropas a jirones y sus cuerpos lujuriosos se deseaban jadeantes, húmedos e impacientes y el rugir de las olas ahogaba sus gemidos de placer.

Château de Graves

-2-

En el Chateau de Graves la paloma produjo un fuerte tintineo al retornar a su jaula en el palomar. Hervé dejó de cepillar a Atlantique, el caballo favorito del amo, y subió hasta el palomar situado en la parte superior del establo. Las instrucciones al respecto habían sido precisas y pronunciadas en aquel tono que el amo reservaba para las tareas que debían de ser atendidas especialmente.

Hervé conocía cada paloma por su nombre propio. La que había llegado era Purpure. Poco resistente pero más rápida que un halcón. Era una de las que el mes anterior había sido enviada a San Quentin. La que el amo había esperado varios días.

Se acercó a la jaula e introdujo la mano suavemente. Purpure estaba todavía muy agitada.

—Tranquila Purpure —le susurraba mientras le acariciaba el lomo.

Retiró cuidadosamente la cápsula que colgaba de su pata derecha, la contempló unos segundos y se la guardó en el bolsillo. Corrió hacia el jardín para encontrar al señor. A aquella hora habitualmente paseaba cerca del bosque de acacias. François levantó la vista de la última edición del tratado de metafísica que estaba leyendo. A lo lejos Hervé corría hacia él como alma que lleva el diablo.

—¡Amo! ¡Amo! —gritó, tratando de llamar su atención.

«¿Cuántas veces tendría que repetirle que no le llamase amo, sino señor?», pensó el Venerable.

Hervé llegó hasta él, jadeante y sonriente como siempre. En su mano extendida parecía flotar la pequeña cápsula de metal.

—¡Amo, Purpure nos ha traído esto! —Le tendió la cápsula, mientras resoplaba.

—¡Hervé! No voy a volver a repetirte que no debes llamarme amo. Los hombres son todos libres e iguales. Recuérdalo siempre. Es solo la circunstancia la que nos coloca en una u otra situación en la vida. Pero eso no afecta a la esencia de la dignidad humana. ¿Lo recordarás?

—Sí…, sí señor —titubeó—. Hay otra cosa que debo comunicarle. Cuando partió el señor Manex, pude ver a un hombre que le seguía en la distancia. Yo estaba recogiendo setas al amanecer en el bosque de hayas, y pude ver a un hombre alto y delgado, vestido con ropas pardas, que seguía al señorito. He dudado en decírselo, espero que no se enfade.

—No Hervé, no me enfado, pero debías de habérmelo comunicado de manera inmediata. Corre a la casa y dile a Ferdinand que venga.

—Sí amo —le respondió, y salió corriendo como un gamo.

—¡Condenado gañan! —exclamó Montagnac sonriendo, mientras la cápsula le quemaba entre las manos y la preocupación por lo que le comunicaba el muchacho crecían en su interior.

Su ansiedad crecía por momentos. Si alguien seguía a Manex la situación se iba a tornar muy difícil. Pero si esto estaba ocurriendo, nada podía solucionar poniéndose nervioso. Manex tendría que hacer frente a la situación. Era un hombre bien preparado y estaba seguro que sabría hacer frente a los acontecimientos. Por su parte tenía que ser metódico. Primero el mensaje. Esperaba aquellas noticias con ansiedad desde hacía días. Tomó el pequeño estuche con las yemas de sus dedos, y con un enérgico tirón separó ambas partes. Un fino y arrugado papel sobresalía por el extremo de uno de los módulos de la cápsula. Lo extrajo y lo desenrolló con cierto nerviosismo. El mensaje de San Quentin era estremecedor:

SAN QUENTIN, CABALLERO APUÑALADO EN POSADA CERCANA. MONSIEUR ARMAND. ROSA ROJA SOBRE PECHO. DOCUMENTOS DESAPARECIDOS. GILES PARTE PARA INFORMARLE. BERTRAND.

—¡Malditos bastardos! —gritó sin poder contenerse.

Conocía perfectamente el significado de la rosa roja sobre el pecho de Armand. Igual que los piratas izaban una bandera roja, para advertir a los abordados que no harían prisioneros, que no habría piedad, los malditos ingleses le advertían que la partida se jugaría sin reglas. Sería a muerte. Sin concesiones a la sensiblería. Más cruel incluso que la guerra.

Los ingleses habían localizado a Armand mucho más rápidamente de lo que esperaba. Nunca había sido tan ingenuo como para pensar que no lo encontrarían, pero cuatro días era un periodo demasiado corto. Confiaba que Manex se hubiese acercado a Burdeos antes de que alguno de los mensajeros fuese interceptado. También había confiado ingenuamente en que los ingleses se conformasen con el contenido del zurrón. No lo habían hecho y posiblemente Manex nunca le perdonaría. De los otros mensajeros no tenía que preocuparse ya que uno había llegado sin problemas al puerto de Diepe y el otro esperaba noticias todavía en París. Al fin y al

cabo solo eran señuelos. Otra cosa le angustiaba: ¿dónde estaría Manex? Desde que pasase por Poitiers no había tenido noticias, y ya no las tendría hasta que llegase a Burdeos. Sintió un estremecimiento que le recorría el cuerpo. Ahora todo dependía de Manex. Todo estaba en sus manos y en las del Gran Arquitecto del Universo. Recordó las palabras del mozo de cuadras y no pudo reprimir un escalofrío de terror. ¿Quién sería aquella figura que seguía a Manex por el bosque? Rogó con todas sus fuerzas para que solo fuera una coincidencia. ¿Quizás algún campesino recogiendo leña en el bosque? Ya poco importaba, Manex estaba completamente solo en algún lugar de Francia.

Ruta del Sur
Cerca de Saintes
-3-

Ajeno a cuanto sucedía en París, Manex caminaba alegremente llevando su caballo sujeto por las riendas. El viaje era tan tedioso que tenía que alternar momentos de ensoñación y recuerdo, con momentos de meditación y un poco de ejercicio físico. Caminaba de vez en cuando, para aliviar el entumecimiento de sus músculos y el rigor de su espalda. Además, él era un hombre de la montaña, y siempre le había gustado simplemente caminar. En aquel momento, transitaba por un camino a cuyos lados un bello bosque de hayas y alisos producía un sugestivo frescor, acompañado del olor intenso de los musgos y del humus que alfombraban el suelo del bosque, formado por el follaje caído, el agua de la lluvia y la fermentación natural. Era un olor intenso y profundo, que llenaba sus pulmones de los recuerdos de la infancia, cuando en otoño, recolectaba hongos con su padre en las dulces laderas de las montañas pirenaicas. El rey del bosque, de formas voluptuosas y refinado sabor, y cuyo aroma transmitía la esencia de la tierra, era uno de los olores más firmemente arraigados en su memoria olfativa. El hambre comenzó a atormentarle al recordar los guisos que Juliette solía prepararle con los hongos que recolectaban en la finca. Apartó los pensamientos culinarios. Aún no tocaba comer.

Desde que había abandonado Poitiers, y sobre todo desde que había dejado atrás la región de Vienne para adentrarse en la Charente Maritime, el recuerdo y la nostalgia de su casa y de su tierra se habían apoderado de él. Sentía ya el mar cercano. Sentía su brisa y su olor. Anhelaba volver a verlo, aunque eso no ocurriría hasta llegar a la región de la Gironde.

Ahora se dirigía hacia Saintes y de allí a Mirambeau, cerca del estuario de la Gironde, a un paso de Burdeos. Acercarse a su tierra le había despertado la mente… y los recuerdos. Le había hecho sentirse solo. Sentir la soledad de una vida sin Eugene.

Cómo había amado a aquella hermosa criatura bearnesa. Ahora se daba cuenta que la pasión con Valerie solo le había servido mientras había durado la aventura, pero no podía competir con una mujer tan excepcional.

Recordaba cuando la conoció recién llegada a Bayona. Su padre, un médico de Pau casado con una hermosa dama de Oloron, había organizado una recepción para presentarse en sociedad. Ella estaba en el jardín contemplando el azul intenso del Adour antes de llegar al mar. Estaba sola y parecía ajena a todo lo que acontecía en la fiesta, que se desarrollaba en el interior de la villa.

Cuando se había acercado sigilosamente por su espalda, ella le había sorprendido con un comentario inesperado:

—Vuestro aroma os precede, *monsieur* Lamark.

Al mismo tiempo que pronunciaba la frase, se había vuelto y le había mirado con sus bellos ojos verdes. Se había ruborizado un poco, como si se hubiese sorprendido de su osadía. Al fin y al cabo, no era adecuado iniciar una conversación con un extraño sin haber sido propiamente presentados.

Manex se había enamorado de ella instantáneamente. Ella ya le amaba, desde la primera vez que había oído relatar sus aventuras a una amiga bayonesa de visita en Pau.

Luego vinieron los tiempos de inmensa dicha. Las excursiones a La Negresse. Los paseos en barco hasta Pehiriorade. Los veranos de Ainhoa. La petición de mano. La felicidad sin límites.

Y como a toda plenitud siguió la decadencia. Las guerras, las interminables ausencias y Egipto. A su vuelta todo había terminado. Eugene había roto su compromiso. «Ahora soy de otro». La frase le atravesó el corazón como el proyectil atraviesa la carne, buscando herir, haciendo daño pero sin matar, para que el herido añada a su agonía la angustia de la incertidumbre, el terror a lo que está por venir.

La piedra lanzada por una honda, silbó junto a su cabeza y le alcanzó de lleno en el hombro derecho. Si hubiese alcanzado su objetivo estaría muerto. Sintió un intenso dolor que le recorría el brazo y que le impedía moverlo. Cayó de rodillas mientras veía una sombra salir de la espesura y abalanzarse sobre él. A duras penas trataba de evitar que el dolor le paralizase. El atacante se disponía ya a golpearle con algo parecido a un enorme mazo de herrero. Como un reflejo condicionado, su pierna derecha se elevó hasta la altura de su estómago y el malnacido cayó hacia la derecha de Manex, dando dos vueltas de campana. Pero el rufián no estaba solo y otros dos enemigos aparecieron de la nada y se pusieron a su altura, y mientras uno le golpeaba en las piernas con una larga vara, el otro le alcanzaba con su garrote en la cabeza. Cayó medio inconsciente.

Aturdido, sintió como los dos atacantes le sujetaban, mientras el gordo que le había atacado en primer lugar les gritaba fuera de sí.

—¡Levantadlo! ¡Levantadlo! Voy a dar a ese maldito una lección que nunca olvidará. Voy a machacarle la cabeza.

Levantaron el fornido cuerpo de Manex hasta conseguir que se mantuviese de pie. El gordo se acercó amenazante hasta situarse frente a él.

—Así que pensabais poder vencernos a los tres. Sois uno de esos caballeros presuntuosos de París, que creéis que nada os puede pasar aquí en provincias.

Escupió a Manex en la cara y le asestó un golpe en el costado que le dejó sin respiración. Estaba a punto de perder el conocimiento y solo el intenso dolor que sentía le mantenía aún consciente. El gordo le agarró del pelo y levantó su cara. Su aliento brutal le golpeó el rostro y casi le hizo vomitar. El gordo reía.

—Parece que al señorito no le gusta mi aliento. ¿Acaso no es tan refinado como los alientos de la damas de París, *monsieur*? ¿Quizás os gustaría que os diese un beso?

El gordo reía ahora a carcajadas mientras que sus desdentados compañeros le seguían las chanzas y zarandeaban a Manex para evitar que se desmayara.

El cuchillo produjo un siseo cuando cruzó el aire buscando la garganta, y un sonido seco cuando penetró en ella atravesándola de parte a parte sin detenerse hasta la empuñadura. El gordo del mazo, adquirió un rictus crispado en su cara: la expresión del que sabe que va a morir. El instante se prolongó hasta que el gordo cayó al suelo como una enorme bola de sebo. De la espesura surgió un hombre de cara afilada, larga cabellera y mirada asesina, vistiendo una especie de chilaba parda. Los otros dos rufianes huyeron despavoridos.

Manex, tendido en el suelo y casi sin conocimiento, miró a su sirviente egipcio de hito en hito, y por un momento pensó que quizás la mente le estaba jugando una mala pasada. ¿Cómo podía estar allí, frente a él? ¿Acaso no le había dejado en la Martinca para proteger al hermano de su padre adoptivo, François Yves de Montagnac? ¿Era posible que hubiese desobedecido sus órdenes de aquella manera? ¿Cómo le podía haber seguido por París y desde París? ¿Acaso estaría soñando o quizás había traspasado el umbral del más allá, y la muerte le gastaba una última broma?

Sintió un fuerte dolor en el hombro y en la cabeza, producto de los golpes que le habían propinado aquellos rufianes, y sus ojos entreabiertos repararon en la expresión siempre salvaje de su providencial sirviente Ahimán.

Le miró y le sonrió al tiempo que le preguntaba:

—¿Qué haces aquí Ahimán? ¿Cómo has llegado hasta mí?

—No se preocupe effendi, Ahimán se ocupará de todo.

Fueron las ultimas palabras que pudo escuchar antes de perder el conocimiento y sumirse en un sueño que, una vez eliminado el dolor, se tornó dulce y sensual. En él flotaban los recuerdos de su amada Eugene, del desierto, de las plácidas olas llegando a sus pies en las playas de Hossegor, cerca de su amada Bayona, la dicha y la esperanza de una vida junto a su amada… algo que ya nunca podría suceder.

AHIMÁN

Puerto de Alejandría, Egipto
Primavera de 1773
(Cinco años antes)

-1-

La goleta enfilaba la entrada del puerto de Alejandría la Magna, rodeada de faluchas que se acercaban curiosas, a contemplar la espléndida nave de los rumis. El faro construido por los Tolomeos, la ciudadela que contempló la rendición del invencible Unificador de la Fe[14], el Museión y otras tantas maravillas, conferían a la ciudad de Alejandro, Cleopatra y Marco Antonio un halo de leyenda y de grandeza que seducía a cuantos la visitaban.

Era una fresca y soleada mañana de la primavera de 1773. La goleta había partido del puerto francés de Tolón, hacía escasamente quince días, con un cargamento de telas y cosméticos franceses que hacían furor entre las clases adineradas de El Cairo y Alejandría. El Egipto milenario de los faraones estaba gobernado por la Sublime Puerta[15] desde comienzos de siglo, pero de hecho, seguían siendo los mamelucos los dueños del país.

En el puerto le esperaba Roger Hertier, comerciante de Marsella e íntimo amigo de François, que era el encargado de la organización de toda la expedición. Aunque el destino de Manex era El Cairo, François precavido como siempre, había preferido que desembarcase en Alejandría y realizase el viaje por tierra. No quería de ninguna manera que los ingleses tuviesen conocimiento de aquella visita y además, de esta manera, el viaje resultaría más instructivo para el joven. Quizás así tendría oportunidad de observar a la caballería mameluca cuya fama traspasaba ya las fronteras de Europa.

La colonia extranjera en Egipto estaba instalada sobre todo en El Cairo y constituida principalmente por comerciantes franceses, italianos e ingleses. Los franceses eran, en aquel tiempo, los más numerosos y se dedicaban mayormente a

satisfacer los refinados gustos de los adinerados, con los productos que transportaba la goleta. Los ingleses, aunque menos numerosos, constituían también un grupo influyente, supliendo con su tradicional eficacia su falta de efectivos. De hecho Egipto, siempre había ocupado un lugar importante en las mentes de los dirigentes británicos.

La caravana organizada por Hertier condujo a Manex hasta la mítica Al-Kahira, la Victoriosa[16], capital de Egipto desde finales del siglo X y convertida ya en una inmensa ciudad, donde podían encontrarse peculiaridades organizativas sorprendentes para la época, tales como las compañías de transporte en burro y camello, con estaciones a lo largo y ancho de toda la ciudad, o el inmenso canal que la cruzaba de uno a otro extremo y que recogía los vertidos, para posteriormente aliviarlos en el Nilo durante la crecida. Y las pirámides, aquellas inmensas y enigmáticas construcciones que causaron en Manex una profunda impresión.

Pero la caravana no se detuvo en la ciudad más que lo justo para reavituallarse, y continuó su viaje hacia su desconocido destino, por lo que Manex tuvo que dejar su curiosidad insatisfecha hasta el regreso, una vez cumplido el objetivo que le había llevado a los confines de África.

La caravana continuaba su marcha hacia el este, y las arenas del desierto sustituyeron a los fértiles campos del delta y del valle del Nilo. Los campos de algodón, de cebada, de arroz y de sorgo, eran ahora un mar de dunas habitado solo por serpientes, lagartos y escorpiones. El agua, que tan generosamente suministraba el dios río a pocas leguas, era aquí un bien tan preciado como la propia vida. Y luego estaba el cielo nocturno, negro y lleno de vida al mismo tiempo, que aparecía como de repente en el ocaso, cuando el frío tan intenso que desintegraba las rocas, sustituía al infierno del día.

Manex disfrutaba intensamente de aquellas nuevas experiencias, y mientras degustaba unas extrañas albóndigas de carne especiada y sabor exótico, el ritmo de la darbuka y la melodía de las nais le hacían viajar hacía las desconocidas inmensidades que se extendían hacia el sur, hacia el país de los nubios, hacia el corazón del África negra, hacia el misterio que seguramente nunca conocería, pues ya había decidido casarse con Eugene a su regreso.

Verdes ojos, que amor revelan.
Rojos labios, que miel anhelan.
Blancas manos, que te desean.
Dulce amor, ven que te esperan.

Mientras todos dormían, se acurrucaba en una manta mirando al cielo, sintiendo la inmensa felicidad que la vida le regalaba, y recordando aquella poesía que ella le había compuesto en su anterior ausencia. Tantas ausencias… Ese parecía ser su destino con Eugene. Siempre había algo entrometiéndose en el camino. Las dichosas contiendas a lo largo y ancho de Europa y las misiones a las que le enviaban

regularmente. Aquello tenía que acabar o aquello acabaría con el amor de Eugene. La última vez que habían estado juntos, ella se había mostrado muy molesta con sus continuas ausencias. Pero ¿qué podía hacer él? ¿Negarse a colaborar con François? De ninguna manera, era su deber y ella tenía que entenderlo. Se durmió, como siempre, sumergido en un mar de dudas sobre lo que debía ser su vida…

Luego se dirigieron hacia el sur hasta el Mar Rojo. Sintió los devastadores efectos de Kamshim, la cólera de Alá hecha viento, y comió montañas de habas cocidas con aceite, por las que los egipcios parecían tener absoluta devoción.

Fue allí donde abrió el sobre lacrado que François le había confiado poco antes de partir para Tolón, y que no contenía las instrucciones sobre el viaje, que al parecer eran ya conocidas por Hertier, para quién además había un sobre firmemente lacrado, sino las razones del mismo y las observaciones que debía realizar. Leyéndolas no pudo menos que sentirse perplejo.

Querido Manex:

Si Hertier y tú habéis cumplido mis instrucciones, al leer esta carta os encontraréis en Suez, junto al Mar Rojo. La razón de que os encontréis en ese punto no es solamente la que te expresé durante la agradable velada que compartimos en el Yvry, sino que tiene una dimensión aún más importante que la comentada.

Ha llegado a mis manos un proyecto de ingeniería pública que, aunque tiene todas las apariencias de ser absolutamente descabellado debe, en mi opinión, ser sometido a un pequeño análisis antes de ser desechado como imposible.

Ese proyecto predica la viabilidad de un canal que comunique los mares Rojo y Mediterráneo desde el punto en que ahora os encontráis hasta el punto al que desde ahí os dirigiréis, en la costa mediterránea.

No creo necesario advertirte de la necesidad de guardar sobre este asunto la máxima discreción, virtud a la que siempre debes guardar el respeto debido en tu condición de masón. El leal amigo y hermano Roger Hertier desconoce la causa última de este extraño viaje por el desierto y así debe de ser también en el futuro. La razón del viaje debe seguir siendo la misma que supuestamente era, es decir, tu instrucción en el manejo de los instrumentos ópticos de navegación sin referencias y en condiciones adversas para los elementos ópticos, como la arena. Eso te permitirá utilizar los equipos de medición que tan bien conoces como topógrafo y realizar los estudios que te solicito en el pliego adjunto.

Encontrarás también un mapa que indica la dirección que seguiría el canal y otros documentos complementarios. Estos documentos no deberán caer en manos de extraños bajo ningún concepto y te hago responsable personalmente de su custodia y guarda, aun a riesgo de tu vida. Si fuese imprescindible, deberán ser destruidos.

Manex, esta es una misión de alta responsabilidad que te ha sido encomendada por la gran confianza que todos tenemos en ti. Sé prudente y utiliza tu aprendizaje en el Arte para llevarla a buen puerto.

Salud, Fuerza y Unión.
YVRY

Reconocía plenamente el estilo y las maneras de François en aquellos asuntos. Podía parecer, a veces, que no era para tanto, que la meticulosidad de François en la organización de operaciones era más aparente que real, pero la estadística de éxitos estaba de su parte. Siempre concienzudo, tanto en los aspectos generales como en los detalles organizativos, y siempre precavido en los comentarios y movimientos. Casi siempre exitoso. Esta era la clave y la parte que suscitaba tantas envidias en su entorno.

Siguiendo las respectivas instrucciones, tomaron rumbo norte con dirección a Port Said. Se dirigieron primeramente hacia Tisa por un escenario natural, cuyo dramatismo caló en el espíritu de toda la expedición, y que les acompañaría durante aquel apasionante viaje por el desierto. Su objetivo real era alcanzar el Pequeño Lago Amargo, y concretamente la aldea de Saba en sus orillas. El proyecto del canal planteaba tres fases diferentes, que debían de ser estudiadas. La primera, comunicaba la ensenada de Suez con el Pequeño Lago Amargo. La segunda, planteaba la unión de este lago con su hermano mayor, y finalmente la tercera, uniría este segundo lago con el faro de Port Said. Una obra fabulosa digna de los dioses de Egipto. Los mismos dioses milenarios, que habían inspirado la construcción de sus soberbios templos, y sobre todo de las pirámides.

Ruta del Sur
Cerca de Saintes
-2-

Los pensamientos de Manex sobre su viaje a Egipto, se vieron súbitamente interrumpidos por la llegada al galope de los justicias del rey, que habían sido alertados por los dos bandidos. Al oír el estrépito de su llegada, Ahimán desapareció sigilosamente en el bosque que flanqueaba el camino.

—¡Alto a la justicia del rey! —gritaron al tiempo que descabalgaban sus monturas.

Manex, que en ningún momento había hecho ademán de escapar, se sentía más divertido que preocupado por la puesta en escena de aquellos dos justicias, cabo el uno y soldado el otro.

El caballo de Ahimán transportaba el cadáver del gordo sobre la silla, como si de un par de alforjas se tratase, y había quedado suelto al desaparecer este en la espesura, por lo que asustado por la presencia de los soldados emprendió una veloz huida, llevándose con él al interfecto. Manex, por su parte, sujetaba su caballo por las riendas, tratando de contener el instinto natural del animal que le incitaba a escapar.

—¿A qué viene tanto alboroto caballeros? —inquirió socarronamente.

Ajeno a sus preguntas, el justicia se acercó para desarmarle.

—¿Dónde está el hombre que os acompañaba? —preguntó mientras trataba de ver dónde se hallaba Ahimán a través de la espesura.

—¿Por qué lo preguntáis? —replicó Manex.

—Porque ha sido acusado por dos hombres de asesinar a su compañero a sangre fría. Además, su huida parece confirmar su culpabilidad *monsieur*.

—Un hombre es inocente hasta que no se confirme su culpabilidad. ¿Acaso lo habéis olvidado?

—De ninguna manera señor, pero algunos hombres han de probar su inocencia —

puntualizó el justicia antes de continuar—. Pero decidme, ¿quién es el fugado y qué relación os une con él? Vos parecéis un caballero.

—Yo soy Manex Lamark de París, capitán del Regimiento de Angers y la persona a quien os referís es mi sirviente. Es cierto que ha matado a ese hombre, pero lo ha hecho para protegerme cuando estaban a punto de robarme la bolsa y la vida. Me atacaron con una honda y como podéis ver mi brazo derecho ha quedado malherido. Si no hubiese sido por él, a estas horas estaría tendido en el camino.

—Si es así *monsieur*, ¿por qué huir de la justicia? —insistió el guardia.

—Sin duda se habrá asustado al veros. Convendréis conmigo que vuestra llegada ha sido bastante espectacular y él es extranjero…

—¿Extranjero decís? Todo esto me parece muy raro *monsieur*. Además vuestro sirviente ha huido y el caballo se ha llevado al muerto. Será mejor que nos acerquemos al pueblo. Allí podremos aclarar este embrollo y organizar una batida para apresar a vuestro sirviente extranjero y recuperar el cadáver del desdichado.

—No creo que sea necesario preparar ninguna batida caballero. Si me lo permitís os demostraré que la huida de mi sirviente fue solamente una precaución, pero debéis darme vuestra palabra de soldado que no tomaréis contra él ninguna medida especial. Por mi parte, os doy mi palabra de que os acompañaremos a la ciudad por nuestra propia voluntad.

—Tenéis mi palabra *monsieur* —fue la respuesta del justicia, que parecía bastante convencido de las explicaciones de Manex.

Manex se acercó a la espesura, y poniendo sus manos en una extraña posición, emitió un sonido parecido al del búho. Luego repitió el sonido dos veces más y esperó. Transcurrido un pequeño lapsus, del fondo de la espesura llegó la respuesta, y poco después, Ahimán surgió del bosque llevando por la rienda su caballo con el gordo encima de la silla.

—Lo veis, todo resuelto —sonrió Manex, a quien el brazo empezaba a doler severamente.

Los justicias, observaron con temor como se acercaba aquel hombre alto y delgado, de rostro apergaminado medio oculto por su larga cabellera, vestido con aquella inusual vestimenta parda negruzca, que le daba cierta apariencia de monje. Cuando se retiró el pelo de la cara y repararon en su mirada fría y afilada, un escalofrío recorrió sus cuerpos y ni siquiera se atrevieron a registrarle en busca de sus armas. Simplemente les invitaron a caminar delante de ellos y se dirigieron a la ciudad.

El calabozo estaba en los sótanos de una pequeña torre amurallada, que se erguía en el centro del pueblo junto al Ayuntamiento. En la parte central de la estancia había una especie de jaula de barrotes, en el que los encerraron hasta la llegada del capitán Lacroix, que al parecer era quién debía decidir su destino inmediato. La celda era inmunda y el suelo de paja despedía un hedor insoportable. Casi le había hecho vomitar, cuando les introdujeron en el mismo con un brusco empujón. Ahimán no

parecía inmutarse y Manex con todo aquel trajín, no se había acordado de su brazo malherido, pero en el mismo momento en el que la puerta de la celda se había cerrado, su mente se concentró en el terrible dolor que le subía desde lo más profundo de su extremidad. Tomaron posiciones sentados sobre el infecto suelo, tratando de descansar. Seguramente la espera sería breve. Manex trató de concentrarse en sus recuerdos de Egipto, para intentar olvidar el dolor.

Volvió a recordar las interminables conversaciones con sus compañeros, allí en el desierto, bajo la luz mortecina de las estrellas, los ojos de Alá. Evocó el momento en el que aquella extraña criatura, aparecida milagrosamente de la nada y que se sentaba junto a él en aquella inmunda pocilga, indiferente siempre ante el destino, se cruzó en su camino.

Gran Lago Amargo
Desierto egipcio
Primavera de 1773
-3-

La caravana, transitaba cansinamente bordeando el Gran Lago Amargo hacia Khamsa. Después de tantas semanas en el desierto, se sentían cansados y deseosos de regresar a El Cairo para disfrutar de un merecido descanso. Pero tal posibilidad era aún muy remota. Tenían todavía por delante al menos dos semanas de trabajo, primero en dirección a Ismailia a orillas del lago Timsah, y después hasta los aledaños del delta en Al Qantara. El calor era insoportable durante el día, pero la noche era todavía peor. Cada vez se detenían menos para realizar las mediciones, pues la salud de Hertier era día a día más preocupante. Decidieron acampar en un pequeño valle, que se abría súbitamente en medio de la inhóspita llanura, y que les protegería del frío viento de la noche.

Habían montado las tiendas cerca de un peñasco con forma de cabeza de camello y se disponían a encender fuego, cuando Ramis, el muchacho que se encargaba de los camellos, se acercó a Manex corriendo y señalando desaforadamente un punto indeterminado del acantilado, que rodeaba el valle por el Este. Sus ojos, acostumbrados a escudriñar el desierto, podían ver lo que los ojos occidentales de Manex no conseguían apreciar en el claroscuro del crepúsculo. Finalmente, un bulto pardo se fue haciendo más nítido a sus ojos, hasta convertirse en una mancha oscura. De la parte lateral de esa mancha, parecía sobresalir algo parecido a un brazo humano.

Acompañado de Ramis, se dirigió a galope hasta el pie del acantilado, pero desgraciadamente desde allí no podía distinguirse la figura, que se encontraba sobre una pequeña plataforma de piedra, a unos veinte metros de altura.

—¡Ramis, vuelve al campamento y trae ayuda y unas cuerdas! Vamos a trepar

hasta el saliente y comprobar de qué se trata.

—Sí effendi.

Volvieron al cabo de unos minutos con el material necesario, y Manex se dispuso a refrescar sus habilidades trepadoras, largamente adquiridas en sus excursiones pirenaicas. No resultaba fácil, pues la pendiente, además de escarpada, era de roca blanda y traicionera, que cedía a la menor presión de los pies. Era imposible avanzar y Manex tuvo que volver a descender antes de sufrir un accidente. Ese era un riesgo que no podía correr en aquellas circunstancias.

La noche caía como solo lo hace en el desierto. Súbitamente. Había que esperar al alba, y tratar de descolgarse por la pared con una cuerda, pero eso exigía un largo rodeo para salir del valle y situarse sobre el acantilado.

Regresaron al campamento, pero Manex no conseguía olvidarse de la figura. Si se trataba de un hombre, la sola idea de dejarle a la intemperie toda la noche, con aquel frío glacial, le torturaba. ¿Quizás estuviese muerto? ¿Y si no lo estaba? Demasiada tortura para un masón.

Se levantó sobresaltado, y sin dudarlo despertó a Ramis y a Abdul, y les hizo pertrechar un camello con utensilios. Prepararon varias antorchas, y lentamente iniciaron el rodeo que les conduciría a lo alto del acantilado. Una vez allí, sujetaron firmemente la cuerda a la silla del camello, y haciéndole retroceder lentamente, Manex inició el arriesgado descenso, portando una humeante antorcha en sus manos, que limitaba enormemente sus movimientos.

—¡Maldita luna, dónde estará cuando se le necesita! —mascullaba entre los dientes.

Llegó a un pequeño rellano, situado a un par de metros de la figura y acercando la antorcha, pudo por fin distinguir lo que sin duda era una figura humana, enroscada en una chilaba parda cubierta de sangre. Por el extremo izquierdo, colgaba un brazo inerte, tal y como había creído observar Manex desde abajo. El cuerpo rígido y el pálido brazo, parecían presagiar lo peor.

Gritó a Ramis para que le facilitara más cuerda y así poder saltar de un rellano a otro. Descubrió una pequeña hendidura en la roca, suficientemente grande para sujetar la antorcha, y de un ágil salto se situó en el rellano donde se encontraba el cuerpo. Lo volvió de lado y retiró las vestiduras. Era un hombre alto y delgado, de aspecto fibroso y nariz afilada. Su cara, a pesar de la larga cabellera que la cubría parcialmente y de la poca luz disponible, aparecía fuertemente magullada y cubierta de sangre. Tocó su yugular con el dedo y apenas pudo percibir un lento e imperceptible latido. Vivía. Su corazón sintió una gran alegría, pues había acertado con su decisión. Difícilmente aquel hombre hubiese resistido otra noche en aquella situación.

Se liberó de la cuerda que le sujetaba, la ató fuertemente alrededor de la cintura y bajo las axilas del desconocido, y ordenó a Ramis que lo subiese suavemente. Luego, repitió la operación consigo mismo, y ascendió suavemente hasta la cima. Subieron al

desconocido sobre el camello, y regresaron rápidamente al campamento. Necesitaban atenderlo con urgencia, o no sobreviviría a aquella fría noche.

Tenía, al menos, roto el brazo y un número indeterminado de costillas. Su cara, aunque fuertemente contusionada, no parecía afectada por ninguna rotura. Debía de llevar varios días en aquella situación, pues también presentaba síntomas de desnutrición y deshidratación, y sus dedos aparecían con pequeñas mordeduras de algún roedor nocturno. Le limpiaron y vendaron con sumo cuidado, antes de alojarlo en una de las tiendas de los sirvientes.

Lejos de sentirse contrariado por lo sucedido, Manex pensó que era una buena oportunidad para rehacer la expedición. Hertier no mejoraba de sus afecciones y unos días de descanso no le vendrían mal y el herido necesitaba al menos una semana de descanso, antes de poder soportar un viaje a lomos de camello. Mientras los heridos reponían fuerzas, él podría realizar un pequeño recorrido y completar las mediciones que antes no había podido efectuar. Hablaría con Hertier por la mañana.

Ruta del Sur
Prisión del Rey
Saintes
-4-

Manex volvió en sí de una manera brusca, pues ni siquiera había sido consciente de quedarse dormido. El brazo le dolía como si se lo hubiesen cortado. La piedra le había golpeado en la unión del brazo y la clavícula y había dañado el nervio. Aunque parecía que la lesión no tendría mayores consecuencias, era muy dolorosa e incómoda, pues el daño en el nervio dejaba el brazo prácticamente inservible. Silencioso como siempre, Ahimán se acercó y le puso en la mano una bolita de algo que no acertó a distinguir en la penumbra del calabozo.

—Tomaos esto effendi, os aliviará el dolor.

—¿Qué es Ahimán?

—Opio, effendi.

Con un enérgico movimiento de su mano, impulsó la bolita hasta su garganta y se la tragó, y unos minutos después se sumergió en un profundo sueño.

Cuando despertó el dolor había remitido bastante y sintió la opresión del vendaje que Ahimán había improvisado para su hombro mientras dormía, utilizando parte de sus vestiduras. Del capitán Lacroix seguía sin saberse nada.

Se incorporó de un salto y se acercó a la puerta del calabozo golpeando la puerta y llamando al carcelero. Este se acercó con evidentes signos de embriaguez.

—Carcelero. ¿Sabéis algo del capitán Lacroix?

El carcelero se acercó a la mirilla y una ráfaga de aliento apestoso, mezcla de ajo y cerveza, estuvo a punto de hacerle perder el sentido.

—Un clérigo y no al capitán es lo que vais a necesitar pronto vosotros dos.

La mente de Manex trabajaba rápidamente. Un clérigo. Porqué no. En aquella época muchos clérigos pertenecían a la hermandad.

—¡Traedme al clérigo entonces! —gritó al carcelero, que ya se alejaba titubeante por el corredor.

No obtuvo respuesta y rojo de ira, con la cara desencajada por el dolor, volvió a sentarse junto a Ahimán.

—Amigo, creo que vamos a sufrir un poco para salir de aquí. La justicia de Francia no es para sentirse orgulloso y mucho me temo que hemos topado con lo peor de ella.

—Tranquilizaos amo, dejad actuar a la medicina que os he dado y recuperad las fuerzas de vuestro brazo. Yo me ocuparé de todo.

Al Qantara
Desierto egipcio
Primavera de 1773
-5-

Bajo los efectos del narcótico, la mente de Manex regresó al valle egipcio y a la caravana, que regresaba al campamento lentamente, después de una semana en el desierto. Encontraron el campamento en perfecto orden y sumido en un ambiente de buen humor generalizado. Hertier se había repuesto casi completamente de las fiebres y caminaba algo encorvado pero con apariencia de normalidad. Cuando entraron en el valle y miró hacia el campamento con cierta ansiedad, lo primero que distinguió fue su estilizada silueta de Ahimán y su ropaje pardo, mirando fijamente hacia la entrada del valle. Emanaba de él algo extraño. Sobrecogedor incluso. Luego supo que desde que consiguió tenerse en pie y averiguó quien había salvado su vida, se había pasado día y noche en el mismo lugar esperando su regreso y casi sin probar alimento.

Tan pronto como Manex puso pie a tierra, el desconocido se acercó y se postro a sus pies, mientras susurraba algo en un idioma que a Manex le pareció totalmente diferente del que hablaban los sirvientes. Vio como poco a poco la cara de Ramis, que se hallaba junto a él, palidecía.

—¿Qué pasa Ramis? ¿Qué ha dicho este hombre para causarte tanto temor?

Ramis permaneció mudo mirando fijamente hacia el desconocido e incapaz de articular palabra. Manex repitió la pregunta en un tono que no dejaba lugar a dudas y que sacó al ayudante de su estado de perplejidad.

—Se llama Ahimán y pertenece a la secta de los *nizaries*. Le da las gracias por haberle salvado la vida. Ahora su vida os pertenece.

—¿Qué es la secta de los *nizaries*? —preguntó Manex ingenuamente—. ¿Cómo es que conoces su idioma, Ramis?

—El idioma es el mismo, solo que en una forma dialectal del bajo Egipto, effendi.

—¿Y los *nizali*… esos? ¿Quiénes son? Además, dile que se levante. Esto es ridículo —dijo Manex, sintiéndose incómodo.

—Lo siento effendi. No se levantará hasta que aceptéis su vida como vuestra.

—¡La acepto! ¡La acepto!, pero que se levante inmediatamente —exclamó Manex, creyendo que se trataba de alguna forma protocolaria propia de aquellas latitudes.

Ramis dirigió unas breves palabras al extraño y este se incorporó despacio, apoyándose en el único brazo que podía utilizar. Cuando estuvo de pie, todos los egipcios dieron un paso atrás instintivamente.

—¡Manex! —Era la voz de Hertier que observaba la escena unos pasos detrás de él—. Deja a Ramis en paz, yo te explicaré lo que quieres saber.

Ruta del Sur
Prisión del Rey
Saintes
-6-

Manex volvió a despertarse bruscamente, cuando la puerta del calabozo se abrió con gran estrépito, y el carcelero entró seguido de un clérigo, alto, delgado y de aspecto grave. Ahimán, al ver al carcelero descuidado, ya se había situado a sus espaldas, dispuesto a fracturarle el cuello, cuando un gesto severo de Manex le detuvo.

Manex se incorporó y se acercó al cura, al tiempo que se presentaba:

—Manex Lamark de París, capitán del regimiento de Angers, eminencia.

Tomo la mano del clérigo, en ademán de besársela, y le realizó el toque secreto de los maestros masones, mientras observaba la cara perpleja del religioso.

—¡Dejadnos solos carcelero! —ordenó inmediatamente el clérigo.

El carcelero abandonó la celda cerrando ruidosamente la puerta tras de sí. El clérigo acercó su boca al oído de Manex y susurró las palabras de reconocimiento entre hermanos. Después le abrazó tres veces. Se retiró un paso y miró a Ahimán con desconfianza.

—Tranquilizaos padre. Es mi sirviente egipcio. Hablad con total libertad —le dijo Manex tratando de reconducir la situación.

—Querido hermano Lamark, ¿qué ha ocurrido para que os encontréis en semejante estado y en este lugar infame? —preguntó el clérigo, mostrando en su rostro una expresión condescendiente.

Manex, le relató sucintamente el episodio del ataque que había sufrido y la oportuna intervención de Ahimán. Luego, le contó una versión *sui generis* de los motivos que le obligaban a realizar aquel viaje con urgencia. A medida que observaba las reacciones que sus palabras propiciaban en el rostro del cura, y la credibilidad que

este parecía mostrar, apeló a la fraternidad entre hermanos en momentos de penuria y finalmente le recalcó la necesidad imperiosa de salir de aquel agujero y proseguir su camino, por necesidades de la Orden, que podía consultar con Montagnac.

—No os preocupéis hermano —aseveró finalmente el clérigo—, conozco vuestra Logia y la reputación de vuestro Venerable Maestro, Yves de Montagnac, pues en el pasado viajé a París con regularidad. Me dirigiré inmediatamente al alcalde y no creo que haya ningún problema.

—¿Y el capitán Lacroix? ¿Creéis que estará de acuerdo? No creo que el alcalde se atreva a tomar una decisión de ese tipo sin el visto bueno del estamento militar.

—No os preocupéis por el capitán —le dijo mientras le dirigía una sonrisa y un guiño de complicidad—. Es de fiar.

—Gracias hermano por vuestra ayuda. A mi regreso os prometo que vendré a vuestro taller a rendir homenaje a nuestra fraternidad. Por cierto padre, ¿cuál es vuestro nombre?

—Soy el padre Albert y nuestro taller se llama Tolerancia, algo de lo que se halla verdaderamente necesitada nuestra nación. Estad tranquilo hermano, pronto tendréis noticias mías.

La visita del padre Albert tuvo un efecto reconfortante sobre Manex. La fraternidad entre los hombres era algo que siempre le maravillaba. La había experimentado muchas veces dentro de Francia y en sus innumerables viajes, pero nunca dejaba de sorprenderle. Miró a Ahimán situado junto a la puerta de la celda, y si no fuese porque tal cosa era imposible, hubiese jurado que Ahimán le había sonreído.

Ya solo quedaba esperar a que el padre Albert consiguiese liberarlos. Por fin parecía que las cosas se iban arreglando. El brazo le dolía, pero podía controlarlo. Necesitaba descansar, pues en cuanto volvieran al camino, tenían que recuperar el gran retraso que habían acumulado. Volvió a dejar vagar su mente buscando fuerzas en sus recuerdos de Egipto.

Ismailia
Desierto egipcio
Primavera de 1773

-7-

En repuesta de todos sus males, la caravana retomó su camino hacia el norte, con intención de alcanzar Ismailia y poder disfrutar durante unos días, de lo más parecido a un lugar civilizado que podía encontrarse en aquellos parajes.

Ahimán no se separaba de Manex, ni a sol ni a sombra, y aunque esta situación resultó bastante inusual para Manex, pronto se acostumbró, pues era difícil encontrar una persona más discreta y que pasase más desapercibida que Ahimán. Tenía una capacidad para estar sin ser visto, que poco a poco fue cautivando a Manex. Pasada una semana, era como si hubiese estado allí toda la vida. No menos desdeñable era la sensación de seguridad que le transmitía, pues todos los que reparaban en él le temían inmediatamente. Y lo hacían con razón. Ahimán era una máquina de matar, pues toda su vida fue entrenado y utilizado para ello.

Tal y como le había prometido, el día en el que Manex aceptó la vida de Ahimán como suya, Hertier le invitó una tarde a su tienda para hablarle de los *nizaries*. Había preparado un delicioso té y unas pastas de pistacho con miel, que a Manex le resultaban irresistibles. También le había preparado una *sisha* para que pudiese fumar el exquisito y oloroso tabaco egipcio, pero Manex rehusó.

—Bien Manex, deseabas conocer qué son los *nizaries* y es lo que me dispongo a explicarte esta tarde. ¿Supongo que sigues interesado?

—Desde luego Roger. Tengo que entender en virtud de qué clase de creencia me veo propietario de la vida de un hombre y condenado a arrastrarlo tras de mí por los caminos del mundo.

—Para entenderlo tenemos que remontarnos al siglo XI —continuó Hertier.

—Siete siglos —exclamó Manex divertido—, pues sí que va a ser larga la tarde.

—Deja de interrumpirme o nos demoraremos otros siete siglos de explicaciones —le replicó Hertier, entre divertido y molesto.

—Disculpa mi ignorancia Roger, no te interrumpo más —condescendió Manex.

—Como te decía, la secta de los *nizaries* se remonta a finales del siglo XI. Se trataba de una secta del Islam Chií conocida como Ismaelismo. Hasam-ibn-Sabaa, que predicaba el Ismailismo en Isphasan fue su fundador. Por tanto, la secta es de origen persa, pero Irán era suní y allí fueron perseguidos, de manera que se establecieron en Egipto. Allí la secta conoció su mayor esplendor bajo la protección de los fatimíes. La propia fundación de El Cairo está unida a estos acontecimientos religiosos ligados a las ramas fatimíes e ismaelíes del Islam.

Manex le miraba atónito mientras engullía una de las delicias de pistacho con miel. Terminó de degustarla, sorbiendo un poco de té azucarado, para poder aclararse la boca pastosa por la miel y que le dificultaba el habla.

—¡Despacio, despacio Roger! —le interrumpió, haciendo gestos con la mano para que parase de hablar—. No tengo ningún conocimiento de la religión islámica, más allá de Alá y Mahoma. Es la primera vez de hecho, que me encuentro en un país musulmán. Tendrás que ir más despacio conmigo.

—De acuerdo Manex. Trataré primero de explicarte los problemas sucesorios en el Islam. Mahoma, el Profeta, tenía una hija llamada Fátima, cuyo marido Alí, que era primo de Mahoma, se convirtió con el tiempo en el cuarto califa, máxima autoridad religiosa después de la muerte de Mahoma.

—De ahí lo de fatimíes —le volvió a interrumpir Manex.

—Y de repente Alí muere asesinado —continuó Hertier haciendo caso omiso del comentario de Manex— y comienza el cisma sucesorio en el Islam. Por una parte, aparecen los suníes que siguen a los califas que suceden a Alí y por otra parte aparecen los chiíes que consideran a Alí como el primer imán de esta nueva rama del Islam. Hay una tercera rama llamada Jariyismo, pero no quiero que te desvíes de nuestro asunto.

—Bien —respondió Manex mesándose el cabello—, así que tenemos suníes y chiíes, estos últimos seguidores de la hija de Mahoma, llamada Fátima y de su marido Alí. Pero dime una cosa Roger, ¿qué es un imán?

—Buena pregunta Manex, ya que es un término que suscita muchas confusiones, pues para suníes y chiíes no es lo mismo. Para los suníes un imán puede ser cualquiera que predica la fe, y en general es quien realiza los rezos en la mezquita, pero para los chiíes, los imanes son autoridades religiosas equivalentes a los califas suníes y de transmisión hereditaria. Los chiíes consideran a Alí como el primer imán. Debes recordar esto, puesto que está en la base de una nueva escisión que se produjo dentro del propio chiismo.

—Manex, que seguía engullendo las deliciosas pastas egipcias, le hizo un gesto displicente con la cabeza para que continuara, mientras aparentemente concentraba su atención en los dulces. El asunto era complicado, pero todavía creía seguir con

claridad el hilo de las explicaciones de Hertier.

—Siguiendo la sucesión de los imanes chiíes, llegamos hasta el sexto imán, Yafar as Sadiq, que había decidido nombrar sucesor a su hijo Ismael —Hertier notó como el nombre despertó inmediatamente los sentidos de Manex—, y este Ismael, que debería haber sido el séptimo imán chií, es el que da nombre al ismaelismo. Pero Ismael fue también asesinado y no llegó a tomar posesión del imanato, por lo que una parte del chiismo comenzó a considerar que este imán no es que hubiese sido asesinado, sino que se había escondido y que así se mantendría hasta retornar a la tierra en forma de mesías. Por tanto, el ismaelismo es la parte del chiismo que considera a Ismael el imán escondido, el Mahdi, el futuro mesías que reaparecerá victorioso algún día, y el último imán de su tradición. Por eso a esta rama del Islam se les llama de *los siete*, mientras que otras ramas del chiismo aceptan doce imanes y se denominan de *los doce*.

—Pero Roger, sigo sin saber qué tienen de especial esos *nizaries*.

—Ya llegamos Manex —Hertier le hizo un gesto con la mano solicitándole un poco de paciencia—, sin estos conocimientos previos no te será posible entender a los *nizaries*.

»El Cairo fue fundada a finales del siglo X por unos fatimíes ismaelitas procedentes de Persia. El fundador de la secta *nizarí* predicaba el ismaelismo en Persia. Se llamaba Hasam ibn Sabaa, como te he dicho al comenzar la explicación.

—Pero ¿qué les hace tan temibles a los ojos de los egipcios de hoy día? —Volvió e interrumpir Manex, impaciente por las largas explicaciones de Hertier y harto de comer pasteles de pistacho y miel.

—La forma en la que eran captados y adiestrados como miembros de la secta *nizarí*, en la que juraban obediencia ciega a su líder espiritual, y especialmente el propósito para el que eran utilizados. Ahora seguramente lo vas a ver más claro, cuando te diga que también se les conoce con el nombre de Assasins.

—¿Assasins? Suena a asesinos…

—Efectivamente, así les llamaban sus detractores. Los Assasins o Hasshesins, fueron los primeros en utilizar el asesinato como método para influir en la política. Su adiestramiento era implacable. Dice la leyenda que debían su nombre al hasshis, del cual eran consumidores impenitentes desde la noche de los tiempos. Una combinación de adoctrinamiento religioso, narcóticos y placeres, los convertían en temibles ejecutores. Asesinos a sueldo, reclutados y utilizados durante siglos por quienes tuvieran dinero suficiente para pagar sus servicio. La secta, al parecer, todavía opera en Siria y en Egipto.

—¿Cómo sabes que aún opera en Egipto? Por lo que me dices estas eran historias del pasado, de hace seis siglos.

—No si lo que ha relatado Ahimán a Ramis es cierto. Mientras estabas en el desierto envié a Ramis a enterarse de los detalles, sabedor de que a tu vuelta me ibas a preguntar sobre ello. Según lo que le ha relatado Ahimán, fue reclutado de niño en

una aldea del bajo Nilo. Sus padres lo habían vendido a un comerciante sirio, durante una de las peores sequías que había padecido la región, cuando solo contaba con nueve años de edad. El comerciante, a su vez, lo había entregado a los monjes negros, para ser adiestrado en las montañas de Siria. Posteriormente había retornado a Egipto, pero al haber fallado en la misión que le habían encomendado, lo habían arrojado por el precipicio donde lo encontraste. Por lo que se ve no admiten el fracaso.

—Gracias Roger por la explicación, ahora comprendo todo mejor, pero supongo que lo de tener su vida en mis manos es una fórmula protocolaria.

—Me temo que no, Manex. En esta parte del mundo ese tipo de promesas debe de tomarse muy en serio.

Fue así como el destino de Ahimán, quedaba unido al de Manex de manera indisoluble. Ya nunca se separaría de él, salvo en ocasiones puntuales. Además, al final del viaje por Egipto, cuando descansaban en El Cairo, ocurrió un acontecimiento que acabó por convencer a Manex de las ventajas de su nueva situación.

La expedición, cumplidos todos los objetivos que le había encomendado François Yves de Montagnac, abandonó el desierto y regresó a la bulliciosa ciudad de El Cairo, aunque no a su centro histórico. Por precaución, se alojaron en la villa amurallada de las afueras de un comerciante libio, amigo de Hertier, que les cedió la casa para que pudieran recuperar fuerzas durante unos días, antes de embarcarse en una goleta, que partía para Tolón cargada de grano egipcio y que había sido fletada por Hertier. La carga se hallaba debidamente estibada, y la nave aguardaba las órdenes de partida, mansamente recostada sobre los muelles, en el bullicioso puerto de El Cairo.

Los ingleses se hallaban muy intrigados por las idas y venidas de aquellos franceses en el desierto y decidieron averiguar las razones de estas andanzas, mediante un audaz golpe de mano. En medio de la noche, asaltaron la villa en la que se refugiaba la expedición y se llevaron presos a Hertier y a Manex, a quienes recluyeron en la mansión fortaleza de un hacendado mameluco, con el que compartían operaciones mercantiles de dudosa legalidad. Nadie sabía dónde se encontraban, ni se sentía capaz de buscar una solución. Ahimán, no estaba presente cuando todo esto ocurrió, pues había pedido permiso a Manex para acercarse al poblado en el que había vivido de niño, para tratar de averiguar si alguno de sus hermanos y familiares se hallaba aún con vida. Cuando partió, Manex ignorante sobre el valor que aquellas gentes otorgaban a la palabra dada, incluso pensó que no le volvería a ver nuevamente. Pero en cuanto Ahimán regresó y supo de la desaparición de su dueño y señor, fue a la ciudad y moviéndose en las penumbras como solo él sabía hacerlo, pronto averiguó dónde se encontraban retenidos los franceses.

Amparado en las sombras de la noche, entró en la casa del mameluco que les retenía, asesinó a seis guardianes de la fortaleza, penetró en el cuarto en el que dormía el comerciante al que rebanó el cuello, sin darle tiempo a despertar. Después bajó hasta los sótanos, eliminando silenciosamente a los carceleros, y tras liberar a su

amo y a Hertier, abandonaron la casa por la puerta principal, pues ya no quedaba nadie con vida en la mansión. Este episodio impresionó sobremanera a Manex, aunque no tanto como a los ingleses que descubrieron la escabechina a la mañana siguiente y no podían comprender que nadie hubiese oído nada. Para cuando las autoridades egipcias, azuzadas por los ingleses, trataron de hacer algo, la goleta en la que viajaba Manex surcaba las aguas azules del Mediterráneo rumbo a Francia.

BURDEOS

Puerto de Burdeos
Sur de Francia
Enero de 1778

-1-

Jacques Lafitte volvió descorazonado a su almacén de vinos del Quai de Sables. Seguía sin tener noticias de la visita anunciada por Montagnac y tampoco había averiguado nada sobre las fragatas británicas que patrullaban el Golfo de Gascuña y que los malditos ingleses llamaban de Vizcaya, solo por fastidiar. Todos los barcos que abandonaban Burdeos, eran sistemáticamente abordados por los ingleses, pero esa actividad de la flota británica había desaparecido durante los últimos diez días sin razón aparente.

A pesar de sus buenas relaciones con los comerciantes británicos, tradicionalmente asentados en la capital, poco o nada había conseguido averiguar. Aquel repentino cambio de actitud no presagiaba nada bueno. Los ingleses nunca hacían nada porque sí. Siempre había alguna razón, y no conseguía establecer las causas de esta nueva estrategia. Todo el mundo en la ciudad pensaba simplemente que el bloqueo había sido levantado, pero él no se fiaba.

Sus instrucciones eran claras: informar al visitante de la situación en cuanto llegase, albergarle los días que fuese necesario y finalmente embarcarle para La Havana[17] con discreción. Llevaba varias semanas preparando el barco y los preparativos estaban casi terminados, la tripulación preparada y la mercancía convenientemente estibada en las bodegas, con excepción de algunos artículos de última hora que utilizaba para justificar el retraso de la partida. Un gran secreto envolvía aquel viaje y François había sido muy específico al respecto. Nadie debía conocer las causas del viaje, ni la identidad del viajero. Debía parecer un simple comerciante que se arriesgaba a viajar a la colonia española, para competir con los desconocidos vinos de Burdeos frente a los magníficos vinos españoles que

monopolizaban el mercado de la colonia, fuertemente protegido por la corona.

La excusa era muy factible, pues el rey Carlos de España había comenzado grandes reformas en el comercio con las colonias españolas de América, y ahora era posible enviar productos franceses al ultramar español.

—Un gran rey —pensó en voz alta—. Bueno para el comercio, bueno para el país.

El sonido hueco de unos pasos rítmicos, atrajo su atención hacia la puerta del almacén. Un joven de aspecto servil y ataviado con una lujosa librea, se dirigía hacia allí con paso decidido. Se detuvo frente a él y le obsequió con una barroca reverencia.

—*Monsieur*, mi señora *madame* Seville, os ruega que acudáis junto a ella y la socorráis.

Divertido por el amaneramiento del joven sirviente, Lafitte no pudo reprimir su risa, mientras preguntaba dónde se encontraba la dama en apuros.

—Frente a vuestro establecimiento, *monsieur*. Acompañadme si sois tan amable.

Madame Seville no se había apeado de su carruaje. Solo cuando Lafitte apareció por la puerta del almacén precedido por el solícito sirviente, la puerta del coche se abrió y la incomparable belleza de la dama se expuso a su mirada.

—Bella como el demonio —pensó Lafitte para sí.

Al acercarse más a ella, reparó en su mirada felina y en la belleza de su rostro, matizada por la prestancia que solo los años confieren a las mujeres bellas. Saltaba a la vista, que se trataba de una mujer peligrosa. Le saludó con una reverencia, que ella aceptó con una sonrisa levemente esbozada en su rostro.

—Jacques Lafitte, para serviros *madame*. ¿En qué puedo ayudaros?

—Gracias por vuestra amabilidad en acudir a mi encuentro, *monsieur* Lafitte. He sido informada de que armáis, ¿se dice así?, un barco para La Havana, que estará listo para partir muy pronto. Debo visitar a mi prima *madame* de Escobar por motivos familiares. Desearía saber si aceptáis pasajeros en vuestra nave, *monsieur*. Podéis estar seguros de que una respuesta afirmativa os resultará sumamente ventajosa. Debo partir a la mayor brevedad posible y vos sois mi última esperanza.

Su rostro había adquirido una expresión suplicante y seductora al mismo tiempo, pero sin perder su majestuosa dignidad. Sus ojos, verdes como esmeraldas portuguesas, brillaban con una intensidad desconocida para él, y tenía que realizar un esfuerzo sobrehumano para evitar que sus ojos se detuvieran en aquel busto que pugnaba por salir de entre los encajes del vestido parisino, que más que cubrirla la desnudaba.

—*Madame* Seville, me siento muy honrado por vuestra proposición y no dudo de vuestra enorme generosidad, pero el barco del que habláis es un simple mercante sucio e inseguro, inapropiado para una dama de vuestra condición. Salvo la del capitán, ni tan siquiera dispone de cámaras para la tripulación y mucho menos para una persona de calidad como vos. Por no hablaros de los rufianes que componen la tripulación y la dureza de una travesía de tanta duración. Os ruego que desistáis de

semejante… locura. Os ruego me perdonéis la expresión.

—*Monsieur* Lafitte, no os dejéis impresionar por mi actual apariencia. Sé perfectamente a qué os referís y puedo aseguraros que he sopesado todos los riesgos y que puedo asumirlos sin ningún compromiso por vuestra parte. Creo que mil monedas de oro aliviarían vuestros sufrimientos por mí.

—No lo dudo *madame*, pero además existe otro inconveniente que lamentablemente está fuera de mi ámbito de decisión. Dudo que el capitán Laveine contemple la posibilidad de contar con vuestra compañía durante esta travesía. Con todo respeto *madame*, sabéis que el mar y las damas son una desafortunada combinación. Os ruego nuevamente que desistáis. Quizás en Le Havre, o en algún puerto de la costa española, podáis encontrar un transporte digno de vuestra clase.

—No insista *monsieur* Lafitte. Si el problema es el capitán Laveine, yo me encargaré de resolverlo, pero me consta que la última palabra la tenéis vos.

Su exquisita sonrisa seguía allí presente, pero la expresión de sus ojos había adquirido un tono desafiante de contrariedad. Decididamente no era la clase de persona acostumbrada a recibir una negativa como respuesta. El sutil tono amenazante de sus palabras, encendió las alarmas en el cerebro de Lafitte.

—En ese caso *madame*, permitidme que hable con el capitán Laveine. Si sois tan amable de indicarme dónde os alojáis, recibiréis mi respuesta definitiva dentro de unos días.

—De ninguna manera *monsieur* Lafitte. No es necesario que os toméis tal molestia. Mi fiel Marcel vendrá cada mañana hasta obtener vuestra respuesta. ¿Qué hora os resultaría más conveniente?

—A mediodía —respondió Lafitte, deseoso de dar por concluida aquella charla que empezaba a ser francamente molesta.

—Así se hará. Adiós *monsieur* Lafitte. Ha sido un inesperado placer conversar con vos. Espero una rápida respuesta.

Subió al carruaje sin esperar su respuesta y se ocultó tras las cortinillas. El carruaje arrancó sin esperar ninguna orden y desapareció con dirección a los muelles.

Lafitte vio como desaparecía y en su rostro la preocupación se hizo patente. Tenía que informar inmediatamente a Yves de Montagnac. Aquello había empezado a ponerse muy feo.

Puerto de Burdeos
Cerca de Burdeos

-2-

Superado el penoso incidente que les había causado los tres días de retraso, Manex y Ahimán cabalgaban a medio galope hacia la ciudad. Por fin podía hablar con su criado, pues los días anteriores y desde el ataque, había estado más en el otro mundo que en este. No reprendió a Ahimán, pero le habló con tono enérgico; no en vano le había asignado la misión de proteger al hermano de Montagnac durante su ausencia. El egipcio mostró su total indiferencia ante las palabras de su señor:

—¿Cómo te enteraste de mi partida? ¿Cómo conseguiste embarcarte en la goleta? ¿Dónde te habías ocultado en París? ¿Cómo me habías seguido a través de Francia?

—Ha sido bastante fácil —fue su lacónica respuesta.

—Sí, pero ¿cómo?

Ahimán, que era muy corto en palabras, suspiró ante la imposibilidad de eludir las respuestas concretas.

—Me enteré por René, que se había preocupado por vuestra partida. Soborné a uno de los marineros de la goleta y estuve escondido en la sentina hasta llegar a Le Havre. El marinero me llevaba comida y agua y por la noche salía sigilosamente a la cubierta para aliviarme y tomar el aire. Desde el puerto fue más fácil, pues sabía a dónde os dirigíais. Preferí mantenerme invisible por si me necesitabais.

Manex se sorprendió de la respuesta del egipcio, pues desde que le conocía nunca había escuchado de sus labios una frase tan larga.

—Pues he de decir que me siento agradecido Ahimán, porque tu intervención ha resultado milagrosa. Ahora ya has cumplido tu promesa y me has salvado la vida, así que eres libre.

—Yo solo pertenezco a mi señor.

Fue su última frase, y Manex que le conocía, supo que eran además sus últimas

palabras y haber intentado llevar el diálogo más allá hubiese resultado un gasto vano de energías, así que se concentró en el camino y avivó el paso.

Ya se divisaban las torres de la catedral de Burdeos y las primeras casas de los suburbios. Manex todavía sufría fuertes dolores en su brazo, lo que les impedía avanzar más rápidamente.

Con un gesto indicó a Ahimán que se detuviera mientras reprimía su dolor con una mueca.

—Ahimán, me siento muy cansado. Adelántate y comunica a *monsieur* Lafitte nuestra llegada. Nos encontraremos junto a la catedral al anochecer.

—Si, effendi.

Ahimán vaciló antes de comenzar a alejarse, lo cual indicaba que su aspecto debía de ser bastante malo. No tuvo más remedio que jalearle para que marchara. El tiempo perdido empezaba a ser un problema. Demasiada ventaja para los esbirros de Howard. Ojalá no fuese demasiado tarde. Hacía días que debían de haber zarpado para América.

Vio alejarse a Ahimán y sintió un cierto alivio. Si no hubiese sido por él, estaría muerto en una cuneta del camino y todo hubiese terminado. Estaba deseoso de llegar a la ciudad, y poder informar a François de que todo seguía adelante, aunque fuese con un poco de retraso. Pobre François, estaría al borde de un cólico. Podía imaginárselo pretendiendo no sentirse afectado mientras su interior se abrasaba con las llamas de la duda y la incertidumbre.

Château de Graves
Residencia de Montagnac
-3-

Pero Manex se equivocaba. En aquel preciso instante, François y venerables miembros de la Orden celebraban con alegría el permiso concedido a Voltaire por Luis XVI para regresar a París.

—Y bien Montagnac, ¿cómo se encuentra de salud el viejo cascarrabias? Al fin y al cabo, lleva casi veinte años muriéndose —preguntaba Claude de la Fontaine, respetado miembro de la comunidad masónica parisina.

—Tengo entendido que estupendamente. Al parecer el clima de Ferney le sienta de maravilla.

Montagnac se giró hacia la concurrencia y recabó su atención con unos sonoros carraspeos. Poco a poco el murmullo de las conversaciones se fue apagando y todos quedaron mirando hacia Montagnac, que sostenía una copa de champán en su mano derecha.

—*Monsieurs*. Propongo un brindis. ¡Por nuestro querido hermano, defensor de causas perdidas, burlador de frailes y clérigos, escritor erudito, filósofo y representante sin igual de este siglo de Las Luces! ¡Por él!

—¡Por él! —secundaron de forma entusiasta los congregados.

Por la puerta lateral del gran salón apareció Ferdinand, que con un gesto indicó a Montagnac la necesidad de su presencia en otra dependencia. Montagnac se excusó y se reunió con él en la biblioteca.

—¿Qué ocurre Ferdinand?

—Se ha recibido otro mensaje, *monsieur*. Esta vez de Burdeos. Aquí tenéis la cápsula.

Manteniendo la calma a duras penas, Montagnac repitió la operación de apertura del mensaje y lo leyó despacio y detenidamente. Su rostro fue adquiriendo una

expresión aún más grave que la habitual. Lo guardó en el bolsillo despacio, mientras su mente trabajaba frenéticamente.

—Venid conmigo Ferdinand, es preciso actuar de manera urgente. Me temo que han localizado a Manex. Debemos buscar una salida inmediatamente.

Ciudad de Burdeos
Plaza de la Catedral
-4-

Anochecía cuando Manex llegó a la plaza frente a la catedral, que se encontraba totalmente desierta a aquellas horas. Los cascos de su caballo sonaban metálicos al rebotar en el pavimento de pavés, mientras las sombras se iban apoderando de la plaza. Manex estaba al borde de la extenuación, mientras escrutaba la penumbra con sus ojos cansados sin llegar a divisar nada. Por fin, al otro lado de la arboleda que rodeaba la plaza, alcanzó a ver la luz de un farol que aparecía intermitentemente. Se dirigió hacia él y al llegar a los árboles, Ahimán le aguardaba en compañía de un hombre corpulento pero de cara amable.

Bajó del caballo y tuvieron que sujetarle para que no se desmayara. Le ayudaron a tomar asiento al pie de un crucero, que descansaba sobre una gran piedra.

El hombre que acompañaba a Ahimán le tomó de la mano, y le hizo el signo ritual de los maestros masones, pues ante la presencia de Ahimán no se atrevía a hablar de asuntos de la Orden. Manex le tranquilizó:

—No os preocupéis por él, *monsieur* Lafitte. Es mi sirviente egipcio y podéis hablar como si estuviésemos solos —le dijo mientras con un gesto indicaba a Ahimán que se alejase un poco—. Os pido disculpas por mi retraso. Ya empezaba a creer que nunca llegaría a esta ciudad.

—No soy el hermano Lafitte —matizó el hombre, mientras su rostro se relajaba ante el alejamiento de Ahimán—, soy el hospitalario del taller. Mi nombre es Antonino. *Monsieur* Lafitte os espera en un lugar seguro al que yo he de conduciros. Las cosas están muy revueltas por aquí, *monsieur* Lamark.

—¿Y en París? —preguntó suplicante.

—También. Debemos irnos *monsieur*. La ronda de noche estará al llegar.

Manex realizó un esfuerzo sobrehumano para subir de nuevo al caballo y no lo

hubiese conseguido sin la ayuda de Ahimán. Creyó morir cuando el caballo reanudó su marcha. A tenor de las miradas de sus acompañantes su aspecto debía de ser lamentable. Sintió que las fuerzas le abandonaban y se sumergió en el sueño de la inconsciencia.

Granja de Lafitte
Afueras de Burdeos
-5-

Despertó con una zarabanda de graznidos y aleteos que se desarrollaban no demasiado lejos de donde se encontraba. Sintió la opresión de un vendaje que le sujetaba la clavícula y el hombro e inmediatamente un intenso dolor se apoderó de todo su cuerpo. A duras penas se incorporó y se acercó a la ventana cuyas contraventanas de madera empujó con el brazo sano. Frente a él, una nube de gansos blancos porfiaba desesperada por alcanzar el maíz que les ofrecían un par de mocosos, que reían divertidos haciendo rabiar a las aves. La visión sirvió para divertirle y animarle. La vista era extraordinaria. Al fondo, las agujas de la catedral sobresalían sobre las casitas agolpadas en torno a ella, mientras el río, majestuoso en su desembocadura, describía un amplio meandro hacia la izquierda. La Gironde era uno de los ríos más caudalosos y largos de Francia, y en una ocasión había visitado el lugar de su nacimiento en las tierras españolas del Valle de Arán, que pertenecían al dominio de la Iglesia en la Seo de Urgell. Aquel riachuelo que nacía en las alturas pirenaicas, se convertía en aquel caudaloso estuario, cuatrocientos kilómetros después.

Escuchó a los mocosos que se habían percatado de su despertar y alertaban a su madre de tal circunstancia, momento en el que Ahimán entró en la estancia tras llamar ligeramente a la puerta.

—Buenos días Ahimán —le dijo exhibiendo una sonrisa que pareció tranquilizar a su criado—. Pareces sorprendido… ¿Qué pasa? ¿Tan mal aspecto tengo?

—No effendi, pero lleváis tres días durmiendo y nos habíamos empezado a preocupar.

—¡Tres días! ¡Imposible! ¡Tenemos que partir!

—Calmaos *monsieur* Lamark —le interrumpió Lafitte, que acababa de irrumpir

en la estancia—, hay noticias importantes de París que debéis considerar con atención.

Manex comenzó a protestar, pero el comerciante se mostró inflexible y continuó su alegato:

—Lo primero que debéis hacer es tomar un baño y después os cambiaremos el vendaje. Continuaremos con una sabrosa comida y una vez repuestas vuestras fuerzas, continuaremos con el trabajo. Y es una orden, así que si me disculpáis iré a dar las instrucciones precisas a este respecto —sentenció, mientras se giraba e iniciaba el camino escaleras abajo, impartiendo órdenes a diestro y siniestro.

Manex se incorporó con ayuda de su sirviente y se acercó al espejo de la pared, mientras se tocaba el mentón con su única mano útil. Tenía un aspecto horrible y barba de varios días. Trató de lavarse, pero ante las dificultades que le causaba no tuvo más remedio que aceptar la ayuda de Ahimán.

Después de asearse y afeitarse, se vistió con las nuevas ropas que los sirvientes de Lafitte habían dispuesto con mimo sobre un aparador y se dirigió a la parte baja de la casa. Ya desde las escaleras, pudo oír las instrucciones que frenéticamente impartía su anfitrión a las sirvientas, para que la comida estuviese dispuesta a la llegada del señor.

En un pequeño comedor situado junto a la cocina, Manex pudo saciar el hambre acumulada de varios días. La verdad es que llevaban sin comer desde que el clérigo les liberó de su encierro carcelario y había perdido varios kilos de peso. Contempló con glotonería las diferentes viandas situadas en la mesa, mientras Lafitte se acomodaba frente a él.

—Espero *monsieur* Lamark que todo estará a su gusto.

—La verdad *monsieur* Lafitte es que no sé por donde empezar, porque todo tiene un aspecto estupendo…

—Llámeme Claude —le interrumpió el comerciante.

—De acuerdo Claude, a mí podéis llamarme Manex. ¿Cuáles son las novedades?

El rostro de Claude adquirió un rictus de gravedad que no presagiaba nada bueno.

—Pues las noticias son francamente malas Manex. Una dama parisina se presentó hace unos días en mi establecimiento solicitando pasaje en el barco que había dispuesto para vuestro viaje a La Havana, con la excusa de que debía acudir presurosa a un encuentro con un familiar. Era muy bella la condenada, pero…

—¿Recordáis el nombre de la dama por casualidad?

Claude, que era un detallista sonrió.

—*Madame* Seville dijo llamarse, y por sus ropajes deduje que se trataba de una cortesana parisina.

Al oír el nombre, Manex dio un respingo en su silla que no pasó desapercibido para Claude, que inmediatamente le inquirió:

—¿Acaso la conocéis, Manex? La verdad es que su belleza era casi hipnótica y en otras circunstancias hubiese estado encantado de servirle.

—Me temo que si la conozco —reconoció Manex con gesto de gran preocupación.

Su mente volvió a recordar la última velada parisina en compañía de Armand… Armand.

—Claude, ¿tenéis noticias de un tal Armand de Azincourt?

—Pues me temo que sí Manex. Montagnac me pidió que os comunicara que *monsieur* Armand fue asesinado en San Quentin, en su viaje a Amberes. A eso me refería con las malas noticias. Vuestro Venerable me pidió que os comunicase la trágica noticia.

Manex no le escuchaba. Una ola de tristeza infinita le había subido a la garganta y pugnaba por no llorar delante del comerciante. Había perdido el apetito súbitamente y lo único que deseaba era estar solo. Se levantó de la mesa y abandonó la estancia. Ahimán, que se encontraba como siempre cerca pero invisible, se desvaneció en dirección al jardín mientras Manex, incapaz de contener su llanto, se adentró en el pequeño bosque detrás de la casa.

Cuando regresó estaba lleno de ira y de impaciencia, deseoso de devolver el golpe. Y qué golpe… Una sola idea se agolpaba en su mente. Vengar la muerte de Armand.

Llamó al comerciante en cuyo rostro se reflejaba la preocupación por la siniestra mueca que adornaba la cara de Manex, y ambos se acomodaron en la misma mesa ya desprovista de manjares.

—Claude, me decíais que una dama os había pedido pasaje para América. ¿Sabéis acaso donde se aloja? —preguntó, sin que su cara pudiese desmentir sus intenciones.

—¡*Monsieur* Lamark, Manex, calmaos! No sé muy bien las razones de Montagnac para comunicaros la muerte de Armand, pero estoy seguro que no trataba de despertar vuestras ansias de venganza. Creo más bien que trataba de avisaros de la gravedad de la situación y de la necesidad de ser astuto en estas circunstancias. Además, no sé donde se aloja la dama en cuestión, pues evitó cuidadosamente darme esa información, pero si lo deseáis no tardaré en informarme. Nuestra comunidad es lo suficientemente pequeña para que una dama de esta alcurnia no pase desapercibida. Y además están las instrucciones de Montagnac…

—¿Qué instrucciones?

—Son escuetas pero claras. Debéis abandonar el plan original y dirigiros a uña de caballo a la ciudad de San Sebastián, concretamente al puerto de Pasajes, donde deberéis contactar con un hombre de la Compañía Guipuzcoana llamado señor Zavala. Él os facilitará transporte para La Havana. El resto del plan permanece inalterado. No creo que Montagnac entienda que desobedezcáis sus órdenes en busca de una venganza innecesaria. Yo por mi parte debo tratar de embarcar a la dama en nuestro barco para intentar quitarla de la circulación, y si deseáis venganza, puedo proporcionaros una posibilidad…

—¿Cuál? —le interrumpió con violencia—. ¿Qué venganza podéis proponerme

para la pérdida de un amigo íntimo?

Claude sonrió con una mueca perversa, impropia de su rostro afable y rechoncho.

—Dejad que la dama embarque en nuestro barco creyendo que vos estaréis también allí. Luego, cuando no haya vuelta atrás, dejaremos que la tripulación se encargue de ella. Podéis estar seguro de que quedará satisfecha.

—No es desdeñable vuestro ofrecimiento, pero dudo que Eloise caiga en una trampa tan burda. Ella no tiene ninguna intención de embarcar en ese mercante. Desea acabar conmigo y regresar a París a recibir su recompensa.

—Veo que conocéis a la dama —le inquirió Lafitte.

—Sí, la conozco de verdad.

Manex recordó la amabilidad de *madame* Seville con Eugene y con él, cuando coincidían en alguna celebración, y cómo se le había insinuado en múltiples ocasiones. Así que la muy zorra estaba al servicio de Howard, y obtenía sus informaciones seduciendo a caballeros masones. La odió con una intensidad desconocida en él y supo que algún día se vengaría de ella por todos sus engaños.

—Bien Claude, no sé si vuestra estratagema dará resultado, pero vamos a intentarlo. Disponed todo para el engaño —ordenó Manex.

—De acuerdo —respondió el comerciante que había recuperado la sonrisa, al comprobar que Manex atendía su proposición—, su criado Marcel vendrá a mi almacén a recabar noticias del embarque. Dejadlo de mi cuenta.

COMPAÑÍA GUIPUZCOANA DE CARACAS

Sede de San Sebastián
Norte de España

-1-

La Real Compañía Guipuzcoana de Caracas, había comenzado sus actividades en 1728, siguiendo el modelo de la británica Compañía Inglesa de las Indias Orientales. Llegó a contar, entre fragatas, pingües, jabeques y balandras hasta con sesenta y dos navíos destinados al transporte de mercancías, así como a la protección de costas y represión del contrabando, y fue promotora y accionista de otras compañías de comercio como la Real Compañía de La Havana, fundada en 1740.

Juan de Zavala se afanaba en su mesa, tratando de poner orden en el caótico montón de papeles que se acumulaban frente a él. Eran todos los recados de partida de las mercancías que habían zarpado rumbo a Venezuela a bordo del *San Miguel* y *Santiago*, desde el cercano puerto de Pasajes. Tenía que terminar de poner orden y archivar toda aquella documentación, antes de que se empezaran a acumular más papeles de las cargas del siguiente barco y aquello se le fuese de las manos. Cuando se abrió la puerta y vio al asistente del director dirigirse hacia él, no supo si fue más el miedo o el respeto lo que le hicieron ponerse de pie de un salto.

—Buenos días don Esteban —saludó a aquel hombre circunspecto y elegante, a quien todo el mundo respetaba y temía en la Compañía—. ¿En qué puedo servirle?

Mientras le veía avanzar, trataba de imaginarse qué podía haber ocurrido para que don Esteban se presentase en su oficina. Su rostro pálido y anguloso, de estilizada nariz, no parecía reflejar signos de enfado especiales, aunque la cicatriz que recorría su mejilla derecha desde la ceja hasta la comisura de los labios, le confería una seriedad y dramatismo difíciles de describir.

—Siéntese Zavala —le dijo mientras tomaba una silla y la situaba frente a la mesa.

Miró desdeñosamente el desorden de la mesa, y luego continuó con el escrutinio

de toda la estancia, cuyo estado era evidente que no le complacía.

—Dígame señor Zavala, ¿cuál será la próxima salida para América?

—El *San Bruno* debería partir hacia Caracas a principios de abril, don Esteban.

Se quedó mirándole sin decir nada. Sus ojos pardos le miraban desde la ferocidad, mezclada con una inmensa tristeza.

—¿Nada más, oficial de carga? —Su voz se tornó aún más grave.

—El *León de Gante* se halla atracada en el Puerto de Pasajes, señor. Pero se trata de una fragata de la vía reservada.

—Noto un extraño tono en su voz, señor Zavala. ¿Acaso le disgusta el asiento de negros?

—De ninguna manera don Esteban, pero no estoy autorizado a hablar de ello.

—¿Ni siquiera conmigo? —le preguntó taladrándole con la mirada.

—Discúlpeme señor, no pretendía molestarle, pero sabe que el acuerdo con los ingleses…

—Ahórreme la cháchara señor Zavala; conozco perfectamente las circunstancias de ese embarque —le interrumpió bruscamente—. Lo que deseo saber, de manera inmediata, es la fecha de partida y la ruta prevista, así como la fecha en la que las piezas[18] deben llegar a La Havana.

—Desde luego don Esteban. La fragata partirá dentro de diez días. Se encontrará con los portugueses en Terceira[19] y luego continuará viaje a La Havana, donde esperamos que llegue a principios de Marzo.

—Excelente señor Zavala, parece que vamos congeniando. Dígame… aquel muchacho de Guetaria… ¿Cómo se llamaba? ¿Todavía busca trabajo?

—Si se refiere a mi primo Joseph, si señor, todavía busca trabajo. Ya sabe como están las cosas de la pesca, con todos los marineros de la provincia enrolados en nuestros barcos.

—Lo sé Zavala, lo sé. Pero ahora tiene la oportunidad de arreglarle la vida a su primo. Para ello solo tiene que prestarme un gran servicio y además de arreglar lo de su primo, obtendrá una pequeña recompensa. Según tengo entendido acaba de contraer matrimonio.

—Así es señor. Si fuese tan amable de indicarme cómo puedo ayudarle, lo haré con gusto.

—Zavala, creo que es un hombre inteligente y que nos vamos a entender. Escuche con atención: dentro de unos días se presentará en Pasajes un caballero francés. No se preocupe sobre cómo se entenderá con él, porque habla perfectamente tanto el castellano como el vascuence. Quiero que lo aloje en el *León de Gante*, de manera digna, y que le provea de un salvoconducto como empleado de la compañía para que pueda moverse libremente. Consígale un pasaporte para poder entrar en La Havana sin dificultad y asegúrese de que se halla abordo el día de la partida de la fragata. No debe viajar en la fragata ningún pasajero más y por supuesto nadie debe conocer esta conversación, ni la presencia de nuestro pasajero en esa travesía. ¿Está claro señor

Zavala?

—Como el agua de la bahía, don Esteban. Y ¿a qué nombre debo confeccionar los documentos, señor?

—Cuando llegue lo sabréis. Ayudadle en todo lo que haya menester.

Don Esteban abandonó la estancia con la misma elegancia y severidad con la que había irrumpido en ella. Estaba satisfecho porque por fin iba a poder devolver el inmenso favor que años antes le había hecho François Yves de Montagnac, cuando vivía en París. Se tocó suavemente la cicatriz de su rostro y se dispuso a continuar con sus tareas.

Ruta del Sur
Camino de Bayona
-2-

Mientras tanto Manex recordaba el mensaje de Montagnac, que había sido terminante. Abandonar Burdeos de manera inmediata y dirigirse a uña de caballo hacia el sur. El nuevo destino era San Sebastián, en la provincia de Guipúzcoa, ya dentro de territorio español y más concretamente el vecino puerto de Pasajes, desde el que partían las naves para el Nuevo Mundo. El viaje requería no menos de tres días por las marismas landesas hasta Bayona, para después bordear la bella costa vasca hasta la frontera del Bidasoa y llegar a San Sebastián, a escasas leguas de allí. Era un viaje conocido para Manex, que lo había realizado decenas de veces de regreso a su casa de Bayona desde París, cuando visitaba a sus parientes, después de concluidos sus estudios o de regreso de algún viaje. Sería la primera vez que no se detendría en Bayona.

No sabía lo que había motivado aquel cambio brusco de los planes, pero comprendía perfectamente que François tendría poderosas razones para actuar así, dada la importancia de la misión que se le había encomendado y cuya verdadera dimensión todavía desconocía. Se palpó el costado por debajo de la capa, para comprobar que los documentos seguían en su sitio. Tanta desgracia por un puñado de papeles.

Por lo demás se sentía mejor en el aspecto físico. Casi había recuperado completamente la movilidad del brazo derecho y podía volver a utilizar su espada. Su motivo principal de preocupación radicaba ahora en su enorme retraso, que desgraciadamente aumentaría con el desplazamiento hasta San Sebastián. Solo la pena por la trágica muerte de Armand le nublaba el pensamiento. Aunque habían hablado de la posibilidad de morir en esta misión, realmente no lo habían considerado. Parecía una cosa poco probable. Lo importante para los ingleses eran los

documentos que transportaban. Asesinar al mensajero era innecesario. Armand asesinado… Le parecía imposible. Nunca volvería a verle ni a reír y cantar con él. Armand, Marie, Eugene. Todos habían desaparecido de su vida dejándola vacía y sin sentido.

Ahimán, como siempre, caminaba a su lado inmutable e impertérrito. Estaba tan acostumbrado a no sentir su presencia que incluso cuando estaba a su lado le parecía que estaba solo. Él se quejaba de su amargo destino, pero nunca había reparado en el de su sirviente. Un niño vendido a una secta de asesinos profesionales que le habían arrancado todo rasgo de humanidad a base de drogas y abusos sin fin. Un hombre sin familia, sin pasado y sin futuro, condenado a vagar por el mundo haciendo lo único que sabía: matar. Pensó que si la vida podía ser tan cruel con un ser humano, no tenía derecho a mostrar ninguna queja. Guardaba un grato recuerdo de sus padres y de su vida en Bayona hasta que murieron. Tenía un padre adoptivo maravilloso y sabio. Casi había alcanzado la dicha completa con Eugene. Había visitado el mundo y conocido maravillas vedadas a la mayoría de los mortales. Era joven y vigoroso. Era atractivo y no tenía problemas de hacienda. Pero estaba solo consigo mismo. Pero ¿es que acaso había otra forma de pasar por esta vida, que la soledad del propio ser? La respuesta era no y por eso le atraía tanto la fraternidad entre los hombres, aunque el devenir de los acontecimientos ponía en duda muchas de sus convicciones en esta materia. Al fin y al cabo, habían sido aquellos que se hacían llamar hermanos quienes habían acabado con la vida de su amigo Armand. Un masón asesinado por otros masones. Un horror.

Sujetó las riendas del caballo para volver al paso y dar así un pequeño descanso a los animales.

—¿Te parece que el destino es injusto contigo? —preguntó a Ahimán, para romper el silencio.

—Effendi, todo está escrito en las estrellas. *Maktub*. Es la voluntad de Alá.

Era curioso como las creencias religiosas ayudaban a hacer soportable el diluvio de desgracias de la vida. Dios. Sobre Él los hombres no paraban de escribir, de discutir y de pelear. Por Él mataban, mentían, robaban, saqueaban y quemaban a otros seres humanos. Sin embargo, nadie sabía nada de Él. Todo era especulación gratuita convertida en dogma, al servicio del poder de unos hombres sobre otros. Dios, religión e Iglesia. Tres cosas distintas que los hombres se empeñaban en unir de manera indisoluble al servicio del poder del hombre sobre el hombre. Clérigos gordos y viciosos mancillando la palabra de Dios al servicio de una iglesia gorda y viciada, cuyo único interés radicaba en el poder terrenal.

Salió de sus pensamientos al sentir el ruido de un carruaje frente a ellos.

El carruaje avanzaba rápido por el camino abierto a pico en el enmarañado bosque landés y no dejaba paso para que le adelantasen los hombres a caballo que se acercaban por detrás.

—*Madame*, dos caballeros se acercan al galope. ¿Debo dejarles paso? —preguntó

el cochero a la pasajera.

Madame Seville se giró sobre el asiento del carruaje para observar a los jinetes que se acercaban y tuvo la inmediata certeza de que su suposición había sido correcta. Aquel idiota de Burdeos no había podido engañarle. Solo hubiese habido una razón que le hubiese hecho subir a aquel apestoso mercante y esta no era otra que encontrarse a bordo con Manex para acabar con él. En cuanto todas las dificultades que le había planteado para embarcarse se tornaron en facilidades, comprendió que trataban de conducirle a una trampa. Conocía demasiado bien a los hombres. Arrogantes y estúpidos, perdían el sentido en cuanto olían una enagua. Aquel gordo barrigudo vendedor de vinos había creído que podía jugar con ella, que era una experta en el arte del engaño y del fingimiento. Su estratagema para hacer creer a su sirviente que un hombre de París también acompañaría a su señora en el viaje a La Havana, le había parecido infantil. Pero nada importaba más que culminar aquella misión que tan nervioso tenía a todo el mundo en París y en Londres. Ahora sabía, por fin, el destino de Manex, que no era otro que La Havana, y estaba segura que Howard sabría apreciar aquella información en lo que valía y sobre todo, qué hacer con ella. Por su parte tenía las cosas claras. Acabar con aquel insolente de Manex Lamark tan pronto como pudiera y llevarle su cabeza en bandeja de plata a Howard. Y después, disfrutar de las riquezas y los lujos que le había prometido el inglés. Además, su próxima visita le iba a deparar un placer inesperado. O mejor debería de decir dos placeres inesperados y diferentes, pero que mezclados estarían deliciosos con toda seguridad.

—¡Déjales pasar! —le gritó—. Sé perfectamente hacia donde se dirigen —pensó sin poder reprimir una sonrisa de satisfacción.

El carruaje redujo su velocidad al tiempo que se retiraba levemente hacia la derecha y los dos jinetes les sobrepasaron sin dificultad, y aun más importante, sin perder un solo segundo en reparar en ellos.

Jardines Reales de Kew
Cerca de Londres
-3-

Mientras tanto en Londres, Ron Howard había sido citado nuevamente en los jardines de Kew, para entrevistarse con el lord. Se acercó caminando despacio hacia el invernadero central del parque, donde le esperaba el noble que mataba su tiempo cultivando flores raras de las diferentes partes del imperio.

Avanzaba despacio, sin querer llegar y encontrarse con su destino. Las noticias eran horrorosas. Los sediciosos americanos al mando de Washington y de Jefferson, aunque no tomaban clara ventaja en la guerra, se iban imponiendo a base de escaramuzas y emboscadas, mientras cada día conciliaban más simpatías internacionales y estaban mejor equipados. Francia y España parecían al borde mismo de la declaración de guerra a Inglaterra y unirse a los independentistas. Todavía no sabía lo que Montagnac se traía entre manos, porque la información obtenida al «interceptar» el correo no había aportado nada. Solo sabía que *madame* Seville se dirigía a Tolosa, en la frontera norte de España, persiguiendo a Manex Lamark. Esto sí le cuadraba. Manex era el mejor hombre de Montagnac, pero no acababa de entender por qué era necesario que lo que se transportaba hubiese de serlo en propia mano. ¿Qué demonios era tan importante y pequeño como para poder ser transportado por un solo hombre sin equipaje? El zurrón que habían arrebatado a Armand, no contenía nada más que papeles sin importancia.

Un lío. Eso es lo que tenía delante. Un buen lío.

Una voz que le reclamaba desde la distancia le hizo volverse. Su criado le hacía ostensibles gestos para llamar su atención, mientras se acercaba a la carrera. Se detuvo jadeante y tras la reverencia, le acercó una nota cuidadosamente plegada, antes de retirarse unos pasos para esperar instrucciones.

Howard desplegó la nota y leyó con creciente satisfacción. Aquella fulana

parisina era una maravilla. Todavía no sabía lo que transportaba Manex, pero era importante, pues habían tratado de quitarle de la circulación en Burdeos, aunque por fin había descubierto el destino de Manex, que no era otro que La Havana. Así que los españoles también estaban en el ajo. No era raro, pues estaban sedientos de venganza desde que los ingleses les arrebataron La Havana, y aunque luego les fue devuelta nunca habían digerido bien su derrota. No era mucho, pero era algo con lo que tratar de engañar al lord. Al menos, sabían dónde dirigirse.

Despidió al criado. Más tarde enviaría instrucciones a Seville. Había que intentar impedir por todos los medios que Manex se embarcara, pero por si acaso habría que tomar medidas para interceptarlo durante el viaje, o a su llegada a la Perla del Caribe.

Abrió la puerta del invernadero y se dispuso a encararse con su destino.

BRISTOL

Ciudad de Bristol
Suroeste de Inglaterra

-1-

A pesar de haber descansado en Wells durante la noche, el viaje desde Plymouth empezaba a resultar bastante cansado. Cierto que la campiña de Devon y Somerset resultaba deliciosa incluso en aquella época del año, pero aun así, un viaje tan precipitado terminaba por hacerse muy pesado. Además, su malestar se veía acentuado por el hecho de no ser un simple teniente de navío quien debía haber atendido la reunión, sino el capitán Wilkinson, pero un inesperado y violento ataque de gota le mantenía postrado en cama. Esta desafortunada circunstancia tampoco debía de haber propiciado su asistencia, pero la intervención de Ron Howard ante el Almirantazgo había precipitado su inclusión en la lista de asistentes. No sabía todavía de qué asunto se trataba ni por qué la reunión se realizaba en Bristol, pero pronto lo sabría, pues ya se divisaba Brandon Hill a cuyos pies nacía la elegante avenida de Whiteladies Road, cuya suave pendiente conducía a Blackboy Hill. Una de las lujosas residencias de aquel precioso paraje albergaría el encuentro.

Conocía la ciudad bastante bien, no en vano su madre había nacido en el bonito barrio de Clifton, en una de aquellas espectaculares casas que se colgaban literalmente del acantilado sobre el río Avon. Recordaba vagamente los paseos por el bosque de Hampton, al otro lado de la garganta, acompañando a su abuelo George, cuando visitaban Bristol durante las navidades o en alguna semana del otoño, durante el festival. Le gustaba la ciudad y sus alrededores. La coqueta y saludable Bath, con sus termas que databan de la conquista romana; Avonmoth situada en la fangosa desembocadura del río y siempre llena de la vida, y el bullicio de los puertos y el continuo trasiego de mercancías, los secaderos de té y de tabaco, y los barcos de guerra de Su Majestad. Pero por muy atractivo que resultase el puerto de Bristol nada se podía comparar con su Plymouth natal. Su madre se había trasladado allí tras

contraer matrimonio con el oficial Lee que servía en la *Insolence*, una hermosa fragata de combate. Aunque nadie hablaba de ello, a lo largo de su vida había ido recogiendo impresiones de que tal enlace se había celebrado de manera bastante precipitada. Siempre tuvo ganas de preguntárselo a su padre, pero ni siquiera llegó a conocerle, pues la *Insolence* fue hundida en una batalla contra la flotilla del Francés, un conocido pirata al que habían sorprendido cerca de Nuestra Señora de la Antigua, en las islas de Sotavento en el Caribe británico. Aquel acontecimiento no pareció afectar demasiado a su madre, quien por lo demás raramente mencionaba a su padre. Continuaron viviendo en Plymouth y su madre nunca se interesó por ningún otro hombre, por lo menos que él supiera.

El carruaje se había detenido frente a una enorme verja de hierro forjado de dos hojas, sobre una de las cuales destacaba soberbiamente trabajado el emblema de la casa de los Hannover, dinastía alemana a la que pertenecía el reinante y jovencísimo Jorge III. Dos sirvientes de color acudieron de manera inmediata para permitir que el carruaje franqueara la entrada. Se dirigieron entonces a través de un amplio jardín de estilo italiano, hasta la entrada principal en la que un hombre de mediana edad y aspecto de mayordomo les aguardaba. Abrió la puerta del carruaje y esperó a que se apeara.

—¿A quién debo anunciar señor? —preguntó con el rostro más inexpresivo que Harry Lee recordase haber visto en su vida.

—Teniente de navío Lee.

—Seguidme si sois tan amable, señor.

Le condujo a través del vestíbulo, tras el que se abría un inmenso salón adornado con impresionantes estatuas de diferentes divinidades de la Roma antigua, y jarrones de delicados dibujos, sobre un suelo que reproducía un mosaico antiguo. Se sintió impresionado, no solo por la riqueza de la ornamentación, sino por el poder que emanaba de la estancia. Poder que debía de ser enorme, para conseguir que la todopoderosa Marina de Su Majestad acudiera a su encuentro, trato realmente insólito y al que solo podían aspirar contadas personalidades del reino. Cruzaron varias estancias hasta el jardín al fondo, en el cual y junto a una enorme encina, se levantaba un pequeño, aunque impresionante «*cottage*[20]», en cuyo tejado los «*thatchers*[21]» habían realizado un sorprendente trabajo.

El mayordomo golpeó la puerta con sus nudillos, con una suavidad casi oriental, y tras recibir permiso, abrió la puerta de roble macizo y realizó una pequeña reverencia.

—*Sir* Chapman, el teniente de navío Lee —anunció.

La estancia era sumamente acogedora. Al fondo una pequeña chimenea, desprendía un agradable calorcillo, que producía una inmediata sensación de bienestar. La enorme mesa ovalada de madera de olmo, sobre la que descansaba un enorme candelabro repleto de pequeñas velas encendidas, llenaba toda la habitación. La luz mortecina que desprendían confería a la escena una plasticidad propia de un lienzo antiguo.

Los cuatro hombres que se sentaban en derredor, le miraron con expresión severa durante unos instantes, reparando posiblemente en su juventud, sin hacer ademán de levantarse. Finalmente, el que vestía más elegantemente comenzó a hablar.

—Teniente de navío Lee, permítame presentarle al comodoro Reil, de quien con toda seguridad habrá oído hablar, el señor Perkins de la Cámara de Comercio y el señor O'Connell de la Compañía del Mar del Sur.

Correspondió a sus saludos con un leve movimiento de cabeza y volvió a dirigir su mirada hacia *sir* Chapman, que le invitaba con un gesto a tomar asiento en la única silla libre, situada en la parte opuesta en la elipse de la que ocupaba el noble.

—Siéntese Henry Frederic. Está usted en su casa —dijo a modo de introducción, tratando de hacer que el invitado se sintiese más tranquilo.

Chapman había observado la reacción de sorpresa en el rostro del joven teniente, y además parecía que esta circunstancia le había divertido, así que añadió:

—No se sorprenda teniente. Los presentes conocemos prácticamente todo sobre usted. De no ser así, no se encontraría en esta estancia. Además, ¿no es usted casi de Bristol? —Le miró burlón.

Como le había ocurrido tantas veces en su vida al referirse a sus orígenes, percibió aquella sensación de que todos sabían algo que él ignoraba.

—Así es *sir* Chapman. Mi madre nació y vivió en Clifton muchos años. No había vuelto desde hace dos años. Pasé un par de días con mis abuelos después de visitar al teniente Nelson en Bath.

—¿Conoce al teniente de navío Nelson? Terció el comodoro.

—Sí comodoro. Horatio y yo somos grandes amigos. Hicimos prácticas juntos en el *Raisonnable*.

—Dos de las grandes promesas de nuestra Marina, comodoro —*sir* Chapman recuperó las riendas de la conversación, y sin dar opción de intervenir a nadie, se dirigió al representante de la Compañía de los Mares del Sur.

—Bien señor O'Connell, exponga el motivo de esta agradable reunión.

O´Connell, cuyo aspecto físico hacía justicia a su apellido, se incorporó levemente sobre el extremo de su silla, tocó ligeramente su bigote y miró, uno a uno, a todos los asistentes, mientras comenzaba una exposición que prometía ser meticulosa.

—La situación es grave, caballeros —fue su sentencia inicial, que por su artificialidad le granjeó la enemistad de prácticamente todos los asistentes.

Fijando su mirada en un hipotético interlocutor situado en algún punto indeterminado de la gran mesa oval, prosiguió:

—Permítanme una pequeña aproximación histórica para situar el problema en sus justos términos —comenzó con pedantería—. Como saben, el Tratado de Utrecht obligó a los españoles a cedernos el monopolio del abastecimiento de negros a sus colonias de América durante treinta años. Como también conocen, dicho contrato fue vendido por el gobierno de Su Majestad a la Compañía del Mar del Sur, que yo

represento. Esta concesión expiró oficialmente en el cuarenta y tres. Ahora bien, en dicho año nos hallábamos nuevamente en guerra con España y nuestros barcos eran atacados por los españoles, por lo que no todas las remesas pudieron ser entregadas. En esos años de restricción por el tratado, los españoles perdieron el control del tráfico de negros, para el que ahora dependen enteramente de portugueses y franceses.

Perkins aprovechó el pequeño lapsus de tiempo que necesitaba el irlandés para arreglarse el bigote, para deslizarle un pequeño manuscrito.

—Gracias señor Perkins —prosiguió—. Este asiento de negros propiedad de nuestra compañía, contemplaba el suministro de 144 000 piezas.

—Una pieza equivale a 1,74 negros —matizó Perkins.

—Gracias Perkins. Cada pieza se pagaría a 33 pesos fuertes y un tercio.

—Abrevie O’Connell —le urgió Chapman—, no tenemos todo el día para aproximaciones históricas.

El malestar de los asistentes ante la patanería del representante de la Compañía del Mar del Sur, se hizo patente a través de los gestos de los presentes.

—Disculpen caballeros. Iré directamente al grano. En virtud de todo lo expuesto y los cálculos derivados de ello, la Compañía del Mar del Sur sostiene que los españoles nos deben cinco mil negros, negro más negro menos.

O´Connell terminó su exposición con un indisimulado gesto de satisfacción, acorde con sus modales fatuos.

—Señor Perkins —intervino Chapman nuevamente—, ¿se ha realizado alguna gestión ante las autoridades españolas para recuperar estos valores?

—Ciertamente señor Chapman, y añadiré que no solo con resultados negativos, sino con una inaceptable displicencia por parte de los españoles. En la última reunión mantenida llegaron a insinuar que el gobierno de Su Majestad trataba de robarles.

—¿Cree usted señor Perkins, honradamente, que será posible cobrar esta diferencia amistosamente? —volvió a inquirir Chapman.

—Francamente no, señores —respondió con rotundidad, acompañando sus palabras con un elocuente movimiento de cabeza.

—Prosiga señor O’Connell —indicó Chapman, evidentemente satisfecho con la marcha de la reunión—. ¿Tiene alguna sugerencia sobre cómo resolver esta cuestión?

O´Connell no cabía en sí de gozo y satisfacción. Su sabiduría era requerida directamente por *sir* Chapman. Era el momento del lucimiento y de que todos los asistentes supiesen que él era una un auténtico lince de los negocios y de las relaciones comerciales.

—Ciertamente señor. Nuestros amigos portugueses nos han informado que la Compañía Guipiez…

—Guipuzcoana —intervino Perkins.

—Gracias Perkins —continuó el irlandés, visiblemente irritado por la intervención—. Esa Compañía acaba de adquirir dos mil negros a los portugueses. Al

parecer la Guipie… la Compañía no actúa en su propio nombre, sino como intermediaria de otra compañía española, en este caso la de La Havana, sobre la que ostenta derechos accionariales. El primer embarque se ha acordado para el mes de Febrero en las islas Azores. Por otra parte, hemos recibido noticias de Amberes anunciando que el *León de Gante* ha sido fletado por los españoles con instrucciones de dirigirse al puerto de Pasajes. Todo parece indicar que será dicho barco el encargado de transportar los negros portugueses a La Havana.

—¿Qué insinúa exactamente, señor O'Connell? —preguntó el comodoro Reil intrigado. Sin darle tiempo a responder, prosiguió—: ¿Acaso sugiere que nos apropiemos del cargamento por la fuerza?

O´Connell tragó saliva. El tono empleado por Reil no le había permitido captar el sentido de la respuesta correcta. Miró suplicante a Chapman tratando de encontrar un apoyo, pero Chapman se mantenía impertérrito. Incluso juraría que parecía sumamente divertido.

—Disculpe comodoro Reil, solo trato de aclarar la situación y mostrar las posibilidades que se nos presentan. Lógicamente las decisiones de tanta envergadura trascienden mi ámbito de decisión.

O´Connell respiró aliviado pensando que sus palabras habían satisfecho al marino. Pero Reil no estaba dispuesto a permitir que aquel irlandés ignorante se librase tan fácilmente de su pregunta.

—Insisto señor O'Connell: ¿cree usted que la piratería es la misión de las naves de Su Majestad?

Esta vez el tono empleado por el comodoro no dejaba dudas sobre su disgusto. El irlandés sudaba copiosamente y Perkins se mantenía hundido en el respaldo de su asiento, tratando de mimetizarse con el color del mobiliario.

—Perdone señor —balbuceó O'Connell—, nada más lejos de mi intención que ofender a Su Majestad y a la gloriosa Marina británica.

Antes de que el asunto pasara a mayores, Chapman intervino. Cierto que el irlandés, seguramente católico, se lo merecía, pero ya se había divertido bastante y tenían mucho trabajo por delante.

—Gracias señor O'Connell. Gracias señor Perkins —dijo mirando a uno y otro alternativamente—. Les agradecemos su inestimable ayuda pero como muy bien ha matizado el señor O'Connell, las decisiones en uno u otro sentido que se deriven de esta exposición superan nuestro nivel de decisión.

Hizo sonar la campanilla y el mayordomo apareció con su habitual sigilo. Los dos invitados se incorporaron y tras un leve saludo abandonaron la estancia con premura y cara de alivio.

En cuanto lo hicieron, Reil prorrumpió en una sonora carcajada a la que Chapman se unió alborozado.

—¿De dónde has sacado a estos personajes Charles? Esa bola de sebo irlandesa era de un presuntuoso inaguantable. Debiste dejarme que le apretase un poco las

tuercas.

—Olvidémonos de ellos Hyeronimus y concentrémonos en nuestro joven Teniente. ¿Qué le ha parecido la exposición, Harry? Me permitirá que le llame así…

—Desde luego *sir* Chapman. Con respecto a su pregunta y si se refiere a la confiscación de los esclavos, si me permite la expresión, debo decirle que en este momento no nos encontramos en guerra con España y que los asuntos mercantiles deberían ser solucionados por otras vías.

Dudó por un instante y su gesto fue inmediatamente captado por Chapman, que le animó a continuar con un suave «continúe…», acompañado de una amable sonrisa.

—Además, hasta el punto donde alcanza mi conocimiento, el Tratado de Utrecht fue puntualmente cumplido por España, por lo que la argumentación expuesta creo que carece de base real.

—Y aunque así fuese Harry, si recibiese una orden en este sentido, ¿la cumpliría sin prejuicios?

—*Sir* Chapman, soy un oficial de la Marina de Su Majestad. Mi misión no es valorar las órdenes que recibo, sino cumplirlas. En cualquier caso, debe recordar que solo soy teniente de navío y que las órdenes en el barco en el que sirvo las recibe el capitán Wilkinson.

—¿Es usted Harry un Hijo de la Viuda[22]?

La pregunta le cogió totalmente por sorpresa. Evaluó rápidamente las consecuencias de la pregunta antes de responder.

—En todos los sentidos, lo soy *sir*.

La tristeza se hizo patente en el rostro de Harry lo que pareció conmover a *sir* Chapman.

—Lamento que la mar le privase de un padre a tan temprana edad Harry y aprecio su sinceridad en lo que vale. Tranquilícese, porque aquí está entre amigos. El comodoro Reil le pondrá ahora en antecedentes de su misión.

—Joven Lee, yo también aprecio la sinceridad de sus opiniones con respecto a la apropiación unilateral de mercancías de un país con el que no estamos formalmente en guerra. Ciertamente no es labor de la Marina de Su Majestad dedicarse a la piratería. La situación a la que nos enfrentamos es de otra naturaleza, aunque la argumentación de la Compañía del Mar del Sur nos va a permitir tener una coartada ante las autoridades españolas, después de agredir a uno de sus barcos.

El comodoro Reil forzó la pausa tratando de escrutar la reacción que sus palabras producían en el teniente, pero al observar su falta de reacción aparente continuó:

—El *León de Gante* va a transportar algo más que negros. Nuestro servicio de espionaje nos informa que un individuo francés, al servicio de los rebeldes americanos, viajará en ese barco con destino a La Havana, portando documentos secretos de la máxima trascendencia para la marcha de la guerra en aquellas colonias. Es una misión prioritaria detenerlo e incautar los documentos. Con respecto al barco español y a su cargamento, será conducido a cualquier puerto inglés y tras los

consabidos tiras y aflojas con las autoridades españolas, les será devuelto tras aligerarlo parcialmente en beneficio de la Compañía de los Mares del Sur.

Pausadamente extrajo un sobre lacrado del interior de su uniforme y lo depositó frente al marino mientras añadía:

—Teniente de navío Lee. Este sobre contiene las instrucciones precisas sobre su misión, además de su ascenso a capitán. Regresará a Plymouth donde tomará el mando de la fragata de guerra *Intrepid*, y tras avituallarla, se hará a la mar la próxima semana, con dirección a las Azores. Contará con tiempo suficiente para llegar a su destino antes de que el francés pueda partir. Es posible que aún podamos impedir su embarque, en cuyo caso recibirá instrucciones. Pero si no fuese así tráiganos a ese condenado francés, aunque tenga que perseguirlo por todos los océanos. El futuro de Inglaterra está en sus manos. Dios le bendiga hijo.

Compañía de Estiba
Puerto de Londres

-2-

Harry Lee no regresó directamente a Plymouth. Tenía sus instrucciones para acercarse a Londres después de la reunión de Bristol.

Pasó la noche en Bristol y quiso recorrer las calles de la ciudad, especialmente las del barrio de Clifton que le traían tantos recuerdos. Ya no le quedaba nadie de la familia en la ciudad, pero disfrutó con los recuerdos que se agolpaban en su memoria y que brotaban como un manantial a medida que recorría el *village* de Clifton y se asomaba a la profunda garganta del río Avon. Al día siguiente partió en carruaje hacia Londres, que distaba día y medio de la ciudad portuaria, en un viaje muy agradable a través de la risueña campiña que separaba ambas ciudades.

Hizo noche en Reading, de manera que quedaba lo suficientemente cerca de Londres y disminuía el cansancio que le producía el interminable traqueteo del carruaje.

El mensaje de Ron Howard era claro y especificaba que se dirigiese directamente a las oficinas del London Mason's situadas en los muelles del norte, no demasiado lejos de la Torre de Londres, en dirección a la desembocadura del Támesis.

Era la segunda vez que Harry se acercaba a la capital del imperio y debía admitir que le gustaba. En su primera visita había tenido tiempo de visitarla concienzudamente y había quedado prendado de la vieja dama. La majestuosidad de sus palacios y avenidas, la frondosidad de sus parques y bosques, la elegancia de los edificios…

Como llegaba con tiempo suficiente, aprovechó para pedir al cochero que le diese una pequeña vuelta por la ciudad antes de cruzar el puente y acercarse a su cita. Una vez más volvió a maravillarse con la majestuosidad de una ciudad destinada a convertirse en la reina del mundo. Su orgullo británico estaba satisfecho

completamente, cuando el carruaje se detuvo frente a las oficinas centrales de la compañía de Ron Howard. Se apeó al tiempo que indicaba al cochero que podía disponer de la tarde libre y recogerlo por la mañana en el Broken Elm Inn, en donde se alojaría antes de regresar a Plymouth por la mañana. Dio al cochero indicaciones sobre su equipaje y se encaró con el edificio de madera de dos pisos, en cuya parte superior estaba la oficina de Howard.

A pesar de que el edificio no era excesivamente grande, se perdió en un par de ocasiones y no encontró el camino hasta que un joven bien dispuesto se avino a conducirle por las intrincadas instalaciones hasta el despacho de Howard, situado en la segunda planta.

El asistente de Howard le recibió calurosamente y le hizo entrar en el despacho, ya que Ron se encontraba en los muelles supervisando alguna descarga de mercancías.

—Pasad señor Lee. El señor Howard llegará en unos minutos. ¿Deseáis acaso tomar algo? Si me permitís una recomendación, señor, os propondría una taza de té de Ceilán, que acaba de llegar a nuestras bodegas y que tiene un aroma nunca visto en estas latitudes.

—Aceptaré vuestra propuesta —le dijo Harry, sonriendo ante las innegables dotes comerciales del asistente de Howard.

—En un minuto la tendréis aquí. Tomad asiento señor —le hizo un gesto ostensible con la mano, ofreciéndole una de las butacas frente a la mesa de trabajo del director.

Las vistas sobre el Támesis eran muy bonitas. Varios barcos se encontraban amarrados, abarloados unos junto a otros en el cauce central del río, mientras en los muelles otros barcos eran afanosamente descargados por una nube de estibadores cuyos gritos eran perfectamente audibles desde el lugar en el que se encontraba el oficial.

La puerta se abrió con energía y Ron Howard entró en la sala con una enorme sonrisa en los labios.

—¡Querido Harry! A mis brazos —le dijo mientras le daba un sentido abrazo y le besaba en ambas mejillas.

—Hola Ron —respondió Harry, que también exhibía una enorme sonrisa en su rostro.

Mientras le invitaba a sentarse en el mismo sillón que anteriormente le había ofrecido el asistente, le felicitó por su recién estrenado ascenso a capitán. Harry se ruborizó de manera ostensible, pues no ignoraba que la influencia de Ron había sido decisiva para que tal cosa hubiese ocurrido.

—Gracias Ron, no ignoro que vuestra intervención habrá sido decisiva para que tal cosa haya sido posible.

—Es lo menos que podía hacer por ti. Se lo debía a la memoria de tu padre, con quién como sabes tuve una gran amistad. Desgraciadamente, ese bastardo conocido

como el Francés nos lo arrebató, a ti como padre y a mí como amigo entrañable y compañero del Arte. Tú sigues sus pasos Harry y tengo depositadas en ti unas grandes esperanzas. Por cierto, ¿cómo fue la reunión de Bristol?

—La verdad es que fue una reunión extraña, porque estaba presente la Marina a través del comodoro Reil, pero no parecía que fuese un acto oficial del Almirantazgo. Estaba presente *sir* Chapman que cumplía funciones políticas, pero no me hizo saber que ostentase ninguna representación oficial, y después estaban aquellos dos individuos incalificables de la Compañía del Mar del Sur, que tenían un nivel claramente inferior a lo que se desprendía del contenido de los asuntos a tratar.

—Tienes buen ojo Harry —le dijo Ron sonriente—, creo que eres una elección muy acertada. Lo que vamos a hacer está completamente en contra de las leyes internacionales que nosotros, me refiero a los británicos, decimos aceptar, y por tanto no podía ser una reunión que en algún momento pudiese comprometer nuestro honor. En cualquier caso, tu nombramiento es completamente oficial y está refrendado por el Almirantazgo. Reil es solo un viejo marino retirado que se avino a mantener la farsa. *Sir* Chapman es un tiburón de los negocios que se aviene a ayudarnos y que buscará hasta el último momento quedarse con el cargamento, aunque yo trataré de evitarlo. Los otros dos no son más que dos bufones de la Compañía que solamente nos han proporcionado una coartada.

El asistente de Howard llamó discretamente a la puerta y entró sin aguardar que le fuese concedido el permiso. Portaba una bandeja con el afamado té de Ceilán. Dejó la bandeja sobre la mesa y salió con enorme discreción.

—Una vez que los miembros de la compañía abandonaron la reunión, me hablaron de un espía francés que al parecer va a viajar en un barco negrero español que arribará a las islas Azores —continuó Lee, mirando la taza de té de la que emanaba un intenso olor a Oriente.

—Así es Harry, ese es el motivo de esta reunión. No es necesario que te ponga al día de la situación de la guerra en América. Conoces las delicadas circunstancias que atraviesa la campaña. Yves de Montagnac ha ideado una estratagema para ayudar a los rebeldes americanos y ha enviado a un mensajero, un francés, con unos documentos secretos. Hemos descubierto que esta persona, que como nosotros es miembro de la hermandad, tenía previsto dirigirse a La Havana desde Burdeos, pero al saberse descubierto ha continuado viaje hacia el sur con intención de embarcarse hacia el mismo destino, pero desde un puerto español previsiblemente. Nuestro servicio de inteligencia va a intentar evitar que embarque, pero debemos cubrir la eventualidad de que no lo consiga y de que debamos interceptarlo posteriormente en el mar.

Ron contemplaba la cara de su protegido y veía en su gesto el intento por procesar toda la información que estaba recibiendo.

—¿Qué es lo que transporta este mensajero y acaso conocéis su identidad? —inquirió el capitán Lee con gesto preocupado y mirada lejana, mientras tomaba un

largo sorbo de té.

—Nuestra inteligencia ha descubierto que se llama Manex Lamark. Es un francés de origen vascón e hijo adoptivo de Montagnac. Es un hombre curtido en misiones especiales al que debemos respetar. Transporta documentos, aunque nada sabemos de su naturaleza. Montagnac intentó engañarnos en París, pero afortunadamente pudimos interceptar a uno de sus emisarios y darnos cuenta de que todo era una estratagema de Montagnac y de que el verdadero emisario era otro. Afortunadamente ahora sabemos detrás de quién debemos correr.

—Bueno señor Howard, no parece que la misión sea especialmente difícil. La fragata *Intrepid* es un buque de guerra muy bueno y no debía de tener ninguna dificultad para abordar al barco español y apresar al mensajero.

—No es tan fácil Harry. No estamos en guerra con España. Seguramente pronto lo estaremos, pero a día de hoy todavía no lo estamos. No es tan sencillo abordar a un navío comercial impunemente. No deseamos dar a España ninguna excusa que le permita adelantar su declaración de guerra. ¿Lo entiendes Harry? Va a depender de ti valorar las circunstancias en todo momento y obrar de la mejor manera, sabiendo la enorme responsabilidad que una u otra decisión puedan tener.

—Chapman pensaba quedarse con los esclavos y las mercancías de la nave española y eso sí que va a constituir una verdadera agresión —le espetó Harry, dispuesto a acotar exactamente su margen de maniobra.

—Creo que tal cosa no va a ocurrir. Es verdad que esa banda de avariciosos lo desea, pero creo que convenceré al Almirantazgo de que nos mantengamos en los límites de lo razonable. Harry, ¿te crees capaz de llevar adelante esta misión trascendental para la Corona?

—Desde luego Ron. Actuaré con decisión en esta primera e importante misión que me confiáis, y trataré de no provocar un incidente internacional que dé pie a los españoles para inmiscuirse en los asuntos de nuestra patria.

—Gracias Harry. Debo dejarte, pero sabes que estaré siempre velando por ti. Eres como un hijo para mí, así que cuídate, porque eres insustituible para todos nosotros. Por cierto ¿tienes ya alojamiento en la ciudad?

—Lo tengo Ron, solo necesitaré que me proporciones transporte, ya que despedí a mi cochero.

Ron Howard se levantó y se dirigió hacia Harry Lee, a quién estrechó entre sus brazos como si de un verdadero padre se tratara. Luego, mientras aún le sujetaba por los brazos, le miró a los ojos fijamente y sentenció:

—Harry, eres nuestra última esperanza.

Fragata de combate Intrepid
Royal Navy
Golfo de Vizcaya
-3-

Harry Lee pasó por el Almirantazgo para realizar su juramento como nuevo oficial con mando, y regresó inmediatamente a Plymouth para acelerar los preparativos y el avituallamiento de la nave de Su Majestad.

Unos días después, la *Intrepid* salió de Plymouth con un noroeste desapacible, que a pesar de todo le permitía navegar con un través bastante aceptable y con posibilidades de ganar barlovento, aunque de momento el capitán Lee no lo consideraba necesario. No largó demasiado trapo[23] en esta primera singladura, para evitar forzar el barco. Llevaba una tripulación reducida, como correspondía a una nave de la flota del canal en tiempos de paz en Europa, y tampoco necesitaba precipitarse, ya que el servicio de inteligencia naval le había informado que el *León de Gante* aún no había zarpado, y la distancia entre Pasajes y Terceira era bastante similar a la que separaba el puerto inglés de la posesión portuguesa. El *León de Gante* era una fragata adaptada al tráfico comercial, pero no podía de ninguna manera competir en velocidad con una auténtica fragata de guerra. Cuando la línea de la costa comenzó a desaparecer de su vista, maniobró ligeramente a estribor para ganar barlovento. De esta forma se cubría del riesgo de que el viento rolase al sur, circunstancia esta bastante habitual en el Golfo antes de que el tiempo empeorase. Después del paso del frente, rolaba nuevamente al oeste para acabar soplando nuevamente del noroeste. Era lo típico del Golfo de Vizcaya que los franceses llamaban de Gascuña, solo para fastidiar. Pensaba trazar una derrota que lo cruzase en diagonal y así rebasar la costa noroeste española a suficiente distancia. Después se dirigiría en un través franco hacia las islas portuguesas. Era una navegación sencilla para un barco como aquel.

Las órdenes que había recibido del Almirantazgo eran claras, sencillas y concisas, y venían corroboradas en el documento oficial que le había sido entregado en un sobre lacrado. Ganar la posición y ocultarse a sotavento de la isla, hasta avistar a la fragata española. Esperar a que su carga hubiese sido estibada y en ese preciso momento acercarse a ella e intimidarla con los treinta y seis cañones de la *Intrepid*, abordarla y detener al espía francés cerciorándose de que se confiscaban los documentos que portaba y que representaban el verdadero peligro para la Corona. Allí acabaría su misión. Al parecer se habían olvidado de los negros respecto a la reunión que habían mantenido en Bristol. Eso sí, le habían dado cierta libertad para evaluar las circunstancias de la operación y si lo consideraba razonable podía decidir actuar de la manera más conveniente a la situación, lo cual de hecho le autorizaba a actuar en tierra si era o lo consideraba necesario.

Era coser y cantar, pues aunque la fragata española iba armada y desarrollaba una velocidad considerable, era realmente un juguete si se la comparaba con una verdadera máquina de guerra como la que comandaba. Ciertamente aquella compañía española de nombre tan difícil, había realizado una innovación importante en el tráfico de mercancías, pues había sacrificado su capacidad de carga por la velocidad de sus naves, y como consecuencia de ello, el número de naves que realizaban el viaje comercial satisfactoriamente se había incrementado de manera notable, pues los piratas y otros filibusteros rara vez disponían de naves tan rápidas. El único problema de los españoles era que desde Utrecht ya no dominaban el mar y el número de obstáculos que debían de sortear las naves de transporte era infinito, y desgraciadamente para ellos, no tenían la más mínima protección de la Marina española.

Harry se fue animando a medida que se alejaba de su puerto natal y decidió probar un poco las cualidades de la niña de sus ojos.

—Señor Potter —dijo a su primer oficial—, divirtámonos un poco navegando de bolina[24]. Vamos a ver de lo que es capaz esta nave.

—Si capitán —contestó respetuosamente.

El joven Lee podía ser quince años más joven que él, pensó Potter, e incluso podía creer que había sido injustamente promovido a capitán a su costa, pero era su capitán y el responsable por tanto de un barco de Su Graciosa Majestad, algo sagrado para un oficial de la Marina. En aquel mismo momento desechó cualquier duda que pudiera tener sobre sus lealtades y transmitió las órdenes:

—¡Guardia de estribor a las jarcias[25]! ¡Timonel veinte grados a estribor! ¡Cazar escotas! ¡Tensar bolinas!

La *Intrepid* viró alegremente y se encaró con el viento del noroeste, comenzando su majestuoso juego con las olas.

EUGENE

Tolosa
Territorio Foral de Guipúzcoa
Norte de España
-1-

Tolosa, la noble y leal, capital del territorio foral de Guipúzcoa[26], encajonada entre los montes que configuraban el valle del río Oria, se vestía de invierno aquel día de Enero.

El carruaje avanzaba al trote por la avenida que bordeaba el río. Las acacias y arces flanqueaban la avenida con sus ramas empapadas por la lluvia. Las gotas, como enormes bolas transparentes, se desprendían silenciosas de los árboles golpeando al cochero en el rostro, dificultándole la ya complicada tarea de esquivar los innumerables socavones que torturaban a la pasajera.

A lo lejos se adivinaba entre los árboles un enorme y austero caserón, no exento de cierta gracia, cuya fachada principal sobresalía ostensiblemente por encima del muro de piedra recubierto de hojas secas. En el centro, una verja de hierro sobriamente repujada, se fue abriendo al acercarse el carruaje, empujada por dos hombres con más aspecto de aldeanos que de criados.

Desde la segunda planta del ala derecha, entroncada en forma de ele sobre la fachada principal, Eugene observó el carruaje acercarse, cruzar la verja y detenerse suavemente tras describir un semicírculo. Ante la puerta principal, con un gesto que denotaba impaciencia, su marido Germán esperaba la llegada de la dama misteriosa cuya inminente visita le había sido comunicada desde París tres días antes. Por muchos intentos que había realizado, nada había conseguido averiguar sobre la dama en cuestión, ni sobre los propósitos del viaje, pero en cuanto había mirado a su marido a los ojos, había tenido la certeza de que aquella mujer había significado algo para él en algún momento de su vida. No es que los ojos azules de Germán de Ezpeleta fuesen transparentes a su mirada, ni excesivamente expresivos de por sí,

pero había notado un relámpago de pasión en ellos cuando el criado le comunicó al oído el mensaje traído por la paloma. Cuando la vio descender del carruaje, con aquella figura lujuriosa sutilmente envuelta en un espléndido vestido negro de corte parisino, y la expresión de su esposo al besarle la mano, no le quedó ninguna duda. Ella era la amante que ocupaba el corazón de su marido desde mucho antes de que se conocieran y del que, sin duda ninguna, seguía siendo propietaria.

Germán acompañó a *madame* Seville hasta el pequeño saloncito de la torre oeste, y le invitó a tomar asiento en los mullidos sofás, frente al fuego bajo que iluminaba la estancia tenuemente. Se sentó junto a ella lentamente, mirándole a los ojos y sonriendo. Le tomó suavemente la mano y la besó.

—Mi amor, siempre irrumpes en mi vida de la manera más inesperada, pero esta vez ha sido especialmente singular. Además, esto supone romper nuestras promesas.

—Lo sé querido —le interrumpió con una sonrisa insinuante—, pero la situación así lo ha requerido. París no me ha dejado muchas opciones y solo podía recurrir a ti para tratar de culminar con éxito mi misión. Pero antes de que continuemos, dime una cosa: ¿está contigo esa aldeana bearnesa con la que te casaste, o está llorando en el regazo de su madre en Oloron?

—Me temo que está aquí y eso nos obliga a ser cautelosos Eloise. Esta noche cenaremos juntos y te ruego que no te ensañes con ella. No fue ella quién nos separó, sino tu maldita concepción de la vida.

—Querido, sabes muy bien que yo no podría soportar esta vida provinciana a la que tú pareces estar unido de manera irrenunciable. Quien ha visto la luz de París, ¿crees acaso que podría soportar vivir en esta tumba? ¿Crees que nuestro amor hubiese sobrevivido? No me reproches por algo que yo nunca te ofrecí. Además, como ya te he dicho, mi visita está totalmente forzada por las circunstancias.

—Bien Eloise, te escucho —le dijo, adoptando un aire serio.

—Tengo instrucciones precisas para buscar a un hombre y eliminarle por cualquier medio. Salió de París portando documentos de vital importancia hace tres semanas. Se dirige a las colonias de Norteamérica. Inicialmente debía de haber embarcado en Burdeos, pero por razones que desconozco ha continuado viaje hacia el sur, posiblemente hacia San Sebastián. El individuo en cuestión viaja acompañado de otro hombre sobre el cual no poseo ninguna información. Lo sé porque adelantaron a mi carruaje a las puertas de Bayona. Necesito información sobre las posibilidades de que se hagan a la mar desde algún punto de esta parte del Cantábrico. ¿Podrás ayudarme querido?

—Creo que sí. Las posibilidades de viajar a América desde esta parte del Cantábrico, como tú la llamas, son más bien reducidas y se circunscriben además de a San Sebastián, al puerto de Pasajes y al de Bilbao, hacia el oeste. Creo que tu individuo tratará seguramente de viajar desde Pasajes. ¿A dónde crees que se dirige?

—A La Havana, por lo menos de momento. En Burdeos le habían preparado pasaje hacia allí. Supongo que no habrá cambiado de planes. Intuyo que necesita

llegar a La Havana.

—No te preocupes querida. Si tu francesito está a este lado de la frontera y piensa embarcarse para América, ten la completa seguridad de que daremos con él. Mañana mismo me acercaré a San Sebastián y hablaré con mis amigos de La Guipuzcoana. Nada se mueve por estos mares sin que ellos lo sepan. Por cierto, ¿sabes el nombre del caballero en cuestión? Aunque si tiene dos dedos de frente, viajará con nombre falso.

—Su nombre real es Manex Lamark, aunque puedes intentar también con Jean Gavarnier, que es un seudónimo que ha utilizado algunas veces en el extranjero. Por lo menos eso me ha hecho saber Ron Howard. Por cierto, el señor Lamark es francés pero de origen vascón, así que posiblemente se mueva a sus anchas en esta parte del mundo y hable vuestra enrevesada lengua.

—No te preocupes querida, aunque así fuese es más fácil distinguir a un vascón francés de un vascón español, que a un moreno de un blanco.

—Veo Germán que tu doncellita no te ha contado nada —le dijo con una sonrisa de placer en el rostro.

—Nada sobre qué, querida —le miró con cierta perplejidad.

—Veo que el nombre de Manex Lamark no te dice nada…

—Pues no, Eloise. ¿Por qué debía de ser de otra manera?

—Manex Lamark fue el prometido de tu esposa Eugene, antes de que tú llegases. Cuando la conociste él estaba en Egipto y unos meses después de regresar, ella le abandonó para casarse contigo. ¿Así que la mosquita muerta no te había contado nada del pasado?

Ezpeleta se incorporó con un vigoroso movimiento, como si tratase de impedir que ella lo retuviera. Le miró con una sonrisa, adornada con una mueca de enfado y se dirigió a la puerta.

—Cenaremos sobre las ocho Eloise, si es que no te parece excesivamente paleto. Ahora espero que descanses un poco. Te enviaré una doncella. Por favor Eloise, recuerda tu promesa. Sobre lo otro que me acabas de contar, hablaremos en otro momento.

—De acuerdo Germán, pero recuerda mantener la boca cerrada con tu damisela. Podría interferir en nuestros planes.

Eloise de Seville se incorporó y examinó la estancia con un gesto de desdén. Provinciana era poco para definirla. El papel era casi grosero y los muebles eran recios, pero de una tosquedad casi prehistórica. Los cuadros no estaban mal y se notaba que eran traídos de Francia. ¿Y aquel biombo? Dios mío, no recordaba nada tan horrendo desde aquel orfanato que había visitado en París con las Damas del Socorro Real.

Se acercó para examinarlo, pero se vio interrumpida por unos suaves golpes en la puerta que precedieron a la doncella que Germán le había prometido.

—*Madame*, si sois tan amable de seguirme, os conduciré a vuestros aposentos.

La dama francesa había abandonado la estancia, pero Graciela aún esperó unos minutos antes de abandonar su escondite tras el biombo italiano, que disimulaba un pequeño secreter en el extremo más alejado de la estancia. Por un momento, había estado segura de que la condenada parisina iba a descubrirle, y su corazón había latido tan fuerte que hubiese jurado que se podía escuchar desde la alcoba de su señora.

Aunque había escuchado todo lo dicho, no estaba muy segura de cuál sería la información que deseaba su señora. Por lo escuchado, era evidente que el señor y la dama parisina se conocían bien, incluso se atrevería a decir que íntimamente, pero no estaba segura de que a su señora le gustase escuchar este relato. Así que optó por hablar del caballero francés, al que habían mencionado, y que parecía ser de gran importancia. Larak. No, era Lamark. Manex Lamark. Así le habían llamado.

Se tomó unos minutos para acercarse a la cocina y tomar a hurtadillas una taza de chocolate, que la cocinera preparaba para la gran damisela. Se lo merecía después de tantos peligros. Preparó una pequeña bandeja con chocolate y unas pastas, y subió a la tercera planta del caserón donde se encontraba la alcoba de su señora, desde que se había retirado del dormitorio marital por deseo expreso de su marido. Tocó suavemente dos veces y tras una pequeña pausa tocó una tercera vez. Así se lo había enseñado su señora y a ella le gustaba el halo de misterio que encerraba esa forma de llamar a la puerta.

—Adelante Graciela.

Graciela se introdujo en la estancia con su clásico sigilo, uno de sus principales atractivos según su señora, y depositó la bandeja en la pequeña mesita contigua al tocador. Escuchó como su señora cerraba la puerta tras de sí, y al volverse vio como Eugene le hacía señales nerviosas, para que se acercara a la cama y se sentara junto a ella.

Graciela se contagió del nerviosismo de su señora, y no acertaba a articular palabra, temerosa de desvelar algo que le desagradara.

—¿Y bien Graciela? ¡Cuéntame! Estoy ansiosa por escuchar tu relato.

Sopesó por última vez lo que iba a contar y comenzó a hablar entre balbuceos.

—Buscan a… a… un tal señor Lamark. Creo que se llama así. Manex Lamark. Si… eso es, Manex Lamark.

Eugene palideció tan rápidamente y de una forma tan intensa, que Graciela estuvo segura de que iba a ser despedida de la casa de manera inmediata. No sabía por qué causa se había producido aquella reacción en la señora, pero tenía que ser algo muy, pero que muy serio. Pensó fugazmente que hubiese sido mejor empezar diciendo que el señor y la parisina eran viejos amigos, pero desechó la idea de forma inmediata. La señora se había mostrado siempre bastante sensible a los celos y en repetidas ocasiones había protagonizado algunas escenas dignas de una ópera bufa, aunque en honor a la verdad, había que decir que eso no había ocurrido desde hacía bastante tiempo.

Seria como una estatua, aunque aparentemente repuesta de la primera impresión, Eugene retomó el curso de la conversación:

—Y ¿qué querían exactamente del señor Lamark?

—Al parecer el señor Lamark trata de embarcarse para La Havana y la parisina… perdón, la señora, debe impedírselo. Ha venido a pedir ayuda al señor Germán.

Graciela volvió a asustarse cuando vio las primeras lágrimas brotar de aquellos inmensos y bellos ojos verdes que tantas veces había deseado tener, en lugar de aquellos ojos marrones y vulgares con los que le había obsequiado la naturaleza.

—Señora, ¿por qué lloráis? ¿Soy yo acaso el motivo de vuestras lágrimas? Si es así y he dicho algo inconveniente, perdonadme por mi torpeza.

—No te preocupes Graciela, que tú nada tienes que ver con mis lágrimas y mis sufrimientos —se sorbió los mocos de una manera bastante poco señorial—, son los fantasmas del pasado que regresan para saldar viejas cuentas.

Graciela le acercó un pañuelo y Eugene se recostó sobre la cama, mientras un llanto incontenible le subía por el pecho y le ahogaba con millones de lágrimas acumuladas durante los últimos tres años. Graciela se acercó más a ella, y sin decir nada le acarició suavemente el hombro. Escuchó cómo repetía entre sollozos: «Tenemos que ayudarle Graciela… tenemos que ayudarle…», hasta que quedó exhausta y dormida.

Puerto de Pasajes
Territorio Foral de Guipúzcoa
Cerca de San Sebastián

-2-

Manex y Ahimán se acercaron al puerto desde una colina situada al este, la cual les obsequiaba con una vista extraordinaria de aquella ensenada natural protegida por una estrecha bocana. Realmente era un sitio singular, con aquellos prados verdes que descendían desde unas abruptas montañas hasta el borde mismo del mar. Todo era intensamente verde, salpicado de árboles sin hojas, pero perfectamente cuidados y podados. No hacía frío a pesar de la estación, ya que el ambiente marino suavizaba el clima.

Varios navíos comerciales se hallaban fondeados en la ensenada, y aunque no era su fuerte, pudo distinguir al menos dos goletas y tres fragatas, aunque reconoció que también podían ser bergantines.

—Ahimán, he ahí nuestro medio de transporte al nuevo mundo. Creo que esta vez lo vamos a conseguir.

—Sí effendi —fue su lacónica respuesta.

Ahimán nunca daba nada por concluido hasta que estaba realmente hecho, y sabía por experiencia que las cosas tendían a liarse por sí solas y siempre cuando más cerca se creía estar de su resolución. Pero esto tampoco le importaba, pues nunca esperó nada del futuro, desde que con doce años asesinó a una persona por primera vez. Fue un mercader sirio. Le rebanó el cuello de parte a parte y el último suspiro que le brotó de la garganta antes de ahogarse en su propia sangre, se llevó con él cualquier atisbo de esperanza. Nunca más volvió a pensar en el futuro, ni en el pasado. Toda su energía se concentraba en sus ojos fríos y despiadados que escrutaban el presente tal y como era, sin ninguna concesión, y solo preocupados por la seguridad de la única persona que le interesaba en el mundo y por la que mataba y mataría siempre. Su

aguda intuición, le advertía que allí abajo, en aquel idílico lugar, les esperaba la muerte, para jugar con ellos la eterna partida. Matar o ser muerto. Prevalecer o desaparecer. El gran juego del destino.

Las instrucciones de París eran concretas y concisas, como siempre. Buscar a un empleado de La Guipuzcoana llamado Zavala, en el caserío Roteta, no lejos del puerto. Él sabía lo que debía hacerse.

Continuaron cabalgando colina abajo dejando que los rayos del sol de la tarde les calentase la cara, adelantándoles una primera sensación de la primavera, ya no tan distante. Para primavera, pensó Manex, estarían en América y con su misión cumplida, libres para recorrer el mundo y visitar las tierras de Rusia, que era su sueño viajero más inmediato.

Al acercarse al borde del mar divisaron un pequeño poblado de pescadores que se levantaba en el extremo este de la ensenada, justo donde la boca de la misma se estrechaba antes de llegar al mar. Enfrente se adivinaba otro pequeño pueblo de pescadores separado escasamente por cien metros de agua, pero que por tierra distaría varias leguas castellanas, al tener que rodear toda la ensenada que se abría entre ellos como una gran concha. Equidistante de ambos extremos de la bahía y en el centro de la inmensa concha, se encontraban los muelles y edificios de almacenaje de mercancías. Estaban rodeados de algunos edificios poco significativos, salvo uno, que tanto por su construcción como por las enseñas que exhibía, debía ser la aduana.

Se apearon de sus caballos frente al edificio oficial, custodiado por dos infantes de Marina ataviados con llamativas guerreras. Manex no reconoció los uniformes, a pesar de haber servido en compañía de tropas enviadas desde España en alguna ocasión.

Preguntaron a los soldados, pero desconocían los alrededores, ya que se hallaban destinados al servicio de la aduana, desde la cercana guarnición de San Sebastián, de la que llegaban para cumplir su servicio y a la que regresaban inmediatamente después de terminarlo, sin perder el tiempo en aquellos andurriales. Un aldeano que vendía huevos y gallinas, les indicó la dirección colina arriba, hacia un enorme prado repleto de nogales y que al parecer se llamaba Intxaurrondo[27].

Subieron por el camino de tierra con profundos surcos creados por el transitar de los carros, hasta un pintoresco caserón de piedra, perfectamente integrado en el paisaje. En el prado que se abría inmediatamente después de la casa, un nutrido grupo de ovejas daba cuenta de la escasa hierba que a duras penas crecía en aquel templado final del invierno.

Se apearon frente a la casa, justo delante de una enorme puerta de madera. Sobre ella una inmensa flor seca que Manex reconoció enseguida. Era una *Eguzkilore*, una «flor del sol», que se colgaba en las puertas de los caseríos en todo Vasconia, para defenderse de las brujas, del mal de ojo y otras posibles calamidades del espíritu. Por un momento admiró la robusta puerta de madera de roble. Como no había ninguna campanilla que hacer sonar, aporreó la puerta de madera sin contemplaciones.

—Zein da[28]? —les interrogó una voz femenina desde el piso superior.

Desde la ventana del primer piso, una aldeana oronda y rolliza de cara de pan y mofletes colorados, les preguntaba en la lengua nativa quiénes eran.

—Zavala jaunaren bila nabil[29] —le respondió Manex en la misma lengua, que también era la suya, aunque la tuviese un poco oxidada por el desuso—. Buscamos al señor Zavala —repitió también en castellano, con fuerte acento francés.

—Donostian dago. Gaua arte ez da etxeratuko[30]. —le comunicó la aldeana que miraba insistentemente a Ahimán, con evidente nerviosismo.

Así que el tal Zavala estaba en la vecina San Sebastián y no regresaba hasta la noche. Iba a preguntarle por algún alojamiento para viajeros en los alrededores, pero la campesina había cerrado las ventanas con gesto de desagrado. Parecía evidente que Ahimán no le hacía gracia.

Regresaron al edificio de la aduana e interrogaron de nuevo a los soldados sobre los posibles alojamientos que podían encontrar en las inmediaciones.

Al parecer había una posada para marineros, no muy lejos de allí, pero ninguno de los soldados consideraba recomendable aquel lugar, en el que al parecer cada noche se montaba alguna trifulca entre los marineros ociosos y borrachos.

Por lo demás, para obtener alojamiento decente, había que acercarse a uno de los dos poblados de pescadores que habían divisado cuando descendían hacia el puerto, en ambos lados de la bahía.

Tras meditarlo, decidieron esperar a que regresase el tal Zavala por la noche, y para matar el tiempo se dirigieron a una taberna cercana.

Con Ahimán de compañía era imposible pasar desapercibido. Al entrar en la taberna los parroquianos les lanzaron miradas hostiles, pero todos se apartaban cuando Ahimán se acercaba a ellos. Se acomodaron en una mesa al fondo de la estancia. Transcurrieron diez minutos sin que nadie se acercase a servirles, así que Ahimán se acercó a la cocina para solicitar la presencia del tabernero. Dos hombres altos y muy corpulentos, se interpusieron en su camino en actitud amenazadora. Ahimán se detuvo y los miró fijamente, primero a uno y luego al otro, pero su mirada no pareció intimidar a los marineros. En ese momento escuchó el grito de Manex, que intentaba alertarle del peligro, mientras era atacado por otros dos hombres. Al girarse, recibió un golpe brutal en la cabeza y perdió el sentido.

Cuando Juan de Zavala llegó al caserío Roteta, recibió la noticia que de manera confusa le trasladó su hermana Lucía. Eran noticias difusas sobre la llegada de dos extranjeros, que habían preguntado por él. Se sorprendió, pues don Esteban le había anunciado la llegada de una sola persona. Todavía no era muy tarde, así que decidió acercarse a los muelles y preguntar en la taberna para ver si aún podía dar con ellos. Recorrió todas las dependencias portuarias preguntando a marineros, soldados y prostitutas, pero los dos extranjeros no aparecían por ninguna parte. Con el hambre acuciando su estómago, regresó al caserío para dar cuenta de la cena que le habían preparado su hermana. Quizás no era la visita que esperaba. Cuando volviese a San

Sebastián hablaría con don Esteban para aclarar el asunto.

Barracones de las marismas
San Sebastián
-3-

Manex despertó con un tremendo dolor de cabeza. Intentó moverse pero las cadenas que le sujetaban las manos a la espalda se lo impidieron. No veía nada pues la estancia estaba en completa oscuridad. Trató de girar sobre sí mismo, pero las cadenas estaban también sujetas a la pared. Sintió una ola de impotencia y desesperación. Llamó a Ahimán pero tampoco obtuvo respuesta. La cabeza le dolía y recordó el golpe que recibió a traición en la taberna del puerto. Percibió un extraño olor que lo invadía todo y tras sopesar sus sensaciones dedujo que provenía de alguna ciénaga o pantano. Olía como en algunas partes de las marismas landesas que habían atravesado al dirigirse a Bayona. Le pareció lógico, pues el mar se hallaba cerca y proliferaban las marismas cerca de los arenales de la costa. Escuchó con atención, pero no oyó nada significativo. Quizás el graznido de una gaviota a lo lejos. Estaba sentado y trató de ponerse de pie, pero nuevamente las cadenas se lo impidieron. Paulatinamente sus ojos se fueron acostumbrando a la oscuridad y comenzaron a atisbar algunos detalles. El cuerpo de Ahimán se distinguía a pocos metros del suyo. Yacía recostado e inconsciente. Quizás estuviese muerto, pues los golpes que les habían propinado habían sido violentísimos.

Creyó escuchar unos ladridos de perro que precedían a un sonido más familiar, aunque todavía indefinido. Eran caballos y algo más. Ruedas de carro. Eso es lo que oía a lo lejos. Perros, caballos trotando y carros. El sonido fue creciendo a medida que se acercaba a donde él se hallaba. Finalmente se detuvieron. Risas y pisadas. Una voz femenina daba órdenes en francés y otra masculina en castellano. Rechinó un candado al ser abierto y de repente la puerta se abrió y un chorro de luz lo invadió todo cegándolo completamente.

Como no se podía proteger los ojos con la mano hubo de cerrarlos, antes de poder

abrirlos gradualmente. Solo oía risas de hombre y de mujer. Cuando sus ojos se fueron adaptando a la luz, pudo distinguir a contraluz la silueta de una mujer ataviada con un vestido de volantes y la de un hombre de chaqué y pantalones de montar, que vestía unas botas de caña alta y portaba una fusta en la mano.

—Bonjour, *monsieur* Lamark —le saludó la voz femenina, que inmediatamente le resultó familiar—. Espero que habréis descansado.

Ahora que ya podía ver, los ojos de Manex se dirigieron hacia Ahimán. Tenía la cabeza completamente cubierta de sangre y parecía malherido, si no muerto. Su cara se volvió hacia la dama. Ahora podía verla perfectamente y al caballero también. Ella era *madame* de Seville, a quién había conocido en París y a quién había visitado en compañía de Armand la noche anterior a su partida hacia Ivry. Ella estaba allí. La asesina de Armand. La espía de Howard.

El caballero se acercó a él y sin previo aviso le golpeó con la fusta en el muslo, como si fuese uno de sus caballos. Manex se revolvió impotente pero las cadenas le mantuvieron postrado.

—Así querida Eloise que este es el petimetre que pretendía a Eugene. No me extraña que lo abandonase. Ya se ve que no es gran cosa.

—No lo menosprecies Germán —le respondió ella mientras se acercaba a Manex —, dicen que es un amante estupendo, aunque yo solo puedo hablar de oídas… de momento —añadió provocativa—. Quizás todavía estemos a tiempo de que el señor Lamark pueda reconsiderar su posición y unirse a nosotros.

Mientras los dos recién llegados se entretenían con sus chanzas, Manex ignoró los comentarios provocativos y trató de determinar dónde se encontraban. A través de la puerta abierta, comprobó que estaban en una cabaña cerca de la marisma. Se veían grupos de carrizos y la marca que la marea había dejado en ellos. Luego no se encontraban lejos del mar. ¿Pero dónde? Aquella información de poco le servía.

Germán de Ezpeleta se percató de lo que pasaba por la mente de Manex.

—No soñéis con salir vivo de aquí *monsieur* —le espetó mientras se acercaba y le propinaba una patada en el estómago—, tenemos mejores planes para vos y para esta carroña que os acompaña.

Se arrodilló y palpó el pecho de Manex hasta sentir el bulto del zurrón que Manex ocultaba bajo sus ropas. Lo extrajo y exhibiendo una enorme sonrisa de triunfo, se lo entregó a la dama que sonreía satisfecha.

—Volveremos a vernos pronto —le dijo mientras la puerta se cerraba de nuevo—, y será por última vez.

Volvió la oscuridad a la estancia y con ella la preocupación de Manex por su fiel Ahimán. A pesar del tiempo transcurrido, seguía allí tumbado en la misma postura. Inerte. Así seguía cuando llegó la noche y los ruidos nocturnos típicos de la marisma sustituyeron al graznido de las gaviotas.

Residencia de Ezpeleta
Tolosa
-4-

Graciela subió hasta la habitación de su señora a informarle de sus averiguaciones. Jean Pierre, el cochero de la parisina, era una máquina de hablar, a condición de que pensase que tenía alguna posibilidad de seducirla. Ella le había exhibido generosamente la pechera, mientras le servía un vaso de vino, y él le había contado absolutamente todo. Todo, menos lo que realmente le interesaba.

Llamó a la puerta con suavidad y Eugene le invitó a pasar. Su señora se encontraba sentada en el tocador, cepillándose el pelo. Graciela se acercó y tomó el cepillo para continuar con el cepillado, pero sin atreverse a hablar. Podía presentir el peligro de la situación.

—Y bien Graciela, ¿qué has averiguado? —le interrogó con indisimulada ansiedad.

—Pues bastante poco señora. Han ido hasta San Sebastián, cerca del gran arenal, pero el señor y la dama se han apeado y han continuado a pie, por lo que no sabe muy bien lo que han hecho. Y vos señora, ¿habéis averiguado algo durante la cena?

—Pues tampoco. Ha sido una cena horrible. Esa zorra presuntuosa se ha pasado toda la velada provocándome y realizando comentarios groseros sobre la vida en el campo. Seguro que a ella ni siquiera le separa una generación del estiércol de granja. Presumida repugnante.

—Señora, he dudado en contaros una cosa por temor a contrariaros, pero creo que debéis saberlo.

—Dímelo Graciela, no temas. Al fin y al cabo, no es culpa tuya todo lo que esta pasando, sino mía.

—El señor y la parisina se conocían ya desde París. ¿Me entendéis señora?

—Pues francamente no, Graciela. Ya sé que se conocían de París, pero no

entiendo qué tratas de insinuar.

—Pues que eran amantes en París y… ya sabéis.

—No lo sabía, pero el primer día que vi a esa ramera y la forma en que la miró mi esposo, me di perfecta cuenta de que algo había habido entre ellos —dudó continuar, temerosa de su propio razonamiento—, y casi seguro que aún sigue habiéndolo. Ya no me importa —añadió—. Ya no amo a mi marido. Pero ¿qué podemos hacer para ayudar a Manex? —se preguntó en voz alta—. ¿Qué podemos hacer?

Graciela continuó cepillando la hermosa cabellera de su señora, por la que sentía una mezcla de envidia y admiración. Súbitamente Eugene le cogió de la mano, como alcanzada por un rayo, y se volvió para mirarle.

—¿En el gran arenal? —le preguntó retóricamente—. ¿No es allí donde el señor tiene una propiedad en la que guardan las barcazas para transportar las mercancías de los barcos que descargan en la bahía?

Graciela, que no tenía ni idea de estos asuntos, permaneció muda y atenta a los razonamientos de su señora.

—Graciela, ¿cómo podríamos ir hasta allí sin recurrir a los servicios de nuestro cochero?

—Puedo pedir a mi primo Luis que nos lleve. Él tiene un coche de pasajeros que utiliza para llevar a personas de alcurnia hasta San Sebastián.

—Escúchame bien Graciela: lo primero es averiguar los planes de la parisina y de mi marido. Después, fijaremos el momento para ir hasta esa propiedad y fisgar un poco lo que allí sucede. Algo me dice que Manex esta allí. Luego ya veremos lo que hay que hacer.

Después de haber cenado, la provinciana había huido a su dormitorio, y les había dejado solos en el gran comedor. Había sido una velada deliciosa para Eloise, con Eugene en actitud de mujer celosa, lanzando comentarios hirientes a su marido, mientras ella le lanzaba miradas afectuosas y cómplices, que encabritaban aún más a la pobre Eugene. Era una niña todavía y por eso su victoria no le satisfacía completamente. Al fin y al cabo, no era suficiente enemigo para ella. Libres de su compañía, los antiguos amantes se sintieron sin ataduras para retomar su conversación sobre los acontecimientos.

—Y bien Eloise, ¿qué quieres que hagamos con el zurrón de marras? —le preguntó Ezpeleta, mientras le miraba los pechos con descaro e insinuación.

—Supongo que estarán a buen recaudo… —Fue su único comentario.

—No te preocupes Eloise, están en el cajón de mi escritorio, guardados bajo llave. Nadie puede llegar hasta ellos. Veo que te interesan más esos malditos documentos que mi compañía.

—De ninguna manera querido, pero reconocerás que perseguirlos por toda Francia y parte de España me da derecho a preocuparme por su seguridad. Por cierto querido, fuiste tú quien me recomendó ser modosita durante mi estancia en tu casa. ¿Es que ya no lo recuerdas? ¿A qué vienen ahora estas manifestaciones de pasión?

—Muy sencillo Eloise. Volverte a ver me ha recordado quién es la propietaria de mi corazón. Verte junto a Eugene me ha dejado bien claro la diferencia que hay entre vosotras. Por separado aún, pero al veros juntas no hay punto de comparación.

—Dudo sobre qué hacer con los documentos —Eloise movió la cabeza con gesto dubitativo.

—¡Olvida los malditos documentos! —le interrumpió visiblemente molesto—. ¿Es que no puedes dedicar esta velada al disfrute? Tenemos al mensajero y a su apestoso ayudante enjaulados y los documentos a buen recaudo. ¿Qué más quieres? Mañana o pasado o al otro los examinaremos y decidirás qué hacer con ellos. Disfruta un poco de la velada y de tu estancia conmigo, porque sé que desaparecerás como has venido, de improviso, y ya no volveré a verte hasta Dios sabe cuándo.

Eloise movió los ojos en un gesto de resignación. Los hombres, los malditos hombres, que se ponían pesadísimos en cuanto les asaltaba la lujuria, como la que se reflejaba en el rostro de Germán. Obviamente recordaba sus habilidades amatorias y obviamente la provinciana no era conocedora de que tales prácticas fueran posibles. Sonrió con cierto desdén. Para ella el verdadero placer no provenía del sexo en sí mismo, sino de lo que era capaz de conseguir a través de él. Ver como ilustres ciudadanos babeaban y se arrastraban a sus pies con su miembro como un zahorí en busca de agua, era lo más placentero. Jugar con ellos como la gata juega con su presa. Matarlos lentamente. Arrancarles cuanto deseaba. Merecía la pena tener que aguantar sus torpes acometidas y su babeo. Era un precio razonable. Ella solo había sentido placer físico en una ocasión, cuando uno de sus jardineros la tomó por la fuerza en los establos. Aquello si fue una experiencia y él tardo semanas en curarse de los arañazos que ella le propinó. Pero fue un orgasmo irrepetible.

—Bien cariño —dijo resignada—, ¿cuáles son tus planes para esta noche?

Germán de Ezpeleta no dijo nada. Se acercó a ella y la tomó en sus brazos.

—Es una sorpresa, querida.

Barracones de las marismas
San Sebastián
-5-

Ahimán no estaba muerto, gracias a Dios. En la noche cerrada y silenciosa había escuchado su respiración agitada por momentos. Pero estaba malherido y necesitaba ayuda inmediata. La sed le consumía, tenía la boca seca como una alpargata y el dolor de cabeza seguía siendo horrible. Pensamientos terribles y derrotistas se acumulaban en su mente. ¿Qué hacer? La pregunta que llevaba atormentando a los humanos durante siglos y siglos. ¿Soportar con resignación los duros golpes del destino o luchar a brazo partido contra el diluvio de las desgracias y acabar con ellas? Este Shakespeare era tremendo.

Pero Hamlet era una ficción y aquella era su realidad. Había fracasado. Había sido capturado y había perdido los documentos sin tener oportunidad de destruirlos. Ahora el enemigo lo sabía todo y él, para mayor sufrimiento, ni siquiera sabía lo que le habían arrebatado, y por tanto no podía evaluar las consecuencias de la pérdida. No sabía cómo luchar contra el diluvio de desgracias que le afligía, entre ellas la salud de Ahimán, que era su máxima preocupación. Forcejeó con las cadenas pero solo para aplacar su ira.

Compañía Guipuzcoana de Caracas
Sede de San Sebastián
-6-

Iuan de Zavala recorrió una por una las estancias de la compañía en busca de don Esteban. El *León de Gante* estaba presto a partir y aquel maldito francés seguía sin aparecer y todavía no había podido averiguar quiénes eran aquellos dos caballeros que habían preguntado por él a su hermana Lucía. Aquello olía a chamusquina y cuando algo se quema, casi siempre quema a los pobres y no a los poderosos. Era una de las piezas de sabiduría que había acumulado sirviendo en la Guipuzcoana.

Por fin dio con el poderoso director adjunto en el archivo del sótano. Allí donde se guardaba la relación de mercancías incautadas a los contrabandistas holandeses, franceses e ingleses, por los jabeques aduaneros que poseía la compañía en Venezuela. De hecho, la lucha contra la piratería y el contrabando era responsabilidad de la compañía, y era a su vez uno de sus problemas más importantes, dada la magnitud del territorio a vigilar.

—Don Esteban —le interrumpió el empleado— necesito hablar con usted sobre las últimas órdenes que me dio.

—Dígame Zavala —le respondió con cara de pocos amigos.

—El caballero francés del que me habló no ha aparecido por Pasajes. Por otra parte, el *León de Gante* está a punto para zarpar y… —dudó antes de continuar— dos caballeros preguntaron por mí a mi hermana Lucía, pero de eso hace dos días y por más intentos que he hecho no puedo encontrarles, y como usted me habló de un solo caballero, no sé si se tratará del mismo asunto.

La cara de don Esteban reflejó una mueca de inquietud. Por su mente eminentemente práctica desfilaron diversas hipótesis de urgencia.

—Bien Zavala. Lo primero y más importante es retrasar la salida del *León de Gante*. Invéntese lo que quiera, pero ese barco no partirá sin el maldito francés a

bordo. Del resto me ocupo yo.

—Gracias don Esteban —se despidió Zavala, aliviado por perder de vista al director adjunto—. Se hará como decís.

—Una última cuestión, Zavala —le interrogó—: ¿ha hablado con usted alguien en relación con este asunto?

—Nadie don Esteban, y aunque así fuese, ya conocéis mi respuesta.

Don Esteban consideró la situación. Aquel cerdo de Ezpeleta había estado haciendo preguntas en la compañía sobre pasajeros de última hora. Había llegado con sus modos petulantes y su altanería, como si la compañía le perteneciese, e interesándose por los pasajes para La Havana. Montagnac tenía razón, la peste inglesa estaba por todas partes. Se dirigió a su despacho para dar instrucciones a su secretario de confianza.

Barracones de las marismas
San Sebastián
-7-

Ahimán había despertado. Manex comprobó con alivio que se movía, aunque sin articular palabra, solo unos gemidos salieron de su boca cuando se interesó por su estado. Llevaba un rato escuchando sonidos fuera del lugar en el que se hallaban retenidos. No oía voces, solo ruidos como de fardos al ser movidos.

De repente la puerta se abrió y quedó nuevamente cegado por el sol. Un esbirro de Ezpeleta entró en la chabola portando un balde de agua que, sin mediar palabra, derramó sobre la cabeza de Manex.

—Despertad cerdos —fue su amable saludo de bienvenida—. Pronto vamos a hacer jamones con vosotros —sentenció, antes de partir en busca de otro cubo de agua, esta vez para Ahimán.

Regresó unos minutos después y se acercó a Ahimán, que seguía en la misma postura y presentaba un aspecto horrible, con toda su cara y sus ropajes llenos de sangre. Seguía desmayado y parecía al final de sus fuerzas. El hombre le arrojó el cubo de agua pero Ahimán no tuvo reacción alguna. Se acercó y le propinó una patada en el estómago.

—Sucio patán —le insultó en idioma vascón—, no parece que vaya a hacer falta mucho para acabar contigo.

Apoyándose en el suelo con sus manos, Ahimán dio un salto inverosímil y atrapó al hombre por el cuello con sus dos piernas, y con un movimiento circular de su cuerpo lo derribó a tierra. El hombre pataleó y se retorció tratando de librarse del abrazo mortal y pareció que iba a conseguirlo en cualquier momento. La escena se desarrollaba a escasa distancia de Manex, que con impotencia veía la imposibilidad de ayudar a Ahimán, a quién las fuerzas abandonaban por segundos. El hombre

finalmente se liberó, y con el miedo en sus ojos se arrastró hacia la puerta, lejos de aquel demonio extranjero, jadeando y agarrándose el cuello. Se fue tranquilizando mientras la rabia se iba apoderando de él. Se incorporó dispuesto a tomar revancha de Ahimán, pero el miedo le impidió acercarse para propinarle otra patada. Aquel demonio era capaz de cualquier jugarreta.

—Ahora verás —fueron sus palabras, antes de partir en busca de algo para ajustar las cuentas con el egipcio.

Regresó unos minutos después y se detuvo en la puerta. En la mano derecha se distinguía un látigo de cola y en la izquierda un enorme palo.

—Ahora verás cerdo, lo que hago yo con mal nacidos como tú —vociferó mientras desplegaba el látigo, dispuesto a ensañarse con Ahimán—. En Venezuela partía flores a cinco pasos —continuó—, creo que me será fácil arrancarte la piel a tiras.

Desplegó el látigo con un rápido movimiento de la mano y lo descargó con letal precisión sobre el rostro de Ahimán, que a duras penas consiguió cubrirse la cara. El látigo dejó una marca limpia y profunda sobre su cara que inmediatamente comenzó a sangrar. El látigo volvió a armarse para desplegar su chasquido fatal, pero el movimiento quedó interrumpido porque algo sujetaba el látigo por detrás.

—¿Qué diablos pasa? —Fueron las últimas palabras que pudo pronunciar, pues al darse la vuelta recibió un golpe tremendo en su cabeza.

Un hombre de mediana estatura entró por la puerta nervioso.

—¡*Monsieur* Lamark! ¡*Monsieur* Lamark! ¿Sois vos…?

—Sí, somos nosotros, ¿y vos quién sois?

—Me llamo Román Epelde y trabajo para don Esteban, de la Compañía Guipuzcoana de Caracas. Don Esteban me envió a fisgar por aquí preocupado por vuestra tardanza. Pero no perdamos el tiempo, debemos huir inmediatamente. Luego os daré las explicaciones pertinentes. Ahora debemos ir a Pasajes pues el barco está listo para partir y debemos hacerlo antes de que Ezpeleta se dé cuenta. Sus matones estarán al caer.

—Es imposible que partamos —respondió Manex forcejeando con las cadenas—. Buscad la llave en las vestiduras del hombre inconsciente.

Epelde palpó los diferentes bolsillos de la casaca del matón, y finalmente dio con el manojo de llaves. Liberó a Ahimán y a Manex. Ahimán podía moverse a duras penas y Manex cargó al hombro a su criado. Luego partieron a lo desconocido.

Don Esteban era un hombre sobre todo práctico. En cuanto llegó a casa de Epelde, donde se hallaban refugiados los fugitivos, se hizo cargo de la situación. Dio órdenes precisas a Zavala para retrasar nuevamente la partida del *León de Gante*, organizó la atención médica de Ahimán y finalmente se sentó con Manex. Al ser presentados, Manex y don Esteban habían intercambiado el saludo secreto de los masones y ambos estaban al tanto de su condición.

—Señor Lamark, debéis partir inmediatamente. Vuestra vida corre gran peligro.

Ezpeleta es un hombre sin escrúpulos. Una deshonra para nuestra hermandad y sus lacayos son gentuza reclutada entre los veteranos de Venezuela. Gente acostumbrada a la pendencia y el asesinato, traída expresamente de la colonia para aterrorizar a sus enemigos.

—Os agradezco la información, pero no puedo partir sin los documentos que me fueron arrebatados y que representan la parte fundamental de mi viaje. Sin ellos no tiene sentido continuar. He de intentar recuperarlos, aunque me imagino que ya es tarde. En cualquier caso, he de intentarlo.

—Y bien Manex, ¿qué sugerís?

—¿Dónde vive Ezpeleta?

—Tiene una casa solariega en Tolosa, a unas seis leguas de aquí. Normalmente está por allí. También tiene una casa en el puerto, pero Epelde me ha comunicado que se halla cerrada en este momento. Generalmente la usa en el verano y en esta época reside en Tolosa.

—¿Cómo puedo llegar a Tolosa?

—No os preocupéis, Epelde tiene caballos y además os acompañará, ya que vuestro criado necesita cuidados. Cuando esté un poco mejor le trasladaremos a Pasajes y aguardaremos vuestro regreso. Tened cuidado, que es mala gente.

—Gracias don Esteban. Tengo que intentarlo.

—Suerte —fue su parca despedida.

Para no ser un hombre de acción, el tal Epelde era un tipo espabilado y decidido. Tenía un rostro juvenil e incluso aniñado y parecía un crío, pero su manera de comportarse tenía un aplomo que sorprendía. Camino de Tolosa habían hablado poco, porque la mayoría del tiempo habían galopado, pero en los momentos de descanso le había relatado la forma de vida de la ciudad y su extraordinaria relación con las colonias de América. Ahora las cosas iban peor, pues la debilidad de la Marina de guerra española impedía la protección de los convoyes, que eran asaltados por todo tipo de contratiempos. Ingleses, franceses, holandeses, piratas, corsarios y bucaneros destrozaban las líneas de suministro. Además, estaba el tratado de libre comercio que preparaba la Corona y que liberalizaba el tráfico comercial con las colonias. Todos presentían el final de aquel esplendor comercial que había durado medio siglo.

Epelde proponía a Manex un plan sencillo. Manex era conocido pero él no, así que mientras Manex le esperaba en un paraje solitario en las cercanías de Tolosa, se acercaría a la casa de los Ezpeleta y trataría de averiguar la situación. Pensaba inventarse una excusa de algún asunto de la Compañía y averiguar si el señor estaba en la casa. Después decidirían cómo actuar. Manex estaba de acuerdo con el plan, sobre todo porque no tenía otro. Lo desconocía casi todo de aquel territorio y de sus gentes y no tenía más que confiar en el ingenio de aquel jovencito. Lo que le aterraba era acercarse a Eugene. No había querido pensar en ella porque solo con eso se le nublaba el raciocinio. Eugene casada con aquel sinvergüenza. No lo podía creer. Sin embargo, sus sentimientos le traicionaban a medida que se acercaba a ella.

Román de Epelde disfrutaba con lo que estaba sucediendo. Desde su regreso de Venezuela echaba en falta un poco de acción. San Sebastián no era precisamente un lugar animado. Había sido guardacostas en la colonia y allí la acción estaba asegurada, pues todos deseaban comerciar a espaldas del monopolio que ostentaba la Guipuzcoana. Encaró la puerta de la gran casa solariega con la mejor de sus sonrisas.

—Deseo ser recibido por el señor Ezpeleta —indicó a un criado con cara de aburrido que le abrió la puerta—. Don Esteban de la Guipuzcoana tiene un recado para él.

—Me temo que el señor se halla ausente y desconocemos cuando regresará.

Epelde vaciló un momento.

—¿Y la señora? Quizás ella pueda ayudarme.

Sin mediar palabra el criado dejó la puerta entreabierta y desapareció en las profundidades del caserón. A los pocos minutos, una doncella acudió a su encuentro.

—¿Qué desea? —le interrogó con una sonrisa pícara en la cara.

—Traigo un mensaje de don Esteban de la Guipuzcoana para el señor Ezpeleta, pero me imagino que será suficiente con entregárselo a su esposa —la ansiedad por la respuesta se adivinaba en el tono de la pregunta, aunque no fue percibido por la joven.

—Pase y acomódese en el recibidor, la señora le atenderá en unos minutos.

Los minutos resultaron ser casi una hora, pero Epelde conocía por experiencia el valor relativo que las mujeres concedían al tiempo. La prisa era patrimonio de los hombres.

Por fin, la misma muchacha se acercó y le condujo a la biblioteca donde le aguardaba la señora. Epelde reparó de inmediato en los hermosos ojos verdes, que por otra parte sintonizaban a la perfección con el rostro y con el resto de su propietaria. Se presentó protocolariamente y tomó asiento, mientras la duda le asaltaba sobre la verosimilitud de lo que iba a exponer.

—Señora, necesito estar urgentemente con su marido para transmitirle un mensaje de don Esteban.

—Pues el señor no está y tampoco sé muy bien cuándo regresará. Una visita del extranjero le mantiene ocupado —dijo mientras en su interior sentía la furia que le producía la falta de noticias de su esposo y la parisina, que no habían dado señales de vida desde el día anterior. En cualquier caso, se le presentaba una oportunidad de averiguar algo así que continuó la conversación—. Pero decíais que yo podía ayudaros. ¿Cómo puedo hacerlo?

Epelde que comenzaba a sentir cierto vértigo, decidió actuar con audacia.

—Tengo noticias para su esposo del señor Lamark.

El corazón de Eugene dio un respingo en su pecho, que se transmitió a su cara inmediatamente.

—¿Del señor Lamark? —preguntó, mientras trataba de controlar sus sentimientos —. ¿Y qué noticias son esas?

—Ha muerto.

Sus palabras fueron como un mazazo para Eugene, incapaz ya de controlarse. Las lágrimas afloraron en sus ojos como una catarata y un grito desgarrado surgió de su boca. Epelde contemplaba atónito la reacción inesperada de la señora y abandonó el sillón en el que se hallaba acomodado, para sentarse junto a ella y tratar de consolarla.

—Tranquilizaos señora, ¿acaso conocéis al señor Lamark?

Graciela que escuchaba detrás de la puerta irrumpió en la estancia al escuchar el grito de su señora.

—¿Qué os ocurre señora? —le interrogó con ansiedad, sorprendida por el estado de agitación de Eugene—. ¿Acaso este caballero se ha propasado con vos?

Con un gesto de su mano Eugene tranquilizó a su doncella, pero su llanto lejos de remitir arreciaba.

Epelde comenzó a sentir cierto embarazo con la cabeza de Eugene sobre su hombro y la mirada inquisitiva de la doncella fija sobre su rostro sorprendido.

—Tranquilizaos señora y respondedme —insistió—. ¿Conocéis al señor Lamark?

Al oír el nombre, la doncella también dio un respingo que no paso desapercibido a Epelde, presa ya de un ataque de ansiedad ante el guirigay que su mentira estaba produciendo.

—Manex ha muerto —le dijo Eugene a su doncella entre sollozos.

—No puede ser señora, no puede ser… —Se dirigió entonces a Epelde—: Bruto cavernícola, ¿cómo osáis venir aquí a importunar a mi señora con noticias desagradables?. —Se acercó a él en actitud hostil—. Sabed que mi señora amaba a ese caballero —dijo, y se arrepintió inmediatamente de sus palabras.

Epelde sintió un gran emoción que le embargaba el pecho y alborozado se levantó y abrazó a la doncella que le miraba asombrada por su osadía, mientras trataba de desembarazarse de él.

—Comportaos caballero —le dijo muy digna, deseando en el fondo recibir un nuevo abrazo de aquel mozo tan apuesto—, y explicad vuestra conducta.

Epelde se sentó nuevamente en el sillón y les miró con una sonrisa de colegial recién terminadas las clases.

—Manex Lamark está vivo.

Ambas le miraron de hito en hito.

Manex se había escondido tras el gran tronco de un haya gigante y aguardaba el regreso de Epelde. Al oír el ruido lejano de las ruedas al golpear los guijarros del camino, Manex volvió a acurrucarse contra el gran árbol, mientras trataba de averiguar quiénes se acercaban, asomándose por uno de los extremos del tronco. Un carruaje desconocido se acercaba a toda velocidad. El carruaje parecía que iba a pasar de largo, tal era su velocidad, pero se detuvo con violencia frente al haya y entonces Manex pudo reconocer claramente a Epelde, que descendía del pescante llamando a Manex a gritos.

Manex abandonó su precario escondite para reunirse con él y al mirar hacia el carruaje, la cara de Eugene tras los cristales fue lo único que alcanzó a distinguir. Todo lo demás desapareció de su presencia y durante un instante, que pareció una eternidad, pasaron por su mente todos los años con ella, todos los momentos tristes y alegres, todas las satisfacciones y todas las traiciones. Pero sobre ese amasijo de sentimientos uno sobresalía sobre los demás: la amaba y todo lo demás quedaba olvidado. Ella estaba allí y todo lo demás carecía de importancia.

La vio descender del coche ayudada por Epelde, que sonreía emocionado, y comenzó a correr hacia él, que le esperaba con los brazos abiertos. Se fundieron en un abrazo de amor mientras sus labios se encontraban con violencia y con dulzura a la vez. Era el final del sufrimiento de dos amantes separados por el destino. Era su amor que resplandecía después de tanta oscuridad.

Se miraron a los ojos. Todavía no se habían dicho ni una sola palabra porque las palabras sobraban, pero mientras sus ojos centelleantes de gozo se miraban tratando de saciar la inmensidad de la ausencia, de los labios de Eugene surgió como un grito silencioso la expresión de todos sus sentimientos.

—Te quiero, mi amor, y nunca he dejado de quererte.

Manex con el rostro cubierto de lágrimas solo podía reanudar su abrazo protector y amoroso. Mientras tanto, Epelde aprovechaba para consolar a la bella Graciela, que lloraba a moco tendido por la felicidad recuperada de su señora.

Casa de campo de Ezpeleta
Beizama, cerca de Tolosa
-8-

Germán de Ezpeleta meditaba la situación tumbado boca arriba en el lecho, mientras con su mano derecha acariciaba las suculentas formas de su amada, que descansaba plácidamente a su lado, satisfecha tras una noche de amor frenético. Como amantes se entendían a las mil maravillas. Fuera de la cama ya era otra cosa. Pero ella le trastornaba y su voluntad se desvanecía ante sus portentosos encantos. Su pobre esposa nunca podría, a pesar de su belleza, competir con aquella amante excepcional.

Estaba intranquilo. No le gustaba dejar las cosas sin terminar, y menos ausentarse sin avisar durante tanto tiempo, pero es que aquella mujer le hacía hacer cosas impensables.

Cierto que los documentos se hallaban a buen recaudo en su despacho de Tolosa. Cierto que Manex y su piojoso ayudante estaban a buen recaudo en el barracón de Portuetxe. Cierto que todo parecía controlado, pero todo estaba aún inacabado, y eso era algo que le molestaba profundamente. Haber subido a su caserón de Beizama para pasar dos días de pura lujuria abandonándolo todo, era algo que tenía sentido solo hasta que habían copulado veinte veces. A partir de ahí, saciado el deseo, se imponía la cordura. Tenía que regresar y terminar aquello. Había que liquidar al gabacho y a su ayudante e informar a Howard del contenido del zurrón. Había que recoger los frutos y finalmente tenía que acabar con la farsa de su matrimonio. Su mente planeaba una jugada genial. Acabar con Manex y con su esposa al mismo tiempo. Antiguo amante, dama complaciente, marido ultrajado, sorprendidos en la habitación en plena lujuria; pistolas que se desenfundan, disparos, y libre para siempre de todas las ataduras. El piojoso podría servir de alimento para sus perros. La llamada en la puerta interrumpió sus pensamientos.

Era la vieja sirvienta del caserón que le anunciaba que un mensajero aguardaba en la puerta. Se extrañó. Sus hombres sabían muy bien que no debían de molestarle en aquel lugar, al que solo acudía con damas. Presintió algo desagradable. Se acercó a la puerta y se encaró con el hombre.

—¿Qué pasa? —le espetó sin disimular su enojo—. ¿Acaso no sabéis que aquí no se me debe molestar? —dijo mientras pensaba que los desgraciados de sus lacayos, habían enviado a un jovencito ante la previsible ira del amo.

—Los prisioneros han escapado —le soltó el joven de improviso, aprestándose a soportar las consecuencias de las noticias que portaba, pues sabía por experiencia que los mensajeros, aunque inocentes, era lo que se tenía más a mano para pedir responsabilidades.

No fue el caso. El amo reaccionó casi como si supiera la noticia. Se acercó a la mesa y tomó su sombrero, los guantes y la fusta. Luego recogió su capa.

—Entra y que te den de comer. Luego, cuando se despierte y acicale, conduce a la dama a Tolosa. Y mantén la boca cerrada si no quieres perder la lengua.

Luego montó en el caballo que había dejado el joven junto a la verja de entrada y se lanzó al galope hacia el valle.

Ermita de Santa Clara
Cerca de Tolosa
-9-

Epelde y Graciela habían hecho migas mientras Manex y Eugene paseaban por la ermita de Santa Clara, desierta a esas horas. Epelde les vio regresar a lo lejos, caminando despacio, parándose a besarse, ahora abrazados, ahora cogidos de la mano. Tantos años de separación, tantas noches de sufrimiento, tantas cosas que contarse. Sintió cierta envidia, pero no por mucho tiempo, pues Graciela reclamaba su atención. No sabía lo que pensaba hacer Manex, pero él estaba decidido a todo. Qué bien le estaba sentando aquella aventura.

Manex ya sabía por Eugene que si su marido tenía los documentos, estarían en el cajón de su despacho, en la planta alta. Aunque cerraba con llave el cajón, no parecía difícil de abrir. Esa era la prioridad. Recuperar los documentos. Rezó para que así fuese, porque aunque los hubiesen leído, no era lo mismo recordar algo que se puede consultar nuevamente, que recordar algo que solo se ha visto de pasada. Este tipo de pensamiento solo era una táctica para mantener la esperanza. Un consuelo.

El plan que trazaron era sencillo. Eugene abriría la caja y recuperaría los documentos. Se los entregaría a Graciela, quién a su vez los sacaría de la casa y se los llevaría a Manex, que aguardaría en compañía de Epelde a la vuelta de la esquina. Luego a galope a Pasajes y con un poco de suerte recogerían a Ahimán y se embarcarían en el *León de Gante*. Sencillísimo.

Epelde miraba a Manex con una cara que denotaba su escepticismo hacia el plan. Manex le animó a exponer sus dudas con un gesto de la mano.

—Para que eso sea posible, debe producirse una conjunción de casualidades que creo infantil considerar. —Miró a Manex de reojo para comprobar si se ofendía por el vocablo utilizado—. Debe coincidir que nadie descubra vuestra fuga del barracón, que Ezpeleta y la dama no hayan regresado y que no hayan sido advertidos de vuestra

fuga, una conjunción que me parece difícil de asumir.

Manex le escuchaba con atención, pues aquel hombre de cara aniñada a quién había conocido hacía escasas horas, le había demostrado una competencia extraordinaria para el pensamiento y la acción. Merecía ser un Hijo de la Viuda, pero no lo era porque no había respondido al signo de reconocimiento que le había hecho Manex en varias ocasiones.

—¿Qué sugerís entonces como alternativa, Román? —Manex utilizó por primera vez su nombre de pila al dirigirse a él—. No creo que haya muchas alternativas. Si nos han descubierto, seguro que habrán puesto los documentos a buen recaudo y tendrán a sus esbirros en guardia contra nosotros.

—Creo peligroso exponer a las damas a esos peligros. —Miró de reojo a Graciela, que le respondió complacida con un gesto de aprobación—. Si conocen nuestra fuga la casa estará vigilada y ellas no se pueden imponer por la fuerza. Si la decisión fuese mía iría a Tolosa. Eugene y Graciela comprobarán la situación de la casa. Si aún no nos han descubierto, nos introducimos en la casa y aguardamos el regreso de Ezpeleta y de la dama escondidos. Cuando lleguen les sorprendemos y obligamos a punta de pistola a devolvernos los documentos. Los tomamos como rehenes y así podemos llegar a Pasajes y luego —vaciló unos instantes, pues esta parte de su plan aún no estaba resuelta—, pues ya veremos —concluyó.

Manex sopesaba las palabras de Epelde, ya que tenían su lógica.

—¿Y si han descubierto el asunto y están sobre aviso? —preguntó Manex—. ¿Qué hacemos entonces?

—Pues esperamos a la noche y con ayuda de Graciela entramos en la casa por la parte de atrás y tratamos de recuperar los documentos, y si nos sorprenden, tendremos que improvisar.

Germán de Ezpeleta llegó a su casa con el caballo a punto de reventar. Lo dejó frente a la casa. Casi era de noche. Su preocupación se centraba en su esposa, no porque le importase una relación que daba por terminada, sino porque no estaba para escenas de celos y gritos, y estaba seguro que si se encontraban, ella haría una escena. Subió las escaleras de dos en dos y se dirigió a su despacho en la última planta, abrió la puerta y se dirigió a su secreter. Iba a tomar asiento cuando reparó en el sofá del fondo de la estancia. Manex Lamark, displicentemente sentado en el sofá, le apuntaba con una pistola.

—Hola Ezpeleta, parece que volvemos a vernos —le dijo complacido.

Ezpeleta no se movió. Epelde salió de detrás de los cortinones en los que se había ocultado y le arrebató la llave que tenía en la mano. Con un golpe de la pistola en el hombro le indicó que le señalase el cajón en el que se encontraban los documentos.

Ezpeleta hizo amago de resistirse, pero finalmente cedió. Era una locura hacerlo. Abrió el cajón y extrajo el zurrón de terciopelo y se lo entregó a Epelde y este a Manex, que sonreía satisfecho. Dejó la pistola sobre la mesa y comprobó el zurrón. Increíblemente estaba intacto. Los muy tontos ni siquiera lo habían abierto para

comprobar su contenido. Era maravilloso.

Absorto en sus consideraciones, no vio cómo la puerta se abría y *madame* Seville entraba en la estancia sigilosamente. Epelde se percató de la situación, pero era tarde. La bala salió de la pequeña pistola de la parisina y se alojó en su cabeza. Cayó como un saco sobre la alfombra. Manex trató de recuperar su pistola, pero Ezpeleta le amenazaba con la suya y sonreía.

—¿Qué decíais hace un instante, *monsieur* Lamark? —le interrogó con suficiencia, mientras se acercaba y le arrebataba el zurrón de las manos—. Gracias Eloise, tu llegada ha sido providencial —añadió.

—Como siempre, cariño —le dijo la parisina mientras se acercaba a Manex sonriendo—. Así *monsieur* Lamark que habéis conseguido escapar, no como vuestro amigo Armand, que murió degollado como un cerdo —le dijo con expresión de disfrute, que aumentaba a medida que veía la desazón de Manex—. Además, era un amante mediocre —añadió para hacer su desprecio aún más hiriente.

Miró a Ezpeleta, pero le costó entender la situación. Un cuchillo le había atravesado la garganta y la sangre le brotaba a borbotones, mientras miraba a un lado y a otro con expresión incrédula, antes de desplomarse como un saco de patatas junto al cadáver de Epelde.

Madame Seville miró hacia la puerta justo el tiempo suficiente para ver a aquel demonio africano abalanzarse sobre ella. Le apuntó con su pistola descargada y comprendió que lo que se acercaba era la muerte. Ahimán la tomó por los brazos obligándola a girarse y le rebanó el cuello de parte a parte, ajeno a los gritos de Manex que trataba de impedirlo. Luego, arrojó el cuerpo de la dama aún palpitante sobre el cadáver de su amante, mientras la cicatriz que el látigo había dejado en su rostro le hacía parecer aún más terrorífico.

Eugene y Graciela llegaron apresuradamente, atraídas por el sonido del disparo. Eugene entró en la estancia y no pudo reprimir un grito de terror al ver la escena. Su marido yacía en el suelo muerto y su amante parisina yacía también sin vida sobre él. A escasa distancia el joven Epelde también yacía muerto y Ahimán, el terrorífico Ahimán a quién no veía en años, le miraba impertérrito mientras limpiaba sus cuchillos y escuchaba las recriminaciones de su amo, sin hacer ni un solo movimiento. Al ver a Manex, corrió hacia él y se refugió en sus brazos.

Manex la abrazó y la besó, y cuando la hubo tranquilizado mínimamente se acercó a Epelde y le tomó el pulso. Estaba muerto. Repitió la operación con Ezpeleta y con la parisina, pero obtuvo el mismo resultado. Su preocupación radicaba en los esbirros de Ezpeleta, pero Graciela le tranquilizó. No había nadie en la casa. El Señor había regresado sin avisar a nadie y el cochero de la dama había partido tan pronto como la dama se había apeado del carruaje.

Manex se volvió hacia Ahimán, sin poder ocultar su enojo.

—¿Por qué la has matado? Era un placer que reservaba para mí —le dijo visiblemente enfadado.

—No hay que dar oportunidad a la serpiente, effendi —fue su lacónica respuesta, antes de retirarse hacia un extremo de la estancia.

Manex consideró el embarazoso enredo al que se enfrentaban. No había más esbirros en la casa y eso era un alivio, pero el panorama era terrible. Tres muertos yacían sobre la alfombra. Ahimán y él debían marchar a Pasajes de manera inmediata, y Eugene y Graciela le miraban con la incredulidad y el miedo reflejados en el rostro. No podía abandonarlas en aquella situación.

Eugene le tomó por los brazos y le atrajo hacia sí para besarlo.

—Tenéis que partir —le dijo con una serenidad recién adquirida en el rostro y con un aplomo desconocido hasta entonces en ella—. Graciela y yo nos ocuparemos de todo.

—Sí, pero ¿qué podéis decir?

—No os preocupéis. Dos hombres y una mujer. Celos. Ya se nos ocurrirá algo… Y además, esta es una sociedad provinciana y estas cosas aquí se comentan mucho pero se investigan poco. Solo hay una cosa importante y que debéis prometerme Manex. —Le miró amorosamente.

—¿Cuál?

—Que volveréis a mí cuando esto termine.

—Nada podrá impedirlo. Lo juro por nuestro amor.

SURCANDO EL ATLÁNTICO

Fragata mercante León de Gante
Golfo de Vizcaya
-1-

Por fin en la mar. Parecía que este momento nunca llegaría. Habían transcurrido unas pocas semanas desde que abandonó París, aunque realmente le parecía que habían transcurrido años. Nunca en su vida se había producido una avalancha de acontecimientos tan importantes, en un periodo de tiempo tan reducido. Había abandonado la Martinica, atendiendo a los deseos de Montagnac, había viajado de regreso a Francia, pensando en el aburrimiento que supondría volver a su querida París, y salvo la enorme alegría que sentía en el momento de su partida por volver a ver a sus familiares y amigos tras una ausencia tan prolongada, sabía que luego sobrevendría la rutina. Siempre había guardado la esperanza de que la misiva que le había enviado Montagnac fuese el principio de alguna aventura, pero ni en sus sueños más osados podía haberse imaginado aquella sucesión de acontecimientos frenéticos.

La ceremonia de la logia había sido digna de Montagnac, pero en aquellos momentos le había parecido irreal, como un sueño que no se alcanza a comprender en ese momento. Luego, su partida precipitada en dirección contraria a Armand y sus otros compañeros, su carrera hacia el sur, su salvación *in extremis* gracias a la aparición inesperada y dramática de Ahimán, a quién creía en Martinica, la cárcel de la que se habían librado milagrosamente gracias al bueno del clérigo Albert, la precipitada huida hacia San Sebastián, la perfidia de *Madame* Seville y por fin Eugene en sus brazos nuevamente. Esto era lo más extraordinario. Eugene de nuevo en sus brazos. Su corazón estaba henchido de amor y esto le hacía creer que todo era posible, que el destino se aliaba con él, que la felicidad triunfaría finalmente sobre la desdicha.

Le resultaba prácticamente increíble. Eugene. Su amada Eugene a quién creía

irremisiblemente perdida, había vuelto a su vida, no solo para salvarle, sino para declararle su amor apasionado. Sin duda alguna, el Gran Arquitecto del Universo tenía una manera muy particular de conducir nuestras vidas y hacernos pasar insólitas pruebas, que una vez superadas solo nos producen asombro.

Manex, sentado a proa del *León de Gante*, contemplaba la inmensidad del mar, sumido en sus pensamientos y preocupaciones, pero sintiendo la amargura de la muerte de Armand, que aunque ya conocida a través de François, tan cruelmente le había revelado *Madame* de Seville, y la dulzura del recuerdo de Eugene que se sobreponía a todo lo demás, haciéndole sentir una fuerza desconocida que le impulsaba a continuar con aquella misión casi suicida, a la que le había conducido Montagnac.

Ya nada le importaba, ni a nada temía y aunque su anhelo, como el de todo enamorado, era regresar a los brazos de su amada, sentía una seguridad interior que nunca había sentido antes. Sabía lo que tenía que hacer y porqué lo hacía, y sabía por primera vez en su vida que lo importante es como se recorre el camino y no el camino en sí mismo. Si no volvía a ver a Eugene no le importaba, porque saberse amado era para él suficiente y porque sus almas estaban unidas de forma irremisible para el resto de sus vidas.

Había llegado el momento de la verdad. Se alejaban de las costas de España, camino de Terceira y llegaba el momento de saber el por qué de aquella aventura insospechada, de tanto sigilo y de tanta desgracia, que finalmente se había tornado dicha infinita para él. Qué gran paradoja del destino…

Cenó en el comedor del barco de manera frugal, acompañado solamente por Ahimán, de quién toda la tripulación se alejaba sin ser incluso conscientes de ello, lo que transmitía a Manex una sensación de seguridad y despreocupación que agradecía después de tantos avatares vividos las últimas semanas. Tras cenar se dirigió al camarote que amablemente le había asignado aquel muchacho de la Compañía y que le permitía, además de pasar desapercibido, gozar de unas comodidades que estaban vedadas a la mayoría de la tripulación, que dormía en hamacas situadas en la primera cubierta.

El camarote era pequeño pero confortable y diseñado de forma que todo espacio disponible se aprovechaba para algún fin. Disponía de una pequeña mesa que hacía ángulo con uno de los extremos del mamparo y que resultaba de gran utilidad, pues permitía tomar notas con la mano derecha sobre el papel desplegado en dicha porción de la mesa, mientras consultaba el libro abierto sobre la parte izquierda.

Ahimán se alojaba con la marinería en la cubierta superior y era feliz a su manera, mimetizándose con las maderas del barco, mientras lo escrutaba todo con su afilada mirada.

Con un cuidado casi reverencial, extrajo de su equipaje el zurrón de terciopelo negro con la escuadra y el compás ricamente bordados en oro y volvió a maravillarse con la belleza del trabajo que había realizado alguna bordadora de Yvry. Con

paciencia, que luchaba contra su creciente ansiedad, desabrochó los cierres que le separaban de aquel secreto tan largamente guardado y cuando quedó liberada la funda que lo cubría, aún se reprimió unos instantes antes de abrirlo y contemplar su contenido.

Del zurrón extrajo un pergamino y otro zurrón más pequeño y sin adornos, pero con cierres tan complicados como el primero, y no pudo contener una sonrisa pues reconocía que Montagnac siempre le acababa sorprendiendo.

Desplegó parsimoniosamente el pergamino y leyó la misiva que le hacía llegar su Maestro, padre y amigo, François Yves de Montagnac:

A LA GLORIA DEL GRAN ARQUITECTO DEL UNIVERSO
LIBERTAD, IGUALDAD, FRATERNIDAD

Sea quien fuere el hermano que porta la siguiente misiva, ha de saber que la misma es de vital importancia para la libertad de las colonias inglesas en América, que luchan por librarse de la opresión del rey Jorge.

Si la está leyendo y ha seguido mis instrucciones, significa además que se halla camino de América alejándose de las costas de Europa y que por tanto, ha dejado atrás muchos de los peligros inherentes a esta misión que han sido muchos, aunque no debemos de desdeñar los que aún están por venir y sobre los que nos mantendremos siempre alerta.

Hasta ahora se os había escondido el contenido de este zurrón y se os habían dado instrucciones para destruirlo en caso de peligro, porque nada puede decir quien nada sabe.

A partir de ahora sabréis y por lo tanto, para preservar el secreto de lo que vais a saber, necesitareis disponer de vuestra propia vida pues lo que aquí se expone y acompaña no debe de caer en manos inconvenientes, pues sus efectos se volverían contra quienes deben beneficiarse de ellos.

Abrid ahora el zurrón sin marcas que acompañaba a esta misiva.

Manex abandonó la lectura del pergamino para cumplir lo estipulado, y tuvo que sostener otra pequeña lucha contra los cierres y contra la ansiedad que se iba adueñando poco a poco de él. También tuvo que luchar un poquito contra su vanidad, pues en un primer y fugaz momento se molestó ante el hecho de que la misiva no fuese dirigida específicamente a él, sino de manera general a cualquier portador de la misma.

Por fin cedían los cierres y al abrir el zurrón aparecieron dos nuevos zurrones más pequeños y a su vez cada uno de diferente tamaño. El zurrón de color burdeos llevaba bordado en blanco un triángulo y era más pequeño que el verde, y a diferencia de este, llevaba unido una carta. El zurrón verde lucía un hermoso bordado de una estrella de cinco puntas inscritas en un pentáculo y con una letra G dorada en el centro. Era el símbolo del G.·.A.·.D.·.U.·., es decir, el Gran Arquitecto del Universo.

Manex volvió al primer pergamino y siguió leyendo:

Habéis encontrado dos zurrones, uno de color burdeos de tamaño más pequeño y acompañado de una carta. Separadlo y guardad el zurrón verde que deberéis abrir siguiendo las instrucciones que acompañan al zurrón burdeos. Una vez más, comprended que se trata de proteger vuestra vida y cuanto menos sepáis mejor. En caso de ser sorprendidos deberéis destruir el zurrón verde de forma inmediata y definitiva.

Un tanto decepcionado ante la evidencia de que no le iba a ser revelado el secreto de aquel viaje, Manex se dispuso a leer la carta que acompañaba al zurrón burdeos:

A L.·.G.·.D.·.G.·.A.·.D.·.U.·.[31]
LIBERTAD, IGUALDAD, FRATERNIDAD

Q.·. H.·.[32]

Siento tu desazón al comprobar que no todo el secreto te va a ser revelado. Sabes que la paciencia es la madre de la virtud. Comprende además que es mejor para tu seguridad, que es la nuestra, que desconozcas en la medida de lo posible lo que no es necesario para ti de forma inmediata.

Solo has de saber que tu destino es La Havana y a tu llegada a la ciudad buscarás al H.·. Andrés Cubillo, siguiendo las instrucciones que se hallan en el zurrón. Para darte a conocer a este hermano y que sepa que eres el enviado, te dirigirás a él de la siguiente manera:

—H.·. un viajero de Oriente solicita vuestro cobijo.

Él os preguntará:

—¿El nuestro y el de quién más?

Y vos responderéis.

—El de la Estrella Flamígera.

Debes memorizar estas palabras y destruir este documento de manera inmediata, pues bajo ninguna circunstancia debemos permitir que nuestros enemigos conozcan esta clave. Seguramente a estas alturas ya has descubierto su fiereza y determinación para impedirnos triunfar en esta empresa. Solo me consuela saber que si estas leyendo esta misiva, tu destino está ya cercano. Mantente vigilante pues a medida que tú te acercas al triunfo, ellos se acercan al fracaso y esto no lo aceptarán fácilmente.

Sé que te estás preguntando cuando deberás abrir el otro zurrón y sé cuanto te cuesta esperar, pero aún no ha llegado el momento. Cuando llegue lo sabrás, no te atormentes por pensar cómo ni cuándo, porque cuando llegue ese momento lo sabrás sin que haya espacio para la duda. Recuerda que deberás destruirlo ante la más pequeña posibilidad de que caiga en manos de los ingleses. Estamos en tus manos H.·. Qué el G.·.A.·.D.·.U.·. te proteja.

SALUD, FUERZA Y UNIÓN

—Maldito canalla —explotó Manex colérico, gritando al cielo y dejando escapar toda la tensión acumulada tras tantos avatares y peligros.

Había soñado tantas veces con aquel momento, el momento de conocer la verdad y de entender el porqué de tantas desventuras y el porqué de la muerte de su amigo Armand.

Pero allí estaba en el camarote apestoso de un barco de carga que no llevaba nada y que se suponía que se dirigía a La Havana, con dos zurrones uno de los cuales contenía lo que le quedaba vedado saber y el otro que contenía documentos que aún no conocía, pero que evidentemente no le iban a revelar nada.

Efectivamente el zurrón de color burdeos solo contenía documentación personal y comercial, y cartas para comerciantes de La Havana, que le permitirían contar con una coartada en caso necesario a su llegada a puerto, y algunas direcciones y personas de contacto de miembros de la hermandad. La primera persona con la que debía de contactar era el tal Cubillo, que figuraba en el manuscrito, en un almacén de granos. Puso los documentos comerciales entre su equipaje mientras miraba aquel otro zurrón verde, lo suficientemente pequeño como para llevarlo encima y lo suficientemente

importante como para no exponerse a su pérdida. Miró a su alrededor en busca de un lugar apropiado para guardarlo y aunque el camarote estaba lleno de lugares apropiados, pensó que las ratas disfrutaban mucho robando estos manjares de los agujeros más seguros. Optó por llevarlo encima y lo introdujo en el doble forro de su casaca. Resultaba bastante incómodo, pero pensó que con el tiempo se acabaría acostumbrando.

Decidió dar un paseo por cubierta y disfrutar del mar. Aunque era de tierra adentro y se había criado en el amor a la montaña, también disfrutaba del mar. No solo por los innumerables viajes que había realizado por este medio, sino porque durante su estancia en la Martinica le había tomado afición a navegar en una pequeña embarcación de vela. Incluso estaba familiarizado con cierto argot marinero y con los términos náuticos, aunque los barcos de aquellas dimensiones no le eran familiares. Recordó que a su llegada al puerto de Pasajes y ver el barco, se había sorprendido sobremanera, pues si sus conocimientos marineros no le fallaban, se trataba de una fragata y este tipo de barco no era un carguero, aunque después había comprobado que se hallaba bastante modificado en su interior y en su arboladura para que pudiera transportar más carga y ser manejado por menos hombres, aunque se trataba sin lugar a dudas de una maldita fragata.

Solo hacía un par de días que habían abandonado aquel extraño puerto, rodeado de altos cerros y conectado con el mar por una estrecha boca, que en cuanto te alejabas un poquito de la costa se convertía en invisible, salvo para los afilados ojos de los marineros. Soplaba un viento suave del este, que permitía navegar al barco con un rumbo cómodo de aleta[33] que le hacía cabalgar plácidamente sobre las olas largas y majestuosas de un mar de fondo, que se calmaba a medida que pasaban las horas. El viento del este era frío pero noble, y soplaba con limpieza proporcionando al enorme navío una velocidad que calculó rondaría los cinco nudos[34].

Subió a cubierta y como siempre le fascinó la actividad incansable que se desarrollaba en ella. Siguiendo las instrucciones que vociferaban los oficiales, una amalgama de marineros se afanaban en cumplirlas sin dilación. Se sorprendió de comprobar que parte de esas instrucciones se daban en francés y parte en holandés, aunque otras conversaciones a su alrededor tenían lugar en castellano.

El capitán Van Door era un flamenco alto y estilizado, que llevaba años al mando del *León de Gante*. Era ante todo y sobre todo un gran charlatán y un calvinista temeroso de Dios, lo cual nunca le había impedido trabajar para los papistas.

Cuando le habían informado de que dos pasajeros le acompañarían en el viaje y que no era necesario que trabajasen para pagar el pasaje, comprendió que se trataría de gentes de alcurnia y se hallaba deseoso de conocerlos. Si aún no se había presentado a ellos, ni había pedido que acudiesen a su cámara, era más por una cuestión de conveniencia, no quería molestar ni indisponerse con los pasajeros de su mejor cliente, que por cualquier otra razón o prejuicio. Los viajes comerciales eran terriblemente aburridos, pues solo se podía mantener una conversación agradable con

los oficiales y aún con estos no siempre era posible, máxime cuando llevaban miles de millas juntos hablando de las mismas cosas. La perspectiva de tener alguien interesante con quién hablar le animaba sobremanera. Por eso, cuando vio a Manex aparecer en cubierta, venció cualquier reticencia y mandó inmediatamente a buscarlo.

Hablaba castellano porque hacía años que trabajaba con La Guipuzcoana y con la Compañía de La Havana, o con ambas en comandita, como en esta oportunidad. Cuando descubrió, por los comentarios del oficial que los había alojado, que el pasajero además hablaba francés y que tenía criado, su dicha fue casi total.

En cuanto divisó a Manex desde la toldilla[35], le hizo llamar a su lado sin pérdida de tiempo.

—*Monsieur* —comenzó la conversación en francés— soy el capitán Van Door y le doy la bienvenida a bordo del *León de Gante*. Espero que el alojamiento sea de vuestro agrado.

—*Monsieur* Lamark —le respondió Manex para evitarle el azoramiento de desconocer el nombre de su pasajero—. El camarote es de mi total agrado y mi criado se ha acomodado con la marinería. Os doy las gracias por ello, capitán.

—Faltaría más, caballero. Nuestro barco es modesto pero hospitalario y si necesitáis cualquier cosa no dudéis en pedírmelo o hacérselo saber a cualquiera de mis oficiales. Por cierto —añadió—, ¿es vuestro primer viaje a las Américas o ya habéis estado allí antes?

—Pues es el primer viaje de mi vida —disimuló Manex, dispuesto a dar al flamenco la menor información posible—, y os agradeceré capitán si me familiarizáis con este navío, pues mis conocimientos al respecto son bien escasos.

Van Door se frotó las manos mentalmente ante el universo de conversación que se abría frente a él. Un caballero que lo desconocía todo sobre los barcos y que provenía directamente de París. Él solo había visitado una vez la ciudad de la Luz, pero había quedado francamente impresionado. Hizo un repaso mental de los temas a tratar y con un ademán que recorría el barco de estribor a babor le anunció:

—Señor Lamark, le presento al navío comercial más rápido de esta parte del globo, El *León de Gante*, una fragata[36] de jarcia reforzada, de setenta metros de eslora, catorce de manga y tres mástiles. Puede transportar más de trescientas toneladas de carga. Seguidme *monsieur* y haremos un recorrido por la nave —le dijo mientras con su mano derecha empujaba el codo de Manex, invitándole a recorrer el barco—. Os encantará esta maravilla.

—Un navío impresionante —trató de halagarle Manex.

Acompañado del capitán descendieron las escaleras de la toldilla, que les conducían a la primera cubierta donde los marineros se afanaban en lustrar el suelo de madera del barco, actividad que se repetía en todos los barcos en los que Manex había navegado y cuya finalidad desconocía.

—¿Cuál es el objeto de tanta limpieza de cubierta? —preguntó con ingenuidad.

—Mantener ocupada a la marinería, principalmente —contestó Van Door con una

sonrisa, que dejaba ver los huecos de su dentadura castigada por años de navegación —. Ocio y mar son una mala combinación.

—Veo que el armamento de la fragata es bastante escaso… —señaló a Van Door mientras recorría el alcázar con la mirada.

—Ciertamente —contestó el capitán—. Nuestra principal arma es nuestra velocidad. Menos carga y mucha velocidad es la receta más eficaz para estas naves. Como veréis llevamos escasamente diez cañones de doce libras y algunos morteros en la toldilla, cuya finalidad es defendernos de los ataques de corsos y piratas, que usan naves de poco armamento y operan cerca de las costas. Como seguramente sabréis, los piratas son también llamados hermanos de la costa y raramente se aventuran en alta mar. No necesitamos más armamento, pues nuestra finalidad no es luchar contra navíos de guerra. Piense además, caballero, la cantidad de artilleros e intendencia que deberíamos de embarcar para atender a más cañones. En cualquier caso, *monsieur* Lamark, os sorprenderíais al saber de lo que es capaz un proyectil de doce libras.

Llegaron a la proa y bajo las grandes velas de cuchillo desplegadas desde el trinquete e hinchadas por el viento, el capitán señaló ufano hacia el bauprés[37], bajo el cual destacaba desafiante el mascarón de proa, con un enorme y melenudo león, en actitud de devorar las olas con su gran boca abierta.

—El *León de Gante* —sonrió ufano—, el devorador de océanos y mares —añadió, mientras indicaba a Manex la entrada hacia la cubierta inferior del barco—. Seguidme y os enseñaré las bodegas y demás dependencias de la nave.

—Por cierto capitán, ¿cuál es la naturaleza de la carga que transportamos?

La sonrisa de Van Door desapareció lentamente de sus labios mientras sopesaba la conveniencia de abordar el tema, pero tras reafirmarse en la inevitabilidad de que el pasajero se enterara, finalmente decidió afrontarlo con diplomacia.

—De momento transportamos azadones, rejas de arar grandes y pequeñas y otros aperos de labranza de las ferrerías de Vasconia y… —dudó unos instantes—. Y en Terceira cargaremos a los que los utilizarán cuando lleguemos a nuestro destino.

—Campesinos portugueses —comentó ingenuo Manex.

—No, de ninguna manera —matizó Van Door, visiblemente azorado—. Negros africanos debidamente adiestrados.

—¿Esclavos? —afirmó Manex abiertamente enojado, mientras miraba inquisitorialmente al capitán—. Estamos en un maldito barco negrero.

Van Door, que no esperaba aquella reacción del pasajero, permanecía mudo mirando a Manex sin saber muy bien qué decir. Sabía que la trata de negros disgustaba hipócritamente a la mayoría de las personas, que sin embargo tenían esclavos a su servicio, pero por el tono de voz del caballero parecía que se encontraba ante un maldito abolicionista.

—¿Acaso desaprobáis este tráfico comercial, *monsieur*? —Van Door abandonó su tono amable, para encararse con el francés—. Por que veo que tenéis a vuestro

servicio a un africano.

—Ciertamente, pero no es mi esclavo, capitán.

—Pues al parecer habla de vos como su amo —contraatacó el flamenco, siempre bien informado de lo que ocurría en su barco—. ¿Quizás pensáis *monsieur* que los negros tienen alma? —Van Door expuso la cuestión, pensando que sería un bonito tema de debate para la cena de la noche, ya que la polémica estaba en candelero en casi toda la sociedad europea—. Si lo deseáis, podemos hablar de ello esta noche en mi camarote, mientras cenamos.

Manex, que había reprimido a duras penas sus reacciones, producidas más por sus propias contradicciones en el tema, que por las palabras de Van Door, aceptó la invitación del capitán deseoso de abandonar la conversación y la visita al barco.

—De acuerdo capitán, continuaremos esta conversación durante la cena de esta noche.

—Con vuestro beneplácito, invitaré también a mis oficiales que seguro aportarán una visión deferente del asunto. Si no os parece mal *monsieur*, pospondremos la visita al barco para después de nuestra velada.

Van Door, visiblemente contrariado por el incidente, hizo una pequeña reverencia a Manex y se dirigió nuevamente a la popa del barco dejando a este debatirse en su lucha interior.

Ahimán apareció, como siempre, sin hacer ningún ruido y sin que se supiera muy bien de dónde.

—Effendi, creo que deberíais ver algunas cosas —se dirigió a Manex, con un susurro.

—¿De qué se trata Ahimán?

—Effendi estamos en un barco negrero y nos dirigimos a las Azores, a cargar esclavos que deben ser transportados a La Havana.

Aunque el rostro de Ahimán no revelaba ningún sentimiento, era evidente que el asunto le molestaba; no en vano él había sido vendido como esclavo cuando era solo un niño.

Sin decir palabra Manex acompañó a su sirviente escaleras abajo hacia las bodegas, donde pronto se apiñaría la mercancía humana. Vio los bozales[38] que estaban preparados para encadenarlos y donde comerían, era un decir, beberían y defecarían durante los veinte días que duraría la travesía hasta la isla de Cuba, tratados como animales y sometidos a todo tipo de vejaciones.

Se dio la vuelta y subió corriendo las escaleras hasta respirar el aire puro de la cubierta superior. Se acercó a la banda de estribor y vomitó toda la poca comida que había ingerido en el desayuno. Luego se retiró a sus aposentos. Se sentía francamente mal.

Tenía que reconocer que su situación era bastante hipócrita al respecto. Durante años había vivido rodeado de esclavos y durante su estancia en Martinica había disfrutado de la comodidad de tenerlos a su servicio para lo que hubiese menester,

incluso para aliviarse sexualmente, pero estar en un barco dedicado a su tráfico le producía una repugnancia difícil de explicar.

Ciertamente reflexionar sobre ello le vendría bien, pues su contradicción interna era la misma que la de la orden masónica, que preconizaba la igualdad de todos los seres humanos y la fraternidad universal mientras ignoraba de hecho la realidad en la que vivían, excluyendo a las mujeres y a otros seres humanos marginados.

A la hora de la cena, Van Door mandó recado a Manex, anunciándole que se encontraban reunidos en su cámara, tomando un vino de Madeira previo al ágape, e invitándole a compartirlo con sus oficiales. Era evidente, que Van Door se esforzaba en restañar las heridas de la visita a la nave, y trataba de reconducir la relación con el pasajero. Manex, que compartía esa actitud conciliadora, se acicaló convenientemente con las nuevas ropas que le había suministrado don Esteban, a través de aquel muchacho de Pasajes, y se dirigió a la cámara del capitán.

La cámara era una estancia amplia y decorada con bastante gusto, teniendo en cuenta el navío en que se encontraban. Al verlo en el dintel de la puerta, Van Door se dirigió hacia él con una amplia sonrisa y un gesto amistoso, como si fueran grandes amigos, y le invitó a acercarse a la mesa de cartas, en la que se encontraban el primer y segundo oficiales del barco, realizando algún tipo de actividad náutica. Van Door les presentó:

—Señor Lamark, os presento a Olivier Gastón y a Pedro Navarro, primer y segundo oficial del *León de Gante*.

Se saludaron con una pequeña reverencia y fue el español como segundo oficial quién tomó la palabra.

—Señor Lamark, ¿estáis familiarizado con las cartas náuticas? —le preguntó, mientras la mirada de Manex se dirigía hacia el compás[39] que el oficial portaba en la mano.

—Me temo que no, señor Navarro —disimuló Manex en un casi perfecto castellano, con fuerte acento francés—. Ese arte me es desconocido.

—Acercaos a la mesa —le instó el oficial— y os indicaremos la derrota[40] que seguimos hacia Terceira, en el archipiélago de las Azores.

Van Door obsequioso, le acercó un vaso conteniendo el delicioso vino de Madeira, otra posesión portuguesa situada al sureste de las Azores, a medio camino entre estas y las Canarias.

—Gracias capitán —le respondió Manex, deseoso de restañar las heridas dejadas por la anterior conversación con él.

Se acercó hacia la mesa donde se encontraba una enorme carta náutica salpicada de trazos e indicaciones.

—Terceira —señaló Gastón en la carta, tomando el relevo al segundo oficial—, la tercera isla más grande del archipiélago después de Pico y San Miguel, y la más importante en términos económicos.

—Angra —señaló Van Door con su enorme dedo índice, tras desplegar una carta

más pequeña referida solo a la isla—, nuestro destino concreto. Una isla interesante y respetada por todos como punto ideal de intercambio de mercancías entre Europa y América. Situada casi a medio viaje entre el Caribe y Portugal ha sido lugar fundamental de los intercambios comerciales con el Nuevo Mundo —apostilló, evitando cuidadosamente cualquier referencia al tráfico de negros.

—Veo que es un lugar con una amplia ensenada —señaló Manex, más por decir algo que por verdadero interés.

—Ciertamente —retomó la palabra Navarro—, un lugar ideal de fondeo, situado al sur de la isla y desde donde tomar rumbo directo a las Américas. Además esta perfectamente defendido de los temporales del Oeste por el monte Brasil.

—¿Y cuándo arribaremos a nuestro destino? —preguntó Manex, esta vez con más interés.

—Unos ocho días más creo que serán suficientes —le respondió Gastón, mientras Navarro le miraba con curiosidad, al oírle utilizar un término marinero sobre el que supuestamente no estaba familiarizado—. Un viaje rápido —concluyó.

El cocinero y el asistente del capitán, entraron en la estancia portando las viandas de la cena y todos se acomodaron en torno a una amplia mesa bien servida y nutrida.

—¿Os gustan los guisos flamencos, señor Lamark? —preguntó Van Door con interés—, porque solo tendréis oportunidad de degustarlos ahora que los alimentos están aún frescos. A medida que nos adentremos en la mar las cosas cambiarán.

—Me gustan capitán. Tuve la oportunidad de degustar sus excelencias en alguna visita a Amberes.

—¡Ah! Conocéis Amberes. Sois un hombre afortunado entonces. Quién no ha visto Amberes no ha visto nada, señor Lamark —comentó ufano el capitán, que sin embargo no era de Amberes y cuya devoción por la ciudad se fundamentaba en un episodio de faldas de su juventud.

—Ciertamente capitán —mintió Manex, cuyo paso por la ciudad se relacionaba con un desagradable incidente de armas.

Van Door le acercó un enorme plato de coles con salchichas, exponente máximo del retraso culinario de aquella parte del mundo, mientras iniciaba una tímida maniobra de acercamiento al tema previsto de conversación. Los dos oficiales, evidentemente al corriente del anterior incidente, guardaban un prudente silencio, mientras Van Door les llenaba los platos de manera casi escandalosa.

—¿Creéis señor Lamark que las mujeres están llamadas a jugar un importante papel en la sociedad en un futuro cercano, como aseguran algunos pensadores alemanes?

—Estoy convencido de ello capitán. No es posible mantener la actual situación de subordinación completa de la mujer al hombre sin crear un problema de frustración. Como bien sabéis, algunas mujeres han destacado sobremanera en distintas disciplinas técnicas, desmintiendo el mito de que la mente de la mujer no estaba dotada para el pensamiento técnico o científico —respondió, mientras miraba a los

oficiales del barco cuya expresión reflejaba claramente su sintonía de ideas con su capitán.

—Así que no compartís las palabras de vuestro insigne pensador y filósofo, el obispo san Agustín, que decía que las mujeres no deben ser iluminadas ni educadas en forma alguna y que de hecho deberían ser segregadas.

—Ciertamente no comparto esas palabras de san Agustín, que pertenecen a una época diferente de la nuestra, en la que todos esos prejuicios contra las mujeres están siendo superados.

—¿Os apartáis entonces del magisterio de vuestros obispos? —Le atacó Van Door, dispuesto a tomar ventaja antes de iniciar el apasionante tema de fondo.

—¿Quizás vos capitán estáis de acuerdo con las palabras de Lutero, en las que se considera que las niñas debido a que empiezan a caminar y a hablar antes que los niños son una mala semilla, ya que la maleza crece siempre antes que la buena semilla?

Van Door le miraba sonriendo mientras daba largos tragos de vino observando divertido a los dos oficiales, cuya escasa preparación en estos lances conocía y con cuyo azoramiento disfrutaba, mientras se aprestaba a llevar la conversación hacia su espíritu original.

—¿Así que sois de los que opinan que la mujer tiene alma? —Van Door aprovechó la pausa que realizó Manex, para tomarse también un trago de vino.

—Ciertamente todos los seres humanos tienen alma —sentenció Manex, observando divertido la expresión de preocupación que se adueñaba del primer y segundo oficial—, incluso los esclavos.

—¡Hasta ahí podíamos llegar! —replicó presto Van Door—. Pase que las mujeres la posean, pero que los negros tengan alma, *monsieur*, es una monstruosidad condenada por la Iglesia.

—Por alguna parte de la iglesia, caballero. Muchos teólogos jesuitas y otros religiosos hace tiempo que defienden a los indios de América y a los negros de África. Leed a Fray Bartolomé de las Casas o a Montesquieu en Del Espíritu de las Leyes y su apología de la acción de los jesuitas en sus misiones guaraníes. ¿Qué tenéis que decir a eso capitán?

—Pues mucho, *monsieur*. Los jesuitas son una banda de herejes expulsados de muchos países que han sembrado el terror en los Países Bajos y que están más al servicio de Satán que de la Iglesia. Todavía no sé cómo se ha permitido la Orden nuevamente, después de haber sido sabiamente proscrita.

—No me sirve la descalificación, capitán. ¿En qué razonamiento justificáis la naturaleza animal de los que no son blancos? ¿Acaso no veis que tienen cabeza, tronco y extremidades como vos, que ríen, lloran y padecen como vos, que paren a sus hijos como vos y que mantienen relaciones sexuales como vos? ¿O es que acaso me vais a decir que nunca os habéis aliviado con alguna negra durante vuestros viajes?

Tomado por sorpresa, Van Door fue cambiando de color a medida que su cerebro procesaba las palabras de Manex, al punto que unos segundos después, parecía una olla tapada resoplando vapor.

—¿Quién os ha contado esa patraña, *monsieur*? —preguntó mientras fulminaba con la mirada a sus oficiales, que trataban infructuosamente de mimetizarse con el mobiliario, y las venas de su cuello se inflamaban hasta extremos insospechados.

—Tranquilizaos capitán, nadie me ha contado nada. Se trataba solo de una suposición. —Los oficiales le miraban aliviados—. Al fin y al cabo, ¿quién os podría reprochar que os aliviaseis de vuestras pesadas cargas con una bella africana? —continuó burlón—. Reconoceréis que algunas son de gran belleza —concluyó, mientras pensaba en Valerie e inmediatamente huía del recuerdo sintiendo que traicionaba a su bella Eugene.

—Habláis por experiencia, por lo que veo —contraatacó el flamenco sin poder reprimir su enfado—. Un abolicionista que se aprovecha de las negras. ¡Ah, hipócrita papista!

—Mantened a su Santidad fuera de esta controversia capitán —replicó Manex divertido—. Ya sé que es propio de herejes calvinistas mancillar la memoria del Papa, pero concluiréis conmigo que la posición de la Iglesia Católica es meridianamente clara en esta materia y está a favor de la esclavitud.

Van Door abrió de par en par sus grandes ojos azulados y por unos instantes dudó sobre el sentido de las palabras de Manex, pero finalmente lanzó una sonora carcajada.

Manex había decidido que no era ni el momento ni el lugar para dirimir ni la controversia ni sus contradicciones sobre el tráfico de esclavos, y lo que significaba para alguien que veneraba la libertad de las personas. Tenía que contentarse con la fortuna que había supuesto haber encontrado un transporte para La Havana en aquellas circunstancias y tenía que aceptar sin ninguna reserva que lo importante era llegar al nuevo mundo sano y salvo, y portando lo que fuese que contenía aquel zurrón verde que le apretaba bajo sus ropajes. Van Door era como eran la mayoría de sus contemporáneos. La esclavitud era algo aceptado de manera generalizada y en las colonias que tenían tanto ingleses, franceses, holandeses como españoles, absolutamente imprescindible.

Además, unas palabras pronunciadas al azar por el primer oficial Olivier Gastón habían quedado retenidas en su memoria. «*No es que los blancos esclavicen a los negros, sino que son los propios negros quienes esclavizan a sus congéneres. Los blancos se limitan a comprarlos y transportarlos. ¡Preguntad a Moreira, que trabajó para los portugueses, ingleses y holandeses y él os revelará la verdad sobre este asunto!*».

Tomando todo esto en cuenta, Manex decidió que lo mejor era disfrutar de la cena y de la compañía de aquellos hombres de mar, con los que quisiera o no, debía compartir las estrechas dimensiones de aquel cascarón.

El resto de la velada transcurrió sin ningún otro incidente y Van Door se reveló como un contertulio animado, brillante e insaciable, ya que hablaron absolutamente de todos los temas de actualidad, aunque como por arte de magia la conversación siempre tendía a derivar hacia las mujeres y hacia el Papa de Roma, verdadero icono para el capitán protestante flamenco.

Ya vencidos por el vino y el cansancio, Van Door decidió dar por concluida la velada y para terminar alzó su copa en señal de brindis.

—¡Por el Papa de Roma, cabeza visible de los esclavistas del mundo!

—¡Por él! —respondieron al unísono, antes de retirarse a sus aposentos dando por terminada la cena.

Lo que en aquel momento no sabía ninguno de los participantes de la velada, era que unos meses antes, las coronas de España y Portugal habían llegado a un acuerdo secreto en la Granja de San Ildefonso, para resolver las diferencias territoriales que había provocado el fijar la línea divisoria del mundo a 370 leguas al oeste del archipiélago de Cabo Verde, y que había tenido como principal consecuencia que Brasil fuese portugués. El negociador español, conde de Floridablanca, sabía que lo de Brasil no tenía vuelta atrás, pero había diseñado un plan que al menos resarciría a España de algunas consecuencias del Tratado de Utrecht. Portugal vería consolidada esta posesión americana, pero cedería derechos territoriales en el Golfo de Guinea, y de esta manera España volvería a tener territorios desde donde reanudar el lucrativo negocio del tráfico de esclavos. Solo faltaban unos meses para que el Tratado de amistad de San Ildefonso hiciese públicos los acuerdos y reintegrase a España nuevamente la posibilidad de acometer sin intermediarios el infame negocio.

Tras aquella agridulce velada, los días a bordo del *León de Gante* transcurrían monótonos, y salvo los saludos de rigor cuando se encontraban en cubierta, Manex y Van Door solo intercambiaron pequeñas conversaciones amistosas sobre el viento, el tiempo y el devenir del viaje, pero eludieron respetuosamente volver a comentar asuntos espinosos de fe, moral pública o relacionados con las mujeres.

Discretamente, pues no deseaba contrariar al capitán Van Door, Manex indagó sobre la identidad del tal Moreira, del que había hablado de pasada el primer oficial Gastón durante la cena. Manex se acercó a la cocina para solicitar al cocinero que le regalase unas manzanas y así poder interrogarle sobre el tal Moreira.

—¿Moreira? ¿El portugués? ¿Cómo no voy a saber quién es? Es nuestro marinero más veterano. Ya no sube a los palos, pero le encontraréis reparando cabos en el cuarto de calafates, a proa.

Manex se acercó en varias ocasiones, como por casualidad, hacia la zona que le había indicado el cocinero. Escuchó las conversaciones mientras simulaba estudiar el aparejo de la nave, y trató de identificar al marinero. No quería de ninguna manera que Van Door pudiese enterarse de que andaba buscando información. Finalmente, consiguió distinguir entre los diversos marineros que frecuentaban aquella parte del barco, al famoso Moreira. No pasó mucho tiempo hasta que llegó la ocasión de

abordarlo. Se asomó a la estancia y lo encontró solo, así que se atrevió a acercarse y a hablarle.

Moreira era un hombre con aspecto de anciano, aunque su edad no llegaría a los cincuenta, de rostro delgado y curtido por el mar. El pelo gris lo llevaba cortado prácticamente al rape, y sus ojos negros de aspecto triste resaltaban en las cuencas hundidas y con grandes ojeras.

—¿Es usted Moreira?

Andrés Moreira levantó la mirada para contemplar al caballero francés, del que ya había oído hablar en las conversaciones del comedor. Con un suave gesto de la cabeza, pero sin abrir la boca, le invitó a sentarse en el taburete frente a él.

Manex tomó asiento con suavidad y le miró con cara y expresión amistosa, tratando de establecer una buena relación con el marinero, aún antes de iniciar la conversación.

—Vos diréis —le dijo Moreira con una expresión de absoluta indiferencia en los ojos.

—Tengo entendido que habéis trabajado tanto con portugueses como con holandeses y británicos, en barcos como el *León de Gante*, y desearía conocer vuestras experiencias.

—¡En barcos como este no! —replicó firme Moreira.

—¿A qué os referís? ¿No es acaso este otro barco dedicado al transporte de esclavos? —Manex eludió el término barco negrero, para evitar incomodar al portugués.

—Si, caballero, este es un barco dedicado a transportar negros africanos, pero lo hace en una modalidad completamente diferente a como lo hacen los portugueses.

Manex le miraba completamente sorprendido.

—¿A qué os referís exactamente?

—El *León de Gante* solo transporta hombres, para empezar. Esta compañía no trafica con mujeres y con niños, salvo de manera excepcional, cuando se requieren familias completas. Además, los negros que transporta son utilizados en la agricultura y han sido instruidos en el uso de las herramientas que transportamos. Lo que transportamos es una mercancía valiosa, y por esa razón no llevamos a los negros hacinados en las bodegas. Se les cuida y alimenta bien, dentro de las inevitables incomodidades que presenta un barco para todos los que viajan en él, especialmente en las bodegas. Los negros que transporta la Compañía de La Havana son una mercancía muy codiciada —concluyó.

—Sin embargo, yo he visto los bozales listos para amarrar a los esclavos —replicó Manex.

—Ciertamente ahí están —afirmó Moreira, con un gesto de disgusto— y reconozco que algunas veces es necesario amarrar a algunos hombres, pero en general no se usan; se les explica la situación y normalmente aceptan lo que se les dice. Pero os repito que viajar tantos días bajo cubierta siempre produce sufrimiento.

Manex estaba sorprendido, pues para quién nada conocía de aquel trafico, las imágenes que acudían a la mente estaban relacionadas con hacinamiento, maltrato y abusos.

—Nadie en tierra creería lo que contáis, todo el mundo cree que los negros son raptados de sus idílicas aldeas, maltratados y transportados en condiciones infrahumanas hasta América.

—Y así es —fue la lacónica respuesta del marinero.

—Pero si me habéis dicho que este barco…

—Este barco y esta Compañía son una excepción, he dicho. No son la única Compañía que ha entendido que a la larga es mejor cuidar a los esclavos, para tener menos bajas y obtener un mejor precio. También hay alguna compañía inglesa y sobre todo algunas francesas que lo han comprendido, pero son excepciones entre las que se dedican a este tráfico. En cualquier caso, ya le he dicho que los lamentos y sufrimientos de los esclavos que viajan bajo cubierta son inevitables. En este barco también se oyen gritos y lamentos en la noche, pero no tiene nada que ver con lo otro.

—¿Y usted conoce también la otra cara, Moreira?

—Me temo que sí, caballero.

Tras la lacónica respuesta, el marinero volvió a sus quehaceres con la estacha que estaba intentando reparar, y pareció que daba por terminada la conversación, pero Manex no estaba dispuesto a salir de allí sin conocerlo todo sobre el tráfico de esclavos. Posiblemente nunca más tendría la oportunidad de hablar con alguien tan versado en esta materia y deseaba y necesitaba ilustrarse al respecto, pues estaba decidido a implicarse en esta lucha a su regreso de América. Como no sabía muy bien con quién iba a encontrarse, Manex había escondido entre sus ropajes una botella de ron venezolano que le había proporcionado en cocinero a cambio de unas monedas.

Sacó la botella y comenzó a descorcharla. Observó como Moreira miraba de reojo la operación.

—¿Quizás os pueda apetecer un trago de este ron venezolano? —dijo Manex, alargando el brazo y ofreciéndole la botella.

—Es un buen ron que elabora la propia Compañía Guipuzcoana en Venezuela —sentenció Moreira mientras tomaba la botella y le daba un buen trago—. ¡Excelente!

—Bien Moreira, cuénteme todo sobre el tráfico de esclavos —le urgió Manex.

Animado por el ron, Andrés Moreira comenzó el relato de las correrías de los portugueses por África, para nutrirse de la preciada mercancía:

—Las colonias de América impulsaron el negocio, por la falta de mano de obra para explotar las riquezas del nuevo mundo. Pero los portugueses, ingleses, franceses, españoles y holandeses no inventaron el negocio —afirmaba Moreira, más entonado después del segundo trago.

La esclavitud ya existía en la África negra antes de cualquiera de las primeras visitas de los navegantes portugueses a la Costa Dorada o al Golfo de Guinea, en el siglo XIV y XV. Los africanos asumían la condición de esclavo en sus estructuras

sociales y los obtenían de las tribus enemigas cuando eran derrotadas. Vendían los esclavos a tramas organizadas, que los llevaban hacia el este, hacia el cuerno de África, para luego venderlos a los árabes. También los llevaban hacia el norte, cruzando el Niger y el desierto, hacia la Berbería, para ser vendidos a los otomanos en los puertos del Mediterráneo. Esa imagen de los europeos desembarcando en las costas de África, para hacer grandes redadas de esclavos, era básicamente falsa. Los europeos, compraban los esclavos a las tramas esclavistas locales, a lo largo de toda la costa del África occidental. Esa imagen idílica de los africanos siendo arrancados de la felicidad del hombre natural para ser conducidos a la infamia del trabajo esclavo en las colonias de las indias occidentales, era tópica y falsa. Los africanos eran básicamente esclavizados por otros africanos; luego habían llegado los europeos. Moreira distinguía perfectamente entre la institución esclavista que no cuestionaba, y el tráfico que se realizaba en unas condiciones inhumanas. Sus convicciones morales le llevaban a creer que las condiciones del tráfico eran las que debían ser humanizadas.

—Mi primer trabajo fue a bordo de un barco esclavista portugués, que traficaba con esclavos Ibo, desde el puerto de Bonny en el delta del río Niger. Solo teníamos que ir, negociar el precio con los traficantes locales, y esperar a que nos trajesen la mercancía al barco en grandes canoas, en las que cabían hasta 120 personas. Venían hombres, mujeres y niños, que eran hacinados como bestias en las bodegas del barco. Los hombres eran encadenados, aunque a mujeres y niños se les concedía mayor libertad. Luego partíamos para lo que se llamaba la Travesía Media, el largo camino desde el África occidental hasta las Indias occidentales que duraba tres semanas, si todo iba bien. La travesía era un infierno auténtico, ya que a los esclavos se les mal alimentaba y las condiciones higiénicas eran pésimas. A veces se les dejaba subir a cubierta, pero se ponían redes en los laterales ya que muchos aprovechaban aquellas circunstancias para tratar de escapar o suicidarse tirándose al mar. Los que morían, que eran muchos, eran arrojados al mar sin ninguna contemplación y quienes trataban de escapar y eran apresados eran azotados sin miramientos, incluso hasta morir en algunas ocasiones.

Moreira en algunos momentos se quedaba mudo, con los ojos perdidos en el infinito y con el rostro entristecido por el relato, pero luego retomaba la palabra porque en el fondo, el relato de todos aquellos sufrimientos, tenía un efecto balsámico sobre su conciencia, ahora que afrontaba la recta final de su vida.

—Lo que peor llevaba —relataba Moreira—, eran los abusos a las mujeres y sobre todo a las niñas, y había indeseables que llegaban a abusar incluso de niñas de diez años. —Unas lágrimas gruesas y saladas afloraron en las mejillas de Moreira—. Yo nunca lo hice —le dijo a Manex, mirándole fijamente con sus ojos tristes—. Nunca fui una bestia desalmada.

—Pero siendo un hombre libre como eras y conociendo el oficio de marinero, ¿por qué no abandonaste este tipo de barco? —le preguntó Manex, sin poder

disimular su repugnancia por lo que narraba el portugués.

Moreira le contó entonces, las desgraciadas circunstancias que le habían llevado a enrolarse en aquellos barcos esclavistas, para satisfacer unas deudas de su familia, que vivía en el campo y que había impagado unas deudas de semillas al hacendado local. Andrés, animado por un pariente del puerto de Nazaret, había contactado con los oficiales de leva de los barcos negreros, que ofrecían dinero fácil a los jóvenes del campo.

—Tuve que hacer innumerables travesías para saldar las deudas. Siempre era igual al principio. De África a Barbados, donde descargábamos la mercancía, y días después volvíamos a partir hacia África —relataba el portugués—. Más tarde, comenzamos a trabajar con los holandeses, y acudíamos a descargar la mercancía a San Eustaquio. Los holandeses, eran mucho más considerados con los esclavos que los ingleses, y nos obligaban a tratarlos mejor en la travesía, ya que su mercado final, eran las colonias de América del Norte, especialmente Filadelfia, donde los precios eran altos y los esclavos tenían que ser de buena calidad.

—¿Y los franceses? —le interrumpió Manex, intrigado por la opinión que Moreira tendría de sus compatriotas.

—Donde mejor se trataba a los esclavos era en Filadelfia y en las ciudades refinadas de las colonias de América. En el continente solo son maltratados en las explotaciones de Georgia. Los franceses tenían en vigor el Code Noir, el código negro, que regulaba ciertos derechos de los esclavos en las colonias francesas de Guadalupe y Martinica, donde los negros recibían un trato mucho mejor que en Barbados, Montserrat, Saint Kitt’s o en el resto de las colonias inglesas de las Indias Occidentales.

—Yo viví en la Martinica —le confesó Manex, aunque después del relato de Moreira sobre los abusos a las esclavas, obvió el tema de Valerie—, y los esclavos eran tratados con bastante consideración.

—Sí, eso trataba de decir. El Code Noir es mucho más justo —aseveró Moreira antes de retomar el relato.

—En cuanto pude —continuó el marinero—, abandoné el barco portugués. Me pagaron en guineas inglesas y con ellas pude saldar las cuentas de la familia con el hacendado de Lisboa. Entonces, decidí enrolarme en un barco holandés que llevaba esclavos desde San Eustaquio a Montserrat, una pequeña isla volcánica frente a la Isla de Antigua, en la que los ingleses tenían un complejo de trata de esclavos importante, y desde allí a las ciudades de la América continental, Charleston, Filadelfia, Nueva York y Boston. Era un negocio más lucrativo y muchísimo menos cruel que el de los portugueses. Trabajé con ellos durante muchos años y en el curso de mis viajes vi muchas maldades y abusos, pero nada que se pudiera comparar con los barcos negreros portugueses.

—¡Muchas veces me avergüenzo de ser portugués! —Se dirigió a Manex mientras daba otro trago de ron.

—¿Y cómo llegaste a este barco? —le preguntó Manex, animándole a concluir el relato.

—Como pasan estas cosas en la vida, por pura casualidad. Una de las travesías entre San Eustaquio y Filadelfia terminó mal. Estábamos forzando las fechas, y se acercaba la época de los ciclones, cuando el armador decidió hacer un último viaje antes del invierno. Era un holandés un poco avaricioso, aunque pagaba bien a los marineros —recordaba Moreira—. Todo fue bien a la ida, y descargamos nuestro cargamento sin novedad. Cargamos madera, y algunos animales que tenían gran valor en las Antillas. Pero durante el regreso, nos enfrentamos a una tormenta muy violenta, que nos llevó a encallar en los traidores cayos de las islas Bahamas. Esta es la zona más peligrosa de esa parte del océano, pues los cayos de arena aparecen y desaparecen con las tormentas y son muy difíciles de evitar, sobre todo con mal tiempo. Encallamos y el barco quedó inservible y el temporal se llevó barriles y provisiones. Quedamos atrapados en un pequeño islote de blancas arenas y ninguna vegetación —relataba el portugués, con la botella de ron todavía en sus manos.

»Al día siguiente del naufragio salió el sol, y el infierno cayó sobre nosotros. Ni una sola sombra para resguardarnos del calor abrasador y sin una sola gota de agua para saciar la sed. Nuestra desesperación iba en aumento a medida que transcurría el tiempo y no avistábamos ninguna vela que nos pudiera socorrer. Tuvo que ser la Providencia la autora del milagro que nos salvó, ya que un barco español que había perdido la ruta debido a la tormenta nos avistó cuando ya todos nos disponíamos a rendir cuentas al supremo Hacedor. —A pesar de que en la voz de Moreira se adivinaba un ahogado sentimiento de angustia, continuó con su relato.

»Llegué a La Havana en aquel barco que se llamaba *Divina Providencia* y acudí a dar gracias al Señor. Después me dirigí al puerto y empecé a buscar pasaje con trabajo hacia la isla de San Eustaquio o alguna de las posesiones inglesas o francesas. Entonces, un oficial de un barco mercante español me convenció de que trabajase para ellos en un barco que regresaba a España. Me habló que ellos tenían relación con los holandeses y que seguramente podría volver a San Eustaquio desde Roterdam, a donde podría llegar en uno de sus barcos. Me embarqué, y tras esa travesía me ofrecieron trabajo en la Compañía de La Havana… y aquí estoy.

Manex estaba francamente impresionado por el relato de Moreira y bastante avergonzado de lo que había dicho en la visita con el capitán Van Door, que ahora le parecía un poco frívolo. El tema de la esclavitud estaba en el candelero de la sociedades europeas y era una obligación moral interesarse por aquellas cuestión.

—Gracias marinero Moreira. Ha sido una charla muy ilustrativa que os agradezco. Os dejo la botella de ron y si deseáis más no tenéis más que pedírselo al cocinero, que él sabrá cómo contactar conmigo para que le satisfaga el importe.

—Gracias caballero, si os ha sido de ayuda, Moreira está contento. Y gracias por el ron.

Manex subió a la cubierta. Tomó una gran bocanada de aire limpio y deambuló

por el barco hasta llegar a la proa, a la que acudía regularmente por ser el lugar más solitario. Desde allí podía mirar al futuro, que se acercaba inexorablemente por la proa del barco. La Havana. Que lejana se le aparecía todavía la mítica ciudad caribeña.

Mientras tanto, la brisa del este les empujaba hasta el extremo del mar Cantábrico, y el mar se iba haciendo más azul. A medida que se acercaban al Atlántico, el oleaje también aumentaba. Se acercaban al temible cabo Ortegal, que marcaba el comienzo de la transición entre el mar Cantábrico y el océano Atlántico. Allí comenzaba también, la costa de la muerte, en la que encontraban sepultura innumerables barcos cada año. Pero para el *León de Gante*, no hubo ningún problema, pues aquellas temibles aguas presentaban un aspecto idílico cuando fueron surcados por el navío. Llegados al extremo del mundo, frente a lo que los romanos llamaron Finisterre, el capitán corrigió el rumbo hacia el suroeste y se adentraron en mar abierto, hacia las posesiones portuguesas de Terceira, distantes tan solo unos ocho días de navegación desde ese punto.

Fragata de combate Intrepid
Royal Navy
Angra (Islas Azores)
-2-

La *Intrepid* había llegado sin esfuerzo a las costas de las Azores y había fondeado en una pequeña cala de la isla, denominada Salga Bay, situada a unos pocos kilómetros de Angra y cerca de la pequeña aldea de San Sebastián. Protegida por la llamada Ponta Coelho, quedaba relativamente a cubierto de las miradas indiscretas.

Varios de sus tripulantes al mando de un oficial, se habían acercado a la costa en un bote y de allí se habían dirigido a la pequeña localidad de Angra, capital de la isla y núcleo financiero y comercial de las islas, que gozaban de una salud económica envidiable, al amparo del comercio con América y su estratégica situación geográfica.

Los ingleses se movían como pez en el agua en aquellas costas, pues la tradicional animadversión entre españoles y portugueses siempre había fortalecido las ya de por sí estrechas relaciones entre portugueses e ingleses. Estos últimos, nunca habían olvidado la ayuda que habían recibido de Portugal en sus diferentes guerras con las potencias europeas y el socorro en forma de alimentos, que habían recibido en las múltiples ocasiones, en que los continentales habían tratado de doblegar la tradicional obstinación de los insulares. Tampoco estaban olvidadas en la Isla, las andanzas del Marqués de Santa Cruz, Almirante de *La Invencible* y que en su día, al mando de la Armada española, infligió una sonora derrota a las flotas portuguesa, francesa, inglesa y holandesa en Punta Delgada. Una afrenta que no había sido aliviada, ni tan siquiera con la debacle de la Armada Invencible años después. En aquel caso, los elementos no se habían aliado con los ingleses, y los españoles les habían infligido una dura derrota.

La patrulla, que vestía ropas civiles, se acercó con gran discreción al bello enclave y tras dispersarse antes de alcanzar la ciudad, se dedicó a recabar información sobre los futuros cargamentos y las compañías que los iban a realizar, mientras el oficial contactaba con el representante del Almirantazgo y ponían en acción su maquinaria secreta de información. Hacía ya algún tiempo que los ejércitos británicos y su Marina, comenzaban a tomar en consideración operaciones militares encubiertas, que hasta entonces habían estado proscritas por el honor militar al que se rendía culto en toda Europa. Como eran tiempos de paz, y casi nadie recelaba de los demás, para el anochecer el oficial de la patrulla disponía de la más y mejor información posible sobre las características del terreno y de la ciudad, en caso de necesitar actuar en tierra y naturalmente sobre el próximo embarque de esclavos en la nave española.

Unas horas después volvieron a reunirse con sigilo en las afueras de Angra, para regresar a la ensenada y allí embarcaron nuevamente para informar al joven capitán Lee de la situación:

—Señor, los españoles son esperados en Angra a partir del lunes de la próxima semana. La mercancía esta preparada y nuestros representantes se encargarán de que la estiba se realice de manera que nos permita situarnos a barlovento cuando partan de nuevo hacia Cuba. Le voy a preparar también señor, un pequeño informe sobre las características de la ciudad y las posibilidades operativas de una acción en tierra.

—Gracias señor Byrne, tenga listo ese informe cuanto antes —fue la escueta respuesta del capitán Lee.

Harry Lee hubiese preferido que la acción estuviese más cercana. Si el navío español arribaba el mismo lunes, necesitaría al menos dos días para reavituallarse y estibar su carga y no le hacía gracia estar una semana anclado frente a las costas de la isla, expuesto a las miradas de los habitantes y a la de los barcos que, rodeando el cabo, se pudieran dirigir a Angra. Había pensado visitar la isla de San Miguel y luego retornar para la llegada de los españoles, pero era muy arriesgado y las órdenes del almirantazgo eran implacables. Así que no le quedaban muchas más opciones que esperar una semana aburriéndose en aquella pequeña ensenada. Era la única forma de intentar quedar a cubierto, en la medida de lo posible, de las miradas de los moradores de la Isla.

Fragata mercante León de Gante
Océano Atlántico
-3-

Aún no se divisaban las costas de Angra cuando el día empezaba a despuntar por la popa del *León de Gante*. Manex contemplaba el amanecer desde la proa junto al bauprés. Era uno de esos momentos mágicos del día a cuyo aprecio se llega tras el enorme aburrimiento que supone viajar en una nave comercial. En realidad, el aburrimiento era propio de cualquier nave. Ahimán permanecía discretamente sentado cerca del molinete del ancla y como siempre invisible, salvo para las miradas más escrutadoras. Aquel barco le sentaba francamente mal y sus desavenencias con la marinería habían ido en aumento, de tal forma que Manex le había acomodado en su camarote para evitar que se produjese una desgracia. Todos los marineros de aquel barco aprobaban el tráfico de esclavos. Era lógico pues vivían de ello, pero para Ahimán aquel barco era una cárcel que le traía a la memoria constantemente su niñez y su juventud en manos de quienes le habían esclavizado. Manex había recibido varias quejas de Van Door a través de sus primer y segundo oficiales y finalmente no le había quedado más remedio que mantener a Ahimán junto a él en todo momento, aunque había que reconocer que tal circunstancia no podía considerarse un problema, pues el egipcio era la persona más discreta del mundo y aunque estuviese cerca había que fijarse para percatarse de su presencia. Lo que preocupaba a Manex era el terrible humor en el que se encontraba su sirviente y en esas circunstancias había que preocuparse.

Mientras le miraba, recordaba aquel incidente vivido en El Cairo cuando fue secuestrado por unos mamelucos al servicio de los ingleses, ansiosos de conocer sus actividades en el desierto. La furia de Ahimán era silenciosa pero terrorífica. En aquella ocasión había matado a todos los habitantes de la casa sin excepción y lo había hecho solo y sin hacer el más mínimo ruido. Manex no se había percatado de lo

que ocurría hasta el mismo momento en el que Ahimán le cortaba las ligaduras y con una amplia sonrisa en el rostro le comunicaba que estaba libre. Luego habían salido como si tal cosa por la puerta principal, dado que no quedaba nadie en la casa para contarlo.

Manex miraba la silueta cubierta por su sempiterna chilaba parda y sentía una enorme piedad por su sirviente. Se lo debía todo, pues le había salvado la vida en tantas ocasiones. Siempre estaba allí sin esperar nada a cambio. Su vida era proteger a su señor y él era su señor y un hombre afortunado.

El grito de «¡Tierra!» resonó desde la cofa del palo mayor como una bocanada de aire fresco. Por fin llegaban a Terceira y poco a poco e inexorablemente todo llegaba a su fin. Un par de días, según Navarro, para avituallarse y recoger la carga y de nuevo a navegar, esta vez hacia su destino final. Sentía una enorme repugnancia ante lo que iba a ocurrir, pero finalmente su lucha interior había concluido en la necesidad de hacer caso omiso de todo aquello y concentrarse en la misión que se le había encomendado, que no era otra que entregar aquellos documentos fundamentales en algún lugar de Cuba y contribuir de esa manera al triunfo de la libertad en las colonias americanas de los ingleses. Se había jurado a sí mismo, sin embargo, que después de esta aventura, se tomaría en serio la causa del abolicionismo, pues aquella situación de indignidad que se vivía en el mundo le resultaba absolutamente inadmisible y totalmente repugnante.

El barco se adentró lenta y pesadamente en la ensenada custodiada por la masa granítica del Monte Brasil que quedaba a su izquierda, mientras al frente se situaba la ciudad que ascendía perezosamente por la colina situada a su espalda. Entre tanto, el capitán ordenaba paulatinamente que se arriasen las velas, hasta que el barco se detuvo mansamente y el ancla descendió a las profundidades con un chirrido continuado. El ancla hizo fondo pero garreó[41] durante unos instantes hasta hacerse firme y el barco viró suavemente hasta quedarse proa al viento. El capitán dio por terminada la maniobra y ordenó zafarrancho para acomodar el barco a las circunstancias del inminente transporte.

TERCEIRA

Puerto de Angra
Islas Azores
Corona de Portugal

-1-

Van Door envió una delegación encabezada por su segundo oficial, Pedro Navarro, para cumplir los trámites aduaneros y ponerse en contacto con la Compañía portuguesa que entregaría los esclavos y organizaría la carga. Había que organizar también el avituallamiento del navío para una travesía con tantas bocas que alimentar. Manex y Ahimán fueron de los primeros que se unieron a la expedición que se había organizado en el *León de Gante* y que comenzaba a acomodarse en la pequeña falúa que les llevaría a tierra. Tenía grandes deseos de conocer aquellas afamadas tierras de la Corona de Portugal, al tiempo que deseaba disfrutar unos días lejos del ambiente enrarecido del barco negrero.

Los muelles, a medida que se acercaban en la lancha, se veían atestados de gente y de carros y en cuanto pusieron pie a tierra, se dieron cuenta de la riqueza de la ciudad. Por todo el puerto y sus aledaños, deambulaban criollos en carruaje vistiendo ricos vestidos y acompañados de criados con libreas impropias de aquellas latitudes y que resultaban un poco grotescas para un parisino.

Navarro y sus hombres habían tomado el camino de la Comandancia de Marina, para notificar la llegada del buque y posteriormente pensaban dirigirse a la oficina de la Compañía Portuguesa de Ultramar, que era la que representaba los intereses de la Compañía de La Havana en aquel territorio. Aspiraban a despachar los trámites de manera inmediata, para poder comenzar la estiba de la mercancía humana al día siguiente. Eso les daba una maravillosa noche libre en las interesantes callejuelas de la ciudad, siempre atractivas para un marino sediento de placeres.

Bajar a tierra había sido una gran idea, y los últimos dos días, un verdadero anhelo para Manex. Su relación con Van Door tras el primer incidente, y

especialmente después de la conversación con Moreira, había sido muy buena y podía decirse incluso que había llegado a apreciar al capitán flamenco. Pero más allá de esta relación personal extraña y sorprendente entre ellos dos, el clima en el barco era irrespirable, por la tensión que suponía para Ahimán y para la tripulación la convivencia diaria. En una ocasión Ahimán había lanzado uno de sus cuchillos a un tal Sniker, un patán medio holandés, que había afirmado desde su ignorancia, que todos los africanos eran escoria, sin percatarse de que Egipto era un país ubicado en ese continente. Estaba claro que Ahimán no había querido matarle, ya que en ese caso su garganta se hubiese percatado de ello, pero el cuchillo se había clavado en el mamparo junto a su oreja, y había estado a punto de arrancarle el pendiente en forma de aro que llevaba en ella y que significaba que había doblado el cabo de Hornos en al menos una ocasión. El tal Sniker había ido con el cuento al capitán, y aunque la cosa no fue a mayores, era un segundo incidente que no presagiaba nada bueno a bordo. De nada había servido que Manex tratase de calmar al egipcio comentándole la conversación con Moreira y la forma, «más civilizada» con la que aquella compañía ejercía el tráfico. En este tema Ahimán era totalmente visceral. Qué iban a contarle sobre tratos humanitarios, a alguien a quién habían apartado de su familia y seres queridos.

En cuanto bajaron a tierra Ahimán parecía más calmado y a medida que recorrían la ciudad se fueron sintiendo mejor. Incluso hubiese jurado que Ahimán parecía contento, aunque jamás expresaba sus sensaciones y mucho menos sus emociones, y su rostro nada traslucía y permanecía inmutable aún cuando se hallaba al borde de la muerte, tal y como había ocurrido en el encierro de San Sebastián.

Manex había decidido que dormirían en tierra y de esa manera Ahimán no tendría que soportar la tensión de hacerlo en el barco, que además, inexorablemente se iba a ir llenando de esclavos a lo largo de los dos próximos días. Cuando habían hablado de este tema, Van Door le había ratificado lo dicho por Moreira y le había asegurado que ellos eran un barco negrero decente, que solo transportarían hombres y que el número de africanos que iban a embarcar no era comparable al que acostumbraban a embarcar los portugueses, de tal forma que los sufrimientos de los esclavos no eran ni remotamente los que se contaban en las tertulias abolicionistas. Aseguraba Van Door, en sintonía con Moreira, que esa política era además muy rentable, ya que bien cuidados y alimentados, los esclavos valían mucho más en las subastas especializadas de La Havana. Por último, quedarse en tierra le parecía una alternativa más agradable que soportar el olor del barco, por no hablar de una mejor alimentación y quizás, solo quizás, un poco de diversión.

Los muelles del puerto estaban sólidamente construidos y se extendían a lo largo del centro de la ensenada, frente al terreno que ocupaba el enclave y terminaban en sendas playas en ambos extremos. Desde los muelles y tras pasar por delante de las oficinas y almacenes de las diferentes compañías que comerciaban en la isla, tomaron una calle amplia que se adentraba en la ciudad hacia la plaza de la catedral, cuyas

puntiagudas agujas habían divisado desde el mar, y que eran también perfectamente visibles desde los muelles. Las calles por las que caminaban estaban perfectamente empedradas, y lo mismo ocurría con la plaza, lo que hablaba por si mismo de la riqueza de aquella ciudad. No era fácil ni habitual que las ciudades tuviesen todas sus calles empedradas o pavimentadas, bien al contrario, los barrizales y la suciedad eran la norma, incluso en urbes como París. Mientras Ahimán esperaba pacientemente en los soportales, Manex entró en el templo para admirar su construcción. No en vano, aquella catedral había sido construida por sus predecesores en la hermandad masónica, en los tiempos operativos de la Orden. No pudo menos que recordar la bella metáfora masónica de la construcción interior. Somos piedras brutas, que trabajadas con las herramientas simbólicas de la masonería, devienen en perfectas piedras cúbicas con las que construir el templo de la humanidad. Recorrió el recinto despacio, buscando los símbolos masónicos que tan familiares le eran, la escuadra, el compás, el nivel, la plomada, el cincel, todas aquellas herramientas que servían para trabajarse a uno mismo.

Pensó, cómo no, en la aparente contradicción de los principios del Arte con la situación de guerra que vivían dentro y fuera de la masonería europea, con Francia e Inglaterra enfrentadas a muerte por el litigio americano. Sin embargo, era una contradicción aparente. Dentro de la masonería había claramente dos corrientes contrapuestas. La inglesa defensora del orden constituido y que convenía que solo la practica del rito y la fraternidad eran objeto de interés para los masones, y la francesa que añadía a esas dos obligaciones la del debate de ideas para avanzar y profundizar en los ideales de libertad, igualdad y fraternidad. Y esa concepción llevaba a la intervención en asuntos de política, algo prohibido en los *landmarks* o límites enunciados en las Constituciones de Anderson[42].

Salió nuevamente a la calle donde le esperaba el fiel Ahimán, que se confundía discretamente con uno de los muros laterales de la construcción. Tras preguntar en la plaza por el centro administrativo de la ciudad, se dirigieron por una bonita calle con balcones bellamente engalanados con flores de diversos colores, hacia el palacio del gobernador que se levantaba majestuoso al fondo de la calle. Era una casona de recia piedra traída del continente y bellamente trabajada por hábiles canteros. Una pequeña pero hermosa plaza, se extendía frente al recio edificio. La vida bullía en torno a aquella zona repleta de ruidosos vendedores que en un idioma ininteligible para ellos, y desde sus variopintos y bellamente adornados puestos de venta, les ofrecían fruta, utensilios para el hogar, carnes y toda clase de productos del campo y de la artesanía local.

Mientras deambulaban por la plaza, un mozalbete se dirigió a Manex con intención de tocarle en el costado, cerca de la bolsa, para llamar su atención, pero la mano de Ahimán, siempre atento a todo, le agarró por el pescuezo antes de que llegase a su objetivo. El muchacho empezó a moverse y a gritar tratando de escabullirse de las garras del egipcio.

—Tranquilo Ahimán, no parece que este mocoso pueda representar un gran peligro para nosotros —le dijo mirando al harrapiezo a los ojos, mientras le sonreía.

—Nunca se sabe, effendi —fue la escueta respuesta.

Con gesto divertido, Manex se arrodilló sobre la derecha y se encaró con el mozalbete, a quién Ahimán acababa de liberar de su garra, pero sin permitirle escapar.

—Y bien muchacho, ¿qué deseas de nosotros? —le preguntó en un portugués digno, aunque vacilante por la falta de uso.

—Por unas monedas señor, os enseñaré dónde encontrar las mejores mujeres de la ciudad —afirmó el mocoso como si fuese un auténtico experto.

Manex sonrió ante el desparpajo del crío, que quedó mirándole con una expresión también sonriente, que denotaba claramente que la mayoría de las veces, aquellas palabras funcionaban como reclamo.

—Mujeres no necesitamos, pero te daré esas monedas si nos indicas dónde podemos encontrar un buen lugar para alojarnos esta noche.

—Pues habéis dado con la persona adecuada —respondió risueño el chico—. Conozco la mejor casa de huéspedes de la ciudad. Está cerca, aunque no dentro del casco urbano, y tiene una vista estupenda del puerto. Si lo deseáis puedo conseguir un carruaje.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Manex.

—Ramón, ¿y vosotros quienes sois? —preguntó lanzando una mirada de desconfianza hacia Ahimán y a la cicatriz todavía rojiza de su cara.

—Yo soy Manex, caballero francés de París y este es mi sirviente, Ahimán.

Ramón, con bastante gracia y mucha sorna, les hizo una amplia reverencia por la que pensó les cobraría una moneda extra, antes de salir corriendo hacia el final de la calle en busca de un medio de transporte. Regresó al poco, en un bello coche, adornado con pinturas decorativas inusuales en los carruajes europeos.

Ahimán siempre atento a todos los detalles, se sentó junto al cochero, mientras Manex y el muchacho se sentaron en los asientos de madera de la parte trasera del carruaje y tras acomodarse todos, enfilaron por la calle adyacente que terminaba junto a la estatua del fundador de la ciudad, un tal Álvaro Martins.

Tras consultarlo con Manex y asegurarle que no tendría un coste extra, Ramón pidió al cochero que realizase un pequeño recorrido por las diferentes zonas de la ciudad, que permitiese a los visitantes apreciar sus bellezas. Volvieron a los muelles que anteriormente habían recorrido a pie, volvieron a la plaza de la catedral y comprobaron cuán diferente se veía la ciudad desde un cómodo medio de transporte, que a ras de suelo. Angra no era especialmente extensa y pudieron recorrer incluso algunos de los suburbios que se extendían junto a la playa, que comenzaba donde terminaban los muelles, en uno de los lados de la ensenada. Luego regresaron a la avenida principal flanqueada de árboles, y tras recorrerla, comenzaron a trepar tímidamente por la montaña, situada a espaldas de la ciudad. El llano en el que se

asentaba la ciudad, se había ido poblando de diferentes edificios y residencias que había agotado el espacio disponible y las construcciones empezaban a colonizar la montaña.

Finalmente, el carruaje alcanzó un pequeño altillo, donde se detuvo delante de una bella casa colonial de tres alturas completamente pintada de blanco, sobre la que destacaban por su nobleza, los artesonados negros del tejado y la madera cobriza de las puertas y ventanas. El frente de la casa estaba adornado además, con una exuberante buganvilia que extendía su belleza por toda la fachada hasta el balcón de hierro forjado situada en la primera planta.

No se trataba de una posada oficial, pues ningún rótulo se adivinaba en la fachada, pero se trataba de una casa grande y hermosa. El alojamiento en casas particulares, era una forma de alojamiento muy habitual, no solo en esta isla, sino en todo Portugal.

Ramón, salió corriendo como un rayo en cuento el carruaje ralentizó su marcha, y al poco, apareció acompañado de una muchacha de cara rechoncha y negra cabellera, que se acercó a ellos con una enorme sonrisa en el rostro.

—Buenos días —les saludo en portugués—. ¿Desean alojamiento?

—Necesitamos dos habitaciones —le indicó Manex—, y a poder ser nos gustaría contar con buenas vistas a la bahía.

—Suban conmigo y podrán comprobar si lo que les ofrecemos les agrada —ofreció la muchacha solícita.

—Se llama Rosario —añadió Ramón mirando a la muchacha, exultante ante la posibilidad de embolsarse otra moneda de la posadera por el servicio.

Todos siguieron a Rosario al interior de la vivienda atravesando una gran puerta de madera negra, situada en el centro mismo de la fachada. Se trataba de un enorme caserón colonial de amplias estancias. Una extensa sala central, flanqueada por la cocina en un extremo y otras dependencias menores, dominaban la planta baja de la casa. En el lateral, una escalera de madera conducía al primer piso.

En la planta noble de la casa, otro amplio salón central con una hermosa mesa de roble en su centro, daba acceso a dos habitaciones gemelas, situadas a cada lado del salón y provistas de dos enormes ventanales que conducían hacia el balcón, que a su vez recorría la fachada en toda su extensión, comunicando ambas habitaciones y el salón. Las habitaciones eran amplias, y además de una cama con aspecto limpio y confortable, ofrecían un escritorio y una cómoda sobre la que podían verse útiles de aseo personal.

Manex se sintió muy complacido, especialmente cuando salió al amplio balcón y divisó la bahía en todo su esplendor. El sol reverberaba sobre el agua azul y ligeramente rizada por una suave brisa del nordeste, y el *León de Gante* se mecía suavemente al capricho del viento. Era una vista magnífica.

Manex sacó unas monedas de la bolsa y se las entregó a Ramón con discreción, mientras le guiñaba el ojo y le ordenaba subir el equipaje, que consistía solamente en

una pequeña bolsa de viaje que habían dejado en el carruaje. El pequeño, exultante ante la provechosa mañana, salió disparado escaleras abajo.

Cuando regresó con la bolsa, Manex se dirigió a él nuevamente y le entregó otras tres monedas. El muchacho le miró sorprendido y agradecido.

—Gracias señor, sois muy generoso —afirmó mientras le lanzaba una sonrisa.

—No tan rápido —le contestó Manex—. Esas monedas requieren de un trabajo por tu parte Ramón. Si cumples bien tu cometido, antes de partir te entregaré otras tres.

—¿Qué debo hacer? —preguntó cantarín y conmovido por la generosidad del extranjero y mirándole fijamente a los ojos.

—Quiero que mantengas esos ojos y esos oídos muy abiertos. Necesito saber si hay algún inglés en la ciudad que no sea de los que habitualmente viven aquí y también si oyes de la próxima llegada de barcos ingleses, ya sean de guerra o comerciales, ¿me has entendido?

—Perfectamente señor —respondió exhibiendo una enorme sonrisa en su rostro —. En cualquiera de los casos correré a informarle.

—Por cierto, Ramón, ¿hay algún otro puerto en la isla en la que pudiesen atracar barcos de gran calado? —le inquirió con una mueca en el rostro, que reforzaba el interés de sus palabras.

—No señor, este es el único puerto de esta parte de la isla, aunque hay algunas ensenadas a lo largo de la costa en las que pueden refugiarse los barcos. Suelen ser lugar de atraque para piratas y corsarios en tiempos de temporales, pero nunca osan acercarse por aquí.

—Gracias Ramón, esperare tus noticias y si nada ocurre sabes que partimos en dos días para La Havana, así que espero verte en el muelle para despedirnos.

—Allá estaré señor —dijo el gañán, echando a correr escaleras abajo.

Mientras disfrutaba del panorama desde el balcón, Manex observó al pequeño corriendo colina abajo, antes de perderse en la primera callejuela de la ciudad. También vio a Ahimán que, como era su costumbre, se había mimetizado con el entorno y se hallaba sentado bajo un escueto toldo, en una de las pequeñas atalayas que flanqueaban la casa. Siempre en el mejor sitio para otear; como los halcones, pensó.

Fragata de combate Intrepid
Royal Navy
Ensenada de Salga Bay

-2-

En la *Intrepid* la situación era de gran excitación. Una semana en aquella ensenada era capaz de acabar con el temple de cualquiera. Mantener a una tripulación ocupada es el más importante de los principios en el que se sustenta la autoridad de los oficiales y había que reconocer que aquella semana se habían tenido que devanar los sesos buscando ocupaciones para la tripulación. Eso sí, la nave estaba reluciente como nunca lo había estado y como seguramente nunca más volvería a estarlo.

El capitán Lee, paseaba como un lobo enjaulado de proa a popa del barco, meditando sus planes. Dudaba sobre cómo actuar. Es verdad que la *Intrepid* tenía gran ventaja en el mar y su sola presencia era suficiente para capturar a un barco mercante. Verdad que esas eran las instrucciones de Londres, pero… Ese pero atormentaba al capitán Lee, que bajo ningún concepto quería fallar a sus superiores en su primera misión. ¿Y si partimos y luego no somos capaces de encontrar a la fragata española? ¿Y si la niebla, o cualquier otra circunstancia, se alía con los españoles? Porque la clave de la misión no era atrapar a la fragata, sino capturar al francés que viajaba en ella con su equipaje y su sirviente. ¿Y si ellos tenían un plan alternativo y no se embarcaban en esa fragata y continuaban viaje de otra manera? Todo era posible conociendo la astucia de los franceses.

Una idea se iba abriendo paso en la mente de Lee. Quizás era más seguro atacar al francés en tierra y capturarlo. Era una osadía, pues suponía atacar a un súbdito extranjero en un país extranjero, pero en términos de conseguir su objetivo, era mucho más seguro que arriesgarse a una treta de los franceses, o bien a un capricho de la suerte o del destino.

No podía consultarlo con sus superiores de Londres y por tanto la decisión era totalmente suya, porque como dejaban claro las órdenes, podía decidir según las circunstancias de la operación. Para bien o para mal, para la gloria o para el fracaso, la decisión era suya. Los dados, siempre los malditos dados girando en el aire.

Su primer oficial, Potter, un marino de pura raza, que pensaba para sus adentros que aquel barco y aquella misión superaban ampliamente las capacidades del bisoño capitán, lo sacó de su ensimismamiento:

—Señor —carraspeó el oficial mientras se acercaba.

—Sí Potter, ¿qué ocurre? —le preguntó, mientras le miraba como ausente.

—Ha regresado la última patrulla que enviamos a la ciudad, señor —le informó esquivando su mirada.

—¿Novedades Potter?

—La fragata española ha llegado a puerto y los trabajos de estiba han comenzado. Estimamos que la fragata se hará a la mar con la primera marea del jueves, señor.

—Por tanto, solo tenemos veinticuatro horas si deseamos hacer algo en tierra. Usted que es un hombre experimentado, ¿qué opina Potter? ¿Cómo cree que hubiese actuado el capitán Wilkinson? —Le miró inquisitivo.

Potter sintió la opresión en la garganta y la sequedad que producía el no tener respuesta a la pregunta de su capitán. Rehuyó la penetrante mirada del capitán Lee y sus ojos se fijaron en el palo mayor. Su mente trató de imaginar fugazmente, cuáles hubiesen sido las decisiones de Wilkinson, un hombre intrépido con el que había navegado en múltiples ocasiones.

Carraspeó nuevamente antes de contestar:

—Creo que el capitán Wilkinson hubiese jugado su partida en la mar —dijo finalmente—. Las operaciones en tierra no le gustaban y además, él siempre creyó en su superioridad táctica frente al enemigo.

—Lo sé Potter —respondió el capitán Lee—, pero no estamos en guerra y no podemos usar la fuerza contra la fragata española. No se trata de un tema militar, sino de una cuestión de conveniencia. Si atrapamos a los franceses en tierra ni tan siquiera necesitaremos abordar la fragata, que podrá continuar su viaje libremente.

No pudo evitar que su comentario le recordase la reunión de Bristol y las opiniones de la Compañía. Seguro que no estarían de acuerdo con él. Es cierto que la misión era detener al francés, pero había visto claramente el fulgor de la avaricia en aquellos comerciantes. Disponer gratuitamente de un cargamento de esclavos arrebatados a los españoles, era además de lucrativo, altamente satisfactorio, una especie de satisfacción moral frente aquellos papistas santurrones españoles que, sin embargo, no dudaban en traficar con esclavos.

—Comprendo la dificultad de su decisión, capitán —sentenció Potter, haciendo volver al marino a la realidad—. Siento no haberle sido de ayuda. Por cierto señor, según nos informa nuestro contacto en Angra, las personas que buscamos han abandonado el barco y han tomado alojamiento en una casa en las afueras de la

ciudad. Quizás esto le ayude en sus decisiones.

—¿Habéis comprobado si fondea en el puerto algún otro barco que pudieran utilizar para continuar el viaje eludiendo nuestras acciones?

—Tal como ordenasteis capitán hemos comprobado que en el puerto no fondea ningún otro barco español o que los españoles pudieran utilizar para proseguir viaje. Tampoco se espera ninguno que arribe y prosiga viaje hacia La Havana en un futuro cercano. Solo si un barco les esperase en secreto en alguna de las ensenadas sería posible ese plan y sinceramente capitán, parece poco probable.

—Excelente trabajo Potter —le agradeció el capitán Lee.

Posada del Mirador
Angra
-3-

La noche era perfecta, suave y estrellada. La luna no había salido todavía. No había ni gota de viento y el ambiente era agradable. Febrero empezaba a ser ya un mes templado en aquellas latitudes. Incluso podía ser caluroso durante el día, aunque de noche había que protegerse con una capa. Pero también era posible que el tiempo fuese horrible, lo cual afortunadamente no ocurría.

Colina abajo, se divisaban las luces de la ciudad, que escalaban la montaña poblándola de innumerables puntos luminosos. Al pie de la mole del Monte Brasil, se adivinaban las luces de la fortaleza de San Juan Bautista, y a sus pies, sobre el negro mar, unas luces casi imperceptibles tintineaban dispersas señalando la presencia de los barcos en la bahía. Era una visión hermosa.

Ahimán le había pedido permiso para acercarse a la ciudad, pero no le había comunicado el motivo. A Manex le había parecido raro por dos razones: la primera porque Ahimán casi nunca pedía permiso para nada. Estaba acostumbrado a ir y venir misteriosamente y, en segundo lugar, porque en general Ahimán detestaba el bullicio de las ciudades y también lo que ofrecían. La sociabilidad y el trato no eran la parte fuerte de la personalidad del egipcio. Pero no le preguntó nada. Seguro que, si quería ir a la ciudad y además se lo comunicaba, habría alguna razón poderosa.

Tumbado en una hamaca en el jardín de la casa de huéspedes, Manex miraba al cielo negro en el que se dibujaban con nitidez las constelaciones que tan bien conocía. Orión y su cinturón, con sus tres Marías claramente alineadas. Se divisaba también Casiopea, aquel pequeño enjambre de estrellas brillando coquetas en la inmensidad del espacio y que tanto le gustaban. Al norte se divisaba la Osa Mayor majestuosa. Siempre recordaba como su padre, antes de fallecer, trataba de inculcarle su pasión por la astronomía. Guardaba agradables recuerdos de las noches pasadas en

su compañía en el jardín de la casa, observando el cielo negro con un viejo catalejo, a través del cual su padre parecía descubrir todas las maravillas del universo, aunque el rudimentario instrumento apenas divisaba alguna estrella. Lo que le gustaba de aquellas veladas, era escuchar a su padre, su voz profunda y sosegada contándole mil y una historias, no solo del universo, sino de los innumerables viajes en los que se había tenido que guiar a través de las constelaciones. Estaba seguro que de aquellas veladas inolvidables, provenía su gusto y su curiosidad por conocer otras realidades en el mundo.

Eugene acudía también a su recuerdo en aquellos momentos de quietud. Las circunstancias de su reencuentro eran sin duda extraordinarias, pero las circunstancias de su partida no lo eran menos. Habían tenido que partir dejando a las dos mujeres con tres cadáveres yertos en el suelo de la mansión de Ezpeleta, y nada más sabía de la suerte de su amada. ¿Dónde estaría en aquel momento? ¿Qué estaría haciendo? ¿Cómo habría resuelto la situación? ¿Alguien podría creer una historia de celos que dejaba tres muertos en la casa, dos de ellos con el cuello rebanado por un cuchillo de Ahimán, y otro muerto por el tiro de una pistola? La angustia se apoderaba de él, ya que no podía imaginar una respuesta coherente para aquella situación. Estas cosas se comentan mucho y se investigan poco en esta sociedad provinciana, había dicho Eugene, pero si se podía enterrar aquella historia con un cuento de celos, entonces el mundo estaba mucho más loco de lo que cabía esperar. La felicidad de los primeros momentos, tras la vuelta de Eugene a su vida, había nublado su entendimiento, pero ahora, fríamente, en la serenidad de la distancia, la realidad se imponía. ¿Quién iba a creerla? ¿Quién iba a protegerla? ¿Cuándo podría abrazarla de nuevo? Su corazón se encogía de angustia.

Los ingleses cayeron sobre él sin que tuviese tiempo ni tan siquiera de levantarse y plantar cara, y mucho menos de ser consciente de quienes eran los que le atacaban. Para cuando se dio cuenta de que algo raro pasaba, el golpe que sintió en la cabeza le había dejado inconsciente. Los ingleses se habían acercado sigilosamente a los alrededores de la casa, aunque por orden de su capitán, que temía fueran descubiertos por el sirviente, se mantenían a una distancia más que prudencial. Luego se habían distribuido en torno a la posada silenciosamente, en cuanto vieron a Ahimán bajar hacia la ciudad. Sin protección, estaba claro que el francés sería una presa fácil. Acostumbrado como estaba el caballero a tener las espaldas cubiertas, ni tan siquiera se preocupaba por la vulnerabilidad que suponía la ausencia de su sirviente.

Era esencial para el capitán Lee, que nadie se percatase de la ausencia del francés y que no se produjese ninguna lucha, pues no deseaba que se alertase a nadie de un ataque en la ciudad. Era esencial que el francés y su sirviente se desvanecieran en el aire. Así nadie les buscaría, sobre todo porque nadie sabría. Las órdenes que había trasmitido a la patrulla encargada de realizar la acción, eran claras. Solo si se podía garantizar esta condición actuarían en tierra. En caso contrario tendrían que proceder en el mar. La ausencia del sirviente había sido como una invitación a la acción y un

golpe de suerte inesperado. Pero los dados eran así, impredecibles, injustos para los perdedores y milagrosos para los ganadores, crueles como la vida misma.

Calles del Puerto
Angra
-4-

Ahimán había descendido por la colina evitando las luces de las farolas de grasa de ballena, que alumbraban algunos pasajes y las entradas de algunas casas. Pegado a las fachadas, iba cambiando del lado de la calle tratando de pasar completamente desapercibido. No fue difícil en las calles de la parte más alta de la colina, pero a medida que se acercaba al centro las cosas eran más complicadas.

Realmente no temía encontrarse con personas, pero prefería no tener que dar ninguna explicación a alguna de las patrullas de soldados que vigilaban la ciudad. Sabía por experiencia que ni sus ropajes, ni su aspecto producían confianza. Especialmente aquella horrenda cicatriz, aún rojiza, tras el latigazo del sirviente de Ezpeleta. Maldijo el nombre del noble español. Que ardiesen en el infierno, aquel presuntuoso español y la zorra de su amante.

Cuando habían realizado el pequeño recorrido en carruaje por la ciudad, guiados por el muchacho, había reparado perfectamente en el barrio de las rameras, que el carruaje había evitado deliberadamente, aunque los indicios no habían escapado a su aguda mirada. Si no estaba equivocado, la calle por la que caminaba le conduciría a las inmediaciones de aquel barrio, inevitable en un puerto de mar.

Comenzó a escuchar cierto murmullo lejano, que vino acompañado de la presencia de varias personas que se cruzaron en su camino, aunque sin reparar en él.

Se subió la capucha de la capa, y aumentó la frecuencia de sus pasos, hasta llegar a la esquina de una de las calles, en las que ya se divisaban los faroles y las mujeres que a la puerta de las casas, esperaban la llegada de sus clientes.

En un pequeño zaguán, que quedaba ligeramente desplazado respecto a la calle y a cubierto de la indiscreta luz de los faroles, Ahimán se pegó a la pared como si quisiera formar parte de ella, y se dispuso a esperar a su presa.

No tuvo que esperar demasiado, para un hombre acostumbrado a esperar. Por la calle fue perfilándose la figura de un hombre recio, aunque no demasiado alto, que caminaba acompañado de otro hombre más alto y estilizado. Los dos hombres pasaron por delante del escondite del egipcio, sin percatarse de su presencia, y se dirigieron a la primera casa de rameras de la calle. Ahimán no se inmutó. Había visto a su presa, y ya solo era cuestión de tiempo que se encontrasen cara a cara.

Poco a poco, la noche se fue haciendo más fría y oscura. Ahimán, impertérrito, continuaba pegado a la pared con su gesto inmutable, y su mirada fija en la casa en la que habían penetrado los dos hombres. La puerta de la taberna se abría de vez en cuando, y vomitaba los restos de los hombres, que borrachos y aligerados de sus dineros, ya no tenían nada que ofrecer a las meretrices y a sus chulos. Solo era cuestión de tiempo que los dos hombres que esperaba Ahimán asomasen sus cabezas. No había transcurrido otra hora, cuando ambos fueron a dar con sus huesos sobre los adoquines de la calle. La botella, que portaba uno de ellos, sobrevivía milagrosamente intacta, a pesar de los continuos tropiezos de su propietario. Reían, como lo hacen los borrachos, mientras trataban inútilmente de levantarse. Tras ayudarse mutuamente a recuperar la verticalidad y el equilibrio, partieron en dirección contraria al lugar en el que se encontraba Ahimán, en dirección al mar, que se adivinaba a lo lejos a la vuelta de un recodo.

Ahimán les siguió con discreción hacia el borde del mar, y concretamente hacia una pequeña playa pedregosa que se formaba al final de la ensenada, en los límites de la zona habitada de Angra, y que ya había escrutado con su mirada cuando habían desembarcado del *León de Gante*.

Los dos borrachos, tras recorrer penosamente la distancia que separaba la casa de lenocinio de la playa, se habían sentado sobre unas rocas, no lejos del borde del mar. A medida que se acercaba, podía oír su conversación, a pesar del murmullo de las pequeñas olas que iban a morir en la orilla. La voz en inglés se oía con fuerza, mientras que la que le respondía lo hacía contra el viento, por lo que no se podía oír bien, aunque Ahimán no necesitaba escucharla para saber a quién pertenecía. Se acercó sigilosamente ayudado por la oscuridad.

Su cuchillo voló, desde su muñeca, hacia su punto favorito de ataque, que no era otro que la garganta del inglés, que no tuvo tiempo de ingerir el último trago de aguardiente que se mezcló con su sangre y resbaló por su pescuezo mientras besaba la arena.

Pedro Navarro, segundo oficial del *León de Gante*, miró al egipcio y al muerto alternativamente, sabiendo que pronto ocuparía un lugar junto al interfecto. Ahimán le agarró por el pescuezo y se encaró con él.

—¿Quién es el inglés? —le preguntó con sequedad en un español rudimentario.

El español, curado repentinamente de su borrachera, no daba crédito a lo que veían sus ojos. La cicatriz brillaba malévola en el rostro de Ahimán.

—Es un miembro de la Compañía de las Indias —balbuceó el oficial del *León de*

Gante.

—¿Y qué celebrabais? —continuó Ahimán, mientras su garra se cerraba sobre el pescuezo—. ¿Quizás tu traición?

—Na… na… nada —titubeaba Navarro, que trataba de zafarse de la zarpa inhumana de Ahimán, cuya presión iba paulatinamente en aumento.

—¿Cuándo van a atacarnos? —insistió mientras con la otra mano colocaba el cuchillo en la garganta.

El terror se adueñó del español, al sentir la daga afilada sobre su garganta, y saber que su respuesta le acarrearía la muerte, por traidor y por imbécil.

—Esta noche —masculló entre dientes—, esta noche —repitió mientras brotaba un hilillo de sangre de su garganta—. Creo que quieren apoderarse de algo que porta tu amo…

—¿Y en el mar? —le interrumpió—. ¿Qué planes tienen? —Le atrajo hacia sí con fuerza, mirándole a los ojos a escasa distancia—. De tu respuesta depende que vivas —añadió.

—¡No lo sé, te juro que no lo sé! —gritó aterrado.

Fue la última respuesta del oficial del *León de Gante*, antes de que Ahimán le rebanase el cuello de oreja a oreja. En la cara del español se notaba que no sabía nada, así que habría sido inútil insistir.

Con desprecio, Ahimán empujó el cuerpo del traidor del *León de Gante* sobre la dura arena y salió corriendo como alma que lleva el diablo colina arriba.

Destacamento militar inglés

-5-

Manex despertó con el traqueteo del carro en el que le habían dejado medio muerto. Le dolía la cabeza de una manera difícil de explicar. Una mezcla entre dolor y presión insoportable. Notaba el chichón así como la sangre que mojaba su cabello.

Evidentemente, el camino por el que transitaban era una pista para caballerías, a tenor de los botes que daba el carro al chocar con las piedras. Llevaba los ojos vendados, por lo que no podía saber en donde estaban, a pesar de que el carro era descubierto. Oía también pisadas a los lados, por lo que dedujo que los que le habían capturado iban a pie, pues no se oía ruido de otros cascos de caballo más allá del que tiraba de su carro.

Decidió que era mejor seguir fingiendo su inconsciencia y aguzó el oído, que poco a poco, iba recuperando sus funciones tras el aturdimiento inicial. Le dolía la cabeza de una manera indescriptible, pero tenía que sobreponerse a su sufrimiento. Se concentró en sí mismo para reprimir su dolor, y este comenzó a ceder, y fue entonces cuando comenzó a oír las conversaciones en inglés que le llegaban entrecortadas entre el ruido de los cascos. Otro ruido, que todavía no podía reconocer, matizaba lo que escuchaba, pero no era capaz de separarlo y reconocerlo. Hizo otro esfuerzo de concentración, y repentinamente apareció claro. Era el murmullo del mar al chocar contra las rocas.

En un instante, la situación apareció clara en su cabeza tumefacta. Los ingleses le habían hecho prisionero. Continuó escuchando para tratar de identificar los otros sonidos que se mezclaban en su cabeza. Alguien hablaba. Se trataba de conversaciones entre soldados. Todas las fragatas de guerra inglesas llevaban una dotación de casacas rojas, por si hubiesen de realizar algún abordaje u otras operaciones en tierra. Nunca hubiese creído posible que le atacasen en un puerto extranjero sin que los países estuviesen en guerra. Lo había pensado e incluso había

dado unas monedas a aquel muchacho por si las moscas. Pero realmente no les había creído capaces de hacerlo en tierra. Era evidente que había calculado mal.

Se maldijo a sí mismo con rabia. De llevarla constantemente encima, se había acostumbrado tanto a ella que casi no la sentía. Pero allí estaba. No había encontrado un escondite para su zurrón en el *León de Gante* y ahora la mercancía le quemaba contra su pecho baja la casaca. Solo era cuestión de tiempo que los ingleses la encontraran. No es que fuese muy grande, pero deformaba claramente su vestimenta. Volvió a maldecir su nombre y su ocurrencia. Si lo hubiese dejado en el barco nunca lo hubieran encontrado, pensó en un primer momento, pero enseguida comprendió que en ese caso hubiesen abordado la nave española en el mar y le hubiesen obligado a entregarles el maldito zurrón. Pensándolo mejor, quizás así les dejarían en paz y el carguero podría arribar sano y salvo a su destino.

Su pensamiento giró hacia Ahimán. Ahora comprendía porqué le había avisado de que se iba a la ciudad. Le prevenía de que estaría solo por un tiempo y de que debía mantenerse alerta, pero él no se había dado cuenta y se había entregado a la ensoñación y a las preocupaciones por su amada. Allí estaba el resultado. Amordazado, con los ojos vendados y prisionero de los ingleses con los documentos secretos en su pecho. ¡Notable Manex! Se reprochó mientras volvía a maldecirse. ¿Qué le diría a Montagnac?

Pero no estaba para perder el tiempo en lamentaciones. Su mente se puso en marcha nuevamente. ¿A dónde le llevarían?, se preguntó angustiado. Seguramente un navío les debía esperar en alguna de las ensenadas cercanas a Angra, de las que le había hablado Ramón.

Siempre pensó que el peligro estaría en el mar, donde una fragata de guerra podía obtener lo que quisiera de un mercante, pero aquel proceder le pareció inaudito.

Un soldado se acercó y le agarró de la cabellera para ver si estaba todavía inconsciente.

—¡La rana duerme! —gritó a sus compañeros entre risas, mientras empujaba la cabeza de Manex con violencia contra el fondo del carro y Manex tenía que hacer un esfuerzo sobrehumano para fingir su inconsciencia.

Los soldados rieron divertidos mientras intercambiaban comentarios ofensivos contra los franceses y algunas lindezas contra las damas francesas.

El traqueteo del carro continuaba sin descanso y poco a poco el sonido del mar comenzó a ganar protagonismo a las conversaciones de los soldados y al chirriar de los ejes del carro, por lo que Manex dedujo que se acercaban al mar e incluso que lo bordeaban en algunos momentos.

Sus pensamientos se vieron corroborados, al oír los gritos que los soldados dirigían a algunos compañeros, que evidentemente se hallaban a bordo de algún bote que les esperaba en la costa, una costa por otra parte bastante abrupta, como todas las volcánicas, y que no ofrecía facilidades para el embarque. El aumento incesante de insultos y palabras malsonantes, le indicaba que se acercaba el momento del

embarque y que el bote que le aguardaba debía de tener alguna dificultad para acercarse a la costa debido al oleaje.

Oyó finalmente el ruido de la quilla del bote al golpear contra la grava de la orilla y nuevamente una retahíla de insultos que los del bote soltaban a los soldados por no ayudarles correctamente en la maniobra.

Súbitamente, sintió como le agarraban por pies y manos, y le alzaban del carro llevándole en volandas hacia el bote. Su cabeza, que colgaba por debajo del cuerpo, golpeó con violencia una piedra y aunque no le dejo fuera de combate sintió como la sangre manaba de la herida.

—¡Malditos bastardos! —les gritó en inglés sin poder reprimirse.

—¡La rana ha despertado! —gritó un soldado entre fuertes risas, mientras le lanzaba una patada que impacto en sus costillas dejándole sin respiración.

Su cuerpo cayó sobre el fondo del bote sin ninguna consideración, mientras notaba como la sangre se deslizaba por el cuello hacia el interior de su ropa.

Tras dos sacudidas, los remos comenzaron a crujir, mientras el bote se alejaba de la costa y Manex comenzaba a sentir el vaivén de las olas, que rompían en la proa del bote, y los salpicones que de vez en cuando llegaban al fondo del bote mojándole la cara y provocándole una sensación de frescor que agradeció.

—¡Más rápido imbéciles! —les azuzaba una voz inglesa, ronca y hostil, con un fuerte acento marinero.

Fragata de combate Intrepid
Ensenada de Salga Bay
-6-

Un mensajero urgente llegó desde Angra hasta la ensenada en la que descansaba plácidamente fondeada la *Intrepid*. Era uno de los soldados de la primera patrulla que había enviado a la ciudad, al que se le había ordenado permanecer cerca del puerto, en previsión de noticias de última hora. El hombre llegaba sin resuello y era evidente que se le había indicado la urgencia de la entrega.

—Capitán, en la oficina del Almirantazgo había una misiva para usted —dijo mientras le tendía la carta.

—Gracias —respondió el capitán, mientras tomaba la carta y se giraba camino de la proa del navío, su lugar favorito para meditar y tomar decisiones.

El capitán Lee no podía dar crédito a lo que leía una y otra vez en la nota que le había traído el mensajero y que supuestamente era del Almirantazgo. Cuando ya había cursado las órdenes para hacerse con el francés en la ciudad y todo estaba en marcha, llegaba aquello. Era inaudito. Lo querían todo. No, aquellos engreídos no se conformaban con el francés solamente. Los avariciosos de la Compañía de la Indias también querían los malditos negros. Todo. Ya lo habían insinuado en aquella loca reunión que celebraron en Bristol, pero posteriormente las órdenes se habían centrado en el francés y en sus documentos. ¿Y ahora? Nuevamente surgía este asunto. Pero ¿no habían dicho tanto *sir* Chapman como el comodoro Reil que la Marina no estaba para estas cosas? ¿No habían dicho que la Marina no estaba para ejercer la piratería? ¿No les había dicho él que repudiaba este tipo de actos? Pues nada, al final todo volvía al mismo lugar. En su opinión era un error mayúsculo, porque suponía añadir una afrenta innecesaria a un barco de un país que no estaba en guerra, a la agresión que ya habían perpetrado contra un súbdito extranjero en un país tercero y neutral.

Pero una cosa era hacer desaparecer a un individuo de manera más o menos

discreta y otra bien diferente tomar como rehén a un barco cargado de mercancía, conducirlo a un puerto inglés de la Antillas, aligerarlo de su carga, y devolvérselo a los legítimos dueños vacío. La impunidad que había dominado los mares durante siglos no era aplicable a finales del siglo XVIII, el siglo ilustrado en el que proliferaban las leyes para proteger el comercio. Evidentemente alguien se había vuelto loco en Londres. Los intereses comerciales no se podían anteponer a los intereses militares. La fragata *Antilope* se dirigía a Terceira y escoltaría al barco de carga hasta el Puerto Inglés en Antigua, mientras la *Intrepid* se dirigiría a toda vela de regreso a Inglaterra con el francés y su misterioso equipaje a bordo.

¿Por qué complicarse de ese modo? Ya tenía al maldito francés a buen recaudo en el *Intrepid*. ¿Para qué demonios necesitaban meterse en el lío de abordar al *León de Gante*?

—Capitán, llega la patrulla enviada a capturar al francés. En este momento se encuentran en la playa procediendo al embarque —informó Potter diligentemente.

—¿Traen a los prisioneros con ellos? —preguntó sin poder disimular la ansiedad que le producía aquel asunto.

—Creo que solo traen al caballero, capitán —respondió Potter desde la banda de estribor.

Tenía la impresión de aquella misión se iba a complicar, ya que le anunciaban la llegada de una segunda fragata a la zona. Pero tuvo que abandonar sus pensamientos, al aparecer por la borda su segundo oficial, acompañado de varios soldados que llevaban en volandas el cuerpo de Manex.

—¡Llevadlo al calabozo! —ordenó con cierto tono rabioso el capitán Lee.

Calles de la colina
Angra
-7-

Ahimán subió por la colina como alma que lleva el diablo y entró en la casa cuya puerta estaba medio abierta. Tomó el farol de la entrada y corrió escaleras arriba hasta la habitación de Manex, pero solo para comprender que lo que tanto había temido había ocurrido. Habían apresado a su patrón y él no había estado allí para protegerlo. Corrió escaleras abajo hasta las habitaciones de la sirvienta y entró en ella sin el menor reparo.

La sirvienta sobresaltada ante semejante estrépito le miraba aterrada desde la cama mientras se cubría con una manta.

—¿Dónde está el caballero? —le preguntó con cara de pocos amigos.

La sirvienta le miró sin comprender. Nada sabía del caballero a quién había dejado recostado plácidamente en la terraza, sobre la hamaca, contemplando ensimismado las estrellas.

El dueño de la posada, sobresaltado por el escándalo, apareció por las escaleras portando un candil justo a tiempo para ver a Ahimán, comprender que no era buena idea inmiscuirse, y dar media vuelta escaleras arriba para alejarse del demonio.

Ahimán se acercó a la muchacha, se sentó en el borde de la cama y saco su cuchillo, aunque sin hacer ningún gesto agresivo. Con toda la suavidad de la que era capaz le preguntó nuevamente sobre Manex. El gesto aterrado de la muchacha fue suficiente para comprender que la mujer nada sabía y nada había oído.

Salió nuevamente de la casa y comenzó a escrutar con el farol la zona en la que estaba sentado Manex cuando se había dirigido al pueblo. En cuanto vio las gotas de sangre en el suelo, comprendió que la operación había sido limpia y silenciosa. Un porrazo bien dado en la cabeza y se lo habían llevado limpiamente. Nadie había oído nada. Maldijo su nombre una y otra vez. Ir a la caza de Navarro no había sido buena

idea y mucho peor creer que los ingleses no se atreverían a atacarlos en tierra. No había estado dónde debía porque la confianza de su amo en que no serían atacados en Angra le había nublado el entendimiento. Él, que nunca se fiaba de nada y de nadie, había confiado en el juicio de su señor y había bajado al pueblo para descubrir lo que ya sabía en su interior. Aquello solo había servido para ajustar cuentas con aquel malnacido de Navarro, oficial de barco negrero y traidor, pero para nada más.

Ahimán no era la clase de persona que dudaba ante la acción, pero su cabeza estaba confusa. Cualquiera de las posibilidades que se abrían ante él podía ser posible. ¿Se lo habrían llevado a algún lugar en la ciudad? ¿A un barco en la bahía? ¿A algún navío fondeado en las inmediaciones? No sabía qué pensar y no había vecinos a los que preguntar, ni otras pistas que seguir. Una operación tan limpiamente ejecutada tenía que tener un componente militar. El cerdo de Navarro no sabía nada de lo que habían preparado los ingleses. Solo que les atraparían en tierra y por eso le habían utilizado y pagado, para saber dónde se encontraban. Pero nunca se imaginó el malnacido, que la casualidad del paseo por la ciudad, en el que se había empeñado aquel mozalbete, le iba a dar la clave de la traición de Navarro a quién había visto conversando con el inglés en las inmediaciones de los lupanares. Había sido una visión fugaz, pero se le había quedado grabada a fuego en la retina. ¿El mozalbete? Pensó rápido. Quizás el crío pudiese ayudarle a encontrar a su señor.

Entró nuevamente en la casa y volvió a dirigirse al cuarto de la criada.

—¡Vístete inmediatamente! —le dijo—. Tienes que conducirme a casa de ese mozalbete que nos trajo hasta aquí. ¿Cómo se llamaba?

—Ramón —aventuró la muchacha.

—¡Ramón, eso es! ¿Dónde vive? ¿Lo sabes?

—Sí, sí lo sé —respondió la muchacha aliviada—. Vive con otros muchachos huérfanos entre las ruinas del antiguo convento de las Agustinas.

—¡En marcha! —le apremió Ahimán.

Fragata de combate Intrepid
Cubierta de calabozos
-8-

El capitán Lee bajó a la cubierta en la que se encontraban los calabozos. En uno de ellos Manex permanecía tumbado en el suelo, con su cabeza reclinada sobre la pared. Dos cadenas unían sus muñecas con unas enormes argollas adosadas a la parte inferior del mamparo.

—¡Despertadle! —ordenó al carcelero, que tomó un balde de agua y se lo vació sobre la cara.

Manex despertó sobresaltado, una mezcla entre cansancio y desmayo, por el golpe recibido en la cabeza en el momento de su secuestro. Miró al capitán Lee y sus ojos repararon inmediatamente en el zurrón verde que portaba en sus manos. Lee observó claramente en la mirada del francés, la irritación que le producía la situación.

—¿Os preocupa haber perdido vuestro secreto, señor Lamark? —preguntó con un toque socarrón, mientras su rostro esbozaba una mueca de satisfacción—. ¿Quizás pensabais que triunfaríais sobre Inglaterra? —insistió, volviendo a sonreír.

Manex se mantuvo en silencio. Le irritaba la situación de la misma manera que el inglés sentía una fuerte e indisimulada satisfacción por el éxito de su cometido. El orgullo del inglés representaba para él un fuerte sentimiento de decepción. Había fracasado y había fallado a Montagnac.

—Lamento tener que trataros así —continuó con un gesto más amable—. Comprenderéis la prioridad de mis obligaciones, señor Lamark, y lamento que la guerra haya separado a nuestra familia de esta manera —concluyó, en clara alusión a la hermandad a la que ambos pertenecían.

Comprendió que Manex se encontraba presa de una enorme confusión, mezcla de su aturdimiento por las circunstancias de su captura y de la decepción que la misma le producía, y que no tenía intención de responder a ninguna de sus preguntas.

—Continuaremos en otro momento, señor Lamark —sentenció, mientras se daba media vuelta seguido de Potter y enfilaba nuevamente el camino del puente.

Manex quedó tendido en el suelo del infecto calabozo. La cabeza le dolía tremendamente pero eso era lo de menos. La sensación de fracaso se apoderó de su alma.

Convento de las Agustinas
Angra
-9-

El antiguo Convento de las Agustinas de Angra había sido un imponente caserón construido en los primeros tiempos de la colonización portuguesa del archipiélago de la Azores, pero ahora no era más que un montón de ruinas desde que las religiosas se habían trasladado a un nuevo Convento, más alejado del centro, pero más práctico y moderno. Desde su abandono, el edificio se había ido deteriorando y ya no contaba ni con tejado ni con la mitad de sus paredes, que habían sido reutilizadas en otras obras de la ciudad. En cualquier caso, los restos servían de refugio a un grupo de mozalbetes huérfanos, que sobrevivían de la picaresca en la ciudad durante el día, para refugiarse entre las ruinas por la noche.

La muchacha, indicó a Ahimán con el dedo el enorme caserón, cuya silueta se recortaba en el cielo iluminado por una hermosa luna, al tiempo que salía disparada colina arriba, aliviada ante el hecho de perder de vista al siniestro personaje.

Ahimán, se mantuvo quieto, escrutando la noche con su mirada, con su oído y con su olfato. Podía adivinar las formas escondidas en los recodos de los muros, que le miraban con extrema desconfianza.

—¡Ramón! —gritó, haciendo bocina con sus dos manos.

No hubo respuesta. Evidentemente el temor de los críos superaba su curiosidad. Avanzó unos pasos entre los escombros y repitió la llamada.

—¡Ramón!, necesito hablar contigo, no temas —repitió.

Una pequeña sombra, se movió en el interior de lo que en su día debió de ser una amplia sala del Convento. Pero aún así, nadie respondió a la llamada. Ahimán insistió por tercera vez. Finalmente, y tras esperar un rato que se le hizo interminable, Ahimán recibió una respuesta.

—¿Qué deseáis? —dijo entre susurros una voz que el egipcio identificó

inmediatamente.

—Necesito tu ayuda Ramón. Tengo que hablar contigo.

La sombra, venciendo sus recelos, se acercó y poco a poco, Ahimán empezó a reconocer los rasgos de Ramón, más visibles con las primeras luces de la mañana, que ya se anunciaba en el horizonte.

—¿Para qué necesitas mi ayuda? —preguntó el chaval, mientras se situaba a su lado y le indicaba con un gesto que se moviese hacia el borde del camino.

—Mi amo ha desaparecido, le confesó Ahimán. Ha sido secuestrado por los ingleses.

Se sentaron sobre un montón de piedras apiladas frente a lo que en su día debió de ser la magnifica entrada del Convento.

—¿Dónde pueden haber llevado los ingleses a mi amo? —preguntó Ahimán con un gesto casi humano en el rostro—. ¿Has visto algo raro en los muelles o en los barcos?

—No he visto nada raro —respondió el muchacho, tras meditar durante un momento.

—¿Pero no hay destacamentos ingleses en algún lugar de la isla? —insistió Ahimán.

—Nunca, a los portugueses no les gusta que haya tropas extranjeras, ni aunque sean de los aliados ingleses. Los soldados de los barcos ingleses que se acercan a Angra nunca desembarcan como soldados. Además, ahora mismo no hay ningún barco inglés en la ensenada. Solo mercantes y ninguno es inglés. —Ramón se mostró muy seguro de sus afirmaciones mediante gestos de sus manos y cara—. Si los hubiese habido, ya hubiese corrido a informar a vuestro amo como él me solicitó —sentenció rotundo el muchacho.

Ahimán permanecía meditabundo mientras la claridad del alba se iba apoderando lentamente de la mañana.

—Quizás… —musitó Ramón, pero se detuvo dubitativo.

—Sí, sí, ¿qué ibas a decir? —le inquirió apremiante Ahimán, para quien cualquier sugerencia era oro puro en aquel momento de desconcierto.

—Quizás hayan apostado el barco en alguna ensenada no lejos de Angra. Muchos barcos se refugian en ellas en tiempo de tormenta.

—¿A qué distancia se encuentra la ensenada más próxima, Ramón?

—A unas dos horas de camino a paso ligero. Está en el camino de San Sebastián.

Ahimán se sumió en el silencio y en la duda. No se decidía por una u otra opción. Podía despertar a Van Door en el *León de Gante* y poner el asunto en conocimiento de las autoridades. No le interesaba. Había dos cadáveres en la playa de Angra que pronto serían descubiertos. Tendría que dar muchas explicaciones. Realmente no tenía muchas opciones y su instinto le guiaba hacia la ensenada de la que le hablaba Ramón, pero si el maldito barco inglés no estaba allí perdería más de cinco horas. ¿Y si estaba?…

—Ramón ¿me indicarás el camino hacia la ensenada? —preguntó Ahimán con un desconocido tono de súplica en sus palabras, que pasó desapercibido para el muchacho.

—Por supuesto —respondió Ramón sonriendo ingenuamente ante la perspectiva de un día de aventura—. Tu amo me cayó muy bien porque fue muy amable conmigo, así que no solo te indicaré el camino, sino que iré contigo. ¡Sígueme!

Fragata de combate Intrepid
Poniéndose a la vela

-10-

En la *Intrepid* todo estaba listo para partir. Tal y como habían prometido en el primer mensaje, les darían tiempo para situarse a barlovento de Angra, cuando partiese la fragata española. No es que lo necesitasen, pero eso les daría una pequeña ventaja. La fragata *Antilope* se uniría a ellos unos días después, en el punto convenido y siguiendo el rumbo de los cargueros hacia las Antillas españolas. Entonces abordarían la nave española y ellos quedarían libres para volver a Inglaterra y la *Antilope* conduciría la nave y su cargamento al Puerto Inglés en Antigua, puerto refugio de la Marina británica en las Indias Occidentales.

Todavía era temprano y el sol aún no había calentado la tierra lo suficiente para que fluyese el viento que les permitiría iniciar la maniobra, así que mientras esto ocurría mantenía a la tripulación ocupada ordenando y limpiando el barco. Esto tenía un efecto inmediato en la tripulación, siempre capaz de intuir el comienzo de la acción. Era como si un pequeño resorte pusiese en alerta a toda la tripulación cuando la acción se acercaba. Era una de las cosas que más le gustaban de la Marina.

Llamó a Potter y le cedió el mando sobre el puente, antes de dirigirse a través del castillo de popa hacia la puerta que conducía a la escalera, que comunicaba las diferentes cubiertas por la parte posterior del barco.

Descendió hasta la cubierta en la que se encontraban los calabozos y al acercarse el centinela se puso firme, al percatarse de la presencia del capitán:

—Descanse soldado —le dijo el capitán a modo de saludo—. ¿Cómo se encuentra el prisionero? —continuó.

—No sabría decírselo capitán, en el tiempo que ha durado mi guardia no se ha producido ningún ruido en la celda del prisionero.

—Muy bien soldado. Abra la puerta y puede ir si lo desea a tomar un trago de

agua. Mientras tanto he de hablar con el prisionero a solas.

—A sus órdenes capitán —respondió el soldado, mientras abría la celda con un sonoro ruido de llaves y franqueaba la puerta al capitán.

—Puede retirarse soldado. Yo me cuidare de las llaves y del prisionero.

El soldado dio media vuelta y salió presto hacia la cocina del barco.

Manex ofrecía un aspecto lamentable. Tendido en el suelo con los hombros apoyados sobre el mamparo y los brazos inertes a su lado, con las cadenas sujetando sus muñecas. El agua que le habían arrojado en la última oportunidad en la que le había visitado Lee con sus oficiales, había diluido parcialmente la sangre que ahora aparecía esparcida por toda la cara del francés, por el cuello y por la parte superior de la casaca. El pelo estaba completamente adherido a la piel en la zona en la que había manado la sangre del golpe de porra que le había dejado inconsciente en Angra y sus ropas en general presentaban varios cortes y roturas, producto del trasiego entre el carro, el bote y la nave.

Manex pareció apercibirse de la llegada del capitán y levantó la mirada hacia la figura que se acercaba.

El capitán Lee se arrodilló junto a Manex, le tomó por la nuca y con un paño mojado le limpió la cara. Luego tomó el cuenco que colgaba de una de las jarras situadas en una esquina y le hizo beber con delicadeza. Le ayudó a enderezarse un poco más, de manera que quedó sentado con la espalda y la cabeza reclinadas sobre el mamparo.

—Lo siento hermano, sabéis muy bien que deploro tener que actuar de esta manera. Creo que es innecesaria más violencia. Si me dais vuestra palabra de masón de que no escaparéis, haré que os quiten los grilletes y os trasladen a un camarote de manera inmediata.

—No os ofendáis capitán —le replicó Manex—, pero creo que vuestra conducta es a todas luces impropia de un masón, sea de la nacionalidad que sea. ¿Cómo osáis atacarme, a mí que soy súbdito del rey de Francia, que viajo en un navío comercial español y además hacerlo en un país extranjero y neutral para mayor escarnio de la Ley?

—Quizás vuestro país sea neutral todavía, *monsieur* Lamark, pero es evidente que ni vos ni Montagnac lo sois. ¿Creéis acaso que vamos a permanecer impasibles ante la colaboración que prestáis a los sediciosos de las colonias de América? No sé ni me corresponde saber lo que lleváis en ese zurrón que ahora obra en mi poder, pero si mis superiores me indican que es de vital importancia para la supervivencia de Inglaterra, convendréis conmigo como soldado que sois, que haríais lo que estuviese en vuestras manos para impedir que llegase a su destino.

—Lo que debíais de hacer, capitán Lee, es prepararos para los cargos que tendréis que soportar en cuanto vuestra actuación sea conocida por las autoridades francesas y españolas.

—Ya lo veremos, *monsieur* Lamark. Supongo que el contenido del zurrón verde

desvelará, si como bien decís, sois persona neutral en nuestro conflicto colonial. Estoy seguro que los tribunales de Londres tomarán buena cuenta de su contenido. Pronto lo sabremos, pues dentro de unos días navegaremos hacia Southampton a toda vela.

—¿Qué pensáis hacer respecto a la fragata española en la que viajábamos? ¿Seréis tan amable de comunicarle nuestra situación al capitán Van Door? —preguntó ingenuamente.

—No os alarméis *monsieur*. Vos mismo podréis comunicarle al capitán Van Door lo que deseéis en unos días. Tan pronto como nos reunamos con la fragata *Antilope*, abordaremos el carguero para conducirlo a las Antillas Británicas.

—¡Perdone capitán Lee, pero eso es pura piratería en tiempo de paz!

—Nuestro gobierno no lo cree así, *monsieur* Lamark. Al parecer existen viejas cuentas a saldar entre las compañías inglesa y española derivadas del Tratado de Utrecht.

—Ciertamente capitán Lee, vuestra conducta me indigna, como miembro de nuestra fraternidad no podéis dar crédito a semejantes patrañas. Abordar un barco comercial extranjero… ¿Creéis que vuestros superiores os respaldarán cuando seáis juzgado por estos crímenes?

—Bien *monsieur* Lamark, veo que entre vos y yo no hay ninguna posibilidad de ser razonables. Os mantendré en este calabozo hasta nuestra llegada a Inglaterra y es posible que os traiga compañía de la oficialidad de la fragata negrera española. Quizás así se os haga más ameno el viaje.

Lee abandonó la celda molesto e irritado por la conversación. El soldado, que ya había regresado a su puesto, se cuadró frente a él. Lee, le entregó las llaves de la celda, con un movimiento que denotaba su enojo, y enfiló el pasillo que lo conduciría nuevamente a cubierta. Evidentemente eran las órdenes que había recibido, pero de ninguna manera estaba de acuerdo con lo que se estaba haciendo.

Salió nuevamente al castillo de popa, justo en el momento en el que una ráfaga de viento fresco le recorrió la cara y movió su cabello. Había saltado el viento mañanero y la *Intrepid* ya podía navegar.

—¡Señor Potter! —gritó a su primer oficial—. Ponga la nave al viento.

Ensenada de Salga Bay
Frente a la Intrepid
-II-

Ramón desde la costa, divisó al egipcio por última vez en la cresta de una ola, acercándose a la popa de la nave británica con absoluto sigilo. La fragata había girado sobre si misma y se había aproado al viento de la mañana e iniciaba su singladura. Trepando desde el timón, Ahimán parecía un felino, saltando con agilidad inusitada entre los pequeños recovecos del espejo de popa. Aprovechando el girigay en cubierta en el momento de recoger ancla y con toda la tripulación en la jarcia para largar las velas, pasó totalmente desapercibido.

Antes de iniciar su regreso a la ciudad, Ramón abrió el puño que hasta entonces mantenía sólidamente cerrado y miró las diez monedas que Ahimán le había dado a modo de despedida y mentalmente deseó que Manex pudiese ser rescatado por aquel demonio con cara de pergamino. Tal era su alegría que no se percató de las pequeñas salpicaduras rojas de la sangre de Navarro, que matizaban el brillo del oro del traidor.

DUELO EN EL MAR

Fragata mercante León de Gante
Bahía de Angra
-1-

El *León de Gante* abandonaba mansamente la bahía de Angra. La masa granítica del Monte Brasil les despedía con la misma indiferencia con la que les había recibido unos días antes.

El capitán Van Door, desde la toldilla de la nave, dirigía la maniobra. A duras penas conseguía concentrarse ya que aún no podía dar crédito a los acontecimientos de las últimas veinticuatro horas.

El caballero francés desaparecido. El salvaje que lo acompañaba también desaparecido. Su segundo oficial, Pedro Navarro, muerto en extrañas circunstancias y sin explicación alguna, junto a un inglés en la playa pequeña de Angra, en el extremo lindante con el barrio de las rameras. Esto sí lo entendía, pues Navarro siempre había sido muy putero, pero por qué le habían cortado la garganta era un misterio.

Algo extraño estaba ocurriendo, relacionado con aquellos extranjeros misteriosos, pero no sabía qué pensar. Reparó en que a pesar de la familiaridad con la que se habían tratado los últimos días, en realidad nada sabía de aquellos hombres que habían embarcado en Pasajes de una manera extraña y precipitada, por exigencia del administrador de la Compañía Guipuzcoana. Bueno, algo si sabía, pensó Van Door para sus adentros. El caballero era un maldito papista abolicionista, lo cual no era poco, ya que querían cargarse su lucrativo negocio. Sin embargo, en el fondo reconocía que le habían caído bien. Bueno, el caballero. El criado era una criatura siniestra.

Los portugueses habían permanecido completamente indiferentes ante los acontecimientos, afanados en seguir las instrucciones de la Compañía Inglesa de las Indias y en no ofender de ninguna manera a los ingleses, sus aliados naturales. Nada les había hecho reaccionar. Ni la desaparición del caballero francés, ni la muerte del

agente inglés de la Compañía de las Indias, ni la muerte del segundo oficial del *León de Gante*. Es verdad que el africano no contaba para las autoridades, pero un desaparecido y dos muertos eran suficiente para una investigación. Pues no. Prácticamente les habían echado a patadas de la isla con su cargamento de esclavos. Nada querían saber del asunto y se lo habían manifestado de manera rotunda: «Deben abandonar Angra de manera inmediata», les aconsejó el capitán al mando del destacamento portugués que había acudido al puerto.

Por tanto, volvían a estar como antes de la misteriosa aparición del francés y su criado. Solos y camino de La Havana, con su bonito cargamento de mano de obra y aperos de labranza, para las plantaciones de la Isla. Pensó con deleite en que la desaparición de Navarro, le producía un sustancioso incremento de haberes, razón por la que no había hecho ningún esfuerzo por cubrir la baja del español. Unos días sin segundo oficial eran asumibles y asunto terminado. Los beneficios mitigarían la pérdida. Por otro lado, era verdad que también había cobrado a los españoles una bonita cantidad por el pasaje del caballero francés. Pero así era la vida, pensó Van Door. El barco partía y los pasajeros no aparecían. No era su responsabilidad. Él tampoco podía esperar más tiempo con aquella carga en la bodega.

Olvidando a los malditos portugueses, ingleses, franceses y papistas abolicionistas desaparecidos, pensaba seguir la ruta comercial hacia La Havana, descendiendo suavemente hacia el sur, empujado por los vientos alisios del nordeste. Era una travesía realmente cómoda. La fragata, aunque rápida, iba muy cargada, lo cual mermaba un poco su velocidad, aunque fuese en beneficio del comercio. Un inconveniente francamente asumible.

Llamó a su primer oficial Oliver Gastón, para preguntarle sobre sus consideraciones de la travesía. Gastón se presentó al capitán tan pronto como escuchó a este gritar su nombre desde la popa. Ahora que no tenía segundo oficial, sus tareas eran más complicadas en la cadena de mando, pero tampoco había dicho nada sobre lo de Navarro, ya que también recibiría una parte extra de lo dejado por el muerto.

—Bien Gastón —comentó con suficiencia el capitán—, navegaremos al sudoeste para dejar a estribor las islas de Pico y luego corregiremos ligeramente al Oeste en cuanto dejemos el abrigo de la última isla.

—De acuerdo capitán —replicó Gastón—, pero podemos bajar un poco más al sur aprovechando el nordeste que sopla recio ahora y así después tendremos un través mucho más franco.

Van Door sopesó mentalmente las sugerencias de su primer oficial y le parecieron acertadas, además de convenientes, para reforzar el liderazgo de su primer oficial. Nunca se debía olvidar que a los oficiales había que dejarles ganarse el sueldo, porque ello redundaba siempre en beneficio de la travesía. Era bueno para el comercio, en suma.

—¡Dé las órdenes oportunas, señor Gastón! —Le autorizó Van Door, con vanidosa satisfacción.

Gastón, corrió por el puente y dio las órdenes oportunas para poner la nave al viento.

—¡Levad anclas! ¡Desplegad mayores!

Lentamente, la fragata giró de forma suave y abrió su rumbo al viento. Las velas que los marineros iban desplegando desde las vergas, comenzaron a hincharse con el viento fresco de la mañana. Poco a poco la fragata enfiló la salida de la bahía y comenzó a recibir el viento más directamente en sus velas. Su velocidad comenzó a incrementarse como resultado de la pérdida del abrigo de la isla y de un rumbo más confortable.

Fragata de combate Intrepid
Sur de las Islas Azores

-2-

En la *Intrepid*, Ahimán había trepado por la popa. Aprovechando los mecanismos de los timones y una ventana abierta en el espejo de popa, se había colado en el interior de la nave sin ninguna dificultad. Toda la marinería y la oficialidad se hallaban en el puente afanados por poner la nave al rumbo, de tal manera que bajo cubierta solo permanecían los casacas rojas que habían secuestrado a Manex y que tras pasar la noche en vela regresando de Angra, descansaban plácidamente en sus hamacas. Algunos estaban dormidos y otros charlaban intrascendentemente sobre lo que habían hecho en su incursión en la ciudad. Ninguno podía sospechar que un intruso les escuchaba desde la escalera que comunicaba los puentes.

Con gran osadía, Ahimán regresó sobre sus pasos y entró en la cámara del capitán. Comprobó que se hallaba vacía. En un primer momento pensó que podría ser un buen lugar para ocultarse, pero luego recapacitó. Tratar de ocultarse allí era una locura porque aunque la estancia era grande y contaba con un amplio salón y algunos recovecos interesantes, también era un lugar muy frecuentado, en el que el capitán se reunía posiblemente con los oficiales de la *Intrepid* para cenar y conversar. Demasiado arriesgado, concluyó Ahimán, y también incómodo. Los lugares disponibles para esconderse eran pequeños tambuchos en los que debería acurrucarse durante horas.

Se acercó a la mesa de trabajo del capitán, sobre la que estaban desplegadas varias cartas náuticas de la isla de Terceira y de las colindantes. Sobre ellas unas anotaciones a lápiz indicando diferentes situaciones y un trazo en dirección sur. Reparó en una cruz que se hallaba marcada en punto equidistante entre dos islas sobre el trazo que señalaba el rumbo. Junto a la cruz aparecía escrito un nombre:

Antilope. Nada le decía, pero le sorprendió. Evidentemente la fragata no se iba a dirigir al oeste, hacia Inglaterra, como habían pensado siempre, sino al sur. Por lo menos es lo que parecía indicar aquel mapa.

El cuaderno de bitácora estaba abierto sobre la mesa con las anotaciones de los últimos días, pero no tenía tiempo que perder intentando entender las notas escritas en la enrevesada letra del escribiente, y además su dominio del inglés no daba para tanto.

Comenzó a revisar los cajones de la mesa del capitán, pero nada encontró. Se acercó a la biblioteca, que estaba empotrada en la pared, detrás de la mesa del capitán, pero lo suficientemente cerca como para alcanzar los libros sin tener que levantarse de la silla. Abrió los armarios laterales de la biblioteca, y de repente algo brilló en sus ojos con satisfacción. Allí estaba el zurrón. Se lo habían quitado a Manex y el capitán lo había guardado en el armario. Sonrió satisfecho. Tomó el zurrón y comprobó los cierres. Estaban intactos. Era lógico. Los capitanes de la Marina inglesa no eran individuos que fisgaran en los documentos incautados. Los entregaría impolutos a su oficial superior a su llegada a Londres. Si llegaba, pensó Ahimán, que tenía intención de hacerle pagar cara su osadía por haber secuestrado a Manex.

Cerró todos los armarios cuidadosamente. Ya sabía algo importante. Ahora era necesario encontrar el lugar de la nave en el que tenían prisionero a Manex. Y cómo no, encontrar un escondite apropiado para él, desde el que poder meditar un plan de acción. Se sentía tranquilo y confiado ya que tenía un fenomenal aliado. ¿Quién iba a pensar que estaba escondido en la fragata inglesa atestada de oficiales, marineros y soldados? Nadie. Esa era su sorpresa, su mejor aliada. También pensó con cierta desesperanza que no había demasiados lugares a los que escapar desde el navío inglés. Por eso debía de encontrar un buen lugar para esconderse desde el que meditar los pasos a dar. No se trataba de liberar a su señor solamente, también había que escapar. Pero de eso ya se ocuparía en su momento a la llegada a Inglaterra o a donde se dirigiese el barco, pensó, recordando la carta de navegación.

Salió con sigilo de la cámara del capitán y recorrió el pasillo que le conduciría a las escaleras para bajar a la cubierta siguiente, la que estaba justo debajo del puente. Pasó por delante de las puertas de las cámaras de los oficiales tranquilo, ya que todos se hallaban en el puente. Podía oír en la lejanía las órdenes de los oficiales y los gritos y carreras de los marineros que retumbaban bajo cubierta como si de una caja de resonancia se tratara.

Llegó a la escalera y aunque su primera idea era bajar, decidió subir en dirección al castillo de popa. Subió los escalones y se agazapó junto a la puerta para escuchar. Entreabrió ligeramente la puerta que daba acceso al castillo y escuchó con atención. Una avalancha de órdenes y gritos se cruzaban entre oficiales y suboficiales y entre estos y los marineros, haciendo casi indescifrable lo que ocurría en el puente. Siempre era así cuando los navíos se ponían en marcha y hasta que conseguían

alcanzar cierta velocidad que les permitía una mejor maniobrabilidad. Decidió arriesgarse un poco más y abrió unos centímetros más la puerta para poder observar las idas y venidas sobre el puente. Podía distinguir claramente al capitán flanqueado por un oficial.

—¡Señor Potter! Ordene rumbo sur sudoeste —indicó el capitán a su primer oficial.

—¡Timonel! ¡Rumbo sur sudoeste! —replicó el oficial.

Por aquel lado no tenía mucho de lo que preocuparse de momento, así que volvió a bajar hasta la cubierta de los camarotes de los oficiales. Al bajar, reparó en una tapa junto a las escaleras, que le había pasado inadvertida al subir. La palpó por los bordes y descubrió un pequeño tirador. Una especie de arcón, de pequeñas dimensiones, pero suficiente para albergar a un hombre, apareció ante sus ojos. No era lo ideal para una larga espera, pero sería un lugar posible si no conseguía nada mejor. Continuó escaleras abajo hasta a la siguiente cubierta. Allí debía de tener mucho más cuidado. Además de la cocina del barco, estaba el comedor de la marinería y a proa las hamacas de los marineros para las guardias.

Fragata de combate Antilope
Royal Navy
Golfo de Vizcaya
-3-

La fragata *Antilope* de treinta y dos cañones, había salido de Portsmouth hacía ya seis días y navegaba a toda vela. Habían tenido que salir apresuradamente, sin tiempo de nada, en cuanto el capitán Mugridge recibió la comunicación del Almirantazgo y consiguió reunir a la tripulación. Una tripulación de auténticas circunstancias, en cualquier caso, era todo lo que había conseguido. Aunque la misión no parecía especialmente difícil, al capitán Mugridge siempre le molestaba llevar una tripulación poco experimentada.

Anthony Clemence Mugridge era un capitán de fragata con fama de hombre serio y meticuloso. Su perfil espigado y su rostro circunspecto, así parecían atestiguarlo. Había ganado sus galones a golpe de trabajo y perseverancia desde que había abandonado su pueblo en su Sussex natal, para hacerse marino. Una determinación que se había despertado, desde el mismo momento en el que siendo aún un niño, su padre, un tratante de ganado, le había llevado de visita a Falmouth, y había tenido la suerte de contemplar los navíos de guerra de Su Majestad, elegantemente anclados cerca de la costa. No eran más que una pequeña corbeta y una fragata, pero en la mente del niño Mugridge, habían aparecido como la sublimación del poder del Rey y de su querida Inglaterra. Su carrera naval se había asentado principalmente en tres aspectos, muy apreciados por el Almirantazgo: la disciplina, la discreción y sobre todo la austeridad en el uso de los astilleros reales. No se recordaba que nunca hubiese recurrido a ellos para reparar su navío y eso sí que era un mérito indiscutible ante sus superiores. Tras la guerra contra los franceses por las colonias, en la que había combatido más de diez años atrás, al mando de dos corbetas siendo teniente de navío, había servido luego como oficial en un navío de línea de primera clase.

Posteriormente había sido promovido al oficio de capitán de fragata, como recompensa a toda una vida dedicada a la Marina, en la que había comenzado como un joven guardiamarina.

Pero en los últimos tiempos, el capitán Mugridge había atravesado un periodo de suerte esquiva, que se había traducido en una situación de expectativa de destino. Era lo peor para un oficial de la Marina, sin mando y sin destino. Había tenido muchos problemas con el Almirantazgo, a raíz de unas desafortunadas manifestaciones sobre la actividad de realizar presas mercantes, por parte de los buques de la Marina real. Sin ser demasiado consciente de lo que hacía, había realizado un comentario sarcástico, en la recepción que había ofrecido en Plymouth el comandante de la flota. Realmente los comentarios no habían sido especialmente insidiosos, pero los había realizado en el lugar y en el momento más inoportuno. Mugridge era un convencido de que la Marina Real estaba para hacer la guerra a los enemigos de la corona, y no para intentar apresar buques de carga, por muchos beneficios que ello pudiera reportar al gobierno de Su Majestad, a los capitanes y a las tripulaciones. Tenía una concepción honorable del oficio de marino de guerra y si lo que se avistaba era un navío mercante, había que hundirlo y no detenerlo para luego venderlo al mejor postor y en algunos casos, incluso, a los malditos berberiscos por un puñado de guineas. No era el único que pensaba así en la Marina, pero aquellos comentarios estaban fuera de lugar en aquellos momentos.

Cuando había llegado la orden de embarcar y comandar la fragata *Antilope*, que ya conocía por haber servido como segundo oficial en ella, sus esperanzas habían renacido. Pero al leer las órdenes, le quedó claro que el Almirantazgo no había olvidado sus comentarios, y le mandaban, para mayor escarnio, proteger a un mercante o algo parecido, lejos de la guerra americana en la que todo el mundo estaba involucrado.

El capitán Mugridge, feliz de estar nuevamente en el mar, rumiaba sus pensamientos en la toldilla de la hermosa fragata. Vistiendo su grueso capote alquitranado y su gorro impermeable, aguantaba estoicamente el persistente aguacero. Durante estos primeros días de travesía había hecho un tiempo invernal y llovía sin parar, mojando el aparejo y haciendo que las velas estuviesen pesadas y difíciles de manejar por la tripulación. El cielo encapotado mostraba un tono grisáceo, y las nubes bajas impedían una buena visibilidad. Soplaba un noroeste duro, que a pesar de hacer muy desapacible la navegación, era un excelente aliado para la velocidad de la fragata. Rachas de más de veinte nudos permitían a la fragata alcanzar una nada desdeñable velocidad.

Navegar a todo trapo hacia Terceira, en las Azores, y contactar en el punto establecido al sur de la isla con la fragata *Intrepid*, que se encontraba realizando una delicada misión para la Corona, eran las escuetas órdenes del Almirantazgo, aderezadas con diferentes posibilidades de contacto, guía de señales especiales indicando latitudes y longitudes según los días de travesía necesarios en la *Antilope*

para cubrir la distancia. Luego, el capitán Lee les indicaría la segunda parte de la misión, que en cualquier caso parecía sencilla, pues el comunicado hablaba de una navegación de escolta, de un navío aún sin identificar, hasta el Puerto Inglés de Antigua, en las Indias Occidentales.

Al leer las órdenes sintió cierta indignación. Nadie en el Almirantazgo parecía querer entender, que había más de mil doscientas millas hasta las Azores. Con mucha suerte, y si se mantenía aquel viento excelente, podría recorrer ciento cincuenta o ciento sesenta millas al día, con lo que llegar a las Azores en diez días, era posible pero complicado. En el Golfo de Vizcaya solía soplar un viento muy favorable para esta travesía; lo que le preocupaba eran los vientos que soplarían más al sur, donde el clima era mejor pero más dificultoso para hacer correr a la fragata. Solo si nada fallaba lo conseguiría. En cualquier caso, no se quejaba.

Cuando llegaron las órdenes estaba seguro que su destino iba a ser la guerra en América. Al parecer la Marina de Su Majestad no daba abasto en aquellas tierras. Los americanos ya contaban con una rudimentaria flota, pero además un enjambre de barcos corsarios franceses, que actuaban al margen de las órdenes de Luis XVI, luchaban con los americanos con diferentes banderas, lo que dificultaba las operaciones de los barcos de Su Graciosa Majestad. En esas circunstancias, la misión que le habían confiado, era como una vista a un balneario. Pero Mugridge no se confiaba. Sabía por experiencia que no había misión fácil, que el Almirantazgo nunca enviaba a sus barcos a un balneario y que las cosas tendían a embrollarse por sí solas en los momentos más inesperados, y especialmente cuando uno creía que eran pan comido. Así que había que andarse con tiento y no subestimar los riesgos de aquella misión.

Pero no era el momento para aquellas reflexiones. El capitán Mugridge las cortó de raíz en su cabeza, y se concentró en lo verdaderamente importante en aquel momento: hacer correr a la *Antilope* lo más posible.

—¡Ceñir cinco grados! —ordenó a su primer oficial—. ¡Señor Horner, no tenemos un minuto que perder!

Fragata de combate Intrepid
Cubierta de calabozos
-4-

Ahimán se acercó con sigilo a la escalera que descendía a la siguiente cubierta de la *Intrepid*, en la que con toda seguridad debía de encontrar los calabozos. Oía las voces de los soldados, que conversaban confiados en sus hamacas en la cubierta superior. En este nivel del barco, la luz era muy tenue, ya que estaban prácticamente por debajo de la línea de flotación. Solo almacenes de alimentos y zonas para estibar herramientas de los carpinteros y maderas para las reparaciones. Y los temidos calabozos, también. Tan solo la sentina estaba por debajo de aquella cubierta. No podía oír ningún ruido, pero estaba convencido, de que los calabozos estarían vigilados. Un largo pasillo se abría ante él, y comenzó a recorrerlo con sigilo. Se sumió en la penumbra, pero poco a poco, comenzó a vislumbrar el resplandor de una lámpara. Al llegar a una desviación, pudo ver los pies de alguien, que se encontraba a la vuelta de la esquina. Con gran precaución se acercó al recodo y miró. El guardián dormía, sentado en una silla, con las piernas estiradas. Pudo ver la puerta del calabozo y la pequeña mirilla, en la mitad de la puerta. No necesitaba saber más. Había encontrado el lugar en el que retenían a Manex, y en ese momento nada podía hacer. Cualquier movimiento que alertase de su presencia en la nave, era un auténtico suicidio. Su única ventaja era precisamente la sorpresa. Nadie podía imaginar que se encontraba a bordo de la nave. Nadie creería que tal osadía era posible, y esa era precisamente la única circunstancia que hacía imaginable lo que tenía en mente.

Volvió sobre sus pasos y entró en el primer almacén que encontró. Estaba lleno de maderas y cabos, y en las paredes colgaban, perfectamente ordenadas, herramientas de carpintería de todo tipo: sierras, berbiquíes, taladros de cuerda y otros artilugios que le resultaban desconocidos poblaban la estancia. Al fondo, descubrió varios barriles cuidadosamente apilados y atados para evitar que salieran despedidos en las

tempestades. Junto a ellos, unas lomas dobladas y cuidadosamente apiladas. Esta estancia le gustó mucho, no solo porque era una zona limpia, sino por las posibilidades que ofrecía de encontrar un escondite seguro.

Salió y se dirigió a la siguiente estancia. Era un almacén de comidas y vituallas. Estaba lleno de barriles principalmente. Unos contenían agua fresca, otros contenían quesos sumergidos en aceite y otras frutas conservadas en una especie de salmuera. Lo supo porque así estaba escrito en una pequeña tablilla sobre cada uno de ellos. Una buena despensa era lo que tenían los ingleses. También había bastantes huecos donde poder esconderse entre los barriles. Tras pensarlo volvió sobre sus pasos. Al pasar junto a un barril abierto observó que contenía manzanas. Tomó media docena y las introdujo en el amplio bolsillo de su chilaba. Había decidido que la mejor zona para ocultarse era el almacén de reparaciones. Tenía más lugares donde esconderse y podía taparse con una lona. Estaba cerca del calabozo y además a un paso del almacén de vituallas. No pensaba comer mucho, pero siempre venía bien tener algo que llevarse a la boca.

Se acurrucó entre uno de los barriles y las lonas y desplegó en primer pliegue de una de ellas, con lo que podía cubrirse completamente. Ahora quizás lo más importante era dormir y descansar un poco. Pronto empezaría la acción y por las circunstancias en las que estaban envueltos, no sabía lo que les depararía el destino. Maktub, todo está escrito, pensó para sí, y se quedó completamente dormido.

Océano Atlántico
Al sur de las Azores
-5-

No era fácil para los mortales entender las ciencias de la navegación oceánica. El mar era tan inmenso que parecía imposible que dos navíos pudieran encontrarse salvo en las cercanías de los puertos, estuarios o zonas navegables costeras. Sin embargo, no era así de ninguna manera. Los excelentemente formados oficiales de los barcos de Su Majestad eran perfectamente capaces de establecer las posiciones en las cartas para poder encontrarse con otras naves. Los cálculos de la latitud eran bien conocidos desde siglos atrás y la invención del sextante en 1750, había reforzado la precisión de los cálculos de esta magnitud, mediante las observaciones del sol a mediodía.

Pero los posicionamientos de longitud habían tardado siglos en perfeccionarse y a pesar de los millonarios premios que habían ofrecido los ingleses, tras el desastre naval de Scilly, o los reyes Luis XVI y Carlos III y sus predecesores, todavía a finales del siglo XVIII los cálculos eran poco exactos. La longitud y la hora son la misma cosa, y para su cálculo correcto, las naves inglesas necesitaban que un reloj mantuviese en todo momento la hora de Londres, que relacionaba las cartas náuticas con el meridiano de Greenwich sobre el que habían sido trazadas. Los barcos españoles cuyas cartas estaban frecuentemente referenciadas con el meridiano que se correspondía con la localidad gaditana de San Fernando, necesitaban conocer la hora de esa localidad y los barcos franceses cuyas cartas estaban referenciadas al meridiano de París, llevaban la hora de la ciudad de la Luz.

Pero en aquellos momentos, el último cronómetro revolucionario diseñado por John Harrison era tan caro, que la mayoría de los barcos debían de mantener el método tradicional de girar la ampolleta de arena cada treinta minutos, para mantener cierta información sobre lo que les resultaba vital para navegar. La hora de la

metrópoli.

En aquellos momentos del día, los oficiales de navegación de las fragatas de Su Graciosa Majestad *Intrepid* y *Antilope*, se afanaban en sus cálculos de posición de cara a determinar dónde se encontraban, en relación al punto de encuentro previsto de ambas naves. Si todo iba como debía, el encuentro se produciría en el curso de aquella mañana.

No estaba el sol aún en lo alto cuando los gritos de vela a la vista resonaron en ambos buques de manera casi simultánea.

Siguiendo rumbos opuestos, las dos fragatas británicas se acercaron rápidamente la una a la otra, y finalmente tras describir una maniobra circular, quedaron al pairo aproadas al viento y a escasa distancia.

El capitán Mugridge de la fragata *Antilope*, que en la misión estaba subordinado a las órdenes del capitán Lee, indicó a sus oficiales que prepararan la lancha para poder dirigirse a la fragata *Intrepid*.

Cuando estuvo convenientemente preparada y abarloada al costado de la nave, se dirigió al otro navío dejando la fragata al mando de su primer oficial.

Sobre el puente del *Intrepid* el capitán Lee y el primer oficial Potter le recibieron de acuerdo con las ordenanzas, que aplicaron estrictamente, dado que ninguno de los oficiales de ambos barcos se conocían, ni habían navegado juntos previamente. Mandó formar a una dotación de doce casacas rojas formando un pasillo de a seis justo al pie de la escalerilla de acceso a la nave.

—Bienvenido a bordo de la *Intrepid* capitán Mugridge —le saludó sonriente el capitán Lee—. Espero que hayáis tenido una buena singladura, capitán.

—Ciertamente capitán Lee. He de deciros que al salir de Portsmouth dudaba de que seríamos capaces de cumplir con las órdenes del Almirantazgo, pero a decir verdad el viento ha sido tan generoso con nosotros que hemos arribado con cierta comodidad.

—¡Potter! Ponga el navío al viento e indique a la *Antilope* que navegaremos en paralelo a velocidad reducida mientras dure la entrevista.

—¡A sus órdenes capitán! —respondió marcial Potter.

Con un ademán el capitán Lee indicó al capitán Mugridge que le siguiera hacia las escaleras que comunicaban el castillo de popa con su cámara, en la que se realizaría la entrevista. Una vez en la estancia, le invitó a sentarse y le ofreció una copa de vino de Madeira.

—Aceptaré ese Madeira, capitán Lee, aunque yo soy más favorable al vino de Oporto.

El capitán Lee se tomó su tiempo, mientras le servía una generosa copa del oloroso portugués en una copa de cristal bellamente tallada. Luego, tomó asiento frente a él en la mesa en la que se hallaban desplegadas las diferentes cartas de navegación de la zona.

—¡Vos diréis! —le invitó a hablar el capitán Mugridge, a quién la actitud

enigmática del capitán Lee había puesto sobre ascuas.

—La misión constaba de dos partes. La primera consistía en atrapar a un súbdito francés que portaba documentos importantes y muy comprometedores para la Corona —comentó el capitán Lee, mirándole fijamente a los ojos.

Se levantó y se acercó a la biblioteca situada detrás de la mesa de trabajo y de uno de los armarios extrajo el zurrón verde.

—Estos son los famosos documentos que como veis obran ya en nuestro poder y que deberán ser entregados en el Almirantazgo a nuestro regreso. El portador se halla en el calabozo debidamente custodiado.

—Os felicito Lee —le respondió mientras tomaba en sus manos el bello zurrón y lo examinaba con detenimiento—. Un bello trabajo de ornamentación —añadió, dejando el zurrón nuevamente sobre la mesa—. Decidme pues, ¿cuál es la misión para la *Antilope*, capitán Lee? Estoy ansioso por saberlo.

—El caballero francés viajaba en un carguero español de la Compañía de La Havana. Nuestra misión ahora es capturar el carguero y una vez en nuestras manos la *Antilope* lo escoltará hasta el puerto inglés de Antigua, mientras nosotros emprendemos un rápido regreso a Inglaterra.

—Muy bien capitán Lee, ¿qué tipo de nave es la que debemos apresar y escoltar?

—Se trata de una fragata: La *León de Gante*. Como sabéis la Compañía Guipuzcoana de Caracas fue pionera en utilizar estas naves rápidas y sacrificar carga por velocidad. La Compañía de La Havana, que es en parte continuadora de aquella compañía, utiliza la misma táctica y también utiliza fragatas.

—Bien. ¿Está armada la fragata? ¿Y puede saberse qué transporta?

—Sí, esta armada. Solo cañones de doce libras en el castillo de popa. Armamento ligero contra filibusteros. Lo que transporta son… —dudó unos segundos— son esclavos.

—¿Esclavos? —Mugridge le miró atónito—. ¿Tenemos que abordar una fragata española en aguas libres y cargada de esclavos? ¿Alguien se ha vuelto loco por aquí? —comentó con gesto enfadado, dirigiéndose a un hipotético interlocutor situado en el techo de la cámara.

—Entiendo vuestro enfado capitán Mugridge, pero las órdenes del Almirantazgo son muy concretas al respecto. La Compañía de las Indias solicitó esta intervención. Al parecer hay un saldo derivado de los tratados de Utrecht incumplidos por España y esta es la oportunidad de resarcirse de la deuda.

Mugridge le miró, en esta ocasión, con una expresión entre divertida y enfadada. Por su mente pasaron en rápida sucesión toda una serie de razones para oponerse a estas órdenes, pero su instinto le indicó que después de sus problemas acerca de las presas que realizaba la Marina, no debía de meterse en decisiones que no podía controlar.

—Bien capitán Lee. No soy capaz de entender estas órdenes para escoltar un barco negrero español hasta Antigua, habiendo una guerra en Norteamérica. Supongo

que el Almirantazgo tendrá poderosas razones para actuar así. ¿Qué sugiere que hagamos, capitán Lee?

El capitán Lee tomó el zurrón verde de encima de la mesa y lo volvió a guardar en el mueble de la biblioteca.

—Gracias capitán Mugridge por vuestra confianza. Entended capitán Mugridge que nuestras acciones ayudan a evitar la muerte de nuestros compatriotas en la guerra americana. Nada más puedo deciros, salvo que comparto muchas de vuestras dudas e inquietudes.

Mientras hablaba, tomó con una mano las cartas de navegación, que se encontraban sobre la mesa de trabajo de la biblioteca, y las trasladó en volandas hasta la mesa donde se encontraban sentados.

—Vamos a navegar al sur hacia la ruta comercial. La fragata *León de Gante* navega rápida pero va muy cargada, pues además lleva azadones y aperos de labranza para las plantaciones de caña de la isla de Cuba. Navegaremos en zigzag hasta que la avistemos. Creo que en tres o cuatro días podemos darle caza. No creo que vaya a oponer resistencia.

El capitán Mugridge se incorporó de su silla y se inclinó sobre la carta náutica que reposaba sobre la mesa. Con su dedo índice trazó sobre ella la ruta sugerida por el capitán Lee y pareció meditar unos segundos.

—Bien capitán Lee —señaló Mugridge haciendo ademán de retirarse—. ¡Manos a la obra! —dijo mientras estrechaba la mano del capitán Lee—. Cuanto antes terminemos con esto mejor para todos.

—Así sea capitán Mugridge, y buena caza —le deseó Harry Lee.

Mientras subía a cubierta el capitán Mugridge deseo que le hubiesen destinado a la guerra de América. Aquella misión iba a resultar un baldón difícil de borrar en su historial. ¡Perseguir a una fragata negrera usando su noble y adorada fragata *Antilope*! ¡Dios salve a Inglaterra de tanta ineptitud!, pensó antes de embarcarse en la lancha que le conduciría nuevamente a la *Antilope*.

Fragata mercante León de Gante
Cámara del capitán
-6-

Unos golpes secos y rítmicos resonaron en la puerta del camarote de Van Door. El holandés se despertó sobresaltado y bastante malhumorado. Era Gastón que le gritaba algo indescifrable desde detrás de la puerta. Se levantó con gran disgusto para dirigirse a la puerta, que recordó haber cerrado con pestillo. Al abrirla se encontró con la cara congestionada y asustada de su oficial.

—Capitán, deberíais subir a cubierta de manera inmediata. La situación requiere de vuestra presencia.

—¡Más os vale que el motivo que os ha impulsado a interrumpir mi descanso lo merezca! —bramó Van Door visiblemente irritado.

—Juzgadlo vos mismo capitán —fue lo único que acertó a decir el oficial.

Subieron al puente de manera precipitada con Van Door enfundándose todavía su casaca roja y resoplando tras los pasos de Gastón. Al franquear el portillo del puente, Van Door comprobó que ya clareaba en el horizonte, aunque todavía débilmente. Con gesto airado se plantó en el puente, dispuesto a castigar con severidad a sus subordinados por aquella desconsideración, pero su grito de ira quedó relegado por otro de completo asombro. Dos fragatas de guerra de Su Graciosa Majestad británica, le flanqueaban por ambas amuras del navío, luciendo desafiantes sus baterías de combate a través de las troneras abiertas.

—¿Se puede saber qué diablos significa todo esto Gastón? —inquirió furibundo Van Door.

—No tengo ni idea capitán, ya que hasta que comenzó a clarear no nos hemos apercibido de la presencia de las naves inglesas. Inmediatamente he ido en vuestra busca.

—Ordenad que de manera inmediata se le comunique a la fragata situada a

estribor, mediante banderas, nuestra protesta por su actitud desafiante y la razón de su manifiesta hostilidad con un barco de pabellón español.

Gastón ordenó al oficial de comunicaciones que trasmitiese la petición del capitán a las naves inglesas y permaneció expectante mientras la larga y meticulosa maniobra de comunicación se llevaba a cabo entre los navíos.

—Señor, la fragata *Antilope* nos comunica que la fragata al mando es la fragata *Intrepid*, situada en nuestra amura de babor.

—¡Pues comunicaos con ella! —bramó Van Door completamente indignado y preocupado con la actitud inglesa. Conocía por experiencia la voracidad de la rapiña inglesa en tiempos de guerra y también en tiempos de paz.

Tras un largo intercambio de movimientos con las banderas el mensaje llegó a Van Door.

—Señor, el capitán del *Intrepid* solicita subir a bordo y transmitiros las razones de su proceder.

Malditos bastardos, pensó Van Door, qué malas intenciones alumbrarían aquellos herejes protestantes, avariciosos y prepotentes. Su ira era tal que su rostro estaba completamente congestionado.

—¿Subir a mi barco? Dígale a ese maldito bastardo inglés que informaré al Almirantazgo de su actitud y que lo que desee comunicarnos lo haga a través de las señales.

Un nuevo y largo intercambio de banderazos precedió a la llegada del nuevo mensaje.

—Perdone capitán —comentó temeroso el oficial—, pero el inglés dice que nos lanzará una andanada de manera inmediata si no atendemos a sus pretensiones.

Van Door estaba a punto de un ataque de apoplejía, pero sabía por experiencia que los ingleses rara vez bromeaban con estas cosas. Consciente de su completa inferioridad, comunicó al oficial que enviase el mensaje de que accedía a la entrevista con el capitán inglés a bordo de su nave.

—Gastón, ponga la nave al pairo y comunique al inglés nuestra maniobra.

—Cómo ordenéis capitán —respondió Gastón con el miedo asomando por sus ojos.

La delegación inglesa, comandada por el capitán Lee, no se hizo esperar. Con la arrogancia, propia de quien dispone de varias decenas de piezas de artillería apuntando a su objetivo, los ingleses llegaron con su habitual parafernalia de gorros y casacas. Además del capitán Lee, llegaron a la nave varios oficiales ingleses cuya misión consistía en evaluar la capacidad artillera de la fragata comercial, mientras su capitán discutía las condiciones del apresamiento.

—Capitán Lee de la fragata de Su Majestad *Intrepid* —se presentó el inglés—. Bonito barco —añadió, tratando de mostrarse amable—. Estos son los oficiales artilleros Ferguson y Byrne, que evaluarán el riesgo que vuestro armamento puede suponer para nuestras naves. ¿Espero que no tendréis inconveniente en autorizar la

inspección?

—Capitán Van Door del *León de Gante*, nave holandesa, bajo protección española, fletada por la Compañía de La Havana en misión comercial —dijo Van Door atropelladamente, deseoso de mostrar su indignación al joven capitán inglés—. Vuestro proceder es indigno en tiempo de paz, capitán Lee, y no tenéis ningún derecho a meter vuestras narices en mi artillería —añadió sin poder esconder su enojo.

—No os enojéis capitán van Door. ¿Podemos seguir esta conversación en vuestra cámara? —rogó el capitán Lee, mientras todos los presentes les miraban con ansiedad.

Mientras Ferguson y Byrne iniciaban con descaro su examen de los cañones de la fragata mercante, los demás oficiales tomaron el camino de los aposentos del capitán del *León de Gante*. Mientras bajaban a la cubierta inferior, los lamentos y gritos de los esclavos se hicieron patentes para todos, provocando cierta incomodidad.

Con rostros serios, Van Door y Gastón, y el capitán Lee y su segundo oficial, tomaron asiento en la espaciosa cámara.

—Vos diréis —inició la conversación Van Door—, si esta inexplicable agresión tiene alguna explicación.

—Evidentemente la tiene —replicó el capitán Lee con cierto aire de suficiencia —. Tenemos constancia de que en este barco ha viajado hacia La Havana un caballero francés enemigo de la corona británica, con una misión que compromete los intereses de Su Majestad en el Nuevo Mundo. Esta actitud, capitán Van Door, rompe completamente vuestra supuesta neutralidad. Dicho caballero está en nuestro poder, pero le comunico que al haber violado la neutralidad, deberá usted responder de ciertos cargos y para ello deberá poner rumbo a Nuestra Señora de la Antigua en las Antillas Occidentales, donde seréis juzgados. La fragata *Antilope*, que se encuentra a vuestro costado, será la encargada de escoltaros a vuestro destino.

Van Door le miraba entre atónito e incrédulo. No, no podía ser. Aquel mequetrefe inglés le quería dar lecciones de procedimientos mercantiles y de códigos de conducta en el mar. Era indignante, aunque cuando tomó la palabra, optó por una línea de intervención más conservadora.

—Realmente capitán, ese caballero francés del que me habláis, ha viajado en este barco hasta Terceira, donde ha desaparecido tan misteriosamente como llegó. Cómo bien sabéis, los barcos comerciales pueden si lo desean transportar pasajeros, en este caso franceses.

—¿Dónde se encuentra el sirviente del caballero francés? —le interrumpió Lee.

—¡Atended a mis explicaciones, capitán! El sirviente del caballero es un esclavo y por tanto no cuenta en este asunto. Os repito que este barco está perfectamente habilitado para transportar pasajeros entre dos países que, os recuerdo —miró con agresividad a Lee—, no están en guerra con el vuestro. ¡Y no tengo ni idea de dónde se encuentra el maldito sirviente del caballero! —Finalizó casi gritando.

—Muy bien capitán Van Door —le respondió impertérrito el capitán Lee—, vuestra falta de colaboración es lamentable y voy a llevaros prisionero a mi fragata, de manera que tengáis tiempo de meditar vuestra actitud.

Se puso en pie, y ordenó a los infantes de Marina que detuvieran al capitán Van Door, y que lo condujeran a los calabozos de la *Intrepid*, tras lo cual salió de la cámara dando un portazo, y dispuesto a abandonar aquel barco pestilente, en el que los lamentos de los esclavos desgarraban el alma de cualquier persona dotada de un mínimo de humanidad. Fueron momentos en los que sintió verdadero asco por lo que estaba siendo obligado a hacer. Solo los gritos y patadas de Van Door conseguían ensordecer levemente los lamentos que llegaban desde la bodega.

Fragata de combate Intrepid
Royal Navy
-7-

Ahimán estaba en vilo. En la fragata *Intrepid* parecía que se hubiese abierto la caja de los truenos. Gritos, golpes, tropezones y caídas en las escaleras que conducían a la cubierta en la que se encontraban el calabozo y el almacén de aperos en el que se había escondido. Cuando notó que el navío reducía su marcha, había tratado de salir de su escondrijo y acercarse a la cubierta para averiguar lo que ocurría, pero le había resultado imposible. Entre el guardia que custodiaba a Manex en la misma cubierta y el trasiego de personas hasta el almacén de vituallas, el intento había resultado inviable. No le había quedado otro remedio que aguantarse y esperar.

Ahora parecía que el sonido se acercaba hacia él, aunque todavía no era capaz de distinguir, desde su escondite bajo las lonas del almacén de carpintería, ni lo que se decía ni lo que ocurría fuera del almacén.

—¡Quitadme las manos de encima malditos bastardos! —Oyó que bramaban al fondo del pasillo.

Repentinamente reconoció la voz. Era aquel maldito capitán del barco negrero. Así que los ingleses no se dirigían a Inglaterra, sino que iban a abordar al *León de Gante*. Entonces recordó el mapa que había visto sobre la mesa del capitán. Así que era eso. Iban a robar el cargamento de la fragata y lo iban a trasladar a otro barco inglés.

Los gritos continuaron, hasta que el holandés fue encerrado en el mismo calabozo en el que se encontraba Manex.

Oyó la voz de alguien que hablaba con autoridad y que evidentemente debía de ser el capitán inglés que se acercaba.

—¿Está debidamente encerrado el prisionero? —preguntó al centinela mientras miraba por la mirilla de la puerta.

—Todo en orden, mi capitán —respondió el soldado.

—Bien Potter, parece que nuestra misión toca a su fin. Subid a cubierta y comunicad a la fragata *Antilope* que se apreste para conducir al *León de Gante* a su destino. Dad también las órdenes de aparejar nuestro barco para una singladura rápida hacía Inglaterra. En cuanto todo esté preparado, nos dirigiremos hacia Southampton.

—¡A sus órdenes capitán!

Así que esa era la situación. No iban a traspasar la mercancía a otro barco. Una segunda fragata se había unido a la caza y ahora, cobrada la pieza, la iban a escoltar a algún puerto amigo, mientras la *Intrepid* regresaba a Inglaterra con Manex, el zurrón verde y con aquel repugnante capitán negrero. Ahimán se percató de la necesidad de actuar inmediatamente.

Navío de combate Anunciación
Armada Española
En misión de patrulla en el Atlántico
-8-

El *Anunciación* era un bello navío de primera clase, construido en los astilleros de Cádiz, con la madera proveniente de más de tres mil hayas de la selva de Irati, en tierras del Reino de Navarra, en el norte de España. Estaba armado con setenta y seis cañones, repartidos a lo largo de sus tres cubiertas. Ciertamente no podía competir con el mayor navío de su época, el *Santísima Trinidad,* que también pertenecía a la Armada española, y que con sus cuatro puentes, y sus 136 cañones, era el único navío de tales características en el mundo. Aún así, el *Anunciación* era un navío de dimensiones y armamento formidables.

Había salido de las Canarias hacía más de diez días y navegaba hacia el norte. En los últimos meses, se habían producido varias agresiones a barcos españoles entre los paralelos veinte y treinta, cuando los barcos arrumbaban hacia Madeira y posteriormente hacia Las Azores. Se trataba de agresiones inusuales, ya que normalmente los barcos provenientes de América eran atacados más cerca del Caribe, aunque tampoco era extraño que fueran atacados por piratas berberiscos desde las costas de África, cuando los barcos ya se creían a salvo cerca de las costas canarias.

El Ministerio de Marina había decidido tomar cartas en el asunto y había enviado al *Anunciación* a patrullar por aquellas aguas, y el capitán Azcárate, un oficial gaditano de rancio abolengo marinero, comandaba la nave. Por alguna extraña razón, había decidido subir mucho más al norte que lo que le habían asignado, porque tenía la impresión de que las Azores tenían algo que ver con aquella ola de ataques a las naves comerciales españolas, por mucho que las autoridades prefiriesen la conexión con Madeira.

—¡Velas por la amura de babor! —resopló desde la cofa del palo mayor el vigía

del turno de mañana.

El capitán Azcárate se sorprendió por el uso del plural por parte del vigía, y ordenó a su primer oficial de aquel turno, un tuerto apellidado Velasco, que descubriese a qué se debía tal circunstancia.

—¡El vigía ha avistado tres velas, capitán! Los barcos al parecer navegan en formación y parecen ser fragatas. Todavía no pueden distinguir sus pabellones.

—¿Rumbo de la flotilla? —preguntó el capitán Azcárate con gesto sorprendido.

—Oeste sudoeste, capitán —le respondió Velasco.

—¡Dad órdenes al vigía para que nos mantenga informados, señor Velasco!

—¡Así se hará capitán Azcárate!

El capitán Azcárate no salía de su asombro. ¿Piratas o filibusteros? No podía ser. Tres fragatas que navegaban en formación en aquellas latitudes era muy inusual. Navegaban con rumbo oeste sudoeste, lo que indicaba que se dirigían al Caribe. La curiosidad se apoderó de él. La flota inglesa se hallaba mayormente en América atacando las posiciones de los rebeldes americanos en el Norte, cerca de Nueva York, y en tareas de bloqueo de los puertos franceses del Mediterráneo y del Atlántico. Los franceses rara vez mandaban flotillas de tres fragatas, igual que holandeses y portugueses. Parejas de barcos, quizás, era lo habitual porque podían cubrir una gran área, pero tres barcos era bastante raro. ¿Tendría aquel incidente algo que ver con el asunto que estaban investigando? Quizás fuese así. Evidentemente aquella situación debía ser examinada.

—¡Ceñir diez grados, señor Velasco! —ordenó a su primer oficial—. Vamos a averiguar de qué se trata.

—¡A sus órdenes capitán! ¡Ceñir diez grados! —repitió el oficial.

—¡Ah! ¡Señor Velasco, ordenad zafarrancho de combate y que se preparen las piezas de estribor! Marines a las cofas con sus mosquetones. Prepare los cañones de las segunda y tercera batería. Nunca se sabe lo que puede depararnos este encuentro.

Mentalmente el español trataba de pensar su jugada y la del contrario. El combate naval era como el ajedrez. No bastaba con planear solo la primera jugada, había que prever la reacción del adversario y los siguientes movimientos. Meditó sobre la estrategia. Un navío contra tres rápidas fragatas era un desafío mayúsculo, aunque se pudiesen abrir ochenta troneras. Pero había que decidir y empezó por lo más evidente, ya que aún tenía tiempo. Iba a dirigirse directamente hacia ellos, aprovechando el viento del nordeste, y después abriría el rumbo veinte grados a sotavento, de manera que, con un través franco, su barco podría disponer de una gran velocidad y de ventaja para disparar una andanada de los cañones de la banda de estribor en una rápida pasada. Una fragata no era normalmente enemigo para un navío de aquellas dimensiones y potencia de fuego, pero eran naves muy rápidas y maniobrables, y había que tener respeto por ellas. Sobre todo, siendo tres. En cualquier caso, era fundamental fijar un objetivo y seguirlo, ya que si se dispersaban las naves y no se fijaba el objetivo, se corría el riesgo de perder las opciones. En el

mar, la soberbia era desde luego un mal aliado, y el capitán Azcárate conocía muy bien las consecuencias de una falta inoportuna de humildad.

Gracias a su formidable velamen, y a pesar de navegar ciñendo, el *Anunciación* se acercaba raudo a las tres fragatas. Las fragatas que navegaban de aleta, solo podían orzar a un través, por lo que el *Anunciación* tendría una gran ventaja en caso de hostilidad, ya que dispondría de más barlovento para maniobrar. Por lo menos así pensaba su capitán en aquel momento de la partida, que aún estaba por jugarse.

Fragatas de combate Intrepid y Antilope
Puente de la Intrepid
-9-

Los vigías de las fragatas inglesas habían estado más atentos a las maniobras de aproximación de las naves al mercante, que de otear el horizonte, pero la presencia del navío español pronto se hizo obvia.

Un grito resonó claro desde la cofa del mástil de la mayor de la *Intrepid*:

—¡Vela a babor!

El capitán Lee y su primer oficial Potter estaban sobre el puente en el castillo de popa, cuando escucharon el grito del vigía. El capitán Lee, iba justo a ordenar a su primer oficial que informasen a la *Antilope* de la circunstancia, pero no tuvo tiempo.

Surgiendo como un demonio de la oscuridad, Ahimán recorrió en dos zancadas la distancia entre la escotilla de acceso a los camarotes desde la toldilla, y el lugar en el que se encontraba el capitán Lee. Sin darle tiempo a realizar ningún movimiento de defensa, le agarró y le retorció el brazo izquierdo con violencia, mientras con la mano derecha rodeaba su cuello. Apoyándose en el capitán, alzó la pierna derecha, y propinó una fuerte patada en la cara al primer oficial inglés, que se encontraba junto a su capitán, y le hizo rodar por el suelo, mientras la sangre brotaba de su nariz rota. El puñal favorito de Ahimán, asomaba desafiante en su mano firme como la garra de un halcón.

—¡Poned la nave al pairo y arriad las velas! —ordenó Ahimán al capitán Lee, mientras le acercaba el cuchillo a la yugular—. Hacedlo inmediatamente, u os degüello aquí mismo como a un cerdo.

Aturdido y presa del pánico, el capitán Lee tardó unos segundos en reaccionar. Su primer oficial Potter, a quién Ahimán había apartado violentamente del costado del capitán Lee, se incorporó como un resorte gritando mientras se palpaba la nariz ensangrentada, y trataba de alertar al resto de los oficiales.

El desconcierto se apoderó del puente de mando de la fragata. Varios casacas rojas, corrieron hacia las escaleras que conducían al castillo de popa, pero Potter los detuvo con un ademán de su mano.

—¡Señor Potter, ponga la nave al pairo y arríe velas! —repitió el capitán Lee con el pánico instalado en su cara.

—¡Indicad a la otra fragata que haga lo mismo, y a su capitán que se reúna con vos inmediatamente, aquí mismo! —siguió ordenando Ahimán.

Lee vaciló, pero el tirón de la mano que hacía presa sobre su brazo le acercó tanto al cuchillo de Ahimán, que la sangre comenzó a brotar del cuello del oficial.

—¡Señor Potter, comunicad estas órdenes a la fragata *Antilope*! —gritaba el capitán Lee con desesperación.

Potter, cuya mente alternaba el pensamiento sobre la nave que se acercaba y la situación que se vivía en la *Intrepid*, dudaba sobre si hacer caso al capitán, u ordenar a los casacas rojas apostados en las escaleras del castillo de popa, que hicieran fuego sobre el demonio extranjero, con riesgo de matar a su capitán.

—¡Señor Potter! —volvió a gritar el capitán Lee desesperado. —¡Comunicad las instrucciones a la *Antilope*!

Potter comenzó a transmitir la orden a su cadena de oficiales, pero sin demasiada convicción. Su mente estaba tan confusa que incluso le resultaba difícil entender las órdenes de su capitán.

Mientras tanto, Ahimán, agarrando firmemente al capitán Lee, reculó en dirección a la parte posterior del castillo, para buscar la protección del coronamiento de popa, donde podría prevenir un ataque por la espalda. Aumentó la presión sobre el brazo del capitán Lee, antes de volver a ordenarle nuevas instrucciones.

—¡Ordenad a vuestro segundo que acuda inmediatamente al calabozo y libere a mi señor y al otro prisionero! —continuó ordenando Ahimán.

El inglés se retorció, a pesar del intenso dolor y del riesgo de cortarse el cuello con el cuchillo de Ahimán, mientras gritaba rojo de furia al egipcio.

—¡No os saldréis con la vuestra maldito bastardo! —gritó tratando de forcejear para liberarse, tras el aturdimiento inicial.

—Pues moriréis aquí mismo y nadie podrá salvaros —rió el egipcio con una mueca de desprecio en su rostro.

La mente del capitán Lee no sabía qué hacer. Se debatía entre los principios del honor, que le conducirían a una muerte segura y despiadada a manos de aquel demonio, eso sí como un verdadero oficial de Su Majestad británica, y el mandato del instinto básico de todo ser humano que no era otro que conservar la vida. Finalmente, el instinto triunfó sobre la hoja de servicios.

—¡Señor Potter, ordene al segundo oficial que libere a los prisioneros y los traiga sobre cubierta! —gritó finalmente, mientras Ahimán sonreía satisfecho.

Potter dudaba nuevamente, ya que era consciente que una vez liberados los otros prisioneros la situación se haría aún más difícil. Las ordenanzas no decían nada de

aquello. No podía y no debía aceptar las órdenes de aquel primate africano, pero si no lo hacía su capitán moriría. La cara del egipcio no dejaba lugar a dudas. Tomó su decisión sabiendo que quizás le costase la carrera ante un tribunal naval.

—¡Señor Fletcher! —dijo finalmente a su segundo—. ¡Diríjase al calabozo y libere a los prisioneros!

Fletcher salió disparado hacia las escaleras, que desde el centro de la nave descendían hacia la siguiente cubierta.

Al rato Manex, que presentaba un aspecto deplorable y el cerdo de Van Door, aparecieron por las mismas escaleras desde las que anteriormente Ahimán se había abalanzado sobre el inglés. El egipcio empujó hacia adelante al oficial inglés y se acercó a la escotilla por la que había aparecido Manex.

—Effendi ¿estáis bien? —preguntó Ahimán con gesto preocupado y a medida que su señor se le acercaba.

Manex pudo comprobar por la mueca de su sirviente, tanto la preocupación que su desaparición debía de haberle causado a Ahimán, como lo deprimente de debía de resultar su estado actual y el de sus vestimentas.

Detrás de Manex apareció Van Door, y al mirarle, Ahimán distinguió la silueta de un casaca roja, que apostado tras el holandés trató de abalanzarse sobre él. Ahimán empujando al capitán Lee, pero sin soltarlo, rodó por el suelo, y quedó boca arriba con el inglés descansando sobre él. De su mano salió el cuchillo en un repentino giro de su muñeca.

El soldado sintió como el puñal le atravesaba la casaca para alojarse en su pulmón. Un vómito de sangre acudió a su boca de inmediato. Ahimán se giró sobre sí mismo, y quedó encima del capitán, pero expuesto a las armas de los casacas rojas. Inmediatamente con la mano derecha, agarró otro cuchillo de su cinturón, y sentándose a horcajadas sobre el capitán Lee, le puso el cuchillo en la nuca.

Manex y Van Door, contemplaban la escena asombrados, ante la agilidad del egipcio.

Ahimán volvió a hacerse dueño de la situación y miró desafiante a todos los ingleses que se encontraban en cubierta. Todos debían de saber que su cuchillo jamás fallaba su objetivo.

El oficial de enlace con la *Antilope* lanzó un grito desde la banda de estribor.

—¡Señor Potter! La *Antilope* nos informa de que un navío de línea español, con sus cañones preparados, se acerca a toda vela por la banda de babor. Su capitán pregunta si en esas circunstancias considera prudente que abandone su nave y que las naves queden al pairo indefensas, expuestas a un posible ataque.

Potter miró al capitán Lee, cuyo rostro desencajado reflejaba una mezcla de miedo, sorpresa y sensación de fracaso, y no pudo dejar de pensar en lo que el capitán le había dicho cuando, escondidos en la ensenada cercana a Angra, meditaba como actuar. «*En el mar todo es posible, cualquier cosa se puede torcer*» y parecía que así iba a ser. Aquel maldito esclavo egipcio estaba a punto de echarlo todo a pique.

Mientras tanto Manex se había acercado al egipcio para ayudarle a incorporarse y pudo ver la parte más salvaje de su sirviente reflejada en la tensión de su rostro acartonado.

Navío de combate Anunciación
Armada Española
Barlovento de las naves británicas

-10-

En el *Anunciación* el vigía no salía de su asombro al contemplar lo que sucedía.

—¡Dos fragatas británicas armadas por la banda de estribor! —gritó el vigía dirigiéndose al oficial de guardia.

Antes de continuar la información, tuvo que meditar brevemente el resto del mensaje, ya que la situación parecía bien confusa.

—¡Parecen custodiar a una tercera fragata con pabellón español! Y… y… —dudó nuevamente—, parece que se apresten para situarse al pairo y arriar el velamen.

Azcárate no salía de su asombro. Desde la amura de estribor del *Anunciación* ya podía distinguir las fragatas, que efectivamente estaban virando a estribor y parecían dispuestas a aproarse al viento, igual que la fragata situada en el centro.

—¡Es una fragata mercante, capitán! —resonó nuevamente el grito del vigía—. Se trata de una fragata de la Compañía de La Havana.

Con su catalejo firmemente empotrado en su ojo, el capitán Azcárate trataba de refrendar lo que decía su vigía, que evidentemente tenía además de un catalejo como el suyo, una vista mucho más afilada que la suya y horas de experiencia escudriñando el horizonte. Efectivamente, pensó, aquel parecía el estandarte de la Compañía de La Havana y definitivamente era un barco mercante que navegaba con pabellón español, pero… Por fin lo distinguió, era un mercante holandés viajando bajo pabellón español. Esto era muy habitual, pero ¿qué pintaban las dos fragatas británicas? Y ¿qué narices hacían poniéndose al pairo? Debían de haber maniobrado para evitar quedarse a sotavento del *Anunciación*. Las fragatas eran muy rápidas respecto al navío de línea, y aunque fuese tiempo de paz, ¿qué significaba todo aquello?

—¡La segunda fragata inglesa ha botado una lancha al mar y se dirige a la otra fragata! —volvió a gritar el vigía.

Todo era una auténtica locura, pensó el capitán Azcárate, mientras miraba a su primer oficial, cuyo semblante se mostraba atónito como el de su capitán ante los inesperados acontecimientos. Aunque en principio no había guerra entre España e Inglaterra cuando las naves salieron de puerto, era posible que las cosas hubiesen cambiado, ya que se vivía un clima prebélico en Europa. Los capitanes ingleses, solo por precaución, debían de haber maniobrado para situarse en posición ventajosa respecto al navío de línea. Azcárate no podía entender qué estaba ocurriendo y le costaba tomar decisiones ante la reacción irracional de las naves inglesas.

—¿Qué pensáis de todo esto? —preguntó a sus oficiales el capitán Azcárate.

—Que debemos acercarnos con cautela, capitán —le respondió el tuerto—. ¿Queréis que me comunique por señales con la fragata mercante bajo bandera española?

—¡Hacedlo inmediatamente, señor Velasco!

Fragata de combate Intrepid
Puente de mando
-II-

La situación era de una tensión insoportable a bordo de la *Intrepid*. Manex había arrebatado una pistola al casaca roja que Ahimán había abatido con su cuchillo, y amenazaba ahora al primer oficial de la *Intrepid*. Ahimán, recostado contra el palo de mesana, sostenía al capitán Lee agarrado por su brazo, y con el cuchillo amenazándole la yugular, y Van Door, medio muerto de miedo, permanecía junto a Manex con gesto desorientado y sin saber qué hacer.

—¡Tomad ese cabo y acercármelo! —gritó Manex a Van Door, indicándole con la mirada un cabo suelto que se encontraba sobre la cubierta.

Van Door se lo acercó y Manex ató fuertemente las manos del primer oficial.

Era el momento de las grandes decisiones para el capitán Lee, que se debatía entre las garras de Ahimán, mientras Potter le miraba fijamente ajeno a la sangre que bañaba su cara. Si ordenaba al capitán Mugridge que abandonase su barco y se reuniese con él en el Intrepid, y además dejaba las naves al pairo, la partida estaría pérdida irremisiblemente. Si ordenaba a la *Antilope* que marchase, el enfrentamiento con el buque español sería casi inevitable. Maldijo varias veces.

—Señor Potter, indique al capitán Mugridge que se reúna con nosotros y rinda las naves al navío español —gritó finalmente, con las lágrimas a punto de aflorar en sus mejillas.

—¡A sus órdenes capitán! —gritó Potter rabioso, mientras se aprestaba a transmitir las ignominiosas órdenes a los demás oficiales.

Navío de combate Anunciación
Armada Española
Puente de mando
-12-

Custodiados por los Infantes de Marina que el capitán Azcárate había enviado a la fragata *Intrepid*, aparecieron sobre cubierta Manex y Van Door acompañados por el capitán Mugridge, mientras que unos pasos por detrás de ellos. Ahimán conducía todavía sujeto al capitán Lee. Nadie había podido convencerle de que tras la llegada de los soldados españoles a las fragatas, y desde que estos se hicieron con el control de los barcos, esta precaución resultaba inútil.

El capitán Lee se sostenía en pie a duras penas, tras más de dos horas de presa del egipcio, pero Ahimán estaba entero y en máxima alerta, y aunque nadie podía oír sus pensamientos, seguía deseoso de poder rebanar el cuello de aquel despreciable inglés, que había secuestrado a su señor y que había tratado de acabar con sus vidas. Pedía al cielo la oportunidad de darle su merecido, aunque los acontecimientos parecían alejar tal posibilidad.

El capitán Azcárate y su primer oficial, el señor Velasco, esperaban en el puente deseosos de poder comprender finalmente toda aquella sin razón de las dos últimas horas. Al ver el cuadro que se presentaba ante él, dudó sobre cómo afrontar protocolariamente aquella reunión.

Viendo el azoramiento del capitán español, Manex tomó la palabra para tratar de comenzar a poner orden en aquel despropósito.

—Capitán, somos pasajeros franceses de la fragata española *León de Gante* comandada por el capitán holandés Van Door. Se trata de una fragata comercial que transporta un cargamento de esclavos africanos y aperos y útiles de labranza a La Havana. Hemos sido interceptados por dos fragatas británicas que, con no sé qué excusas comerciales, iban a secuestrar el barco y conducirlo al reducto inglés de

Nuestra Señora de la Antigua en el Caribe. Estos oficiales son los capitanes de las dos fragatas, el capitán Lee y el capitán Mugridge. Creo que el capitán de la fragata española podrá corroborar lo que os he dicho.

—¡Así es! —comenzó a gritar Van Door. Estos filibusteros de Su Majestad Británica han intentado quedarse con la carga de nuestro barco e incluso me han apresado y amenazado con llevarme a Inglaterra para ser juzgado, solo porque tomé como pasajeros a estos señores en el puerto de Pasajes.

Al oír el nombre de Pasajes, algo resonó en la mente del capitán Azcárate, que aunque nacido en Cádiz, procedía de una noble familia de Bilbao, que se había afincado primeramente en Sevilla y posteriormente en Cádiz. El puerto de Pasajes siempre había estado presente en las largas historias que su padre y su abuelo contaban sobre sus peripecias marineras de los antepasados de la familia, en el mar Cantábrico.

—¿Y quién es éste…? —dudó sobre cómo referirse a Ahimán.

—Lo siento capitán —se excusó Manex al darse cuenta de la perplejidad del capitán—, es mi sirviente, que se niega a soltar al capitán de la fragata *Intrepid*, ya que ha intentado escapar de manera reiterada.

—Pues os agradeceré ordenéis a vuestro sirviente que deje libre de manera inmediata al capitán inglés. En este barco no es necesaria tal precaución —añadió en un tono que indicaba el prejuicio que sentía hacia Ahimán, que no era un caballero a diferencia del capitán inglés.

No hizo falta ni tan siquiera que Manex pronunciase una sola palabra. Ahimán empujo con violencia contra la cubierta al capitán Lee, que cayó como una bola de sebo sobre el maderamen del navío. Ahimán le lanzó una última mirada siniestra antes de guardar el cuchillo en su cinturón.

El capitán Mugridge se acercó rápido y solícito al capitán Lee, para ayudarle a incorporarse. No hablaba ni una sola palabra de español, así que no tenía forma de comunicarse, salvo a través del capitán Lee.

—Bien señores, continuaremos esta conversación en mi cámara —continuó Azcárate, mientras les indicaba el camino de la escalera de popa—. Supongo caballeros, que podremos comportarnos como personas civilizadas.

A pesar de esas palabras y del gesto de asentimiento que habían realizado los ingleses, mejor dicho el capitán Lee, ya que el otro inglés nada entendía, Azcárate hizo que varios marines de la Armada les acompañasen escaleras abajo. Nunca se podía estar seguro con los ingleses.

Bajaron hasta la cubierta siguiente y entraron en un enorme salón, contiguo a la estancia del capitán. El navío de línea era tan grande, que las estancias de las fragatas parecían chamizos, en comparación con las del navío.

Tomaron asiento en torno a la enorme mesa del centro de la estancia, mientras los infantes de Marina se situaban en las esquinas, y dos de ellos custodiaban la puerta.

El capitán Azcárate tomó la palabra, y realizó una pequeña introducción a la

situación, que de hecho no era más que una mera reproducción de las palabras de Manex al acceder al puente del *Anunciación*, así que se sintió en la obligación de dirigirse a los ingleses en su presentación y tratar de darles una oportunidad de defenderse de las acusaciones de Manex. Como ninguno de ellos había pronunciado palabra alguna desde su llegada al barco, y él desconocía completamente la lengua de la pérfida isla que tantos disgustos había dado a la Marina española, miró alternativamente a uno y otro capitán mientras les preguntaba en castellano si conocían el idioma.

Tras una breve pausa, el capitán Lee asintió con la cabeza, y en un castellano bastante elemental, trató de explicar las razones del abordaje del navío comercial basado en la supuesta irregularidad en el transporte de los pasajeros, al ser los mismos enemigos de la corona británica y agentes de los sediciosos americanos.

—¿Pregúntele por qué entonces nos atacaron en tierra? —Tomó la palabra Manex.

—¿En tierra? —replicó Azcárate desconcertado.

—Si capitán Azcárate, el capitán Lee mandó un grupo de soldados a Angra para secuestrarme y llevarme a la *Intrepid*. Luego, en compañía de la otra fragata, la *Antilope*, vinieron para robar el cargamento de esclavos y llevarlo a Antigua. Ese era realmente el plan.

El capitán Azcárate le miró atónito y después miró al capitán Lee.

—¿Qué tiene que decir a esa afirmación capitán?

—Tengo mis órdenes y no estoy dispuesto a discutirlas con un capitán español —respondió arrogante el inglés.

—En ese caso capitán, no me queda más remedio que reteneros a bordo de mi navío, mientras la fragata *León de Gante* continúa su camino hacia La Havana. ¿Sois consciente de lo que eso significa?

—Sabed entonces, que realizáis un acto de guerra contra dos barcos de Su Majestad británica, y que por tanto, una vez libres estaremos autorizados para atacaros como si de enemigos se tratara —respondió Lee desafiante.

El capitán Mugridge, mientras tanto, permanecía atento pero ajeno a los términos de la discusión, ya que ni el capitán Lee ni Manex se habían tomado la delicadeza de traducir las palabras que estaban siendo pronunciadas.

—¡Pues dadme vuestra palabra de que no abordaréis al *León de Gante* nuevamente y os dejaré partir! —Fue la última intervención del capitán Azcárate, en un típico rasgo de caballerosidad española.

El capitán Lee miraba alternativamente al capitán Azcárate y al capitán Mugridge, que no comprendía nada de lo que estaba pasando y a quién, nuevamente, nadie se había tomado la molestia de traducirle lo que se iba diciendo.

—Deseo deliberar con mi compañero, pero sin ser escuchado —replicó Lee—. ¿Podéis ordenar a estos caballeros que nos dejen solos? Vos podéis permanecer.

El capitán Azcárate miró a Manex y a Van Door, y les indicó con la mirada y un

leve gesto de la cabeza que abandonasen la estancia.

—Pueden esperar en mi cámara, caballeros —añadió, mientras indicaba a uno de los infantes de Marina que les acompañase.

En cuanto estuvieron solos, el capitán Lee se dirigió en inglés a su compañero de fatigas, el capitán Mugridge, que estaba visiblemente molesto por la situación y, en mayor medida, por la falta de cortesía de su compañero de armas, que no se había dignado tenerle en cuenta ni un solo segundo mientras discutía la situación.

—El capitán español nos ofrece dejarnos libres si desistimos en nuestro intento de abordar la fragata española —fue el sucinto resumen del capitán Lee—. ¿Qué pensáis vos, capitán Mugridge?

Mugridge, que a duras penas podía reprimir su enfado y su vergüenza por todo aquel incidente, no tenía dudas. Todo le parecía un auténtico despropósito.

—Pienso capitán Lee, que esta misión es un auténtico desastre desde el principio, y que si ha fracasado se ha debido a que alguien en Inglaterra ha mezclado los intereses comerciales con los militares. Vos ya teníais al francés en vuestro poder. Podíais haber regresado a Inglaterra con vuestro prisionero y sus documentos y nada hubiese ocurrido. Siento que todo esto es un auténtico deshonor para mí como marino, y en cuanto termine este incidente pondré proa a la Antigua donde informaré al Almirantazgo y asumiré las consecuencias de mi fracaso. Así que por mi parte podéis asumir lo que ofrece el español. No es que vaya a actuar de esta manera porque lo acuerde en este momento, sino porque no estoy dispuesto a seguir con esta farsa ni un solo minuto más.

—Las cosas no son tan sencillas capitán. Yo tampoco estaba de acuerdo con lo que proponía la Compañía de Indias, pero yo no estoy aquí para discutir las órdenes. Mis órdenes desafortunadamente son hacerme con el francés y con este cargamento.

—No pongo en duda vuestras órdenes capitán, pero recordad una cosa: poco les importará en el Almirantazgo las excusas que podáis poner sobre las órdenes recibidas, pero si no regresáis con el barco sabéis que os espera un consejo de guerra. Y si en vuestra juventud aún no os habéis percatado, la pena por pérdida de la nave es la pena de muerte. Si el capitán español nos retiene prisioneros y envía nuestras fragatas sin capitanes a un puerto neutral, eso es lo que ocurrirá y lo mismo acontecerá si perdéis la nave luchando contra el navío español. Yo por mi parte no estoy dispuesto a asumir esos riesgos y prefiero comparecer ante el tribunal, con mi nave sólidamente amarrada al puerto.

El capitán Lee se levantó de la silla en la que estaba sentado y comenzó a deambular por la cámara con las manos entrelazadas en su espalda, tratando de tomar la decisión correcta. Pérdida del navío y consejo de guerra no eran palabras que pudiesen ser olvidadas fácilmente. Mugridge era un hombre de honor y no tenía ningún derecho a arrastrarle en su fracaso, aunque su papeleta tampoco iba a ser fácil cuando arribase al puerto inglés en Antigua. Una idea se iba abriendo camino en su mente. Quizás el lance estuviese perdido en el mar, pero aún le quedaba una

oportunidad y pensaba aprovecharla.

Se volvió hacia el capitán Mugridge y sin llegar a sentarse nuevamente le comunicó su decisión.

—Gracias capitán Mugridge por vuestra sinceridad. Creo que debemos asumir nuestra derrota en este lance del juego. No es posible atacar a este navío español. Aun estando en guerra sería un enemigo formidable. Sea pues. Voy a dar mi palabra al español de que no abordaremos nuevamente el barco comercial. Vos podéis dirigiros a Antigua y yo por mi parte regresaré a Inglaterra.

Tras el cambio de impresiones entre los capitanes ingleses, Manex y Van Door se reintegraron a la reunión.

—Bien caballeros. Tenemos un acuerdo —sentenció Azcárate—. *El León de Gante* es libre de continuar su viaje a La Havana. Tenemos la palabra de los capitanes ingleses de que no volverán a tratar de abordar la fragata *León de Gante* ni a los pasajeros franceses. Por su parte, voy a dejar marchar a las fragatas inglesas, pero por motivos de precaución, la *Anunciación* escoltará al *León de Gante* hasta que se halle a salvo cerca de las costas cubanas.

Las fragatas inglesas partieron, mientras desde el castillo de proa del *Anunciación*, Manex y el capitán Azcárate contemplaban la frenética actividad en los puentes, y también sobre la cubierta del *León de Gante*, que navegaba mansamente al costado del formidable navío de guerra.

El capitán Azcárate daba a Manex cumplida explicación sobre las características del navío. Manex siempre recordaba que el viejo Youm le había comentado en una ocasión, que los grandes navíos contaban con tripulaciones de hasta ochocientas personas, y Manex siempre había creído exagerada aquella información. Pero asombrosamente era cierta y como le comentaba el capitán Azcárate, incluso podían llegar a las mil personas en tripulaciones de tiempo de guerra en los navíos de primera clase más grandes de la flota. Lo habitual eran entre seiscientas y ochocientas personas en navíos de las características del *Anunciación*. Más de doscientos marineros, cien o ciento cincuenta artilleros entre ordinarios y preferentes, cuarenta grumetes y cincuenta oficiales de diferente tipo, sin contar con las tropas que habitualmente acompañaban a la marinería en las misiones. Aquello barcos eran realmente un mundo en sí mismos y constituían auténticas maravillas técnicas de la época.

Ahimán se acercó a Manex y le susurró algo al oído mientras Manex le hacía un gesto de asentimiento. Pensó Manex en poner fin a aquella parte de la conversación que versaba sobre las características técnicas de los barcos de la época, primero porque había detectado una mueca de preocupación en el rostro del capitán y además porque deseaba plantearle una cuestión personal relacionada con su sirviente.

—Bien capitán Azcárate —le dijo interrumpiendo su exposición—. Disculpadme la interrupción, pero por la expresión de vuestro rostro parece que algo os preocupase. Lo noto en la forma en la que miráis a las fragatas británicas.

—Así es señor Lamark. Los ingleses son sobre todo obstinados. Me ha sorprendido la facilidad con la que han soltado a su presa. Cierto que tener amenazados a los oficiales era una gran ventaja, cierto que la aparición de nuestro navío ha sido providencial, pero llevo muchos años compitiendo con los ingleses en el mar y siempre hay que desconfiar de ellos.

—¿Creéis que quizás no van a cumplir su palabra, capitán?

—No lo sé… Los ingleses son honorables, pero al mismo tiempo son ruines y mezquinos. Han apresado navíos españoles y los han saqueado en tiempo de guerra y en tiempo de paz. No sé qué es lo que buscaban en vuestro barco, pero dependerá de la importancia que tenga para ellos que esta porfía termine aquí o continúe, bien en el mar o bien en tierra.

—¿En el mar y bajo vuestra protección, capitán Azcárate? —Manex se mostró asombrado.

—No os confiéis, señor Lamark. El *Anunciación* es un navío formidable pero las fragatas inglesas son rápidas, están bien armadas y además cuentan con capitanes y tripulaciones inmejorables. Dos fragatas juntas son un enemigo temible que no debemos desdeñar.

—En cualquier caso, gracias capitán por vuestra ayuda y por darnos escolta hasta avistar las costas caribeñas. Por cierto capitán, desearía solicitaros una merced si sois tan amable.

—Decidme señor Lamark, ¿de qué se trata?

—Mi sirviente Ahimán fue en su día un esclavo. Como sabéis, el *León de Gante* transporta esclavos en sus bodegas y esto hace que la situación sea a veces muy tensa en el barco. ¿Seríais tan amable de permitir que mi criado viaje en el *Anunciación* hasta que dejéis de darnos escolta? Creedme que será de gran ayuda.

Azcárate miró de reojo al egipcio que en aquel momento escrutaba el horizonte con sus ojos afilados. Su nariz aguileña resaltaba sobre el horizonte del mar y una horrible cicatriz recorría su mejilla dándole un aire completamente siniestro. Sintió que un escalofrío le recorría el espinazo y una sensación de fuerte rechazo acudía a su mente. Miedo, eso era lo que le inspiraba aquel ser de rostro cetrino y delgadez extrema. Era como contemplar la muerte en la borda de su barco, esperando a llamar a algún desgraciado a su presencia. Miró fijamente a Manex.

—No es costumbre alojar a civiles en naves de guerra de la Armada española. Sin embargo, señor Lamark, voy a hacer una excepción por el bien de la convivencia en el *León de Gante*, y voy a permitir la presencia de vuestro sirviente en nuestra nave. Solo os pediré que también vos me acompañéis en esta nave en los próximos días. Como ya os he dicho, navegamos con una tripulación reducida, como corresponde a tiempos de paz, y dispongo de varios camarotes de los oficiales.

—Gracias capitán, acepto gustoso vuestro ofrecimiento, sois realmente un caballero y os estaré siempre agradecido, y no os preocupéis por Ahimán, es una persona discreta y dudo que incluso notéis nuestra presencia en la travesía.

Se estrecharon la mano como lo hacen los hombres de honor y de palabra, con fuerza y determinación.

Uno de los oficiales de cubierta acompañó a Manex y a Ahimán, y los alojó en un gran camarote situado a popa del majestuoso navío, justo debajo de la toldilla. Se trataba de una cámara enorme para alguien acostumbrado a vivir en una fragata. Tenía un gran ventanal en la parte trasera que daba directamente al espejo de popa y otras ventanillas laterales sobre la banda de estribor. Desde allí podía divisarse el *León de Gante*, que navegaba amurado a estribor de la nave de guerra, a una media milla por delante. Ahimán se mostraba especialmente contento con el cambio y aunque era inusual en él, se notaba.

Mientras se acomodaban en el camarote, un golpe de nudillos sobre la puerta advirtió de la presencia de un joven suboficial, que portaba un mensaje del capitán invitando a Manex a acompañarle en su cámara durante la cena. Manex aceptó gustoso la invitación.

Si el camarote ya le había impresionado, la cámara del capitán español era simple y llanamente inmensa. Y bella. De ninguna manera parecía la cámara de un barco de guerra. Estaba dividida en dos partes por una mampara, tras la que se adivinaban la cama y la mesa de trabajo de la zona privada del capitán. La estancia terminaba en el mismo espejo de popa de la nave, y a través de los cristales entreabiertos, se adivinaba el fulgor de los faroles de popa. Una gran mesa ovalada dominaba la estancia, y sobre ella descansaban una surtida variedad de platos conteniendo todo tipo de viandas, y dos candelabros de tres brazos. La luz mortecina y temblorosa de las velas, confería a la sala un aire de misterio, y hacía resaltar el lujo con el que estaban decoradas las paredes.

Azcárate le recibió en la puerta del camarote vistiendo un impecable calzón *beige*, sobre medias rosadas y zapatillas negras, y una casaca de tonos amarillos suaves, con ribetes de oro viejo y botonadura dorada bellamente trabajada. Dos inmaculados puños asomaban por las mangas de la casaca. A Manex le llamó la atención la calidad del trabajo de encaje, cuando estrechó la mano del capitán español.

Hasta ese momento, Manex no había reparado realmente en las características físicas de su anfitrión. Siendo Manex un hombre alto, rara vez reparaba en la altura de los demás, pero ahora, relajado y sin las tensiones vividas en el puente del *Anunciación* con los capitanes ingleses, reparó en que Azcárate era un hombre alto. Casi tan alto como él. No respondía de ninguna manera al tópico del español, bajo, moreno y de duras facciones. Bien al contrario, su rostro era delicado y su nariz, ligeramente aplanada, estaba poblada de pecas, que también adornaban discretamente el resto de su rostro. Todo ello le confería un aire pícaro, reforzado por unos ojos grises de expresión vivaracha. Su largo pelo, castaño oscuro, estaba recogido en una coleta que adornaba con un discreto lazo azul.

Azcárate le tomó por el brazo con amabilidad, y le condujo hasta la mesa. Le invitó a sentarse en uno de los extremos del óvalo mientras él se acomodaba justo en

el otro lado. La mesa lucía suntuosa y apetitosa. Era evidente por la actitud del capitán, que Manex le había caído simpático.

—¿Así que partieron de Pasajes? —Inició tímidamente la conversación, sonriendo afablemente a Manex.

—Así es. Nuestra primera intención era tomar un transporte en Burdeos con destino a La Havana, pero un imprevisto nos obligó a continuar nuestro viaje hasta España, y gracias a unos buenos amigos, encontramos acomodo en este barco de la Compañía de La Havana.

Uno de los sirvientes se acercó, portando una jarra de cristal exquisitamente tallada, y le sirvió una copa de un vino de fuerte color morado.

—Mi familia procede de Bilbao —explicaba Azcárate animado, mientras tomaba unas rodajas de lengua en gelatina de uno de los platos—, aunque lleva más de un siglo asentada en Cádiz, a donde llegó procedente de Sevilla. Según contaba mi abuelo, nuestros antepasados llegaron a Sevilla de la mano de una familia de grandes mercaderes de Eibar, la familia de Martín López de Isasi. Al parecer mis antepasados transportaban desde las ferrerías del norte, clavazón de buques para los astilleros sevillanos y volvían cargados de aceite y de cereales hacia los puertos del norte de España.

El sirviente retiró el plato de Manex y se acercó a las viandas, señalándolas con el tenedor e invitando a Manex a sugerirle cuales debían de acabar en su plato. Sin dejar de hablar, Manex tuvo que elegir entre aquellas suculentas bandejas. La lengua en gelatina que había tomado Azcárate parecía deliciosa y decidió probarla, pero además se inclinó por un suculento muslo de perdiz escabechada. Todo ello sin dejar de hablar y mirar alternativamente a Azcárate, al sirviente y a la comida.

—Mi familia también es de origen vascón —sonreía Manex, mirándole a los ojos — concretamente de la villa de Bayona, pero al morir mis padres fui adoptado por un noble parisino, amigo y socio de mi padre, que ha sido mi segundo padre en esta vida.

Aprovechando que el sirviente se disponía a servir nuevamente en los vasos aquel vino morado y espeso, Azcárate se irguió sobre su asiento, se apoyó sobre la mesa y le miró con una mueca que denotaba un gran interés.

—Dos fragatas para deteneros significan muchas preocupaciones para el Almirantazgo, teniendo en cuenta que los ingleses lidian una guerra en América. Creedme señor Lamark, no soy hombre indiscreto, pero ¿qué os hace tan importante para los ingleses?

Manex le miró con franqueza, sin retirar su mirada, mientras recordaba las palabras de Montagnac, para que nunca revelara el verdadero motivo de su viaje. Encontró difícil urdir una excusa creíble para alguien como Azcárate. Como bien había dicho el español, el Almirantazgo no se tomaba tantas molestias por casi nadie, así que tenía que darle una buena razón. Pero ¿podía acaso revelar lo que no sabía? Optó por la verdad.

—Lamento no poder aclararos la verdadera razón de mi misión, porque yo mismo

la desconozco. Solo puedo deciros que llevo conmigo documentos importantes relacionados con la guerra en las colonias de América, y que es de vital importancia que arribe a La Havana y entregue mis despachos.

Un pequeño silencio quedó flotando sobre la estancia mientras ambos comensales masticaban sin dejar de mirarse.

—Leo la verdad en vuestros ojos, señor Lamark, así que no os incomodaré con más preguntas sobre vuestro viaje. Espero que tengáis oportunidad de cumplir vuestra misión y regresar a París.

Azcárate notó en aquel momento, que por alguna razón, el rostro de Manex se entristecía.

—Disculpad, señor Lamark, quizás he dicho algo inconveniente, me ha parecido intuir en el gesto de vuestro rostro una gran tristeza.

—Disculpadme capitán, no deseo abusar de vuestra hospitalidad e incomodaros con mis tribulaciones, pero no es a París a donde deseo regresar sino a España, a la villa de Tolosa en la provincia de Guipúzcoa, donde me aguarda mi amada Eugene de Monfort.

—Os comprendo Lamark, yo también añoro regresar a Cádiz y volver a ver a mis tres hijos. Desgraciadamente mi esposa falleció al nacer mi última hija, la pequeña Amelia.

Viendo el cariz que tomaba aquella conversación entre dos soldados añorando a sus seres queridos, Manex decidió cambiar de rumbo en la conversación.

—Decidme capitán, ¿cómo os las arregláis para gobernar semejante nave? Os confieso que es un misterio que siempre he querido descubrir desde que era jovencito —Manex cambió el tono de la conversación, para tratar de borrar la tristeza de las últimas palabras.

—Pues he de reconocer que tiene su misterio. El mar es un lugar inhóspito para los seres humanos y aunque estas naves sean muy grandes y os parezcan indestructibles, son solo cáscaras de nuez sometidas al capricho de los elementos. Pero el ser humano ha desarrollado una técnica para intentar enfrentarse con éxito a las amenazas de las travesías, y si lo deseáis, durante los próximos días os puedo ilustrar desde el puente sobre los detalles de navegación de este buque.

—Os estaré muy agradecido capitán —comentó Manex.

Los sirvientes entraban portando café y algunas golosinas, que resultarían impensables en un navío inglés, o en la maldita fragata negrera. Desde aquella lujosa cámara de en un formidable navío español en medio del Atlántico, todo lo demás parecía pertenecer a otro universo, lejos, muy lejos de allí.

El capitán Azcárate le invitó a sentarse en un cómodo sofá para poder descubrir si eran ciertas algunas extravagancias que en España se atribuían a las damas francesas.

Los días que siguieron a bordo del *Anunciación* fueron de verdadero deleite para Manex. La aparente simpatía inicial del capitán, se había ido convirtiendo en una verdadera camaradería y en un inusitado interés por hacerle comprender los secretos

de la navegación de aquellas naves. Descubrió así la enorme complejidad de la arboladura de un gran velero, lo intrincado de su jarcia, lo apabulllántemente complicada que era su cabuyadura. El capitán en primera instancia y su fiel Velasco cuando el capitán no podía, le fueron versando en las diferencias de la jarcia entre fragatas, corbetas, bergantines, goletas y navíos de toda clase y condición. «Cuando miréis la jarcia de un barco debéis de ser una persona imaginativa, los barcos no responden de manera exacta a la descripción que de ellos habéis recibido ya que cada uno, con sus sucesivos capitanes, va buscando el aparejo que más le conviene» le había dicho el capitán Azcárate. Le había hablado también, con añoranza, de sus misiones en el Mediterráneo cuando aún no comandaba barcos tan grandes, contra los otomanos y sus diversos aliados del norte de África. «Gentes de la peor ralea», le había dicho, «feroces y sanguinarios» pero «con barcos bien equipados y buenas tripulaciones». Recordaba haberse enfrentado a un jabeque moro, con aparejo de vela latina en el palo del trinquete y velas cuadras en los palos mayor y mesana, «un maldito demonio, que casi nos llevó al fondo del mar a mí y a mi querida fragata *María Luisa*».

Un navío de línea como el *Anunciación* era en realidad una pequeña ciudad flotante, que arrastraba sus mil almas a través del océano. Manex disfrutó como un niño en las visitas a la cocina, donde los fogones eran cuidados con respeto reverencial, ya que el fuego era el principal enemigo de cualquier barco, pero donde preparaban cada día desayunos, comidas y cenas para la legión de tripulantes, que aunque pareciese increíble, ni siquiera llegaban a conocerse entre ellos durante las travesías, al estar organizados en guardias y turnos y coincidir en poquísimas ocasiones, con los componentes de las otras guardias y turnos. Se maravilló con la organización de la intendencia que debía de abastecer de agua, comida y otros bienes necesarios para la tripulación y estibar cientos de barriles conteniendo agua dulce, carne de cerdo y de buey en salazón, quesos en aceite, bacalao seco, ajos, cebollas, condimentos de todo tipo y finalmente, barriles con manzanas y limones para evitar el temible escorbuto.

Como soldado, uno de los aspectos que más le llamó la atención fue la formidable artillería del barco que requería, para ser bien servida, más de doscientas personas, entre artilleros ordinarios y preferentes, tropa de artillería, asistentes y grumetes que iban y venían de la *Santa Bárbara* con pólvora y municiones. Les había acompañado en la visita el teniente de navío Suárez, natural de la villa de Rota, en la misma bahía de Cádiz, villa que como les contó el teniente, había caído en manos de una coalición anglo holandesa a comienzos del siglo. La nula simpatía del oficial artillero hacia ingleses y holandeses se les hizo evidente a juzgar por sus comentarios, aunque mayormente el oficial hablaba de la artillería del barco.

—La primera batería es la más cercana a la línea de flotación y es la más potente, ya que en esa línea es donde los cañones menos afectan a la estabilidad del buque — les explicaba en un castellano con fuerte acento andaluz, que convertía eses en zetas y

zetas en eses.

—¿Cuántos cañones en esta cubierta? —preguntaba Manex por mostrar interés.

—Treinta y cuatro. Cada sección de la nave lleva diferente armamento. Los cañones del castillo de proa, combés y alcázar se distribuyen en diferentes calibres. Cada grupo de once cañones lleva cinco de cuarenta y ocho libras, tres de treinta libras y tres de veinticuatro libras.

—¿Y es igual en todas las cubiertas?

—Es parecido en la segunda cubierta, pero en la tercera es imposible, ya que nos encontramos con las necesidades de los marineros para mover el aparejo. En esa cubierta solo contamos con cinco cañones en el castillo de proa, seis en el alcázar, dos en la toldilla y dos cañones de popa. La mayoría de cuarenta y ocho libras y seis obuses para lanzar metralla.

El comentario de Suárez levantó la curiosidad de Manex que se interesó por los diferentes proyectiles que lanzaban los cañones.

—Lanzamos proyectiles redondos de hierro o de piedra que se llaman bolaños. El peso en libras del proyectil es a lo que nos referimos cuando hablamos de un cañón de cuarenta y ocho libras. Podemos enviar también saquetes con proyectiles pequeños de metralla. Finalmente tenemos las encadenadas, unos proyectiles muy destructivos para la arboladura del barco enemigo, que consisten en dos proyectiles encadenados, que se enredan en la jarcia.

Y así transcurrieron los días, felices y despreocupados, hasta que llegó la hora de retornar al *León de Gante* y a la realidad de lo que le aguardaba en La Havana. «No podemos afrontar cuatro días más de navegación junto a la fragata ya que para nosotros serían ocho contando con el regreso y ello nos pondría en riesgo respecto a los aprovisionamientos» le había dicho Azcárate. «Debéis continuar el viaje sin nuestra protección» había añadido, con el pesar marcado en su rostro.

Al día siguiente, la fragata negrera ponía sus velas en facha y permanecía al costado del *Anunciación* a medio cable de distancia. Velasco daba las órdenes a los marineros para que situaran el esquife junto a la amura de estribor, bajo el portalón, donde Azcárate se despedía de Manex, con el enigmático Ahimán discretamente situado fuera de la escena.

—Nunca olvidaré la estancia en este navío, capitán Azcárate. Recordad que si viajáis a París debéis visitarnos en nuestra residencia de Yvry.

—Dadlo por seguro señor Lamark, y tampoco olvidéis visitarme si la vida os da la oportunidad de acercaros la ciudad más hermosa del sur de España, que no es otra que mi Cádiz —le decía Azcárate con expresión sincera y apesadumbrada por la marcha de Manex.

Se abrazaron, aunque no era usual entre caballeros, y Manex y Ahimán ocuparon su sitio en el esquife, que les condujo nuevamente a la dura realidad de su misión en América, mientras Manex pensaba que el capitán español no le había dicho nunca su nombre de pila.

—¿Cuál es vuestro nombre? —le gritó Manex desde el esquife poniendo las manos en la boca para hacer bocina.

—Diego —le respondió el capitán imitando su gesto— Diego de Azcárate y Azpilicueta.

Con un último saludo, el capitán Azcárate se giró sobre sus pasos y volvió a la toldilla, junto al timonel de la nave. Allí el tuerto Velasco le esperaba listo para transmitir las instrucciones a la marinería, que esperaba las órdenes en las vergas del navío.

—Señor Velasco, poned rumbo a España —fueron las últimas palabras de Azcárate, mientras no dejaba de pensar en aquel invitado desconocido, por el que había sentido una gran simpatía y camaradería, y a quién tenía la convicción de que volvería a ver en algún otro momento de su vida.

LA ESTRELLA SOLITARIA

Ciudad de La Havana
Isla de Cuba
Corona de España

-1-

¡Tierra a la vista!

Allí estaba. No pudo contener un grito, mitad de alegría y mitad de alivio, cuando divisó la costa de la Perla del Caribe. Sí, allí estaba. Por fin el anhelado grito de tierra a la vista, se había escuchado claro y nítido aún cuando había sido lanzado desde la considerable altura a la que se hallaba la cofa, bajo el mastelero del juanete, o como se llamase aquella parte del aparejo. Qué más daba cómo se llamase el maldito palo. Veían tierra y eso significaba la seguridad de la tierra firme y el comienzo del fin de aquella loca aventura.

San Cristóbal de La Havana, la ciudad fundada por Diego Velázquez de Cuéllar en 1519, la posesión más preciada de los españoles en el Caribe y que sin embargo, con gran torpeza, habían perdido ante los ingleses hacía escasamente tres lustros. Finalmente la habían recuperado un año después, por vía diplomática, tras ceder a Inglaterra La Florida, aunque todavía se oían las carcajadas en el Almirantazgo, pues los ingleses al tomarla se habían apropiado de nueve navíos de línea de setenta y cuatro y sesenta y nueve cañones, y de nada menos que veinticinco mercantes abarrotados de mercancías para la metrópoli. Nunca año y medio de hostilidades, había reportado un botín semejante en tierras y mercancías a la Corona de Su Graciosa Majestad.

Habían navegado los cuatro últimos días sin la seguridad y protección que les había brindado el *Anunciación,* una vez que creyeron dejar razonablemente solventada la amenaza de las fragatas inglesas. Manex había regresado apenado, después de los interesantes días vividos en compañía del capitán español. Ahimán por su parte, había regresado al *León de Gante* con un gesto de disgusto y de rabia, y

había permanecido escondido de todas las miradas durante esos últimos días. Todos habían agradecido aquella actitud del egipcio, que solo al oír el grito de tierra se había dejado ver de nuevo.

Arrumbaban directamente a la bocana, protegida desde la izquierda por la majestuosa fortaleza del Morro, y desde la derecha por las murallas de la ciudad propiamente dicha. La fragata se deslizó suavemente aprovechando la última brisa antes de ser desventada y lanzar los cabos a las barcas de remos que la conducirían al interior del puerto natural más extraordinario del Caribe.

Como siempre que llegaba un barco mercante, los oteadores de las compañías habían lanzado su grito de próxima llegada de barco al puerto y la ciudadanía acudió en masa a los muelles, para conocer la naturaleza de la carga que llegaba de ultramar. En una ciudad pequeña y aburrida como aquella, cualquier acontecimiento suponía un alivio de la monotonía.

La gente de todos los pelajes comenzaba a apiñarse en el muelle, y saludaba desenfadada a la tripulación, a medida que las barcas acercaban el gran barco al costado del muelle. Los marineros se aprestaron a lanzar las amarras a tierra, y lentamente el barco se fue acercando al muelle, donde quedó sólidamente amarrado con sus velas flameando libres de las escotas para que se secasen, pues la humedad era el principal enemigo del aparejo de cualquier buque.

Lanzaron la pasarela, e inmediatamente los soldados y aduaneros se hicieron cargo de la situación, para controlar el movimiento y evitar que cualquier persona o mercancía desembarcasen ilegalmente en la colonia. Las medidas liberalizadoras del gobierno español en el tráfico comercial, no impedían un estricto control de las mercancías que arribaban a la colonia.

Manex y Ahimán permanecieron en cubierta observando el guirigay que se iba formando en torno al barco, y decidieron esperar a que la situación se normalizase para desembarcar. Como no tenían equipaje que preparar, se sentaron en el puente observando el barroco espectáculo que se ofrecía a sus ojos desde el muelle, donde damas de alta alcurnia y caballeros ricamente vestidos, competían con los negros y sirvientes para acercarse al barco y preguntar las cosas más peculiares que uno podía imaginar. La preocupación más extendida entre las damas era saber si aquel bajel transportaba telas y cosméticos que les permitieran rehacer sus vestuarios, mientras que la preocupación principal de los caballeros se organizaba en torno al correo, los libros y las noticias sobre la situación de la metrópoli. Más prosaicamente, los mulatos se preocupaban por los alimentos que transportaba el barco.

No tardó mucho en cundir el desánimo entre los curiosos, al comprobar que el buque no transportaba ni telas, ni cosméticos, ni correo, ni noticias, ni alimentos de ninguna clase, y que su contenido se limitaba a azadones y aperos de labranza, y a un cargamento de esclavos negros, procedentes de las Azores. Tras un tiempo, solo quedaban en el muelle media docena de tratantes de esclavos, ansiosos por comprobar la calidad de la carga.

Manex hizo una seña a Ahimán, y se dirigieron a su aposento para tomar las escasas pertenencias que les acompañaban y comprobar los papeles que les habían dado en Pasajes, que les permitirían ingresar en la colonia sin problemas. Manex revisó la documentación comercial y tomó nota mental de la dirección a la que debían dirigirse una vez en la ciudad.

Al volver a la cubierta, listos para desembarcar, se acercaron a la toldilla para despedirse de Van Door.

Van Door se afanaba en dar explicaciones a un oficial de las aduanas reales y a un soldado del ejército sobre los incidentes con los ingleses, y les hizo entrega del despacho que les había extendido el capitán Azcárate para las autoridades navales españolas, situando el incidente en sus justos términos militares. En aquellos tiempos de precaria paz y de guerra en las Trece Colonias, este tipo de incidentes eran de suma importancia. El soldado partió, para informar a sus superiores y al gobernador, mientras el agente de aduanas acompañado del primer oficial del *León de Gante*, se dirigía a las bodegas para inspeccionar el estado de la preciada carga.

—Bueno Van Door —le saludó Manex tendiéndole la mano—, ha sido un auténtico placer navegar con vos y poder llegar sanos y salvos a nuestro destino.

—*Monsieur* Lamark —le respondió el capitán exhibiendo su desdentada sonrisa —, ha sido una mezcla de placer y sacrificio teneros a vos en nuestra humilde nave. Espero no volver a veros nunca pues parece que los problemas os persiguen como las gaviotas a los barcos de pesca.

—No perdáis la esperanza Van Door, quizás me tengáis de pasajero en el viaje de vuelta —le sonrió burlón—, pero si no es así, os deseo un retorno placentero a vuestra amada Amberes.

Se despidieron con afecto, aunque Van Door no se atrevió a estrechar la mano de Ahimán, que le deparó una mirada digna del infierno. Van Door no dijo nada, pero miró por última vez aquel rostro terrorífico, surcado por la cicatriz del látigo del esbirro de Ezpeleta, y mentalmente deseó no volver a ver nunca a aquel egipcio hijo del diablo.

Los aduaneros no pusieron ninguna pega a los documentos que exhibió Manex, y sin ningún problema, se encontraron caminando por el puerto en dirección a las primeras casas de la ciudad, que se encontraban a escasa distancia de los muelles. No había ningún carruaje disponible, así que decidieron caminar por las callejuelas que se adivinaban más allá de los primeros edificios. No caminaron más de diez minutos cuando llegaron a la Catedral y a la amplia plaza situada frente a su puerta principal.

La plaza estaba llena de puestos de comerciantes que exhibían el colorido de las viandas propias del país y atestada de criados que realizaban las compras para sus señores. Un grupo de mozalbetes harapientos se acercó a ellos pidiéndoles una moneda. Ahimán se dispuso a dispersar a los granujas, pero Manex se lo impidió con un gesto. Con su castellano fuertemente marcado por su acento francés preguntó a uno de los muchachos sobre la dirección que buscaban. El almacén de granos y

ultramarinos al que deseaban llegar se encontraba en la calle Obispo, en el mismo centro de La Havana, a escasísima distancia de la Plaza de la Catedral. El muchacho conocía perfectamente la dirección y sin mediar palabra les tomó la delantera indicándoles con ademanes que le siguieran.

Llegaron a la dirección indicada y despidieron al muchacho con una moneda y un gruñido de Ahimán, pero en aquella dirección solo encontraron un almacén aparentemente cerrado. «Granos de Ultramar» rezaba un enorme cartel sobre la puerta de madera cerrada. Manex empujó la enorme puerta que se abrió lo suficiente para permitirle la entrada.

—¿Hay alguien aquí? —gritó adentrándose en el local—. ¿Me oyen? —vociferó, sin obtener respuesta.

El almacén era un lugar amplio y lúgubre donde se apilaban sacos y más sacos de diferentes mercancías. Olía a una mezcla de café y especias que a Manex le resultó agradable. Olía a Oriente, aunque estuviesen en el Caribe.

Volvieron a la calle y al sol radiante del trópico. Manex estaba indeciso sobre cómo actuar. Estaba seguro que el tal Cubillo con el que se debían reunir, habría previsto ya su alojamiento, por lo que no procedía buscar otro. Por otra parte, no conocía la ciudad y no sabía hacia dónde dirigirse. Quedarse a esperar le producía siempre una sensación de pérdida de tiempo que le resultaba muy desagradable. Miró a Ahimán de reojo y, como siempre, este se hallaba vigilante, pero con cierto aire de ausencia.

Pensó que el centro administrativo de La Havana no estaría demasiado lejos de la catedral, así que decidió desandar el camino y volver a la plaza, para desde allí visitar el centro de la ciudad, tan famosa en Europa, por las riquezas que provenían de la isla de Cuba, especialmente su cacao, que hacía furor en los salones parisinos, y su no menos reputado ron. Desde que había trabajado en las posesiones de su familia en la Martinica, conocía la fuerte competencia que los rones cubanos ejercían sobre los rones del resto de las Antillas.

Montagnac, ¡Dios mío!, Montagnac. El Venerable acudió a su memoria. Parecía que les separasen, no ya miles de millas de océano, sino que parecía que hubiese transcurrido un siglo desde que abandonaron París.

Hizo un gesto a Ahimán y comenzó a caminar en dirección a la primera bocacalle. Giraron a la izquierda y se adentraron en las callejuelas de La Havana que conducían hacia el palacio del gobernador.

Al llegar a la Plaza de la Capitanía, un hermoso edificio colonial les indicó, sin ninguna duda, el lugar en el que se ejercía el poder en aquella ciudad y en aquella isla. La plaza estaba excelentemente adoquinada, algo que fascinó a Manex, ya que la precisión del trabajo de los canteros era algo que siempre apreciaba un amante del Arte. Sintió la misma sensación que le había invadido al contemplar los extraordinarios trabajos de los canteros en la catedral de la lejana Angra.

Un muchacho, al que reconoció como parte de la turba que les había asaltado a su

llegada demandándoles una moneda, se acercó a la carrera, haciéndole ostensibles gestos con las manos.

Les comunicó, a gritos, que les esperaban en el almacén de granos al que ya había regresado el encargado, e inmediatamente volvió a salir corriendo plaza abajo.

Manex indicó a Ahimán con un ligero movimiento de cabeza que le siguiese y ambos reemprendieron el camino inverso hacia el almacén de granos.

En la puerta les esperaba un individuo de pequeña estatura y espeso bigote que desentonaba en su cara rechoncha y ligeramente picada de viruela. Era evidente que aquella persona no era Cubillo.

—Soy Donato, capataz del señor Cubillo en el almacén de granos —les dijo a modo de todo saludo—. El señor Cubillo les pide disculpas, ya que no se encuentra en La Havana en este momento.

—Gracias Donato —le respondió Manex—, por nosotros no se preocupe, encontraremos alojamiento en la ciudad y aguardaremos al regreso del señor Cubillo.

—No hace falta señor —respondió Donato servicial—. Esta noche se alojarán en una casa del señor aquí en La Havana, y mañana yo mismo les llevaré a la hacienda del señor en Santa Fe.

—Excelente Donato, nos ponemos en sus manos.

Donato, sin decir palabra, les condujo entre callejuelas hasta llegar a una casa sin puerta, pero cuya entrada se encontraba protegida por una bella verja de hierro repujado. Una vez dentro, la casa contaba con un bellísimo jardín andaluz en su centro y en la segunda planta se encontraban las habitaciones.

—Están ustedes en su casa —les dijo Donato—. Enseguida les enviaré a la sirvienta y podrán acomodarse en sus habitaciones. El señor Cubillo ha dispuesto una cena para ustedes y mañana por la mañana partiremos.

Donato desapareció en silencio y quedaron solos en el patio de la hermosa casa.

—Creo querido Ahimán —dijo Manex—, que aquí vamos a poder descansar después de nuestra desagradable travesía en el carguero.

Ahimán no respondió, ya que para él lo mismo era la hamaca del carguero que la más mullida de las camas de aquella residencia. Siempre dormía en el suelo y no le importaba.

Playas del Este
Cerca de La Havana

-2-

Harry Lee llegó a las puertas de la ciudad, después de dos días de larga caminata a través de los campos de caña, que se extendían hacia el este de la isla. La fragata no se había acercado demasiado a La Havana, por el riesgo de ser sorprendida por algún navío español. Ciertamente, el incidente con el *Anunciación* le había dejado escaldado. Nunca olvidaría aquella imagen de desolación que se había instalado en su mente, desde el momento en el que contemplaba al navío de guerra español y a la fragata negrera que se iban quedando atrás, mientras la *Intrepid* y la *Antilope* partían rumbo al oeste. Qué sensación de frustración, de ridículo, de desastre, de ultraje, de cobardía. Sí, había sido un cobarde que al sentir el puñal de aquel esclavo, había suplicado como un niño. Qué horror, ¿cómo podía haber faltado a su palabra de aquella manera? Inmediatamente le asaltaba una sensación de ridículo. ¿Qué pensaría el capitán Mugridge de él? Un marino hecho y derecho como aquel, tardaría muchos años en olvidar la vergüenza de aquellas decisiones. Ron Howard se hubiese avergonzado de él. Solo le había faltado llorar delante de todos. Tal era su desazón, que incluso había pensado en quitarse la vida, y poner fin a aquella sinrazón.

Pero no. No era cuestión de ir a llorar a las faldas del tío Ron en Londres, y tratar de justificar su fracaso. Cumpliría su misión o moriría en el intento. Poco le importaba ya que aquel monstruo egipcio le pudiese rebanar el pescuezo. Si volvía a encontrarlo le mataría sin esperar un solo momento, y sin ninguna vacilación. Algo en su interior le susurraba que volvería a encontrarse con el esclavo, que tendría la oportunidad de devolverle tanto dolor y tanta humillación. Aunque su propósito era firme, no pudo evitar estremecerse ante el recuerdo de Ahimán.

Tenía los pies destrozados de los dos días de caminata. Aunque iba ataviado con

las mismas ropas que vestía el populacho, su figura espigada, su tez blanca y sus cabellos de resemblanzas celtas, no eran especialmente recomendables para pasar desapercibido en un medio rural, en el cual la práctica totalidad de las personas con las que se cruzaba eran negros. Trató, por tanto, de cubrirse la cabeza y pasar desapercibido a medida que se acercaba a la ciudad, a aquella hermosa ciudad que habían arrebatado a los españoles y que finalmente habían devuelto a cambio de todo el territorio de las dos Floridas. Sin embargo, y a pesar de haber permanecido solamente durante un año y medio en la ciudad, habían dejado plantadas algunas semillas interesantes, que ahora podían servir a sus propósitos. Era necesario en cualquier caso, que alcanzase la ciudad sin ningún contratiempo, y especialmente que no fuese detenido por ninguna patrulla. Hablaba español, pero su acento era imposible de esconder, y un inglés no era bien recibido en aquella colonia española, que todavía guardaba un mal sabor de boca de los ataques ingleses que llevaron a su conquista.

El calor hacía que el pañuelo que le rodeaba la cabeza y los hombros bajo el sombrero de fieltro, le produjese una sensación tremenda de agobio. Echó de menos las brumas de Cornualles, el verdor de sus prados, el frescor de su fina lluvia en la cara, el amargo y cálido sabor de su cerveza tibia y la dulzura de su sidra.

Las agujas de la catedral de La Havana ya se distinguían a lo lejos, así que redobló su paso, ya que a pesar de que en línea recta parecía encontrarse a escasa distancia, era necesario para llegar a la ciudad realizar un gran rodeo de la ensenada natural que se adentraba varias millas en tierra, conformando aquel formidable puerto. Nunca había estado en La Havana ni en Cuba hasta entonces, pero Potter, que la había conocido mientras permaneció en poder de Inglaterra en uno de los avituallamientos de la nave en la que servía entonces, le había explicado sobre una de las cartas las diferentes posibilidades de acceso a la ciudad. Llegando por el este era posible cruzar la ensenada en algunas lanchas que prestaban ese servicio, pero resultaba altamente peligroso ya que se encontraría al amparo de la fortaleza del Morro, plagada de soldados, y llegaría a los muelles principales de La Havana, repletos de agentes de aduanas, comerciantes y curiosos. No era, desde luego, la mejor opción para llegar a la ciudad, así que había planeado girar al sur una legua, para rodear la ensenada y aproximarse desde una zona cercana al suburbio más grande de La Havana, en el que le sería seguramente más fácil pasar desapercibido.

Poblado de Santa Fe
Cerca de La Havana
-3-

El carruaje atravesó ligero la puerta del oeste de las murallas, y salió de la ciudad por un camino amplio, que bordeaba el mar. Las olas rompían suavemente sobre las rocas coralinas de la orilla. No había playa, solo rocas y una vegetación rastrera de un verde fuerte, que pugnaba por colonizar los roquedales hasta el borde mismo en el que se detenían las olas. El camino describía una trayectoria con forma de media luna, ya que seguía paralelo el discurrir de la bahía. Al llegar al final de la media luna, unas dunas obligaban a cambiar la dirección del recorrido, y el carruaje giró primero y enfiló después, una amplia vereda de tierra que se internaba directamente en la floresta, abandonando la orilla del mar.

Entraron en una zona arbolada, cuyo frescor natural sintieron inmediatamente. La vía estaba jalonada de palmeras reales de gran porte y excepcional belleza. Otros árboles cuya especie y nombre les resultaban completamente desconocidos, crecían a la vera del camino y detrás de la primera línea de palmeras. A cada lado y separadas por cierta distancia, se entreveían entre el follaje unas hermosas casas señoriales. Eran las residencias de la burguesía havanera, que progresivamente se iba trasladando hacia las afueras de la ciudad para disfrutar de la frescura de aquella zona, guarecida bajo impresionantes árboles de grandes copas y hermosos ramajes. Huían así de una ciudad, que a pesar de la belleza de sus calles y construcciones, era cada día más incómoda para muchos de sus habitantes que crecían en refinamiento a medida que crecían sus fortunas. Era el barrio del Vedado, que como su propio nombre indicaba, estaba reservado a las más altas personalidades comerciales y políticas de la ciudad, que ya solo se refugiaban en ella cuando se producía algún ataque naval o se sentían temerosos de alguna incursión militar.

Parecía que iban a detenerse en cualquier momento en una de aquellas hermosas

casas, pero no fue así.

—Más adelante —fue el escueto comentario de Donato, que ejercía también de cochero, a la pregunta de Manex sobre el lugar al que se dirigían.

El carruaje siguió trotando alegremente y se alejó de la ciudad al menos otra legua castellana. El camino volvía a girar hacia la derecha y se intuía que el mar aparecería nuevamente en cualquier momento por la derecha del carruaje.

Y así fue. Una hermosa costa de fina arena blanca, preludiaba un mar azul celeste, que resaltaba de manera especial en un cielo también intensamente azul y limpio. El espectáculo era magnifico y Manex no pudo evitar que su contemplación le trajera la nostalgia de su amada Eugene. Cómo le gustaría recorrer aquellas playas de blanca y fina arena en interminables paseos junto a ella, como en los veranos de Biarritz. Sintió una punzada en su corazón. ¿Dónde estaría su amada en aquel momento? La angustia se apoderaba de él cada vez que pensaba en ella.

—Ya llegamos —advirtió Donato, mientras hacía que los caballos cambiasen del trote al paso.

El paisaje parecía insuperable, pero para sorpresa de Manex, lo que apareció ante sus ojos superaba en belleza todo lo visto hasta entonces. Una hermosa laguna de bello color turquesa se extendía ante ellos, y en la isla que reinaba sobre el centro de la laguna una soberbia mansión de reluciente blanco, cubierta de flores y con un verde prado a su alrededor, se erigía con displicente elegancia.

Incluso Ahimán parecía impresionado por la belleza del enclave y de la mansión, y por el colorido del paraje. O así quiso creerlo Manex, que había notado un cambio importante en el egipcio tras su paso por el barco negrero, que evidentemente había revivido muchos de los fantasmas de su infancia y juventud. Tendría que hablar con él de aquel asunto. Le asaltaba la sensación de no preocuparse lo suficiente por Ahimán a quién consideraba tan indestructible que casi no parecía humano. Pero lo era. Lo había visto claramente en la travesía del Atlántico. Era profundamente humano, aunque pudiese ser tan despiadado como la fiera más mortífera.

El carruaje bordeó la laguna y a medida que avanzaban, Manex comprendió que no era una isla donde se situaba la casa, sino una impresionante península, que estaba unida a tierra firme por una estrecha franja de tierra situada justo en el lado opuesto. La laguna tampoco era tal, sino una lengua del mar, que por capricho de la naturaleza, penetraba en tierra de aquella extraña manera.

El jardín que rodeaba la casa estaba primorosamente cuidado. Por doquier brotaban exuberantes enredaderas que cubrían parcialmente la fachada. El jardín estaba jalonado de hermosas palmeras reales, como las que les habían acompañado a lo largo de todo el camino desde la ciudad. Sus troncos plateados resaltaban con fuerza entre el verde del césped y el blanco de la fachada.

El carruaje se detuvo frente a la puerta principal de la mansión. Frente a ella el camino describía un amplio círculo, en torno a una enorme mata de flores de intenso color violeta, antes de retornar nuevamente a su curso original.

Un par de sirvientes elegantemente vestidos con libreas europeas, se acercaron para hacerse cargo de los equipajes y quedaron inmediatamente sorprendidos, ya que los invitados no poseían ni una miserable bolsa de viaje. Tenían instrucciones de conducir al señor a la presencia del coronel Cubillo, pero no sabían muy bien qué hacer con aquel individuo de rasgos desconocidos y piel oscura, que les miraba con desdén desde unos ojos profundos y una cicatriz aterradora.

—El señor le recibirá en el salón —se dirigió a Manex uno de los sirvientes, mientras de reojo miraba a Ahimán con indisimulado temor.

—Está bien —respondió Manex, que apercibido del temor del sirviente hizo un gesto a Ahimán para que permaneciese en el exterior.

Si la casa era bella por fuera, por dentro estaba primorosamente decorada al mejor de los estilos europeos. El aire francés de los muebles, cuadros y lámparas era innegable. Ni un ápice de sequedad castellana. Atravesaron dos estancias antes de alcanzar un espacioso salón cuyo frente abierto daba a una amplia solana orientada hacia el mar. Frente a una mesa de mármol blanco y de espaldas a él, se hallaba sentado un hombre corpulento vistiendo una camisa blanca, que jugueteaba con un vaso entre sus manos mientras parecía contemplar el mar.

Al oír el ruido de sus pisadas se incorporó, se giró sobre sí mismo y le miró de frente. Era un hombre alto y fornido, de larga cabellera castaña, nariz afilada y bellos ojos azules como el mar que le rodeaba. Su prominente nariz le daba un aire aguileño que le recordó a su sirviente Ahimán. Solo con mirarle sintió simpatía y supo que se iban a llevar bien. Se estrecharon las manos con fuerza como lo hacen los hombres nobles y Cubillo le invitó a sentarse en la silla junto a él.

—Sentaos junto a mí y contemplad la belleza de esta tierra. Supongo que aceptareis un buen vino español para refrescar nuestra conversación —afirmó, más que preguntó.

—Con mucho gusto señor Cubillo, o preferís el título de coronel —inquirió Manex, apreciando en aquel momento que Cubillo carecía de oreja derecha y que una gran cicatriz recorría aquella parte de su rostro, que permanecía oculta por su larga cabellera suelta.

—Andrés, llamadme Andrés, os lo ruego. Los tiempos de coronel ya pasaron a mejor vida y ahora solo me dedico a los negocios.

—Dejad que me presente. Soy Manex Lamark, vengo de París y tengo un mensaje para vos. Un viajero de oriente solicita vuestro cobijo.

—¿El nuestro y el de quién más? —replicó Cubillo.

—El de la estrella flamígera.

Ambos se dieron un fuerte abrazo mientras chocaban sus manos nuevamente. Se miraron con simpatía y se volvieron a abrazar. Así era la masonería. Aunque no se conocieran, un hermano a quién habían encomendado una labor tan especial, venía avalado por la Fraternidad y no había reserva alguna.

—Os llevo esperando varias semanas Manex. ¿Qué os ha hecho retrasaros tanto?

Manex comenzó a desgranar las peripecias de aquellas interminables semanas mientras Andrés Cubillo, antiguo coronel del ejército de tierra del rey de España, hacendado comerciante de La Havana y Gran Comendador de la Orden masónica en Cuba, le obsequiaba con otro vaso de un excelente y refrescante vino rosado español.

Logia masónica Estrella Solitaria
Ciudad de La Havana
-4-

La Estrella Solitaria era una logia que, como todas, trabajaba bajo los auspicios de la Gran Logia de Inglaterra, pero que además, era conocida en aquellos tiempos de división por su manifiesta preferencia del bando inglés en su enfrentamiento con los masones americanos, franceses y españoles.

Era una logia pequeña, constituida principalmente por comerciantes ingleses, que habían quedado en la ciudad tras el acuerdo que condujo a España a entregar las dos Floridas, a cambio de recuperar la ciudad de La Havana.

Eran gente respetable y respetada, a pesar de las circunstancias casi prebélicas que se vivían en la isla, en relación con la intervención de España en la guerra de las trece colonias del rey Jorge, en Norteamérica. Nunca habían sido hostigados de forma directa, ni habían sido marginados de la vida social de La Havana, pero era evidente que eran de otro bando, y que en aquel momento era el bando equivocado. Realmente, si eran tolerados, se debía a que la proximidad de las Floridas, ahora en manos inglesas, representaba una oportunidad para el comercio de la ciudad con la colonia continental, oportunidad que estaría vedada a los españoles si los comerciantes ingleses no se prestasen a realizar de intermediarios.

El templo masónico se encontraba en una hermosa casa de estilo neoclásico, con dos barrocas columnas en su porche, que le daban un aspecto palaciego. Estaba situada dentro de las murallas, en la zona oeste de la ciudad, dentro de los límites de una zona ajardinada, que los havaneros utilizaban para pasear los domingos. Era un lugar especialmente bonito y tranquilo.

El Venerable Maestro de la Logia, Richard Edwards, pasaba muchas tardes por allí, incluso cuando no había ceremonia, ya que la tranquilidad del lugar le incitaba a la lectura y al sosiego del alma. El clima de la isla era tan benigno para un europeo,

que el Venerable consideraba aquel lugar terrenal como el más cercano al paraíso. Natural de Manchester, durante muchos años de su infancia creyó que el viento, el frío y la nieve eran el castigo que debían de pagar los ingleses por haber abandonado la fe de la Iglesia católica.

Se encontraba absorto en el juego amoroso de dos hermosos pajarillos, y no se había percatado de la figura que se acercaba por su espalda. Un individuo desaliñado y que despedía un fuerte olor a sudor, se sentó a su lado y le sobresaltó. Su desagradable olor le agredió como una bofetada. Disgustado por la situación, y un poco asustado por las vestimentas del vagabundo, hizo ademán de incorporarse, justo en el momento en el que una frase pronunciada en perfecto inglés le retuvo en su ademán, y le hizo echar una nueva mirada al extraño que al tiempo había empujado la capucha hacia atrás, dejando ver un rostro desaliñado pero europeo, lo que tranquilizó instantáneamente al comerciante.

—Pocas personas conocen esas palabras —le dijo Edwards intrigado—. Sabes mucho para ser un pordiosero.

Lee dudó, antes de revelar su verdadera identidad. Si aquel individuo no era quién creía que era, estaba perdido, y lo que resultaba aún peor, se perdería también la última oportunidad de cumplir su misión e interceptar al maldito francés.

Pero no tenía ninguna otra opción. Hablar con franqueza y confiar en lo que le habían comentado en alguna ocasión, sobre aquella peculiar Logia de La Havana. Todas las demás logias, salvo la Estrella Solitaria, estaban perfectamente controladas por los franceses, y de forma menor por los españoles, cuya dependencia en esta materia de franceses e ingleses, era tradicional desde los inicios del desarrollo de la Hermandad en España de la mano del duque de Wharton.

—Soy el capitán Lee, de la fragata inglesa *Intrepid*, que he desembarcado a dos días de camino hacia el este de La Havana y necesito vuestra ayuda fraternal —le dijo, mientras le tomaba la mano y le daba los toques rituales de reconocimiento.

Se lo soltó así de sopetón, y un poco atropelladamente, aunque había que reconocer que tampoco había transmitido una gran ansiedad. Firmeza, eso sí que emanaba de sus palabras. Miró fijamente al anciano, tratando de escrutar su rostro y descubrir alguna señal que le alertase, bien de una reacción contraria o de algún signo de esperanza.

Pero Richard Edwards no mostró ninguna reacción en el rostro. Si sus palabras le habían impresionado, desde luego que no lo parecía. Le miró con total indiferencia y se incorporó lentamente sin dejar de mirarle. Con la mano derecha le hizo un pequeño gesto para que le siguiera y comenzó a alejarse.

Tomó el camino de piedrecillas que conducía al edificio, en el que se encontraba la Logia. Abrió la puerta con una gran llave y entró dejando la puerta abierta tras de sí.

Unos instantes después, pero a una distancia prudencial, Harry Lee le siguió sigilosamente, y antes de entrar en el edificio, se cercioró de que nadie se percataba

de su presencia. Afortunadamente, a aquellas horas el parque estaba desierto y reinaba una placidez total. Cerró la puerta tras de sí.

Estaba en la antesala del templo. Se trataba de una amplia sala de techo alto y suelos de mármol, que transmitían un gran frescor. Edwards se le acercó y se hizo cargo de su capa, o lo que quisiera que fuese aquello que llevaba el militar, y la dejó sobre una silla. Se detuvo frente a él, ya que no estaba dispuesto a ir más allá, hasta conocer las intenciones de aquel inglés que decía ser un capitán de fragata.

Le interrogó con severidad, aunque sin arrogancia ni gesto alguno, que pudiese irritar a su invitado.

—¡Bien jovencito!, necesito inmediatamente una explicación verosímil de su conducta. ¿No sabe usted la fobia anti inglesa que reina en estas latitudes? ¿Qué le lleva a arriesgarse de este modo, capitán? Por cierto, necesita un baño —aseveró.

—Lo siento señor…

—Edwards —le aclaró el Venerable.

—Lo siento señor Edwards. Llevo dos días deambulando por los polvorientos caminos del este de La Havana. La fragata *Intrepid* me dejó en tierra, pero por precaución desembarcamos lejos de la ciudad. No podíamos arriesgarnos a que los españoles nos detectaran. Ya habíamos tenido un encuentro desafortunado con el navío español *Anunciación* y seguro que en La Havana están al corriente del incidente.

Richard Edwards le miraba fascinado. Su vida rutinaria de casa a la oficina y los paseos por el jardín, parecían las actividades cotidianas a las que estaba condenado en aquella ciudad, pero de repente la realidad del mundo, un mundo dinámico y convulso fuera de La Havana, irrumpía en su aburrida vida. Capitanes, fragatas, navíos españoles…

—Ron Howard me envió a esta misión —añadió Lee.

Fue oír el nombre de Ron Howard y Richard Edwards dio un respingo.

—Capitán Lee, vamos al interior del templo. Creo que esta conversación requiere de una mayor concreción por su parte y una mayor atención por la mía. Disculpadme unos segundos.

Desapareció por un largo pasillo a oscuras, para regresar un par de minutos después, portando un gran candelabro con tres velas encendidas. Le hizo un enérgico ademán, para que le acompañara nuevamente a través del angosto pasillo. Las velas, iluminaban el pasillo débilmente, confiriéndole un aire fantasmagórico, reforzado por el retumbar de sus pisadas en las marmóreas paredes. Continuaron por el pasillo hasta desembocar, segundos después, en una amplia estancia. Edwards, dejó el candelabro sobre una de las mesas, y con una de las velas, comenzó a iluminar la estancia. Fue encendiendo pausadamente los diferentes candelabros, que se encontraban estratégicamente situados en los costados y en las paredes de la gran sala.

A medida que se iluminaba, Lee recorrió circularmente la sala con su mirada y se maravilló de su belleza, amplitud y decoración. El artesonado de los techos, con

molduras doradas, era maravilloso y contrastaba con el color verde pálido de las paredes. El suelo blanco de magnífico mármol italiano y el damero masónico en el centro, con grandes cuadros negros y blancos. Tres hermosos candelabros de pie, ocupaban tres de los ángulos del mosaico, y estaban rematados por grandes velas, en cuyo frente resaltaban una escuadra y un compás. Las mesas de los otros oficiales de la Logia, mostraban también bellos candelabros de tres brazos. La mesa del Venerable Maestro presidía la sala, y frente a ella, en ara de los juramentos sobre la que descansaban las tres grandes luces de la masonería, listas para ser colocadas en su lugar durante la iniciación de los ritos.

—¡Magnífico templo, señor Edwards! —se atrevió a exclamar Lee—. Pero veo que su disposición es diferente del templo en el que yo trabajo.

—Efectivamente —le aclaró Edwards—. En este templo practicamos el Rito Escocés Antiguo y ustedes practican el Rito de York. En cualquier caso, las diferencias no son importantes.

Richard Edwards no tenía ninguna gana de hablar de masonería ni de ritos, ni de todas aquellas cosas que le eran cotidianas. La llegada del inglés era providencial. Un poco de acción le parecía el mejor regalo del mundo, en aquella ciudad hermosa pero terriblemente aburrida, tras un determinado tiempo residiendo en ella. Así que fue al grano, sin importarle la cháchara masónica del visitante.

—¿Qué desea Ron Howard? —le inquirió con expectación.

—¿Conocéis a Howard entonces? —inquirió el capitán Lee.

—Sí, somos buenos amigos. Nuestras mercancías eran estibadas y desestibadas por la empresa en la que trabaja Ron y además compartimos el Arte. Pero contadme vuestras aventuras —le urgió.

Harry Lee se tomó unos segundos para ordenar su mente. Había estado tan preocupado de convencer al anciano con sus demandas, que por un momento había olvidado lo que tenía que contarle. El tema era lo suficientemente complejo como para que Edwards se liara, así que comenzó de una manera muy escueta.

—Estoy aquí persiguiendo a un hombre. Se trata de un francés, que viaja acompañado de su sirviente —pensó brevemente en Ahimán y su cicatriz y sintió un escalofrío—, que porta importantes documentos para la secesión de las trece colonias. Su destino era La Havana. Ron desea que sea interceptado y recuperar los documentos.

—¿En qué barco arribó a La Havana ese francés?

—En el *León de Gante*.

—El barco negrero. ¡Dios mío!, hace ya dos días que desembarcaron la mercancía procedente de Terceira. Aperos de labranza y negros de la costa de marfil, capturados por los portugueses y adiestrados para la agricultura en Terceira.

El pequeño Richard Edwards parecía un hombre sencillo y algo despistado, pero tenía una mente joven y ágil.

—¿Y por qué no les habéis abordado en el mar? Una fragata comercial no es

enemigo para una fragata de guerra —el Venerable le miró inquisitivo—. Abordarles y detener al francés para quitarle su mensaje parece bastante sencillo.

—Lo hicimos, pero se escaparon —balbuceó el capitán.

—¿Escapar? Un barco negrero, por muy fragata que sea… No es posible. ¿Qué clase de capitanes tiene ahora la Marina de Su Majestad?

Harry Lee se ruborizó, ya que se sentía atrapado en su propia estupidez. Si ya se había jugado todo abordando a aquel hombre, que más le daba que supiese la verdad. Su conciencia se lo dijo. Era la vanidad de no reconocer su estupidez y su fracaso. Había que reaccionar.

—Disculpe señor Edwards, pero no estoy autorizado a revelar los detalles de las operaciones navales del Almirantazgo, pero en virtud de la situación le revelaré todos los detalles de la operación —mintió Lee.

—Así lo espero jovencito —respondió el anciano, que se hallaba en la gloria con aquella aventura que había venido a llamar a su puerta.

—El navío español *Anunciación* se entrometió en nuestro camino cuando ya teníamos apresado al francés, y nos vimos obligados a huir. Dese cuenta de que se trata de un navío de setenta y seis cañones.

—Pero incapaz de seguir a una fragata —replicó enérgico Edwards—. Si ya teníais prisionero al francés, ¿cómo pudo la fragata verse obligada a devolver al prisionero?

—El sirviente del francés me amenazaba con un cuchillo y tuvimos que liberarlo, ya que en ese momento apareció el *Anunciación*.

Edwards, que sabía perfectamente que el capitán Lee le mentía, estaba disfrutando de lo lindo con aquel mozalbete con galones. No sabía muy bien por qué aquellos jovencitos eran tan apreciados por Howard. Realmente eran bastante ineficaces. A él realmente le importaba un rábano el porqué del fracaso del capitán en el mar. Solo se estaba divirtiendo, pero le intrigaba más lo que iba a pedirle el capitán, que las razones de su momentáneo fracaso.

—Bien capitán Lee. Creo vuestro relato y que sois enviado de Howard, así que voy a ayudaros. Decidme, ¿qué deseáis de mí? ¿Cuáles son vuestras necesidades inmediatas además del baño del que ya hemos hablado? Necesitaré información de ese francés al que buscáis.

—Se llama Manex Lamark y es un enviado de Yves de Montagnac. Salió de la Logia Libertad al Oriente de París a principios de Enero. Ha venido embarcado en el *León de Gante*, ya que no pudo embarcar en Burdeos como tenía previsto en un principio, y alguien de la compañía de La Havana le ayudó a encontrar esa alternativa.

Edwards no conocía al tal Yves de Montagnac, aunque sí sabía de las andanzas de las Logias francesas en apoyo de la causa secesionista americana. Apartó esos pensamientos de su cabeza, ya que notaba en las palabras del joven Lee que algo le preocupaba.

—¿Hay algo que os preocupa? Lo noto en vuestra mirada —le interpeló con curiosidad.

—El sirviente del que os he hablado es un auténtico demonio y no se separa de Lamark en ningún momento. Creo que debemos considerar la necesidad de eliminarle.

Richard Edwards le miró asombrado. Estaba hablándole de asesinar al sirviente del francés y quizás también al francés.

Hacienda de Andrés Cubillo
Santa Fe
-5-

Por su parte, Manex se había instalado en la hacienda de Andrés Cubillo, y disfrutaba de lo que realmente era la antesala del paraíso. Había encontrado alojamiento para Ahimán en un barracón de trabajadores de la plantación. El encargado, un español de Vasconia, se había ablandado al oír la lengua tribal del pueblo vasco, y se había apiadado del egipcio, del que todo el mundo huía en cuanto podía.

Estaba tenso por la espera, ya que nada podía hacer, salvo aguardar a que Cubillo arreglase el encuentro con quienes eran los destinatarios de lo que encerraba el zurrón. Estaba completamente a ciegas y no entendía las razones de la demora. Cada vez que interrogaba a Cubillo en este sentido, recibía la misma respuesta. No depende de nosotros Manex, quién ha de recibir los mensajes o lo que contenga el envío debe sentirse seguro en el momento de recibirlos y eso, como sabes, no depende de nosotros. Esta isla está llena de espías ingleses que tratan de averiguar qué nos traemos entre manos respecto a la revolución de los colonos americanos. Nadie dará un paso, hasta que esté seguro de que no recibirá una bala de pistola o el filo de un cuchillo, en lugar de la mercancía que aguarda. Pero todo se andará, repetía Cubillo, con una enorme sonrisa en sus labios. Debéis de adaptaros a la idiosincrasia de esta isla. Aquí no encontrareis las prisas de la ciudad de la Luz, solía decirle el español, con bastante sorna.

Cubillo era un hombre amable y afable, y a lo largo de los días que transcurrieron desde su llegada, Manex tuvo oportunidad de tener largas charlas con él mientras paseaban por la interminable playa de arena blanca, que se extendía frente a la casa a lo largo de varios kilómetros en ambas direcciones.

Visitaron también el poblado de Alkiza, que no se encontraba demasiado lejos de

la casa de Cubillo, y el ingenio azucarero que se hallaba cerca del pueblo, y que había sido creado por un comerciante de la lejana Guipúzcoa, el mismo territorio donde se encontraba la bella Eugene.

Manex comprendía y conocía perfectamente las técnicas de explotación de una finca de aquellas características, pero a diferencia de la finca de la Martinica en la que había vivido y trabajado y que se dedicaba a hacer ron, nunca había visto un ingenio que se dedicase a obtener azúcar moreno de las cañas exclusivamente.

Terminadas las jornadas volvían a la hacienda, donde les esperaba la bella Candelaria, una de las esclavas de Cubillo, que era una verdadera experta en dar masajes en las doloridas extremidades de Manex.

Logia masónica Estrella Solitaria
Ciudad de La Havana
-6-

El capitán Lee se había instalado en el cobertizo que el palacete tenía en su parte trasera, y esperaba ansioso las noticias de Edwards. El jardincillo adosado era bastante discreto, y le permitió gozar un poco de la excelente temperatura de La Havana, aunque el sol solo penetraba parcialmente entre los enormes árboles del parque. Podía estar tranquilo, le había dicho Richard, ya que el palacete, que era propiedad de un noble español que se hallaba en Europa, solo se utilizaba para las ceremonias de la Logia y no había ninguna prevista en los próximos días. Harry Lee quería terminar con aquello cuanto antes. Quitarle los documentos a Manex Lamark, por las buenas o por las malas, y si podía, ajustar cuentas con el esclavo. Luego abriría el zurrón y descubriría el secreto que portaba el francés y actuaría en consecuencia. Mentalmente se maldijo por no haberlo hecho cuando se lo arrebató en Terceira. Lo había tenido en sus manos, pero había preferido estúpidamente entregarlo intacto en Londres para mayor gloria de su integridad de oficial, y había perdido así la oportunidad de conocer las intenciones de Lamark y de su apestoso criado africano.

Para quitarse aquello de la cabeza, pensó en lo que estaría haciendo su primer oficial Potter, a quien había ordenado que acudiera con la *Intrepid* a Antigua, para dar cuenta al Almirantazgo, y respaldar al capitán Mugridge en su difícil explicación de los hechos acaecidos en la captura del *León de Gante*. No le envidiaba, pues conocía las mentes retorcidas del Almirantazgo y su infinita capacidad para formular preguntas embarazosas. Seguramente el Almirantazgo nombraría un nuevo capitán y enviaría la nave a la guerra que se desarrollaba al norte, no lejos de aquellas costas de Cuba. Potter era solo primer oficial, así que su responsabilidad en los sucesos era limitada y esperaba que pudiese continuar desarrollando el mismo trabajo en el

futuro. Al fin y al cabo, era un buen oficial y no se merecía un final desdichado en la Marina, aunque con el Almirantazgo nada se podía dar por seguro.

Fantaseaba también con lo que haría si resolvía la misión. Iría primeramente a la Florida, que distaba bien poco de La Havana. Sabía que la parte sur de los cayos prácticamente estaba deshabitada por lo inhóspito del clima y las enfermedades que infectaban las tierras pantanosas de la costa. No creía difícil, sin embargo, que con la ayuda de Edwards pudiese acercarse a territorio inglés. Pero aquello sería después de vérselas con aquel bastardo egipcio que se había convertido en una obsesión para él.

Edwards llegó el día siguiente por la tarde. Lo hizo sigilosamente, hasta el punto de que le pilló un poco desprevenido. Llegó con una provisión de vituallas que alegraron sobremanera al capitán. Tenía hambre, ya que llevaba unos cuantos días comiendo precariamente. Edwards le saludó, le sonrió a su llegada y le miró con cierta sorna, que no pasó desapercibida para el capitán Lee.

—¿Y bien? —le preguntó inquisitivo Lee, después de que llevase un tiempo mirándole sin decir nada.

—Debería escuchar usted lo que cuenta un capitán holandés llamado Van Door sobre los incidentes de los que me hablasteis en nuestra última conversación —dijo sin poder reprimir una sonrisa.

—¿Qué dice ese botarate? —respondió ofendido el inglés, usando abundante palabrería inglesa de cuatro letras.

Edwards notó el profundo tajo que los acontecimientos del *León de Gante* habían abierto en la autoestima del capitán.

—¡Cuídese de esa ira desatada, capitán Lee! —le aconsejó el Venerable—. Si algo nos enseña el Arte es a vivir con nuestras propias contradicciones y tratar de superarlas. La vanidad no es una buena actitud. Con humildad llegaréis más lejos, capitán.

—Perdonad caballero —se disculpó el capitán Lee mientras trataba de recuperar la compostura—. ¿Habéis descubierto algo de Lamark, aparte de lo que dice ese capitán holandés?

—Ciertamente capitán. Nuestros invitados están alojados en la casa de Andrés Cubillo, un coronel retirado del ejército español y próspero comerciante de granos, además de Gran Comendador de la Orden en Cuba. Posee una hermosa residencia en un paraje bastante alejado de la ciudad, conocido como La Puntilla, cerca del poblado llamado Santa Fe. No va a ser fácil lo que pretendéis, joven Lee. Es un lugar muy bien protegido de manera natural, pero además Cubillo es de los que hay que tomar muy en serio.

—¿Y no habría manera de espiar las actividades de la casa? —preguntó suavemente Lee, ya repuesto de su ataque de ira.

—Ya lo he hecho, pero he de decirle que sin mayores resultados. El francés se ha limitado a pasear por las playas de los alrededores vigilado a distancia por ese famoso sirviente suyo. De momento no tengo acceso a ninguna información de dentro de la

casa, ya que solo he podido situar un pescador en las inmediaciones.

—Señor Edwards, debéis encontrar la forma de conocer las intenciones del francés. No tardarán mucho en entregar los documentos. Si hubiese sido Cubillo el destinatario, el francés no se pasearía nervioso por la hacienda. Están esperando el contacto y tenemos que averiguar quién y cuándo.

—Bien capitán Lee, trataré de entablar contacto con alguna de las sirvientas. Creo que una de ellas es la hermana de leche de una de mis sirvientas en la ciudad, y que se criaron juntas en una de las plantaciones de Cubillo, en el este de la isla, cerca de Santiago de Cuba. Veré qué puedo hacer.

—Gracias señor Edwards por su hospitalidad y por su ayuda. La Corona se lo agradecerá algún día, cuando este complot contra Su Majestad concluya —sentenció Lee.

Edwards tenía prisa. Las visitas a la Logia eran una nueva necesidad que se interponía en su hasta ahora meticulosamente organizada vida. Era tal su precisión de movimientos, que si se hubiese retrasado en sus quehaceres, sus vecinos hubiesen pensado que algo le ocurría, así que marchó rápidamente a cumplir con otras obligaciones dejando al capitán Lee rumiando su venganza.

Hacienda de Andrés Cubillo
Santa Fe
-7-

Manex gozaba de aquel merecido descanso en la estancia de Cubillo, pero sus nervios empezaban a estar a flor de piel. Llevaba ya casi una semana esperando a que Cubillo realizase los contactos necesarios para ponerle en comunicación con los destinatarios del zurrón, a quienes realmente Cubillo no conocía. Al principio, Manex había pensado que Cubillo le ponía a prueba, y que por alguna razón desconfiaba de él. Aunque su trato era extremadamente cordial, incluso amistoso, parecía que aquel perro viejo de los tercios españoles no acababa de fiarse. Pero luego descubrió que no. Realmente Cubillo no tenía ni la más remota idea de quién era el destinatario del zurrón, y solo tenía instrucciones de Montagnac para alojarle y protegerle, mientras los destinatarios de los documentos se ponían en contacto. Montagnac no dejaba de sorprenderle, por su capacidad para organizar toda aquella compleja intriga desde su casa de Yvry, a mil leguas de aquellos territorios de ultramar.

Para un hombre de acción, no hay peor castigo que la inacción, y eso era lo que Manex más detestaba cuando estaba en una misión. Las largas caminatas por las playas que rodeaban la mansión de Cubillo eran agradables y le habían permitido además ponerse en una admirable forma física, después de los interminables momentos y de las desagradables situaciones vividas en el mar. La larga inactividad de las últimas semanas, le había dejado los músculos anquilosados, y gracias a los paseos había recuperado un buen tono físico.

A ello había que sumarle los especiales cuidados que le profería Candelaria, una mulata absolutamente hermosa, que le esperaba cada tarde después de regresar de la playa, para darle unos inolvidables masajes con unas manos delicadas y poderosas a la vez. Candelaria no tenía nada que ver con Valerie, aunque despertaba en él los

mismos sentimientos lujuriosos que la diosa de ébano, que había conocido en la Martinica. Los largos y salvajemente ensortijados cabellos de la martinicana contrastaban con el moño perfectamente recogido de la cubana. El rostro anguloso y elegante de Valerie, competía en belleza salvaje con el rostro redondo y de plácidas facciones de la cubana. La nariz, entre chatilla y respingona de una, desafiaba la belleza de la nariz ligeramente chata, sensual y agradable de la otra. Los breves y puntiagudos pechos de Valerie, tenían digno rival en los pechos grandes y redondos, coronados con dos enormes y sonrosados pezones de Candelaria, que de vez en cuando asomaban de su amplio vestido, mientras masajeaba las piernas de Manex, y que le hacían dificultoso contener el tamaño de su hombría.

Logia masónica Estrella Solitaria
Ciudad de La Havana
-8-

Había sido difícil pero lo había conseguido finalmente. Una de las cocineras de la casa de Cubillo, había oído decir a una de las esclavas, que la comida que el señor Cubillo había pedido que se preparase para una jornada en la ciénaga de los caimanes, era realmente para el francés y su sirviente. Allí estaba la oportunidad que pedía el capitán Lee para acabar con el francés, o mejor dicho, con el sirviente primero y después con el francés, porque tener vivo al sirviente era casi una invitación a la muerte, según había deducido de los cuentos del capitán Lee, durante los últimos días en los que le había visitado.

Cuando llegó al palacete encontró al capitán Lee con el rostro completamente rasurado, peinado y perfectamente vestido con las ropas que le había suministrado en su última visita. Desde que se había presentado vistiendo aquellos harapos y oliendo a sudor y a excrementos de caballo, no había tenido la oportunidad de verle vestido como un verdadero oficial británico, y aunque las ropas que llevaba no eran militares, no por ello su porte y elegancia se veían disminuidos. Sobre la mesa, una pistola que estaba siendo limpiada y varios proyectiles, demostraban que Lee estaba preparado para la acción, y ansioso por enfrentarse a los franceses.

No necesitaron mediar palabra para entender que el momento se avecinaba irremediablemente. La mirada de Edwards coincidió con la de Lee, y la expresión del rostro del Venerable, que indicaba un «lo tengo», confluyó con el fulgor de los ojos del capitán que entendieron «lo tiene por fin», que se reflejaba en la sonrisa malévola que asomaba en los labios de uno y en la expresión de satisfacción del otro.

—¿Cuándo y dónde? —preguntó Lee con gesto serio, pero satisfecho.

—Mañana por la mañana, en la ciénaga de los caimanes, a una hora de camino de la residencia de Cubillo.

—¿La ciénaga de los caimanes? —El nombre le resultó muy sugestivo.

—Sí, así se llama. Es un lugar excepcionalmente bello, que antiguamente estuvo repleto de esos reptiles, aunque hoy por hoy es difícil verlos, pero la cascada del río que nutre de agua a las ciénagas es un lugar extraordinario, que no me extraña que Cubillo le anime a visitar. Al parecer irán solos y llevarán una cesta de comida, así que parecen tener intención de pasar al menos parte del día por allí.

—Necesitaré un par de esbirros, Edwards. ¿Cree que podrá conseguirme dos hombres discretos y hábiles con la pistola y el puñal, sin levantar demasiadas sospechas?

—No hay problema, capitán Lee. En los tiempos que corren no es difícil comprar una mano armada en estas tierras, para acabar con los rivales políticos o comerciales.

—Solo dispongo de una pequeña cantidad de dinero, señor Edwards.

—No os preocupéis, yo pondré el dinero, consideradlo un regalo, pero no olvidéis mencionarlo cuando realicéis vuestro informe para el Almirantazgo.

—Necesitaré también transporte hasta la Florida después del incidente. Evidentemente, Cubillo y los españoles vendrán a por mí. ¿Creéis que podréis conseguirme un trasporte a la Florida?

—No os preocupéis por eso Harry. Acabad con el francés y con su sirviente. Luego regresad aquí y yo me ocuparé de que lleguéis sano y salvo a territorio británico.

—Gracias señor Edwards, nunca olvidaré vuestra ayuda. Cuando llegué a La Havana creí que mi acción desesperada era imposible de realizar. Hoy he de reconocer que es difícil, pero gracias a vos la esperanza a renacido en mí y se ha abierto la puerta a la posibilidad de culminar mi misión.

—Por cierto, Harry —le interrumpió Edwards, a quien no gustaban las sensiblerías—. ¿Habéis considerado la posibilidad de que Lamark no lleve encima el zurrón con los documentos? Y si así fuese, ¿cómo los conseguiríais?

—Ciertamente es un riesgo que tengo que asumir. Los documentos deben de ser extremadamente valiosos, pues la última vez en Angra los llevaba encima cuando lo arrestamos. Creo que los seguirá llevando encima, ya que es muy desconfiado y no se arriesgará a que se los puedan robar.

—¿Y si no fuese así? —repitió la pregunta Edwards.

—En ese caso los habrá escondido, pero estoy seguro que no se lo habrá dicho a Cubillo. Seguramente solo lo sabrá su sirviente, así que si mueren los dos, lo más probable es que se pierdan los documentos, o por lo menos es en lo que debemos confiar.

—Espero que tengáis razón joven Lee, por nuestro bien y el de las colonias del Rey Jorge —sentenció el comerciante, sin dejar de pensar en las innumerables ventajas que le supondría que el capitán Harry Lee culminase su misión con éxito.

Hacienda de Andrés Cubillo
Santa Fe
-9-

Candelaria acudió azoraba y llorosa al despacho de Cubillo, que en aquel momento se encontraba ordenando unos documentos de sus participaciones accionariales en diversas compañías comerciales españolas. La Guipuzcoana, la de La Havana, la de Honduras… todas ellas con oficinas comerciales en la ciudad. Se acercaba el mejor momento del año, el de cobrar las primas de los resultados del año anterior. Habitualmente entre los meses de abril y mayo, la mayoría de las casas comerciales solían saldar los dividendos.

—¿A qué se debe este alboroto? —preguntó a la bella mulata.

—¡Don Andrés! ¡Don Andrés! —gritaba Candelaria—. El señorito Manex corre un grave peligro.

—¿De qué hablas Candelaria? —le preguntó mientras trataba de calmarla y le incitaba a que dejase de sollozar.

—Verá señor… Leonor, la criada del inglés de la Compañía de Paños y Sedas, vino hace un rato a hablar con Yela, y yo las escuché señor.

—¿Pero qué es lo que escuchaste para estar en este estado? ¡Por Dios habla Candelaria!

—Estaba muy alterada señor. Le dijo que su señor había contratado a dos esbirros para asesinar al caballero francés y a su sirviente y que sabían que estarían en la ciénaga de los caimanes esta mañana. Esa era la razón por la que había estado fisgando estos días por nuestra cocina.

—¿Y por qué ha venido a advertirnos?

—No ha venido a advertirnos a nosotros, sino a confesárselo a Yela, porque sentía remordimientos por el engaño. ¡Yela no sabía nada señor! ¡Tenéis que creerme señor!

—Eso no importa ahora Candelaria, lo que importa es que nuestros amigos están

en peligro de muerte, y si no lo remediamos, no volverán de la ciénaga de los caimanes. Llama a Olegario y que reúna una patrulla inmediatamente y que me esperen en el cobertizo con los caballos preparados. Voy a vestirme.

Candelaria, salió como alma que lleva el diablo en dirección a las caballerizas, que se encontraban en el otro lado de la lengua de tierra que comunicaba la residencia con tierra firme.

Cubillo, Olegario y tres de sus mejores soldados salieron a uña de caballo en dirección a la famosa ciénaga.

Manex y Ahimán habían cabalgado siguiendo el mapa que amablemente les había confeccionado Cubillo. Era un viaje sencillo y agradable. El paisaje era de un verde furioso, y las vistas eran maravillosas, con suaves colinas plantadas de caña. Ahimán caminaba a su lado en silencio, como siempre, y le hacía sentirse seguro, casi inexpugnable.

Al terminar los campos de caña, comenzaron a adentrarse en un bosque más enmarañado, aunque todavía se podía ver a través de la espesura, y paulatinamente, comenzaron un ascenso hacia una pequeña y rocosa colina, que se adivinaba a lo lejos entre los árboles. Desde la cima, se podía contemplar el paisaje en toda su belleza, con la cascada al fondo, y la vega por el que corría el agua, hasta quedar amansada en el fondo de un valle en el que se formaba la ciénaga, que había albergado en su día cientos de caimanes. Ahora quedaban pocos ejemplares, ya que la mayoría de ellos habían acabado en los estómagos de los esclavos, que complementaban su dieta con la blanca carne de sabor a pollo de la cola del caimán, tal y como hacían en la lejana África, en sus remotos y felices días de libertad.

Cabalgaban despacio, ya que no tenían ninguna prisa, y la bella Candelaria les había conseguido en la cocina una surtida cesta de viandas y vino, que pondrían a enfriar en las frescas aguas que caían de la cascada. Las aguas provenían de un manantial que brotaba directamente de la montaña, que se alzaba majestuosa a lo lejos en el horizonte, y gracias a ello mantenían un frescor reconfortante y un ligero sabor a los minerales que sin duda llevaba disueltos, y que provenían de las mismas entrañas de la tierra volcánica.

En lo alto de la colina se apearon de los caballos, para admirar extasiados la inconmensurable belleza de aquel lugar selvático y salvaje. Era realmente bello, y había merecido la pena seguir el consejo de Cubillo y acercarse hasta allí para contemplarlo, en lugar de estar rumiando el futuro, esperando junto a la casa del hacendado, que si bien era de una belleza excepcional, acababa por parecer una pequeña cárcel lujosa. No acababa de entender porque no contactaban con él, pero las explicaciones de Cubillo sobre la intensa actividad de los espías ingleses en la isla habían acabado por convencerle. Al fin y al cabo, los españoles pronto se convertirían nuevamente en enemigos.

Cubillo les había dicho que había un pequeño prado frente a la cascada, en el que podrían desplegar sus capas y sentarse cómodamente a disfrutar del banquete.

Efectivamente allí estaba la campa, frente a la pequeña laguna que se formaba en la base de la cascada, y era perfectamente visible desde el alto. Con el dedo se la señaló a Ahimán que parecía más preocupado por otras cosas que por disfrutar del magnífico paisaje.

—¿Ocurre algo Ahimán? —le preguntó intrigado por la actitud de su sirviente, aunque en el fondo reconocía que Ahimán siempre era así de desconfiado.

—No effendi —respondió Ahimán, sin que su cara refrendase sus palabras.

Siguieron el camino en dirección al idílico prado. Para llegar era necesario descender por una senda, que serpenteaba suavemente por la ladera de la colina, y que estaba bellamente jalonada de grandes árboles que se abrían paso entre la espesura. Era evidente que se trataba de un camino transitado, ya que la hierba no crecía en la misma medida y forma que en los alrededores, aunque se notaba que hacía días que nadie pasaba por allí.

Al pasar junto a un enorme y tupido umbú, situado en el borde del camino, los dos esbirros de Edwards saltaron sobre Ahimán desde el árbol, golpeándole con gran violencia. Consiguieron descabalgarlo, mientras Lee se abalanzaba sobre Manex, propinándole un fuerte empujón y derribándolo también del caballo. Ahimán, aún sin reponerse del golpe inicial, porfiaba con los dos esbirros que habían conseguido inmovilizarle las manos, y trataban de ponerse a horcajadas sobre el egipcio para asestarle un golpe o una puñalada mortal.

Manex por su parte, completamente aturdido por el golpe, no conseguía deshacerse de su oponente, que le tenía sujeto por su brazo retorcido haciendo que tuviese que clavar su cara en la hierba para evitar que le rompiese el brazo. Lee le asestó un golpe en la parte posterior de la cabeza, que dejó a Manex semiinconsciente.

Ahimán, a pesar de moverse como un gato enfurecido, no conseguía mejorar su posición respecto a los fornidos secuaces. Repentinamente, haciendo un esfuerzo sobrehumano con sus dos piernas a la vez, dio un giro sorprendente atrapando a uno de los atacantes por el cuello y haciéndole rodar a tierra, mientras hacía que la presión de sus piernas sobre el cuello le cortasen la respiración. Era el mismo truco que ya había utilizado con el esbirro de Ezpeleta y que en aquella oportunidad había resultado inútil. El otro sicario de Edwards, cometió entonces el error que le costaría la vida, ya que aflojó su garra sobre Ahimán para intentar socorrer a su compañero, lo suficiente para que el egipcio, con la punta de sus dedos, extrajese uno de sus puñales de la bocamanga y en un rápido movimiento, se lo clavase en el costado a la altura de corazón dejándole muerto en el acto.

Mientras tanto el capitán Lee, había dado la vuelta a Manex y le había dejado boca arriba medio asfixiado, y sentado a horcajadas sobre su abdomen le registraba la casaca en busca del preciado zurrón verde.

Ahimán, recuperado de su desigual combate con los esbirros, miró de reojo a su amo, se incorporó rápidamente y se dispuso a acabar con el segundo de sus

adversarios antes de dirigirse contra el capitán inglés. El truhan le miró con cara despavorida al ver la expresión malévola en la cara y en los ojos del egipcio. Con un puñal en cada mano, Ahimán ejecutó un movimiento de aspa, que cortó la garganta del matón en los dos sentidos simultáneamente, haciendo que la cabeza casi se desprendiese del tronco.

Giró sobre sí mismo y se encaró con el inglés, que al no tener mayor oposición por parte de Manex, estaba atento a los movimientos de Ahimán. Mientras avanzaba hacia él con su inconfundible mirada asesina, el capitán Lee trataba de desenfundar el pistolón que llevaba ceñido al cinto.

La bala del pistolón, partió con un ruido atronador y atravesó el costado del egipcio, que sintió como se desgarraba la carne, quedando hecha girones al tiempo que la pólvora le quemaba la piel como la mordedura de una cobra.

Ahimán, con la mirada fija en el inglés, cayó al suelo girando sobre sí mismo, mientras que su mano derecha ejecutaba aquel movimiento de muñeca, marca de la casa, y el puñal imprimía en el aire un siseo de muerte. El cuchillo se clavó con total precisión en el cuello del capitán Lee, atravesándolo de parte a parte, justo en el momento en el que este se disponía, a horcajadas sobre Manex, a asestarle el golpe final, creyendo que la bala había segado la vida del odiado egipcio. La sangre brotó a borbotones atragantando al moribundo, que miraba al vacío con expresión de asombro, mezclada con el pavor por la llegada de la muerte.

Manex, aturdido por el estrangulamiento al que le había sometido el inglés, apenas se había percatado de la tragedia que acababa de tener lugar a su alrededor, y a duras penas conseguía recuperar la visión. Ahimán, con el costado empapado de sangre, tendido a escasos metros de su señor, esperaba resignado la muerte. Él, que era vehículo de la tenebrosa dama, la esperaba resignado, sin reproches y sin palabras. «Ven, dulce muerte, ven, si ese es mi destino», pensó. Recordó en un instante, a muchas de las personas que habían perecido por su mano y pensó en lo que habrían sentido al ver que la vida se les escapaba entre los dedos como granos de arena. Así que aquello era lo que se sentía cuando ella llegaba, pensó aliviado en la sensación de paz y descanso que le envolvía, antes de sumirse en un sueño, casi feliz.

Cubillo llegó al galope con Olegario y sus soldados y descabalgó incluso antes de que el caballo se hubiese detenido. Corrió hacia Manex, que aunque tenía los ojos abiertos permanecía inerte con la mirada perdida en el más allá. La falta de oxígeno le había sumido en un estado de catalepsia. Pero estaba vivo.

Olegario por su parte, se cercioró de que los dos esbirros de Edwards estuviesen completamente muertos. Así era. Los puso boca arriba y los reconoció. Eran la basura que solían utilizar los ingleses para los trabajos sucios. Cazadores de las marismas de la Florida que se acercaban a La Havana para traficar con oro, que los indios semínolas les vendían en la desembocadura del río Miami. Escoria inglesa. Escupió sobre ellos antes de correr a interesarse por el egipcio.

Por su parte los tres soldados se habían acercado a Ahimán y trataban de detener

la hemorragia en el costado del egipcio, aplicándole unas compresas hechas con girones de la camisa del propio Ahimán.

—Está vivo —alertaron a Cubillo, que tras comprobar el estado de Manex quería interesarse por el siniestro sirviente del francés—, aunque malherido —puntualizaron los soldados.

—¡Hacedle una cura de urgencia y lo trasladaremos a la residencia! ¡Olegario improvisad unas parihuelas! —ordenó Cubillo.

En la camilla improvisada y unida al caballo por dos largas pértigas, los soldados iniciaron el lento regreso hacia la hacienda de Cubillo, con la casi total seguridad de que aquel esqueleto que yacía en la misma no vería la luz del nuevo día, tal era el daño que la bala disparada por el capitán inglés había causado en el costado del sirviente de Manex. El rostro de Ahimán lucía pálido como la luna de los muertos y la cicatriz que le había dejado el látigo de sirviente de Ezpeleta, allí en la lejana San Sebastián, destacaba con siniestro contraste. Viéndolo así, casi se podía sentir piedad por aquel asesino.

Los soldados de Cubillo habían conseguido recuperar el caballo de Manex, que vagaba por las inmediaciones del lugar en el que se había producido el ataque de los ingleses.

Manex presentaba un aspecto lamentable, con la casaca hecha girones y completamente manchada de sangre de las diferentes heridas que había sufrido mientras peleaba con Lee. Estaba lleno de polvo de revolcarse por el suelo y en algunos lugares de su casaca se apreciaban gruesas costras de sangre mezclada con arena del polvoriento camino. Sin embargo, en ningún momento se había preocupado por el zurrón verde porque desde que había llegado a la estancia de Cubillo lo había escondido en un recodo de uno de los cabrios que sujetaban el artesonado de la habitación, y por tanto el maldito ingles solo había estado a punto de arrebatarle su vida, pero sin la recompensa final de descubrir la naturaleza del envío.

EL MONTE

El Monte
Territorio de los Orishas
Selva cubana

-1-

Tal y como había convenido con Cubillo, Manex tras consultar por última vez el mapa que le había elaborado el español, se acercó al límite exterior de la inmensa finca, se apeó de su caballo, lo ató a un árbol y de un ágil salto traspasó los muros que la delimitaban, para continuar el viaje caminando despacio por una vereda que se internaba en la selva.

Tras recorrer un largo trecho y trepar por una ligera colina, los límites de la estancia ya solo se divisaban a lo lejos. Llegó al cruce que le habían indicado y el sendero principal por el que él caminaba giró a la izquierda, para internarse directamente en un frondoso bosque que se adivinaba al frente.

Todavía faltaba un rato para la puesta del sol, así que mientras caminaba, se dedicó a disfrutar de un paisaje exuberante y de un verde casi lujurioso, que sin duda debía de tener su trascendencia en la forma desenfadada de ser de los nativos. El camino no estaba nada frecuentado, y cuando se había alejado un cuarto de legua, solo se percibían los sonidos de la selva.

Se detuvo varias veces de manera distraída, simulando contemplar algún accidente del terreno o alguna planta interesante, mientras se cercioraba de que nadie le seguía, y aunque se sentía casi seguro de que era así, tampoco podía descartarse, pues la vegetación brotaba por doquier con una fuerza y una proliferación que hacía imposible distinguir nada que estuviese fuera de la franja visible del camino que quedaba tras él.

Se tocó el costado derecho en un gesto que casi era una rutina, y sintió nuevamente el alivio de percibir el pequeño abultamiento que producía el zurrón con los documentos. Podía sentir la tensión que se acumulaba en su cuerpo, que intuía la

llegada del momento decisivo de aquella aventura, que se había iniciado hacía ya más de dos meses atrás, en la lejana Francia. Suspiró al recordar la ceremonia de la Logia, que había marcado el comienzo. La sucesión de acontecimientos le había mantenido en una tensión tal, que las huellas de su deterioro físico eran ahora evidentes. A pesar de que estaba familiarizado con el clima tropical por su larga estancia en la Martinica, acusaba la temperatura y sobre todo la humedad. Sintió sed, pero la reprimió inmediatamente pues no podía saciarla, y además, aunque hubiese encontrado agua, tenía que obrar con cautela pues las posibilidades de ingerir agua contaminada eran altísimas fuera de la ciudad, y aquel era un momento altamente inapropiado para enfermar del estómago, o peor aún, contraer la malaria. Tampoco había que despreciar los mosquitos, que aunque todavía no habían hecho aparición, no tardarían en hacerlo, sobre todo en aquella zona tan cercana a la marisma. Sacó de su bolsillo una pequeña terrina que le había preparado Candelaria, y se untó un poquito en la cara. La terrina contenía un ungüento de color blanco, que sin duda era sebo mezclado con alguna planta o raíz, y que despedía un hedor absolutamente insoportable. Al parecer, aquella porquería era un remedio imbatible para los mosquitos pequeños y letales que pululaban por toda la isla.

Llegó por fin al pequeño claro, en cuyo centro reinaba majestuosamente un enorme jagüey de casi treinta codos de altura y cuya enorme copa proporcionaba un refugio natural de grandes dimensiones, y libre de la espesura, que no podía proliferar bajo sus ramas, privada de los sagrados rayos de aquel sol plomizo. Observó que desde ese punto partían varios caminos que inmediatamente después desaparecían en la selva.

Calculó mentalmente que llegaba como había convenido con Cubillo. Una hora antes del ocaso. El claro estaba vacío. Se acercó al tronco del árbol, para contemplar el magnífico espectáculo de sus enormes ramas, que se abrían como grandes brazos sujetando una enorme cúpula de grandes y verdes hojas. Se sentó sobre una mullida capa de tierra vegetal, que formaba un amplio círculo alrededor del tronco, y sintió su humedad. En ese momento, el silencio que envolvía el paraje se le hizo evidente. Era un silencio sobrecogedor, que se hacía más evidente aún en un país donde el ruido animal competía con el humano en intensidad y perdurabilidad, y al que uno se acostumbraba de tal manera, que luego no podía vivir sin él. Sintió una ligera brisa que le refrescaba el rostro, y una placidez que no había experimentado desde hacía mucho tiempo, mucho antes de partir para América, desde los tiempos de felicidad a los que le había conducido Eugene. Bendita Eugene. El sueño le vencía, y en él flotaba Eugene…

«Aláleilú Aláleilú Aláleilú»

«Avanzaba hacia el cruce de caminos como movido por la brisa, deslizándose sin pisar el suelo, sin esfuerzo, atraído por el sonido de aquel nombre sin sentido que se

repetía en su mente como una letanía y que le llenaba de placidez y de calor. Llegó al cruce y cuando se iba a situar en la encrucijada, dudó. Vaciló. Había tres caminos además del que pisaba y no sabía qué hacer. Retrocedió tres pasos. Tres veces. Luego avanzó seguro de sí mismo hacia la luz.

»Era una luz brillante que brotaba del suelo, entre la hierba, y se dividía en dos como dos pupilas que le miraban fijamente. Era un obí seco, un viejo y seco coco. Lo recogió y se lo llevó con él. Contó lo que había visto pero nadie le creyó. Se reían de él. Embustero, le llamaban mientras las risas sonaban a su alrededor agudas e hirientes, crueles y despectivas, como solo las risas femeninas pueden ser. De repente todo se iluminó. El viejo y seco obí tomo vida para asombro de todos y brilló serenamente en medio de la estancia y entonces apareció la muerte…».

—¡La muerte, la muerte! —gritó sobresaltado.

Despertó con una gran inquietud y ante él una cara negra y grande, con dos enormes ojos negros inyectados en sangre, que le miraban fijamente con una mezcla de asombro y sorna, mientras la cabeza, enorme también, y coronada por una especie de cofia blanca, se inclinaba hacia él como una gargantúa dispuesto a comérselo.

Debía de tener una pinta horrible y asustada, porque la negra que le miraba comenzó a reírse como si aquello fuese divertido. Se levantó de un salto y recuperó su sombrero en un rápido ademán, mientras miraba a la negra con incredulidad y un poco de hostilidad, provocada más por su aturdimiento que por la sensación de amenaza. De hecho la negra tenía una expresión bonachona y confiable.

—¿Quién diablos eres tú? —le espetó, mientras se sacudía los restos de tierra y ramas adheridos a su traje.

—Soy Mayalí —le dijo exhibiendo una enorme sonrisa y una dentadura blanca y equina—. Me envía el señor Cubillo —añadió, volviendo a sonreír.

—¿Y dónde está el señor Cubillo, Mayalí? ¿Cuándo llegará?

—El señor Cubillo no va a venir. Tiene asuntos en la ciudad. Mayalí le llevará.

—Pero si yo no sé a dónde tenemos que ir, y dudo que Cubillo haya sido tan insensato como para decírselo a alguien.

—No se preocupe señor, Mayalí le lleva.

—Sí Mayalí, pero ¿a dónde me llevas?

—Al tambor batá[43], señor.

Sin mediar ninguna otra palabra o indicación, Mayalí movió su orondo trasero en dirección a uno de los senderos que partían del cruce, y se internó en la espesura. Manex corrió para alcanzarla, y se puso a su altura dispuesto a continuar su interrogatorio.

—¿Qué es un tambor batá?

—Batá. El tambor de los Orishas[44]. Pero ¿dígame señor? ¿Por qué gritaba así cuando se despertó?

—Era solo un sueño.

—Ah sí. ¿Y qué soñaba el señor para gritar tanto?

Manex le contó el sueño motivado por un súbito sentimiento de confianza hacia aquella negra rechoncha y preguntona, que le miraba ahora con una seriedad pasmosa.

—Era Eleggua[45] —fue su misteriosa respuesta.

—Mayalí ¿se puede saber de qué estás hablando?

Ella le miró de nuevo, pero esta vez con una expresión reverencial en sus ojos, aunque no dijo nada ni hizo ademán de hablar. Tan solo apretó el paso levemente.

—Tenemos que asegurarnos que nadie nos sigue, Mayalí.

—Nadie nos sigue, señor. Mayalí conoce el Monte[46] y sabe que nadie persigue al señor. Elegguá le protege.

Se adelantó a ella en un par de zancadas y se plantó en medio del camino a horcajadas, dispuesto a aclarar la situación con aquella esclava descarada.

—Mira Mayalí, el asunto que me trae aquí es muy importante y todavía no se muy bien qué me hace seguirte. Tenía una cita con el señor Cubillo, que no ha acudido, estoy aquí en mitad de la selva contigo, y no tengo ni idea de a dónde me llevas, y además, no haces más que hablarme de ese Elegguá y de ese Batá, y creo que me debes una pequeña explicación antes de continuar.

Mayalí se detuvo frente a Manex, que le sacaba fácilmente un codo y le miró con enojo, mientras pensaba que aquel blanco no era quién para hablarle así, pero recordó el sueño, y pensó que, si Elegguá se había revelado a él, seguramente era porque deseaba que le hablase de él. Había comenzado a oscurecer, y las sombras se iban apoderando progresivamente de la espesura. Mayalí eligió un tronco caído al borde del camino, e invitó a sentarse a Manex y en ese momento los tambores empezaron a sonar en la lejanía. Despacio, con un ritmo suave y misterioso.

—Elegguá es el dueño y guardián de las puertas y de los caminos, y el sueño que has tenido bajo el árbol es la historia de su nacimiento, y seguro que Elegguá le ha pedido a Osain[47] que te lo transmita mientras dormitabas en sus dominios.

—¿Quién es Osain?

—Osain es el dueño del Monte y de las hierbas y uno de los caminos de Elegguá. Es además amigo de Changó[48].

Manex sintió ganas de lanzar una sonora carcajada, pero volvió a sentir los tambores en la lejanía, y percibió una ligera brisa que le rozaba la cara.

—Elegguá te saluda con el viento y los tambores proclaman Alalú Banché. Tienes suerte de gustarle a Elegguá, porque puede ser muy malo si te adentras en los caminos sin su beneplácito. Afortunadamente tú no tienes nada que temer. Ven, continuemos —le dijo tirándole de la manga y haciéndole ademán para continuar.

—Sí, pero dime antes, ¿qué religión es esta que practicáis?

—Regla lucumí[49] de los Orishas. Santería.

Retomaron el camino mientras la noche se cerraba en torno a ellos, y los tambores lo dominaban todo, envolviendo el aire con vibraciones extrañas, mezcla de placidez y de bienestar, de luz y de oscuridad, de curiosidad y de miedo.

El ritmo de los tambores subía de tono despacio, pero incesantemente, y su sonido se entremezclaba con una letanía todavía ininteligible, pero suavemente contrastada con el ritmo. No había forma de entender lo que decía, pero sonaba misteriosa, en aquel bosque sumido en la penumbra. Mayalí había tomado la mano de Manex, y le conducía por el sendero con la misma seguridad que si portase una bujía. De repente se detuvo y le susurró:

—Llegamos tarde. La ceremonia ya ha comenzado. Está consagrada a Yemayá[50]. Sígueme y no te detengas hasta que yo te lo indique, y sobre todo, no digas nada.

Algo que podía sentir, pero no expresar, le impidió responder con palabras, aunque apretó suavemente la mano de Mayalí en señal de aprobación. La negra se acicaló durante unos breves segundos y retomó la marcha.

Ahora el resplandor era cada vez más visible, y permitía ver la silueta de la vegetación que rodeaba el claro en el que tenía lugar la ceremonia. El ritmo de los tambores seguía su progresivo *cresccendo*, y la letanía de un coro daba soporte a una voz más aguda, que repetía algo más allá de la comprensión de Manex.

El grupo estaba situado de manera semicircular en torno a una hoguera, y en la parte frontal del semicírculo, un altar presidía la ceremonia. Todos vestían de un blanco luminoso. Las mujeres llevaban faldas y corpiños, y el pelo recogido con vistosos pañuelos. Los hombres, pantalones y camisas ajustadas, también blancas. Frente a ellos, un individuo pintado ritualmente dirigía la ceremonia, y a su derecha, tres negros de cuerpos fibrosos tocaban enérgicamente los tambores, que llevaban escuchando desde hacia un rato. Las personas situadas en torno a la hoguera, se movían rítmicamente mientras entonaban una letanía indescifrable. Se movían sin hacer movimientos bruscos, con una elasticidad sorprendente, y no paraban de moverse en ningún momento. Se movían y se movían, como si fuesen juncos mecidos por la suave brisa del amanecer, pensó Manex.

Mayalí le condujo, tirando de su mano con suavidad, hacia la parte central del semicírculo, en un punto situado frente a la hoguera. Esta posición le impedía ver el altar, y en ocasiones tampoco podía ver al sacerdote, lo que molestó a Manex que estaba fascinado por lo que estaba viendo. Todos se movían al unísono coordinados con el ritmo imparable de los tambores, con una armonía difícilmente descriptible, y completamente sorprendente para un blanco. Mayalí permanecía a su lado, pero le había soltado la mano y había comenzado a moverse rítmicamente, como el resto de las personas congregadas. El sacerdote comenzó a recorrer el círculo, con una especie de botella de rara forma en sus manos, de la que los asistentes iban bebiendo. Llegó hasta Manex y le miró con sus grandes ojos negros, que relucían en sus órbitas pintadas de blanco y rodeadas por líneas amarillas que luego se extendían por el rostro formando círculos, y que desaparecían caracoleando por su cuello bajo su túnica negra con lunares rojos. Le acercó el recipiente, y le susurró unas palabras que Manex no entendió:

Tendúndu kipungulé
Nani masongo slánbansa
Sese maddié silanbáka
Bica dioko bica ndiambe
Sesé maddié, sese maddié

Manex dudó, en un principio en aceptar la oferta, pero el gesto enérgico del *babalao*[51] le hizo bajar la cabeza hacia la boca de la botella y tomar un trago del misterioso brebaje que contenía.

Elegguá aké boru aké boyé
tori torú la yá fi yoruaré

El sabor del líquido le agradó. Era dulzón y además tenía un regusto agradable de ron de caña del que Cuba producía grandes cantidades. Sintió como el sabor agradable le recorría la garganta y su mente voló hacia Valerie, aquella mulata que había turbado sus sueños cuando había residido en la Martinica. Una sensación placentera se instaló en su cuerpo, y casi sin darse cuenta, comenzó a moverse como los nativos que le rodeaban.

El ritmo era fascinante. No era especialmente rápido ni especialmente lento, ni especialmente fuerte, ni especialmente suave, ni especialmente agresivo, ni especialmente amable. Era simplemente irresistible.

En algunos momentos el ritmo de los tambores cesaba súbitamente, pero solo para comenzar de nuevo con diferente cadencia y ritmo, penetrando los cuerpos, meciéndolos como la brisa mece los juncos del cañaveral, seduciéndolos como los muslos calientes de Valerie.

Las mujeres y los hombres a su alrededor giraban sobre sí mismos poseídos por la magia de aquel ritmo endemoniado, que anulaba las consciencias y dejaba la mente flotando en la noche cálida del trópico, seducida por las llamas de la hoguera.

Nuevamente el sacerdote se acercó a Manex, que volvió a tomar un largo trago de aquel brebaje seductor. Ya no era el mismo Manex que había llegado al claro una hora antes. Ahora su mente estaba abierta a lo espiritual, a lo recóndito del ser humano, a lo que le une con el más allá. Deambulaba más allá de la razón, en el lado oscuro del ser, en lo desconocido.

Una de las mujeres que giraba sobre sí misma de manera frenética comenzó a tener unos espasmos terribles, como si estuviese poseída. Su cabeza y sus hombros se contraían sobre sí mismos, al tiempo que lanzaba sonidos del más allá.

La música cesó súbitamente. El sacerdote se acercó a la mujer y la agarró fuertemente por los hombros. En un lenguaje ininteligible para Manex, comenzó una conversación con el otro mundo, más allá de las tinieblas y los habitantes de este mundo. Una forma de conversación con el más allá, que los esclavos negros habían traído de las tierras africanas, de las que habían sido arrancados a sangre y fuego, muchas veces tras el asesinato de familias enteras. El parlamento entre ambos

mundos se prolongó por varios minutos en los que la poseída, trajo a este mundo noticias del otro y predicciones del futuro para los asistentes a la ceremonia. Todo estaba en paz. Ya podíamos volver a la vida. La muerte había enviado su mensaje y podía esperar. La eterna ceremonia de muerte y renacimiento se había consumado.

Nuevamente los tambores comenzaron a sonar rítmicamente. Era un ritmo más sosegado, más tranquilo. Un ritmo que te traía más que te llevaba. Ya se había realizado el contacto con el más allá y ahora era imprescindible volver a conectar con el más acá, con la realidad cotidiana, con el trabajo de sol a sol, con la miseria de sus vidas, con la crueldad de sus amos.

Manex sintió como su mente se dormía completamente, mientras su espíritu se mantenía alerta. Giraba y giraba sin cesar en un torbellino de emociones. Primero fue Valerie la que había ocupado su deseo, luego su mente había navegado por las arenas de Egipto y por el alma oscura de su sirviente Ahimán, por las nieblas del océano tenebroso de la indignidad del barco negrero, pero finalmente Eugene se había impuesto a todas las sombras y le traía la luz de la esperanza, de una nueva vida, radiante, esperanzadora y plena junto a ella.

¡Eugene! ¡Eugene!…

Hacienda de Andrés Cubillo
Santa Fe
-2-

Ahimán despertó en la cama súbitamente, pero permaneció inmóvil escrutando la noche. Reinaba la oscuridad más completa, aunque desde la ventana se filtraban algunos rayos de la luna creciente. Sus ojos se movieron de un lado al otro de la estancia. Nada se movía a su alrededor. Solo el chirrido inmisericorde de las alas de las cigarras, dominaba sobre cualquier otro sonido. Hacía calor, mucho calor. Sus vendajes estaban empapados de sudor y sangre. Sintió su tacto espeso sobre su piel. La herida comenzó a dolerle en cuanto fue nuevamente consciente de ella, pero apretó los labios y reprimió cualquier gesto de dolor.

No estaba acostumbrado a dormir en la habitación de los señores, pero Manex se había mostrado inflexible en este punto, antes de su partida hacia la selva para reunirse con Cubillo. Acostumbrado a dormir sobre una esterilla en el suelo, la mullida cama le parecía una tortura.

Sintió una enorme frustración y trató de incorporarse, pero la profunda herida de su costado se reveló contra él. Sintió un dolor horrible, pero no pronunció ningún grito. Si algo había aprendido en su anterior vida era a soportarlo todo. Desde el día en que nació, su vida estuvo presidida por el sufrimiento. No había esperanza para los pobres de aquel Egipto en el que vio la primera luz.

Ni siquiera sabía que día había nacido. Nada significó este acontecimiento, salvo que su madre no pudo trabajar ese día ni los siguientes, lo cual supuso un trastorno para todos pues su contribución al trabajo común era necesaria. No hubo fiestas, ni alborozo, ni celebración alguna que distinguiese ese día del anterior o del que estaba por venir. Fue un día más bajo el sol eterno de Egipto.

Su padre no se alegró por su nacimiento, pues suponía una boca más a alimentar en el futuro y que además, su madre perdiese el tiempo amamantándole durante la

época de la recolección, de la que dependía en gran medida la supervivencia de la familia. Cuando creía que los dioses no podían escucharle, el desdichado deseaba la muerte del recién nacido para alivio de sus penas, aunque nadie podía asegurar que hubiese intentado acabar con su nuevo hijo, al contrario de lo que había sucedido cuando nació la pequeña Sirla, que murió ahogada en el gran río en un descuido de su madre, el año anterior al nacimiento de Ahimán. Todos recordaban cómo recorría los cañaverales y en su delirio de borracho maldecía a los dioses, y se maldecía a sí mismo por lo que había hecho a la pequeña.

Tampoco se alegraron los seis hermanos, para quienes Ahimán significaba solamente menos comida, aunque había que decir en su favor, que mientras creció junto a ellos, siempre le ayudaron y protegieron como al pequeño de la familia y hasta le tomaron gran afecto, en algunos casos como Nahin, el segundón, que se tomó su protección como algo personal y aunque poco dado al trato afectivo, siempre mantuvo un ojo abierto para saber dónde se hallaba el pequeño «Imán», que era como le gustaba llamar a su hermano. Pero su protección cesó con su muerte, después de alistarse en el ejército del Rey, para luchar contra algún enemigo extranjero.

Desde ese momento su vida fue más difícil si cabe. En cuanto tuvo edad suficiente, hubo de trabajar ayudando a su madre, primero en las pequeñas tareas del campo y de la casa, y a medida que su fuerza se lo permitía, acarreando madera y agua o fardos de paja para el ganado.

Y entonces llegó el día nefasto en el que con nueve años, su padre lo vendió a un mercader sirio que se había perdido en los intrincados caminos del delta, y que para su desgracia, había ido a parar frente a las chozas del poblado de Ishkir en el que habitaban. Al ver al pequeño Ahimán, espigado y fibroso, había comprendido enseguida que sería una extraordinaria mercancía para los monjes negros de las montañas, y por una pequeña cantidad de dinero y la vaga promesa de darle una educación, su padre le había entregado a aquel mercader de Damasco.

Los dolorosos recuerdos de su vida solo consiguieron que sus escasas fuerzas le abandonasen y que volviera a sentir la herida sangrante bajo los paños. No quería seguir sufriendo de aquella manera, así que se concentró sobre un punto situado entre sus dos ojos como le había enseñado su maestro Kasim y poco a poco el dolor comenzó a remitir. Era inútil luchar contra lo que estaba escrito.

Poblado de los contrabandistas
Oeste de Cuba
-3-

Manex despertó suavemente. Su consciencia comenzó a volver, pero de una manera dócil y placentera, que alternaba momentos de comprensión y momentos de somnolencia. Su conexión con la realidad llegaba a intervalos. Veía el techo de paja que aparecía y se desvanecía, y veía rostros en la niebla. Las voces sonaban lejanas e irreconocibles. Voces masculinas, que se mezclaban con otras más agudas, que podrían ser de mujeres o quizás de niños. Todo giraba, aunque no se sentía mareado. Giraban los rostros como si estuviesen estampados en el techo de cañas, del que colgaba algo que no podía reconocer.

Lo que podía ser un hombre se acercó, le tomó de la cabeza y le incorporó suavemente, para que pudiese ingerir un líquido que le pareció agua. Volvió a su profundo sueño, pero despertó nuevamente de forma súbita, como si solo hubiese transcurrido un segundo. Su mente estaba más lúcida, y con desconcierto miró a su alrededor para encontrarse con las miradas de dos hombres, que le sonreían divertidos.

—*Monsieur* Lamark, parece que regresa al mundo de los vivos —le sonrió uno de los rostros que no conocía y que le miraba desde la cabecera del camastro.

—Y parece que lo hace definitivamente —apostilló el otro hombre, al que tampoco reconoció y que estaba situado al pie del lecho o de lo que pudiese ser aquel artilugio sobre el que descansaba—. Lleva un día debatiéndose entre ambos mundos, señor Lamark —añadió mientras devolvía la sonrisa al otro hombre.

De repente un pensamiento cruzó la mente de Manex de forma violenta.

—¡El zurrón! —gritó desesperado, mientras trataba de incorporarse en el camastro.

Los dos hombres a los que ahora podía ver con claridad sonreían divertidos.

—No se preocupe *monsieur*, aquí está su preciada pertenencia —le respondió el que parecía más elegante de ambos, mientras le tendía el dichoso zurrón verde—. Si hubiésemos deseado robárselo seguramente ya no estaríais entre los vivos, *monsieur*.

—No se preocupe *monsieur* Lamark —continuó el otro hombre—, vamos a enviarle a una muchacha para que le ayude a asearse y recuperar la compostura. No es cuestión de hablar de negocios de cualquier manera, somos gente civilizada al fin y al cabo. Luego continuaremos la conversación en otro lugar más agradable y apropiado.

Abandonaron la cabaña al tiempo que con un sonoro grito se dirigían a una de las chicas, que respondía al nombre de Lisa. La tal Lisa era una mulata alta y espigada que se acercó, portando ropas limpias, que dejó junto al camastro para desaparecer nuevamente, antes de regresar con un cubo de agua caliente y unos rudimentarios útiles de limpieza.

Comenzó a quitarle la camisa y a la mente de Manex acudió nuevamente el recuerdo de los tiempos de pasión con Valerie en la Martinica. Valerie había estado presente en sus sueños y en aquel delirio que había vivido en la ceremonia. Su mente comenzó débilmente a recordar. En estado de consciencia el recuerdo de Valerie no duró más que la breve excitación producida por la cercanía de la muchacha. Su corazón era de Eugene y solo a ella se entregaría.

—¿Cómo te llamas? —Se dirigió a la muchacha con dulzura.

—Lisa —le respondió sumisa, mientras apartaba los ojos de los suyos.

—Gracias Lisa. Yo me las arreglaré solo. Puedes regresar a tus obligaciones.

—Pero el señor La Bruyere se enfadará si no le ayudo —respondió con un gesto temeroso en los ojos.

—No te preocupes Lisa. Yo hablaré con el señor La Bruyere y nada te ocurrirá —le tranquilizó Manex.

Así que uno de los dos hombres que le habían atendido era La Bruyere. Nunca lo hubiese dicho. Había oído hablar de él. Era un conocido contrabandista francés, que había tenido que poner pies en polvorosa en Francia, perseguido por la justicia del Rey, y se había trasladado al Nuevo Mundo, donde a la vista estaba, continuaba con sus negocios habituales. Sin embargo, Manex siempre había tendido a pensar que los rasgos físicos de tal personaje serían atléticos y viriles, y ninguno de los hombres que había visto respondía a tales atributos. Su intriga por saber cuál de los dos sería el contrabandista creció por momentos.

Una vez aseado, y vistiendo nuevas ropas, abandonó la estancia. Estaba en un poblado de sencillas cabañas de adobe con techos de paja, construidas en el perímetro de un claro del bosque, en cuyo centro se adivinaba una fogata apagada. Evidentemente era el lugar en el que se había celebrado aquella absurda ceremonia, en la que él había acabado inconsciente, tras ingerir las pócimas que le habían obligado a tomar. Hubo de reconocer, sin embargo, que no le habían dejado un mal sabor de boca. Los sueños habían sido más bien agradables. Ya habría momentos para

recrearse en ellos.

Mas allá de las cabañas, la selva recuperaba su esplendor, aunque no se trataba de una selva especialmente enmarañada. Junto a un hermoso árbol, en un pequeño altillo, había una casa de madera de estilo europeo y de dos pisos. Evidentemente debía de tratarse de la residencia de La Bruyere. Se dirigió hacia ella, e inmediatamente vio a uno de los dos hombres que aparecía por la puerta de la casa y le hacía ostensibles signos de que se acercase. Como el caballero quedó esperándole sonriente, Manex apretó el paso, para evitar a su anfitrión una indeseada espera.

Subió los primeros peldaños con enérgica elegancia y se acercó al hombre de aspecto bonachón y cara sonriente que le esperaba para saludarle.

—Señor Lamark, sea usted bienvenido a mi humilde morada —le dijo mientras le tendía la mano y sonreía—. Hervé La Bruyere, para servirle —añadió.

—Gracias por su bienvenida *monsieur* La Bruyere —le respondió Manex mientras mentalmente se sorprendía. Así que aquel era el contrabandista. Desde luego no lo parecía. Nada más alejado de los rasgos viriles y atléticos que siempre imaginó.

—Entremos —continuó La Bruyere—, el señor Zelaieta nos espera en el comedor. Estará hambriento…

—Pues sí —respondió Manex, a quien, a decir verdad, las pócimas ingeridas habían despertado un apetito voraz—. He de reconocer que la ceremonia de ayer resultó sorprendente.

La Bruyere rió divertido por la confusión de Manex. Había que reconocer que aquellas cosas que tomaban los nativos eran desconcertantes y sus ceremonias inquietantes. Hogueras en la noche, tambores salvajes, pócimas y ungüentos, cuentos y leyendas, vuddú, y todos salían corriendo. Pero a él le venían bien, la superstición siempre fue un buen aliado de los contrabandistas.

—*Monsieur* Lamark. No se preocupe por nada. No estamos en el poblado en el que se celebró la ceremonia, que esta demasiado cerca de la ciudad y por si no ha reparado en ello, ha pasado dos días durmiendo mientras viajaba. Esté tranquilo que está en buenas manos.

—Pues adelante La Bruyere, saboreemos esos manjares —sonrió mientras le hacia ademán de entrar en la vivienda.

La estancia era un enorme salón rectangular, lleno de todo tipo de comodidades, algo que nadie hubiese sospechado desde el exterior. Una escalera en la parte izquierda proporcionaba acceso a la segunda planta y varias puertas conectaban con estancias auxiliares situadas a los lados de la casa.

En la mesa circular dispuesta en la parte derecha de la estancia, junto a un enorme ventanal, Zelaieta esperaba mientras degustaba una copa de vino de Oporto, cuya botella abierta Manex distinguió sobre la mesa, entre los diferentes platos y fuentes rebosantes de comida.

Zelaieta era el otro hombre que había encontrado junto a la cama al despertar. Más alto y elegante que La Bruyere, tenía cierto aire aristocrático. Su rostro alargado

y su pelo blanco, resaltaban el fulgor de sus ojos, y su vestimenta elegante le confería un aire de autoridad, que contrastaba con el vestir desenfadado del contrabandista.

—Le presento al señor Zelaieta —indicó La Bruyere ufano—, representante de la Compañía Armera de La Havana, que a su vez representa los intereses de la Compañía de Armas de Lyon en esta parte del mundo, tan necesitada de tales utensilios —concluyó socarrón.

Se estrecharon las manos y Manex tomó asiento frente a Zelaieta, en tanto La Bruyere se sentaba a la derecha de Manex. La Bruyere miraba despreocupado hacia las viandas dispuestas sobre la mesa, y como si no fuese con él, inició la conversación con un aire distante.

—¿Y cómo está el viejo Montagnac? —preguntó sonriente, sabedor de que la pregunta causaría sorpresa a Manex.

—¿Conocéis a François Yves de Montagnac? —contrapreguntó Manex totalmente sorprendido de que semejante conexión fuese posible.

—Le conozco muy bien. Diría incluso que fuimos amigos, antes de tener que ausentarme inesperadamente de Francia —respondió burlón—. Le hice muchos e interesantes trabajos en aquellas tierras.

—No me digáis que vos también le conocéis… —preguntó Manex dirigiéndose a Zelaieta, que también asentía divertido con un gesto de la cabeza—. Mi asombro es total caballeros.

—Ciertamente que le conozco y además también le tengo por amigo, querido Manex, si me permitís el tratamiento familiar. Yo también soy de origen vascón como vos, y fue gracias a François que pude alcanzar el honor de representar a la Compañía de Lyon en América. Además de armas francesas también vendo armas españolas fabricadas en Vasconia, concretamente en la villa armera de Eibar. ¿Quizás la conocéis?

—Ciertamente, *monsieur* Zelaieta, la fama de las armas fabricadas en esa villa vascona es universal, así como la tenacidad de sus habitantes…

Manex no tuvo tiempo de terminar la frase. La Bruyere les interrumpió mientras con un gesto les invitaba a servirse del festín desplegado sobre la mesa.

—Señores no es tiempo de cháchara, sino de deleite —dijo al tiempo que se lanzaba decidido sobre lo que parecía ser un queso.

Lisa apareció por una de las puertas laterales de la estancia y se acercó a la mesa con dos botellas de vino en la mano.

—Nada como un buen vino de Burdeos —sentencio el contrabandista, mientras lanzaba una mirada lujuriosa a la mulata, que no pasó desapercibida para Manex, aunque no podía reprochárselo dada la belleza de la mujer.

El zurrón verde estaba sobre la mesa, y La Bruyere lanzó una mirada a Manex, seguida de otra al zurrón, y nuevamente a Manex, al tiempo que con un gesto de las cejas le animó a abrirlo.

Manex sintió que los nervios se apoderaban de él. Había llevado el zurrón tanto

tiempo pegado a su cuerpo, que prácticamente formaba parte de él. Había deseado tantas veces saber su contenido, que ahora llegado el momento, le parecía imposible que estuviese a punto de desvelarse el misterio. Con gran reverencia tomó el zurrón en sus manos, y comenzó a abrir los cierres que estaban sellados. Con un cuchillo, que tomó de la mesa, rompió los sellos y abrió la solapa.

Del zurrón extrajo dos objetos cuidadosamente envueltos en una piel impermeable. Uno era cuadrado y tenía cierto volumen, como si envolviese una pequeña caja. El otro era rectangular y mucho más plano, como si contuviese documentos. Sobre el paquete rectangular, un número uno se adivinaba claramente dibujado sobre la piel. En el paquete cuadrado, un dos aparecía claramente indicado.

Manex tomó el paquete rectangular y procedió a abrir la piel que lo envolvía. Una carta cuidadosamente doblada sobre otro paquete rectangular, también cubierto por una piel, apareció ante sus ojos.

Manex tomó la carta y la leyó presa de una enorme excitación, mientras los dos hombres que le acompañaban sonreían con sus copas de vino de Burdeos en la mano.

A L.·.G.·.D.·.G.·.A.·.D.·.U.·.

LIBERTAD, IGUALDAD, FRATERNIDAD

Q.·. H.·. portador de esta carta:

Gracias por tu entrega y tesón en cualquier caso, incluso si esta carta no te es nunca leída o si lo es por quienes te hayan hecho prisionero. Has cumplido con tu deber y puedes descansar en paz.

Te habrás preguntado en innumerables ocasiones qué puede ser tan importante para la causa de América y para nuestra causa. La libertad es la razón, la libertad de América que será el motor de la libertad de toda la humanidad. Ese es nuestro sueño. Y para alcanzarla debemos de ayudar a que las cosas ocurran, además de fiarlo todo a la voluntad de Dios y al capricho del destino, que es otra manifestación de la voluntad de Nuestro Señor.

Si todo ha ido bien estarás frente a dos personas cuya identidad ya te habrá sido revelada, y como te anuncié en la anterior carta, no habrá ninguna duda sobre la necesidad de abrir los dos paquetes que acompañan a esta misiva. Las personas que te acompañan saben lo que les corresponde a cada uno de ellos.

Finalmente, serán ellos quienes te desvelen la finalidad de toda esta aventura.

Recibe, hermano, el triple abrazo fraternal y el ósculo de la Paz.

S.·.F.·.U.·.

Los dos comensales le miraban con expectación, pero completamente tranquilos. De sus rostros, que trataban de permanecer serios para no incomodar a Manex, se desprendía una mueca divertida que no escapaba al francés, y que le hacía sentir un poco ingenuo. Era evidente que ellos si sabían lo que había transportado en el zurrón verde, y esta paradoja aumentaba su ansiedad. No podía negarse a sí mismo además, que se sentía un poco ridículo, ya que en aquella estancia todos estaban al corriente de algo, que para él había sido fuente de indecibles sufrimientos durante los últimos dos meses y medio.

Abrió con delicadeza el paquete rectangular. Varios documentos cuidadosamente doblados aparecieron ante ellos.

—Creo que eso es para mí —le indicó Zelaieta tendiéndole la mano, para que se

lo acercase—. Son documentos mercantiles, querido Manex. Concretamente cartas de crédito abiertas en París y pagaderas en La Havana, pero contra bancos españoles. No están sometidas a ninguna supervisión ni francesa ni inglesa, y por tanto nadie podría conocer a qué o a quién serían destinadas. Con ellas vamos a pagar las armas que se encuentran en las bodegas de las naves del Señor La Bruyere, aquí presente, y que se encuentran escondidas en una ensenada no demasiado lejos de donde nos encontramos.

Manex, un poco decepcionado por el primer descubrimiento, abrió el paquete que contenía lo que parecía ser una caja y efectivamente fue una bella cajita nacarada lo que apareció ante sus ojos. Se la entregó a La Bruyere.

—Tengo la sensación de que esto os pertenece, *monsieur* —le dijo mientras se la tendía.

—Efectivamente jovencito, así es —respondió La Bruyere exhibiendo una rotunda sonrisa de satisfacción en el rostro.

La Bruyere miraba divertido a Manex, ya que sabía que se moría de ganas de conocer el contenido de la caja, pero como había quedado claro que la cajita era para él, podía perfectamente quedársela sin revelar el secreto de su contenido. Manex le miraba ansioso temiendo que el contrabandista acabase por no revelarle completamente el secreto de toda aquella locura.

Finalmente, tras haberse divertido con la situación, La Bruyere tomó la cajita nacarada en sus manos y la abrió.

—He de pediros completa discreción sobre lo que vais a ver, *monsieur* Manex. Apelo a vuestro juramento masónico.

—Tened completa certeza de ello *monsieur* —le dijo Manex, que en aquel momento hubiese jurado cualquier cosa que le hubiesen pedido, tal era su curiosidad.

Doce diamantes, grandes como avellanas y bellamente tallados, se desplegaron sobre el mantel que cubría la mesa, brillando con un fulgor capaz de despertar la más escondida de las ambiciones humanas. Todas las miradas convergieron hipnotizadas sobre las gemas.

—Las piedras son solo el pago de mis servicios por el transporte de las armas hasta Norteamérica —comenzó a explicar La Bruyere—. No son más que dinero fácilmente transportable y fácilmente disimulable. Relucen con el brillo engañoso de los metales, como decimos los masones. Lo importante son los documentos que habéis traído y que servirán para lo que os relataré a continuación y que constituye un gran secreto.

La Bruyere tomó la botella de Burdeos para servirse, antes de continuar el relato. Recogió las gemas que seguían sobre la mesa y volvió a guardarlas en la cajita nacarada.

—Vamos a entregar estas armas en Georgia, concretamente en la Isla del Lobo, para armar una milicia mixta de tropas regulares y voluntarios, y vamos a atacar la Florida Oriental para incorporarla a la Revolución. La dos Floridas son territorios

muy lealistas y constituyen una formidable amenaza desde el sur para nuestra causa. La misma Georgia mantiene zonas fuertemente lealistas e incluso Carolina del Sur puede estar en peligro. Es necesario diluir esa amenaza si queremos finiquitar la guerra e independizarnos de Inglaterra.

Aprovechando la pausa de La Bruyere y su ademán para servirse más bebida, Zelaieta tomó la palabra:

—La milicia lealista, creada por el Coronel Tonyn, Gobernador de La Florida y conocidos como los Rangers de Florida, son una fuerza armada poderosa y temible. Ha sido reclutada entre casacas rojas que retornaban a Europa y colonos de los pantanos. Hay algunos indios, Sénecas mayoritariamente, que también les ayudan. Además, cuentan con unas armas que nosotros no contamos. Mosquetones modernos con bayoneta. Estas armas pueden cargarse hasta tres veces en el intervalo que nuestros soldados tardan en cargar sus rifles una sola vez y además si los ejércitos están muy cerca y no hay oportunidad de una segunda carga, la suerte está echada a favor de los británicos y sus bayonetas. ¿Comprendes Manex la importancia de este envío y las razones de tanto sigilo y sufrimiento? Si los ingleses se enteran de nuestros planes de atacarles por el sur y de que disponemos de tres navíos listos y cuatro más en preparación, repletos de mosquetones y bayonetas, caerán sobre nosotros con toda su furia. Estas armas pueden cambiar el destino de América y el destino del mundo, Manex. Y vos habéis hecho posible que estas armas vayan a parar a buenas manos. Podéis sentiros orgulloso.

Manex comprendió súbitamente la magnitud de la situación, pero no por ello dejó de sentir cierto enfado con las afirmaciones de Zelaieta. Él ya había sentido la furia de los ingleses en varias ocasiones en las últimas semanas, y su criado Ahimán, se hallaba medio muerto en La Havana intentando recuperarse del último ataque de los sicarios de Su Majestad Británica. Sin embargo, su pregunta no discurrió por ese camino.

—Y vos *monsieur* Zelaieta, ¿por qué habéis tomado parte por la Revolución? Al fin y al cabo, sois un vendedor de armas que puede tener interés en ambos bandos. Cierto que sois francés, pero ¿por qué tanto compromiso?

—Somos patriotas *monsieur* —respondió Zelaieta sin poder contener cierta indignación—, y nuestro deber es servir a los intereses de Francia, pero además comulgamos con las ideas de los colonos y su deseo de propiciar una República en la que todos los hombres sean iguales ante la Ley. Yo como vos trabajo a la Gloria del Gran Arquitecto del Universo para que nuestro trilema, Libertad, Igualdad, Fraternidad, se extienda por toda la tierra —concluyó.

—Siento haberos ofendido señor Zelaieta —se disculpó inmediatamente Manex —. Uno tiende a pensar de manera simplona que los negocios están reñidos con los ideales.

—Puede que así sea en para algunas personas, pero no para mí. Como bien sabéis *monsieur* Lamark, estamos ante los momentos culminantes del desarrollo de nuestras

ideas y pensamientos políticos. El pueblo toma las armas para reclamar lo que monarcas y clérigos les han arrebatado durante milenios. La Libertad, su propia soberanía, el derecho a decidir su propio destino y créame señor Lamark, que esta tendencia es tan imparable como el mismo transcurso del tiempo.

—Sin duda alguna —volvió a corroborar Manex— y os repito que os pido disculpas si os he ofendido —repitió, pues seguía intuyendo un tono airado en las palabras de Zelaieta.

La Bruyere, que había asistido divertido a la discusión entre Manex y Zelaieta, volvió a tomar la palabra esta vez con un tono completamente paternal, fruto posiblemente del Burdeos.

—Habéis franqueado muchos peligros, joven Manex, para hacernos llegar estos documentos —obvió el tema de los diamantes— y para que las armas que esconden nuestros navíos lleguen a los hijos de la libertad. Vos ya habéis cumplido y si lo deseáis podéis regresar a La Havana, pero no deis la batalla por terminada. Todavía nos queda un largo camino hasta que las armas estén en manos de los soldados de la república.

—¿Regresar a La Havana? —preguntó Manex con cierta inocencia y sin advertir que La Bruyere guiñaba el ojo a Zelaieta.

—Así está dispuesto por vuestro Venerable Maestro, François Yves de Montagnac —agitó el cebo Zelaieta.

—No estaba en mis planes retirarme sin concluir el trabajo. ¿Dónde estamos y a dónde debemos de dirigirnos para entregar las armas? —preguntó ardoroso Manex.

La Bruyere se incorporó, no sin dificultad, y tras una pequeña lucha con la gravedad se acercó a un cajón situado junto a la alacena de la pared y extrajo un mapa. Lo desplegó encima de la mesa sin ningún donaire.

—Esta que veis es la costa oeste de la isla de Cuba en la que nos encontramos. Es un lugar discreto y despoblado y además protegido en su camino por las ciénagas infestadas de caimanes. Es un lugar protegido de los contratiempos atmosféricos y fuera de la ruta que habitualmente siguen los huracanes. Como veis, una vez rebasado este cabo —señaló el cabo San Antonio—, viraremos al nordeste y se nos planteará la primera decisión importante. Navegar por dentro o por fuera de los cayos. Por dentro es más seguro. Los barcos ingleses nunca se suelen asomar por esas aguas. Quizás alguna corbeta aduanera, pero en general nadie se arriesga, sobre todo porque finalmente hay que cruzar por aquí —señaló una estrecha franja entre dos enormes cayos—, que es donde las cosas se ponen complicadas para los barcos de cierto porte.

Aprovechó una pequeña pausa para acercarse la botella de Burdeos nuevamente y servirse otra generosa ración.

—Luego viraremos al norte porque las Bahamas y las Biminis nos impiden navegar más al este y tendremos que recorrer doscientas millas muy cerca de la costa de la Florida oriental. Después podremos abrirnos al nordeste nuevamente para alejarnos de la costa, pero entonces aumentará el peligro nuevamente ya que nos

acercaremos a la perpendicular de San Agustín, la capital de la Florida.

La Bruyere dio un gran trago a su vino mientras sus ojos brillaban y miraba divertido a Manex.

—Y finalmente otras doscientas millas hasta la Isla del Lobo o hacia la boca del lobo —comenzó a reír y su beodez se hizo evidente.

Zelaieta miraba divertido a La Bruyere, aunque distaba mucho de encontrarse ni tan siquiera afectado por el vino. Miraba a Manex y comprendía su azoramiento, y era evidente que no era la primera vez que veía al contrabandista en aquel estado.

La Bruyere abrazado a la botella, había comenzado a bailar por la estancia, mientras tarareaba una melodía clásica y llamaba a voces a Lisa con la que deseaba bailar.

Zelaieta miró a Manex, y al contemplar el rostro serio del enviado de Montaganac, se sintió en la obligación de justificar la conducta de La Bruyere.

—No le juzguéis con dureza joven Manex, la vida de nuestro querido amigo y hermano Hervé es francamente difícil. Ha perdido patria y familia y vive proscrito en esta parte del mundo, donde todo parece más que un sueño, una pesadilla.

Manex comprendió que aquella conversación ya no tenía sentido, pues La Bruyere se dirigía hacia una monumental borrachera, así que decidió, aún a riesgo de resultar descortés con Zelaieta, que era tiempo de abandonar la casa y dar por terminada la entrevista.

—No le juzgo *monsieur* Zelaieta, creedme, he visto demasiadas cosas en mis viajes como para juzgar con dureza a hombres como Hervé. Lo que ocurre es que me encuentro cansado tras la comida y todas estas vicisitudes vividas en las últimas horas, y con vuestro permiso regresaré a la cabaña.

—No os preocupéis Manex, ordenaré a una de las muchachas que os prepare una habitación aquí en la casa.

—De ninguna manera, prefiero tomar un poco el aire y después regresaré a la cabaña, me resulta agradable el entorno y dentro de la casa creo que me asfixiaría con este calor.

—Como deseéis, pero recordad que, si necesitáis algo, podéis contar conmigo o podéis solicitárselo a Lisa. Yo le diré que os atienda como si fueseis el mismo La Bruyere.

Manex abandonó la casa, y se dirigió caminando nuevamente hacia el poblado anejo. Una satisfacción enorme se había ido apoderando de él a lo largo de la comida y posterior conversación con Zelaieta y La Bruyere. Aunque pudiera parecer imposible, Manex Lamark, representante de François Yves de Montagnac, enviado por la Logia parisina Libertad, había alcanzado el objetivo que le había sido encomendado y había entregado, sin pérdida ni deterioro, tanto los documentos financieros que le habían sido consignados para pagar las mercancías adquiridas, como el importe debido al transportista que entregaría la mercancía en su destino.

Pero su alegría venía empañada por una pena que se iba abriendo camino en su

alma, paso a paso. Era libre de regresar a París. Podía ir a La Havana a hacerse cargo del pobre Ahimán y después tomar el primer barco que saliese de La Havana y regresar al punto de Europa al que viajase, para desde allí dirigirse sin demora a Tolosa a buscar a su amada Eugene. Pero en lo más recóndito de su corazón sabía que tal cosa no era posible y que no daría por concluida su misión hasta que las armas que estaban estibadas en los cargueros fuesen entregadas en su destino. Y eso le preocupaba.

LA ISLA DEL LOBO

Golfo de San Antonio
Oeste de Cuba

-1-

Las naves levaron anclas y comenzaron a moverse lentamente empujadas por la ligera brisa de la mañana. A sotavento de la montaña el viento era débil, aunque resultaba suficiente para permitir a las naves fijar un rumbo cómodo de través. A medida que se dirigían a mar abierto, el viento rolaba al norte, al no encontrar el obstáculo terrestre que lo combaba. Los mercantes recibieron en sus velas un aire limpio y potente, que les hizo alcanzar progresivamente su velocidad de crucero.

El día era claro y fresco, aun para el Caribe, y el mar azul celeste se rizaba en su superficie por efecto de las ráfagas que llegaban cada vez con más intensidad.

Uno tras otro, los tres mercantes enfilaron al noroeste para ganar barlovento. En unas horas podrían virar al norte y posteriormente al nordeste y enfilar un dilatado y peligroso largo de derrota que les acercaría a los cayos de La Florida Oriental. Así llamaban a aquellas tierras los colonos tras doscientos años de dominio español, dominio que se había truncado cuando los ingleses tomaron La Havana en 1763 y para recuperarla, los españoles hubieron de ceder aquella apreciada posesión en América.

La Florida oriental era una tierra deshabitada por el hombre blanco en su mayor parte y solo contaba con dos núcleos urbanos, la capital San Agustín y el poblado de San Marcos, ambos al norte del territorio. Fuera de esos lugares y salvo contados y diminutos asentamientos, La Florida era tierra de los indios Semínolas, pertenecientes a la gran nación india de los Creek.

Los ingleses, al hacerse cargo de la posesión española, habían mantenido la tradicional división administrativa entre La Florida Oriental y Occidental, y también habían mantenido la capital en San Agustín, una pequeña ciudad situada en la costa

norte de la Florida Oriental y cerca de la frontera de la Colonia de Georgia. El sur de la Florida Oriental estaba bastante despoblado, debido a las dificultades de asentamiento en los innumerables cayos, poblados de manglares y mosquitos, y expuestos a violentas tormentas provenientes del mar Caribe y del Océano Atlántico. Solo una pequeña población se mantenía estable en la desembocadura del río Miami.

En la nave capitana llamada *Optimiste*, nombre muy apropiado conociendo a su capitán, La Bruyere oteaba el horizonte como un halcón hambriento. Temía avistar en cualquier momento una vela, que con gran probabilidad sería una vela inglesa. Cierto que la Marina Británica estaba muy ocupada en el norte atacando a la recién nacida Marina Americana, aunque esta apenas contaba con un puñado de fragatas de combate. Cierto que los ingleses estaban ocupados dando cobertura a las operaciones de castigo a Filadelfia y otras ciudades en poder de los sublevados. Cierto que además debían de combatir con naves corsarias francesas. Pero no era menos cierto que nunca se podía uno fiar de los ingleses.

Estaban además las embarcaciones menores, especialmente goletas y corbetas de los aduaneros ingleses de Florida, que patrullaban la costa hasta la frontera marítima de Georgia, que aún siendo también colonia inglesa estaba bajo otra jurisdicción.

Los reveses de la Marina inglesa, y especialmente la necesidad de bloqueo de los puertos de las colonias del norte, habían hecho que muchas de estas embarcaciones de dos palos fuesen trasladadas más al norte, para prestar eventuales ayudas a la flota, pero habían quedado las suficientes unidades como para tener un disgusto en cualquier momento. Las naves del contrabandista no podían competir ni en velocidad ni en maniobrabilidad con ninguna de las embarcaciones inglesas de este tipo. El armamento era así mismo muy desigual, por lo que la única táctica aconsejable era no encontrarse con el enemigo.

La Bruyere se santiguó, en un gesto que era totalmente involuntario, que se repetía cada vez que un estremecimiento recorría su cuerpo pensando en un encuentro desafortunado con los aduaneros de Su Graciosa Majestad.

Tampoco ayudaba a mantener la calma en las naves el temor reverencial que los marinos tenían a bordear los traidores cayos, de los que no había ni cartas ni manuales fiables, ya que su fisonomía cambiaba constantemente debido a la furia de los vendavales y tormentas que los asolaban en la temporada de huracanes. Aún fuera de la temporada, las tormentas acostumbraban a ser extremadamente violentas. Teóricamente estaban en el final de la temporada, pero tampoco era cosa de fiarse.

Cayos de Florida
Territorio de las dos Floridas
Corona Británica

-2-

El gran conocimiento de los cayos, debido a sus continuas actividades de contrabando entre el continente y la isla, era precisamente la única ventaja en la que confiaba La Bruyere para llegar sin contratiempos a la Isla del Lobo, en la costa de Georgia, una zona dominada por los sublevados y de la que había hecho su principal base en el continente para traficar con los americanos, los ingleses y los españoles. Él era un contrabandista, ciertamente, pero con ideales.

Manex Lamark, sentado en la proa del *Optimiste*, miraba al frente y sentía la brisa purificadora que acariciaba su cara y que por momentos llegaba mezclada con la espuma de las olas que rompían en el mascarón de proa del mercante.

Pensaba en Eugene, en Ahimán y en Montagnac que se le aparecían lejanos y distantes. Deseaba volver a aquel mundo conocido, que le tentaba con el señuelo de la seguridad para el futuro. Sentía remordimientos por no haber pensado en regresar cuanto antes, primero a interesarse y ayudar a su fiel Ahimán, que yacía en La Havana y sin cuya ayuda estaría irremediablemente muerto. Le había salvado la vida más de cuatro veces solo en el último mes. Pensó que debía de haber partido sin demora hacia Europa, hacia los puertos del norte del Reino de España, para acercarse a Tolosa y reunirse con su amada Eugene. Partir con ella hacia París. Casarse y crear una familia. Era lo que ella quería. Lo que siempre había querido. Sabía que Montaganac les recibiría con los brazos abiertos, como padre adoptivo que era, pero…

Aquel «pero» le torturaba. Era lo que quería, pero no actuaba de acuerdo con sus deseos. ¿Por qué? ¿Por qué lo dejaba todo y se volvía a embarcar con aquel contrabandista apátrida y borrachín en otra aventura con comienzo cierto, pero con

final incierto? ¿De qué huía continuamente?

Miraba por la proa y la magnificencia del paisaje le sobrecogía. El cielo azul celeste, casi se mezclaba con el azul turquesa de las aguas poco profundas de los cayos, que iban quedando a los lados de la nave. Su belleza le atraía como los cantos de sirena atrajeron a los navegantes griegos de Ulises. Cayos de blancas arenas que invitaban a la holganza y el disfrute. Valerie acudía a su mente siempre que las blancas arenas de una playa se cruzaban en su camino. Sol ardiente, brisa cálida. Sal en los labios. Sintió la pasión desbordante que crecía en su cuerpo y deseó que la mulata de ébano se encontrase a su lado con sus curvas desnudas al alcance de su lujuria.

—*Monsieur* Lamark —le interrumpió La Bruyere—, por fin os encuentro absorto en vuestros pensamientos. Comenzaba a pensar que habíais abandonado nuestra nave.

—Y así era, *monsieur* La Bruyere. Mi mente se encontraba a cientos de millas de distancia.

—En la dulce patria, supongo —dijo y rió burlón.

—En la dulce patria —respondió melancólico Manex.

—¿Algo os preocupa Manex? ¿Los ingleses quizás?

—He de reconocer que contemplándoos escudriñar el horizonte con tanta vehemencia, se tiende a pensar que debemos de encontrarnos cerca de algún gran peligro —comentó Manex esbozando una sonrisa.

—Y lo estamos —confesó el contrabandista—, pero no creáis que avistar un barco significa automáticamente nuestra perdición. Por estas aguas navegan barcos de todas las grandes naciones europeas, porque las colonias americanas atraen a un sinfín de comerciantes de todo tipo de productos. Ahora bien, yo distingo a la legua a los barcos que sí pueden constituir un peligro.

—Los barcos ingleses —insistió Manex.

—Ciertamente, pero no todos los barcos ingleses. Los grandes navíos rara vez cambian su rumbo para investigar a unos mercantes. Suelen ir en misiones concretas y generalmente protegidos por fragatas que no se desvían de su curso fácilmente. Hay también barcos de pasajeros, pues habéis de saber que la mayoría de las personas que viajan a la colonia de Georgia desde la Florida Oriental lo hacen por mar, ante la incomodidad del viaje por tierra. A las que temo realmente son a las embarcaciones pequeñas, goletas y corbetas inglesas. Aduaneros. Supongo que no estáis familiarizado con el sistema fiscal de las colonias.

—Francamente no Hervé —usó su nombre de pila ya que sentía simpatía por aquel hombre—. No soy hombre de letras, sino soldado.

—Más os vale Manex —le devolvió la familiaridad—, porque el sistema aduanero implantado por la Corona es una absoluta locura —afirmó mientras reía burlón—. Pero gracias a ello vivimos a lo grande.

—¿Y las armas? Supongo que esto es peligroso, o digamos más peligroso que otras mercancías.

—Ciertamente Manex. Está penado con la muerte. Es además una completa excepción a nuestra regla de oro de no involucrarnos en los asuntos políticos entre los diferentes países que luchan en estas tierras.

—¿Entonces? —Manex hizo un gesto de extrañeza con las cejas—. ¿Cómo os habéis involucrado en esta aventura?

La Bruyere no le respondió. Igual que Manex, se había quedado absorto mirando el azul celeste del mar, rizado levemente por la brisa cálida que los empujaba hacia el norte. Los rizos de su pelo largo, sucio y desaliñado, flotaban en la brisa y le conferían un aire de pirata romántico. Sus ojos brillaban con la claridad cegadora del sol reflejado en las aguas. Por un momento, Manex creyó adivinar una lágrima que furtivamente recorría la mejilla del contrabandista.

—Montagnac es más que un amigo. Es el hombre que me salvó la vida cuando iba a ser ajusticiado en Francia. Me salvó porque me apreciaba como miembro de la hermandad y como persona. Es cierto que yo había realizado algunos encargos embarazosos, pero realmente François me apreciaba. Cuando me pidió que organizásemos esta partida de armas para abrir el frente sur de las colonias, no pude negarme. Zelaieta llegó con el encargo y con las armas listas para entregar, siempre que pudiéramos encontrar quién las pagase y… —vaciló en cómo culminar la frase —. Y aquí estoy.

Manex le miraba fijamente y podía apreciar en el gesto de la cara de La Bruyere los años de sufrimiento y los grandes surcos dejados por la vida en sus pómulos y frente. Era consciente de que había algo más, algo que La Bruyere había estado a punto de contar pero que había callado en el último segundo. Decidió tentarle nuevamente.

—¿Y? —dejó la pregunta flotando en el aire.

—Y que esta vida es muy dura jovencito, y Hervé La Bruyere está cansado de tanto ir y venir, y en cuanto triunfe la revolución y los Patriotas sean independientes, pienso instalarme en una bonita plantación de Carolina del Sur, en una casa llena de bellas mulatas —dijo recuperando la jovialidad.

—¿Lo que ha pagado François da para todo eso? —preguntó Manex sorprendido.

—Aquí sí amigo mío, aquí sí. Esto es el Nuevo Mundo.

El grito de «vela a barlovento» resonó en cada esquina del barco, desatando el miedo entre la tripulación. La Bruyere abandonó la proa en la que se encontraba con Manex y corrió al castillo de popa a cerciorarse de la amenaza que podía suponer aquella vela avistada. Manex le siguió a corta distancia, reviviendo mentalmente los malos momentos vividos en el *León de Gante* y posteriormente en la *Intrepid*. El recuerdo de la apestosa celda en la que le habían recluido casi le hizo vomitar. Llegó nuevamente al costado de La Bruyere que se afanaba en descubrir las características del velero avistado con su vetusto catalejo.

—Creo que es una maldita corbeta —le dijo a Manex sin mirarle, mientras se movía nervioso junto a la regala—. Estarán a nuestro costado en menos de una hora.

Pronto sabremos si se trata de los aduaneros o de otro tipo de nave, ya que no enarbola ningún pabellón.

—¿Habrá lucha? —preguntó Manex intrigado.

—Espero que no —respondió La Bruyere sin demasiada convicción—. En cualquier caso, es mejor estar preparado —sentenció.

La Bruyere no perdió el tiempo. Llamó a uno de sus oficiales y organizó inmediatamente la defensa del barco. Sacó todo el trapo, incluyendo el que tenía reservado para la última punta de velocidad; apañó las instrucciones con los otros dos mercantes que cambiaron de rumbo inmediatamente, para evitar que el barco avistado pudiera elegir más que una presa; ordenó a los marineros que se cerciorasen de la correcta estiba de toda la mercancía y de los útiles más necesarios, y armó los cañones, escasos pero poderosos, del mercante. Finalmente ordenó que unas misteriosas cajas de madera a las que se les habían añadido unos curiosos flotadores quedasen listas a cada costado del barco, a razón de tres cajas por cada banda.

—¿Y bien? —preguntó Manex señalando las cajas con un arqueo de las cejas—. ¿Qué contienen las cajas?

La Bruyere, que oteaba el mar con su catalejo, apenas se percató de la pregunta ni del movimiento de las cejas de Manex, así que no respondió a la pregunta. Solo emitía un pequeño gruñido perfectamente perceptible por Manex y que iba cambiando de intensidad a medida que la mente de La Bruyere evaluaba los riesgos del velamen avistado. Como el gruñido se mantenía estable, Manex concluyó que quizás la amenaza no fuese tan importante como en un principio habían imaginado, aunque la indiferencia del capitán le mantenía sobre ascuas.

—¿Y bien? —repitió la pregunta Manex ya con indisimulada ansiedad.

La Bruyere volvió a ignorar su requerimiento de información y tras quitarse el catalejo del ojo derecho y mesarse el cabello, ordenó al piloto que abriese el rumbo una cuarta para ganar velocidad.

La corbeta se acercaba rápidamente por la banda de estribor, aunque por su rumbo aparente parecía que se dirigía a algún lugar situado más al este que el mercante.

—Las corbetas son naves muy rápidas —comentó La Bruyere, que parecía haber vuelto al mundo de los vivos—, y esta además está bien comandada.

—¿Por qué lo decís? —preguntó Manex mostrando un evidente interés en su rostro.

—El muy bastardo va a pasar por nuestro estribor y después va a virar para colocarse a nuestra popa, por lo que no tenemos ninguna posibilidad de defendernos —comentó La Bruyere con gesto serio.

—¿Y qué pensáis hacer capitán? —El rostro de Manex reflejaba una enorme tensión.

Ya no podían arrebatarle el zurrón que había acarreado por medio mundo y su responsabilidad había terminado, pero la posibilidad de que la mercancía fuese confiscada por los ingleses le parecía aterradora e injusta. Llegar hasta allí y perderlo

todo sería algo que difícilmente podría digerir. En dos días estarían frente a la Isla del Lobo y todo habría terminado, y no podía creer que el destino fuese a jugarle aquella mala pasada. Volvió a dirigirse a La Bruyere que había vuelto a otear el mar con su catalejo.

Ahora la corbeta del servicio de aduanas de Su Graciosa Majestad era claramente visible, así como su bandera y los diversos gallardetes que anunciaban su condición de guardianes de la legalidad aduanera en aquellas aguas cercanas a su colonia. Situada al través del *Optimiste*, la corbeta inició un largo giro para ponerse a la popa del mercante y poder atacarle sin recibir su fuego, en caso de ser necesario. La suerte estaba echada para el mercante y Manex observaba con desagrado la aparente resignación con la que todo el mundo parecía tomarse el asunto. Todo el esfuerzo de Montagnac, así como todo el dinero invertido por las Logias francesas, iban a acabar en manos de aquellos contra los que supuestamente iban a ser empleadas.

—A sus puestos de combate —gritó La Bruyere, cogiendo completamente desprevenido a Manex.

Por fin parecía que la Bruyere reaccionaba y que iba a plantar cara a los ingleses. Lucharían a pesar de la enorme desigualdad y si algo tenía que ocurrir, que fuese lo mejor para la causa. Mejor hundidos y con el cargamento bajo el mar, que caer dócilmente en manos de los británicos.

La corbeta se situó a popa del mercante. Su botalón de proa se acercaba amenazante a la popa del mercante y se podía distinguir perfectamente a la tripulación inglesa con sus uniformes azules de aduaneros.

La corbeta comenzó a adelantar al mercante por sotavento y a pesar del viento sucio que le enviaba el mercante, su menor envergadura le permitió ir ganando posición junto al mercante.

Manex esperaba escuchar la orden de fuego en cualquier momento, y miraba a La Bruyere que con gesto adusto observaba la maniobra de la corbeta sin inmutarse.

—¿Es que no vais a ordenar que abran fuego de una vez? —le gritó Manex, sin poder reprimir su angustia.

—¡Callad y aprended! —Fue la respuesta de La Bruyere.

Con agilidad juvenil, La Bruyere se agarró a la jarcia y trepó sobre la regala del barco, mientras en su cara aparecía una enorme sonrisa, y tomando su sombrero, realizaba una reverencia al capitán de la corbeta inglesa, un hombre barbudo y rechoncho que desde la toldilla de la corbeta le devolvía el saludo con una enorme sonrisa en su rostro.

Manex miraba atónito el espectáculo mientras los marineros del *Optimiste* se afanaban en lanzar las misteriosas cajas con flotadores por la borda del mercante. Con gran esfuerzo levantaron las seis cajas por encima de la borda del barco y las lanzaron al agua entre gritos de regocijo. Las cajas, tras sumergirse en el mar produciendo un gran estruendo y una enorme ola, volvían a emerger y quedaban mansamente flotando en el mar.

—¡Espero que las disfrutes bribón! —gritaba La Bruyere al capitán de la corbeta, que se mostraba encantado.

Tras una última reverencia, La Bruyere bajó de la regala y se volvió a situar junto a Manex y le miró seriamente.

—¡No lo saben! Por Dios bendito… ¡No lo saben!

Manex le miraba estupefacto sin poder pronunciar palabra.

—Vamos Lamark, ¿verdaderamente os sorprendéis de que paguemos sobornos a los aduaneros? ¿Sois tan ingenuo que pensáis que con estos cascarones es posible burlar a las naves de Su Majestad? Quizás podríais hacerlo una vez, quizás dos, pero ¿realmente pensáis que se puede vivir de este trabajo sin tener apañados unos regalitos para los aduaneros?

—¿Por qué gritabais que no lo sabían? —acertó a balbucear Manex.

—Es evidente hijo —le contestó con indulgencia—. Si hubiesen sabido que portábamos armas para los rebeldes, hubiesen venido de frente y nos hubiesen largado una andanada desde la banda de estribor, antes de habernos abordado y colgado del palo mayor.

Manex miró hacia el mar que quedaba atrás y comprobó como la corbeta maniobraba para acercarse a las cajas y llevarlas a bordo. Cuando volvió a girarse, La Bruyere le miraba divertido.

—¿Qué creéis que contenían las cajas? Os apuesto una botella de ron a que no lo adivináis.

Manex se quedó pensativo mirando al contrabandista y tratando de eliminar las cosas obvias, ante el tono del capitán. Evidentemente no podía ser ron o alguno de los destilados que se elaboraban en las islas, era demasiado evidente. Quizás fuese comida. Por lo que había conocido en los últimos tiempos, las vituallas eran más bien escasas en aquellas tierras. Se mantuvo pensativo durante unos minutos mientras hacía muecas con la boca y los ojos, denotando dudas y cavilaciones, y hacía ademán de contestar, para luego volver a sus muecas y vacilaciones. La Bruyere le miraba con gesto hosco y expectante. Cuando Manex se hubo divertido un buen rato y La Bruyere estaba a punto de explotar, le soltó de sopetón:

—Ropas de mujer y cosméticos.

La Bruyere le miró atónito. Pareció que iba a decir algo, pero se calló. Volvió a mirarle con severidad, mientras su rostro pasaba a tener un color rojo intenso y las venas de su cuello comenzaban a hincharse.

—¿Cómo lo sabéis? ¿Acaso alguno de mis hombres se ha ido de la lengua? —bramaba el contrabandista mientras desde la toldilla se acercaba a las escaleras que conducían al puente y agujereaba a los tripulantes con su mirada.

—Tranquilo La Bruyere, nadie de vuestra tripulación ha realizado ninguna felonía. Es que quizás hayáis desdeñado mi capacidad de análisis.

—¡Ni aunque lo juréis sobre la Biblia os creería, señor Lamark! Algo me dice que entre nosotros hay un traidor y pienso averiguarlo. No es con charlatanes en la

tripulación que uno progresa en este negocio.

—Tranquilizaos La Bruyere —acertó a pedir Manex—. El estado de excitación en el que os encontráis no es el ideal para tomar decisiones. No tengo inconveniente en contaros por qué he adivinado que lo que entregáis como soborno son ropas de mujer y cosméticos.

La Bruyere se quedó mirándole atentamente, sin comprender. Sería posible que aquel caballero de ciudad y soldado de fortuna pudiese adivinar lo que era uno de sus grandes secretos, así sin más, llegar y darse cuenta en una sola mirada de lo que se traía entre manos con los aduaneros ingleses.

—¿Y bien? —Le miró inquisitivo el contrabandista, ansioso por conocer la respuesta de Manex.

—Pagad vuestra apuesta y recibiréis mi respuesta. ¿Dónde está la anunciada botella del mejor ron? —preguntó Manex, alargando el final de la frase, entre serio y socarrón.

La Bruyere salió como alma que lleva el diablo en busca de su primer oficial, que preventivamente y conocedor de las iras del capitán, se había acercado a proa para comprobar los amarres de las trinquetas mientras duraba el incidente. Desde la escalera que conducía al puente le gritó en un tono que no dejaba duda sobre la urgencia de la petición, que trajese inmediatamente una botella del mejor ron que hubiera en la nave.

Mientras duraba la espera, Manex se divertía de lo lindo escrutando el horizonte con aire desdeñoso hacia el capitán, que le miraba con cara de pocos amigos, ya que hasta el momento le era imposible aceptar que se hubiese desvelado aquel secreto, sin la intervención directa de alguno de los tripulantes.

La botella finalmente llegó a manos de La Bruyere que se la tendió a Manex con gesto de dar por concluido el asunto y demandando una respuesta inmediata con sus ojos.

—Gracias capitán, creo que podemos pasar al siguiente punto de nuestra conversación. La respuesta es que nosotros hacíamos lo mismo en Egipto. *Monsieur* Hertier, que comerciaba entre Tolón y Alejandría, también sobornaba a los aduaneros egipcios con ropas caras para las damas y con perfumes, y hay que decir que dichas mercancías alcanzaban insólitos precios en aquel lugar apartado de la civilización.

—¿Os referís al bribón de Roger Hertier acaso? —La mirada de La Bruyere era de auténtica sorpresa.

—Ciertamente. Roger Hertier, gran amigo de François y con quién tuve la oportunidad de recorrer Egipto para analizar la viabilidad de una gran obra de ingeniería civil. ¿Acaso le conocéis o habéis tenido algún incidente con él?

—Así es. En mis gloriosos tiempos de contrabandista en Francia el muy bribón se quedó con todo un cargamento de aceite de grasa de ballena que yo había comprado a unos balleneros de San Juan de Luz y posteriormente pasado de estraperlo a Italia, y todavía espero que me pague.

El grito del vigía alertó nuevamente al capitán del *Optimiste*, que se acercó a la banda de babor de la nave para escrutar con su catalejo el horizonte. Su rostro permanecía sereno, así que Manex intuyó que no había peligro en aquel avistamiento.

—Son nuestros otros dos cargueros que vuelven a nuestro costado, después de la maniobra evasiva sobre la corbeta. Me siento reconfortado —confesó a Manex—, por un lado he de creeros lo que me contáis sobre Egipto y acepto de buen grado que me hayáis ganado una botella de ron, ya que ello significa que puedo seguir confiando en mi tripulación, y por otro la vuelta de los otros transportes es un augurio de buena suerte.

—Así lo espero, La Bruyere.

Los dos días siguientes la navegación fue completamente plácida. No se produjo ningún avistamiento por parte de los vigías y el mar permaneció en calma a pesar de que soplaba un viento constante, que permitía a las naves avanzar a una velocidad más que razonable.

Cruzaron sin incidentes el través de San Agustín, que era el punto más peligroso de la travesía, y una vez superado corrigieron ligeramente el rumbo hacia el Oeste, para enfilar el último largo derrota hacia la Isla del Lobo en el territorio de Georgia.

Dos días más y llegarían al final de la aventura. Lo más difícil quedaba atrás, ya que a medida que se acercaban a la Isla del Lobo su rumbo les acercaba más a la costa y les alejaba de las rutas frecuentadas. No había en el entorno de aquella remota parte de las tierras de Georgia ningún puerto importante, ni referencias de asentamientos humanos o de pescadores que hiciesen interesante la navegación a tan escasa distancia de la costa. Las rutas hacia las colonias del norte transcurrían mucho más alejadas de la costa y la escasez de pobladores de las zonas costeras tampoco propiciaba la aparición de bucaneros, que eran mucho más frecuentes en las zonas marítimas cercanas al Caribe, donde las posibilidades de obtener una buena recompensa eran mayores.

Manex percibía claramente el optimismo de La Bruyere, que se materializaba en un excelente humor y un rostro sonriente, que desde la toldilla, junto al timonel, tenía una frase de ánimo y de aliento para todos los miembros de la tripulación al alcance de su voz.

Manex sentía la soledad más que nunca aquellos días en los que descubría la inmensa compañía que la sola presencia silenciosa de Ahimán le proporcionaba. Estaba angustiado por la falta de noticias sobre su sirviente. Las heridas que le había infligido Lee no auguraban nada bueno y lo más probable era que acabasen con la vida de su enjuto sirviente. La idea de que Ahimán hubiese muerto en su ausencia le atormentaba. No en vano Ahimán había sido su sombra desde que regresara de Egipto, sin olvidar que le había salvado la vida en varias ocasiones en los últimos meses. Pero no era eso, era algo más, una especie de comunión que sentía con aquel ser atormentado. Parecía una locura y una contradicción lo que le pasaba por la mente, pero él lo sentía así. Sentía que Ahimán era una parte de sí mismo, quizás su

parte oscura, por la que sentía una enorme piedad. Sentía que Ahimán era su amigo, aunque su relación no pareciese tal y la forma de ser del egipcio impidiese que compartiesen sus intimidades de la manera tradicional en la que lo hacen los amigos. Pero así lo sentía Manex, como su amigo callado y silencioso, siempre dispuesto a jugarse la vida por él sin reparar en los riesgos para la suya propia. Sin cálculos ni conveniencias, directo y seguro.

Cada día pasaba más tiempo en su camarote mientras redactaba una pequeña memoria de los avatares sufridos durante el viaje, que entregaría a Montagnac cuando tuviese ocasión. Montaganac, ¿qué estaría haciendo? Y sobre todo, ¿qué estaría pensando? Las últimas noticias que le había enviado habían partido desde La Havana. Cubillo se había prestado a hacerlas llegar a Francia en el navío más conveniente, pero dado el escaso tiempo transcurrido aún no habían podido alcanzar Europa y mucho menos el Château de Grèves, residencia de Montagnac. Lo último que podía saber Montaganac, si los correos de las Azores habían cumplido su cometido, era que habían llegado a Angra sanos y salvos y que se aprestaban a continuar viaje tras recoger la ignominiosa carga que debían de transportar, pero de los verdaderos avatares de la aventura, de los problemas que habían comenzado precisamente en aquellas latitudes, nada podía saber el Venerable.

—Quizás sea mejor así —pensó Manex, que en aquel momento trataba de plasmar en sus notas los días pasados en la residencia de Cubillo y los acontecimientos posteriores, que llevaron a la muerte al capitán inglés, y a las puertas del infierno a su fiel sirviente.

«Han sido días de enorme ansiedad los pasados en la residencia del señor Cubillo. A pesar de la hospitalidad que nos brindó en todo momento, y de las comodidades que puso a nuestra disposición, los días transcurrían con una agobiante lentitud y una exasperante falta de noticias. He de decir con sincero agradecimiento, que Andrés Cubillo ha demostrado en todo momento una enorme humanidad, y un gran compromiso con nuestra causa, que espero le pueda ser reconocida, si no recompensada, en algún momento. Pero, he de reconocer, no sin cierta vergüenza, que a los largo de tantos días de espera, hubo momentos en los que creí desesperar, ya que no podía entender por qué no era posible ponernos en contacto con los receptores de nuestro envío, e incluso, he de confesar que llegué a albergar dudas sobre el papel que jugaba Andrés Cubillo en todo este asunto. Pero mis temores eran infundados. El señor Cubillo, como siempre me aseguró y como luego he confirmado a través de La Bruyere, nada conocía y no tenía realmente ninguna posibilidad de ayudarme, más allá de la espera. La isla de Cuba es un hervidero de espías ingleses. Su proximidad a la costa de Florida y la incertidumbre sobre el papel que va a jugar España en un futuro inmediato, en relación con la independencia de las colonias, hacen de La Havana un lugar de muchas intrigas. Eran entendibles, por tanto, las precauciones que habían de ser tomadas para establecer contacto, aunque creo que también resultará comprensible que no pude

evitar a lo largo de esta larga espera, que mi mente y mi cuerpo estuviesen inquietos y deseosos de culminar el trabajo que nos había sido encomendado. Eran tantos los momentos de peligro que había afrontado en compañía de mi fiel Ahimán, que la posibilidad de no poder cumplir la misión en el último momento, me quemaba como un hierro candente».

Aunque siempre adversarios y ahora enemigos, también pensó en Ron Howard de Londres y en cuánto iba a lamentar la muerte del capitán Lee cuando las noticias alcanzasen Inglaterra, ya que seguramente era uno de sus jóvenes oficiales más prometedores, puesto que de no haber sido así, jamás le hubiese enviado a una misión tan peligrosa.

«El capitán Lee era seguramente un hombre muy apreciado por el señor Howard y cuando reciba noticias de su muerte sentirá una enorme pena por su pérdida. Comparto su dolor y lamento la muerte de un hermano, a pesar del dolor que me ha causado dejando a mi fiel Ahimán en las mismas puertas de la muerte. No le guardo ningún rencor, entiendo su devoción por Inglaterra y su determinación de intentar conjurar los peligros para la corona. Creo que actuó con mucha arrogancia y poca humanidad cuando me tuvo retenido en las bodegas de su barco en compañía del capitán Van Door, y he de decir, porque así lo creo, que actuó con torpeza dejando que los intereses comerciales interfirieran en los objetivos básicos de la misión que le había sido encomendada, y que a la postre determinaron su fracaso».

La Isla del Lobo
Territorio de Georgia
República Federal de los Estados Unidos
-3-

Unos golpes en la puerta precedieron a las palabras de un marinero, que en nombre del capitán La Bruyere, le solicitaba que se personase en el puente de la *Optimiste*.

Manex guardó cuidadosamente los pergaminos que se habían acumulado a lo largo de los últimos días y los útiles de escribir, y vistió su casaca mientras se palpaba el costado en un gesto recurrente que había adquirido tras llevar el zurrón durante tantas semanas pegado a su cuerpo. Sonrió al darse cuenta hasta qué punto aquel gesto se había convertido en rutinario para él a lo largo de los últimos tres meses. Ya no estaba allí, aunque como ocurría con las partes del cuerpo amputadas tras la batalla, la mente seguía percibiendo su presencia. Pero si lo que intuía era realidad, pronto aquella sensación no sería más que un lejano recuerdo.

Subió parsimoniosamente a cubierta, embargado por aquella seguridad en sí mismo que se había apoderado de él en los últimos días. La Bruyere le recibió con una enorme sonrisa de satisfacción en el rostro, que alternaba con la contemplación de la costa a través de su catalejo. Repitió la secuencia varias veces hasta que pareció que todo estaba en su sitio.

—La Isla del Lobo —dijo finalmente, mientras acercaba el catalejo a Manex con su mano derecha.

Manex tomó el catalejo y escrutó la costa con la mirada de izquierda a derecha y de derecha a izquierda. Una espesa vegetación cubría las orillas de la costa sin que pudiese divisarse absolutamente nada que no fuese el espeso follaje de los enmarañados árboles que brotaban por doquier. El bosque continuaba hacia el interior, hasta donde la vista podía divisar. Era un terreno completamente plano por lo

que resultaba difícil saber realmente lo que había detrás de aquella barrera de árboles.

—Inhóspito lugar, La Bruyere —comentó al contrabandista—. No parece un emplazamiento muy práctico para desembarcar nuestras mercancías.

—Así es a primera vista jovencito —contestó sin dejar de sonreír—, pero esperad unos minutos y veréis obrarse una maravilla.

El barco cambió de rumbo para acercarse aún más a tierra, de manera que parecía estar peligrosamente cerca de la costa, que aunque no tenía fuertes rompientes, amenazaba con hacer encallar el barco en los bancos de arena. Acercarse de aquella manera hizo que la perspectiva de la costa cambiase por completo, y una amplia boca de mar que penetraba en tierra se fue haciendo poco a poco visible.

—¿Sorprendido Lamark? —le preguntó La Bruyere ampliamente satisfecho—. ¿Qué os parece la sorpresa?

—Pues verdaderamente es una sorpresa. Si no lo estuviese viendo no lo creería —acertó a exclamar Manex—. Un canal totalmente oculto a los ojos de los navíos. ¿Así que esta es vuestra guarida en el continente, Hervé?

—Así es soldado, un lugar imposible de divisar desde una nave, salvo que uno se acerque tan peligrosamente a la costa que le permita observar el giro del mar hacia tierra. Porque señor Lamark, esto es una isla, aunque desde el mar parece una continuación de la tierra firme. ¿Os dais cuenta por qué es tan importante el silencio entre mis tripulantes? Cualquier indiscreción echaría por tierra este magnífico escondite y todo el negocio.

Los navíos se adentraron en el canal que conducía a una amplia ensenada que se formaba entre la isla y el continente, y aunque en aquel tramo era todavía estrecha, pronto fue evidente que a medida que avanzaban se hacía más amplia. Protegida del viento como estaba, presentaba además un aspecto tranquilo y plácido. Desde una pequeña playa que quedaba a estribor de los navíos, en la parte oculta de la isla, unos botes de remos fueron botados para que ayudaran a los barcos a realizar las maniobras, pues privados de viento, su maniobrabilidad se reducía notablemente.

La Bruyere se desentendió de Manex, para comenzar a dar órdenes para el correcto fondeo de las naves. Atacado por una auténtica fiebre de actividad, no cesaba de moverse arriba y abajo del puente, y gritar instrucciones a los marineros para que las naves quedasen correctamente posicionadas, una detrás de otra, pero a distancia prudencial, para evitar que chocasen cuando cambiasen de posición al aproarse al viento, ya que aunque todas lo hacían, no todas lo hacían al mismo tiempo, y La Bruyere no deseaba accidentes innecesarios para sus barcos. Por fin, no sin cierta porfía, las anclas cayeron al mar, y tras un leve garreo, quedaron asentadas en el fondo mientras los navíos apoyados sobre los fondeos, giraban suavemente para aproarse al viento, que a sotavento de la isla no era más que una leve brisa que apenas forzaba los amarres.

La Bruyere regresó junto a Manex tan pronto como las naves quedaron asentadas, y era fácil comprender que se hallaba realmente satisfecho. Sin mediar palabra se

acercó a Manex y le dio un caluroso abrazo. Manex quedó totalmente asombrado por la conducta del capitán. Cuando volvieron a separarse, una gruesa lágrima recorría la mejilla del contrabandista. Manex le miraba asombrado y confundido, pero también satisfecho, puesto que intuía que la reacción del contrabandista se debía a la consciencia de la enorme dificultad de lo que habían hecho, y de lo que seguramente no habían sido plenamente conscientes hasta aquel momento. Habían atravesado cientos de millas de mar hostil, dominado por los enemigos en pie de guerra, y lo habían hecho llevando toneladas de mercancía altamente peligrosa. Y lo mejor de todo era que lo habían conseguido. Las armas modernas con las que poder equipar a un ejército de la nueva república, estaban allí, en Georgia, un territorio aún mayoritariamente leal a la corona, pero que esperaban arrebatar al enemigo y usar de plataforma para combatir la grave amenaza que se cernía desde el sur, desde los territorios de la Florida, en manos de los leales a la corona de Inglaterra.

—¿Listo para desembarcar amigo Manex? —le dijo La Bruyere en tono de franca camaradería—. Las sorpresas de esta isla no terminan aquí.

Un misterioso guiño del ojo derecho y un enérgico ademán de que lo siguiera hacia la amura de estribor, en la que los marineros se afanaban en preparar las lanchas de desembarco, precedieron al desembarco de La Bruyere en la Isla del Lobo. Mientras se acercaban a tierra, el contrabandista erguido en perfecto equilibrio sobre la proa de la embarcación, parecía un verdadero Lord del Almirantazgo, disponiéndose a visitar cualquiera de las guarniciones de la Marina de Su Graciosa Majestad en las posesiones de las Antillas.

Saltaron a tierra en una pequeña playa de algo intermedio entre la arena y el fango, que se formaba al abrigo de los árboles. Estaba rodeada de espesas matas de una especie de plumero, que Manex no reconoció. En la playa les esperaba un pequeño comité de recepción, formado por una tropa variopinta, que iba desde virtuales soldados ataviados con raídos uniformes, hasta desaliñados individuos vestidos a la manera de los que ejercían la piratería en las hermandades de bucaneros.

Al frente de la turba, destacaba la figura de un hombre de mediana edad, larga melena rubia y rasgos amables, en torno a unos vivaces ojos azules. Iba vestido con ropas militares escasamente mejor conservadas que los que le rodeaban. Se adelantó al grupo para saludar efusivamente a La Bruyere.

—¡La Bruyere, viejo bribón, bienvenido a casa!

—¡Brunsbuick, maldito sinvergüenza, qué inesperado placer!

Brunsbuick, que aún conservaba las manos de La Bruyere entre las suyas, desvió la mirada hacia Manex, que contemplaba la escena del recibimiento en un discreto segundo plano. La Bruyere se percató inmediatamente del gesto del americano y se giró hacia Manex para hacer las presentaciones:

—Coronel Brunsbuick, nuestro hermano francés Manex Lamark, el hombre que ha hecho posible que todo lo que vaya a suceder a partir de hoy sea posible. —Y sin apenas coger aire, continuó—. Manex Lamark, el coronel Brunsbuick, comandante

de las tropas de la República Federal de los Estados Unidos en el territorio de Georgia.

Brunsbuick se adelantó para agarrar a Manex por los antebrazos a la manera romana y con gesto emocionado le dio dos sacudidas a modo de abrazo mientras le miraba con gesto agradecido y emocionado.

—Caballero, admiro su valor por las vicisitudes que sin duda habréis padecido para llegar hasta nuestra patria y os agradezco, como no, lo que la generosidad de vuestros hermanos de Francia nos proporciona para poder luchar contra la opresión inglesa. Gracias señor Lamark, gracias de corazón en nombre de nuestra república. Espero que vuestros esfuerzos no habrán sido en vano. Y por cierto, no hagáis caso a este viejo loco, no soy comandante de las fuerzas de la república en este Estado, solo soy un militar lo suficientemente loco como para intentar esta aventura y conquistar las colonias del sur para unirlas a la revolución.

—Creedme Coronel Brunsbuick que ha habido en el camino momentos de gran peligro, de gran soledad y de gran pesar, pero hoy al llegar a esta playa y escuchar vuestras palabras, tengo la convicción de que todo ha merecido la pena y de que vuestra joven nación será una de las grandes naciones del planeta en los próximos lustros, y yo siempre me sentiré orgulloso de haber contribuido a vuestra causa.

Sin poder evitarlo se fundieron en un abrazo y Manex pudo percibir en toda su dimensión la emoción que embargaba al americano.

—Bueno señores —dijo La Bruyere—, antes de que todos comencemos a llorar, propongo que nos dirijamos a nuestro poblado para poder dar cumplida cuenta de una merecida comida y de un bien ganado trago de güisqui.

Un pequeño sendero que partía de una de las esquinas de la playa, se adentraba en la isla, que era realmente un enorme bosque de pinos. Brunsbuick comandaba la marcha, seguido inmediatamente por La Bruyere, y por toda la corte de los milagros que les había recibido en la playa. Manex no veía la manera en la que todas aquellas armas, bayonetas y municiones podrían ser transportadas por aquellos senderos y luego nuevamente transportados hacia el continente. Pero cesó en sus elucubraciones, pues asumió que aquellos avezados hombres de las marismas tendrían toda la logística perfectamente planeada. Así que dejó que su mente disfrutase del paisaje y del intenso olor a resina de los pinos.

El sendero serpenteaba entre los árboles, mientras el bosque se hacía más espeso y enmarañado, pero transcurrida escasamente media hora de marcha, desembocó en un amplio descampado circular, en el que podían adivinarse al menos diez o doce construcciones de madera de pino sólidamente construidas.

La columna se dirigió hacia una de las construcciones, que se hallaban más cercanas del centro del descampado. A medida que se acercaban, Manex fue dándose cuenta de la organización del lugar. Una casa central y varios barracones que parecían destinados a viviendas y otros con clara estructura de almacenes. Cerca de ellas y en lo que podría ser considerado el centro del descampado, un enorme mástil de madera,

de una altura desconocida para Manex, soportaba una enorme bandera completamente extraña para él. La bandera se componía de franjas horizontales rojas y blancas. En la esquina superior izquierda, sobre un cuadrado azul, podían distinguirse unas pequeñas estrellas plateadas. La bandera le había llamado la atención por sus dimensiones, pero sobre todo, porque le había recordado muchísimo a la bandera de la británica Compañía de las Indias Orientales. En cualquier caso, de todo lo que observaba lo que más sorprendió a Manex fue la potencia, la organización y la determinación que desprendían aquellos hombres, más allá de los cuantiosos medios materiales de los que disponían. No era, desde luego, una simple guarida de contrabandistas, pobre y desvencijada, en el medio de un bosque protegido por una marisma, sino que se trataba de una iniciativa bien pensada y bien dotada de grandes medios materiales y humanos.

Se acercaron a la casa central, y tras una ronda de presentaciones Manex fue alojado en uno de los barracones. No le proporcionaron útiles de aseo, aunque a su petición respondieron con una pastilla de jabón de aspecto medieval, que de todas formas agradeció. Tras dejar sus escasas pertenencias sobre el camastro que le habían asignado, pensó en dar una vuelta por el descampado y tratar de averiguar algo sobre aquella extraña bandera que ondeaba enorme y orgullosa en su centro. Luego tendría que dar uso al jabón y asearse un poco, ya que estaban convocados en la casa central, que pronto se enteró, era la casa de La Bruyere y también el comedor, lugar en el que acostumbraba reunirse con los encargados del tinglado y con los enlaces del continente.

Salió del barracón vacilante y con aspecto despistado comenzó a deambular por el descampado en dirección al mástil. En semejante entorno los ropajes españoles que le había prestado Cubillo, y que milagrosamente habían sobrevivido a las ceremonias de la santería y a la travesía hasta el continente, destacaban por su extraño contraste con el verde del campo. Sin duda Cubillo manejaba materiales de calidad, pero de coloridos tropicales poco habituales en aquellas latitudes.

La escena era observada por John Talbot, un capitán del ejército de la nueva república que se hallaba recostado contra la cerca del establo, fumándose una deliciosa pipa de tabaco de Virginia. Aburrido e intrigado por la presencia del francés, decidió acercarse a aquel extranjero llegado con La Bruyere y que sin duda podría contarle cosas interesantes sobre el mundo, y especialmente sobre Europa.

—Buenos días caballero —le abordó sin más preámbulos, al modo campechano propio de aquellas tierras de escaso refinamiento—. No tendrá inconveniente en charlar conmigo. Permitid que me presente, soy el capitán John Talbot, del ejército de los Estados Unidos.

—Manex Lamark, capitán del regimiento de Angers en Francia —contestó Manex sin poder evitar fijarse en el raído uniforme del americano.

—Espero que no os haya molestado con mi intromisión, señor Lamark.

—De ninguna manera caballero. Por cierto —aprovechó la oportunidad Manex—,

desde que hemos llegado me encuentro intrigado con la bandera, que me recuerda mucho a la de la compañía británica de las Indias Orientales. ¿Podríais explicarme el origen y el significado de esa bandera?

—Bien —Talbot se rascó el mentón—, no estoy muy seguro de su origen, pero esa es la bandera oficial de nuestra joven república desde el 14 de Junio del pasado año. Tengo entendido que fue diseñada por nuestro comandante en jefe en persona, el general George Washington. Representa las trece colonias que luchamos por nuestra libertad. Por eso tiene trece franjas horizontales, siete rojas y seis blancas y por eso aparecen trece estrellas en la parte superior izquierda sobre el fondo azul.

—Las trece colonias capitán, ¿cuáles serían?

—Pues trataré de recordarlas todas señor Lamark, aunque yo soy hombre de armas más que de letras. Yo diría que son: Virginia, Maryland, New Hampshire, Massachussetts, Connecticut, Rhode Island, Pensylvania, Delaware, Nuena York, Nueva Jersey, Carolina del Norte, Carolina del Sur y cómo no, la amada Georgia en la que nos encontramos. Además, y si hay suerte, pronto seremos más y las Floridas y otros territorios también se incorporarán a nuestra causa.

—Interesante capitán, y así lo espero de corazón —sonrió condescendiente Manex.

El americano rió socarrón y mostrando la pipa a Manex le incitó a fumar con él.

—Fumaos una pipa de buen tabaco americano, caballero. Os aseguro que no encontraréis nada mejor en Europa —insistió Talbot.

—Lo siento capitán, os agradezco la invitación, pero no tengo costumbre de fumar. Ya lo intenté en una ocasión con la *shisha* egipcia, pero solo conseguí atragantarme.

—¿Podría hacerle una pregunta… un poco comprometida, señor? —preguntó Talbot, que no deseaba dar por terminada la conversación.

—Adelante —Manex hizo un gesto obsequioso invitándole a hablar.

—¿Por qué una monarquía absolutista como la francesa apoya a una república liberal como la nuestra? Y disculpad si mi pregunta os resulta demasiado osada —preguntó Talbot un poco azorado.

—De ninguna manera capitán Talbot, no me resulta embarazosa y bien al contrario, estoy encantado de responderos. Vuestra pregunta me parece muy perspicaz. Si la monarquía francesa apoya vuestra causa es solo circunstancialmente en su enfrentamiento contra la monarquía inglesa. Busca por una parte revancha por la pérdida de las posesiones de Canadá y Nueva Escocia, y por otra debilitar a los ingleses haciéndoles perder territorios. Pero su apoyo no es ideológico, solamente táctico.

—¿Y por qué os encontráis aquí entonces, caballero? —Talbot se sintió incómodo por la dureza que rezumaba la pregunta.

—No es la monarquía francesa la que me trae a estas tierras. No vengo como francés, sino como hombre libre. Es la fraternidad de los francmasones que honran

sus ideales de libertad, igualdad y fraternidad la que me ha traído aquí. Como dice vuestra declaración de independencia, consideramos evidente por sí misma la verdad de que los hombres han sido creados libres e iguales.

—Pero entonces caballero, ¿creéis que Francia se volverá contra nosotros cuando derrotemos a los ingleses?

—No tengáis ninguna duda, si sus intereses así se lo aconsejan.

—Entonces, ¿vos lucharíais contra nosotros?

—Espero capitán Talbot, que para entonces nuestros sueños hayan encontrado también su lugar en la vieja Francia y que el camino de la guerra sea sustituido por el de una paz duradera y una concordia entre los hombres.

Manex, que se sentía ya bastante presionado por las inteligentes y difíciles preguntas de Talbot, decidió emprender una retirada táctica.

—Disculpadme capitán, ¿dónde podría asearme un poco?

—En aquellos barracones —Talbot le indicó con el brazo extendido unas construcciones en el límite oeste del campo—. Allí podréis encontrar lo que buscáis y espero caballero no haberos incomodado con mis preguntas.

—De ninguna manera capitán —le dijo Manex estrechándole la mano—, aunque son preguntas que a la postre el tiempo responderá por mí.

Cruzó el campo sin encontrar a nadie en su camino. Evidentemente todos estaban en tareas de desembarco de las armas que portaban los barcos de La Bruyere. Tras asearse superficialmente en los famosos baños y comprobar que no compartían los mismos estándares higiénicos del continente europeo, Manex retornó al barracón que le habían asignado y se decidió por una pequeña cabezada antes de la cena.

Con la noche ya cerrada vinieron a despertarle y le invitaron a compartir una espléndida cena en el barracón central, en compañía de oficiales y encargados del tinglado. A Manex le correspondió sentarse en la mesa principal junto al coronel Brunsbuick. Todos querían hablar con él y conocer las novedades de Europa. ¿Cómo se veía la rebelión desde Francia? ¿Y desde Inglaterra? ¿Era verdad que Francia y España iban a declarar la guerra a Inglaterra y a enviar tropas? Manex se desvivió por explicarles en su afrancesado inglés los pormenores de todas sus preguntas, mientras degustaban una curiosa variedad de cerveza que los lugareños destilaban, acompañada de sorbos de un güisqui de fuerte sabor y poco refinamiento, comparado con el escocés. Cuando la comida empezó a llegar a las mesas los comensales perdieron paulatinamente su interés por las cuestiones políticas.

Satisfecha la curiosidad de los comensales de las otras mesas del comedor, pudo al fin centrase en la comida, aunque no demasiado tiempo, ya que las preguntas del coronel Brunsbuick y de los oficiales que le acompañaban a la mesa, tomaron el relevo. A medida que la noche se animaba, también lo hacían las preguntas que indefectiblemente giraron hacia el conocimiento más pormenorizado de los gustos y preferencias de las damas europeas, y especialmente de las francesas, que ya gozaban de una picante reputación en aquellas lejanas tierras.

Ya se disponía Manex a realizar algunos comentarios subidos de tono, que animasen la velada, cuando con gran estruendo, la puerta del comedor se abrió de par en par y un hombre ataviado con ropas de explorador, entró corriendo en el comedor y se dirigió al coronel Brunsbuick. Intercambiaron unas palabras con discreción, y el coronel se levantó y salió corriendo seguido del explorador, dejando a todos los comensales expectantes.

Repuestos de la sorpresa, la velada aún continuó un rato, pero ya se había roto la magia del momento, así que todos decidieron ir acercándose a los barracones, para descansar y prepararse para una jornada de mucho trabajo, pues había que continuar con la descarga de los barcos, para que se pudieran transportar las armas al continente.

Brunsbuick regresó bien entrada la noche, y se dirigió a la casa de La Bruyere.

—Bien La Bruyere —comenzó el coronel—, ha arribado nuestra goleta de enlace, procedente de San Agustín. En ella viaja una persona que debe de llegar con la mayor diligencia posible al norte, ya que cuenta con información de extraordinaria importancia para nuestros generales. Al parecer los ingleses preparan una ofensiva en el norte. Si lo deseáis, pueden transportar al señor Lamark hasta Charleston.

—Creo que se lo debemos Brunsbuick, aunque vaya a suponer una gran pérdida para nosotros. El muchacho lleva meses lejos de su país y además ha tenido que enfrentarse a múltiples peligros. Creo que es tiempo de que regrese con Montagnac. ¿Cuándo partirá la goleta?

—Al alba. Ahora la están reavituallando, y con las primeras luces y en cuanto sea visible la bocana del canal, largarán amarras.

—Id entonces e informad al señor Lamark.

Brunsbuick se acercó al barracón en el que se había alojado Manex, y le hizo llamar. Ambos salieron al descubierto. Era una noche preciosa. Bajo un cielo negro azabache y plagado de estrellas, le dio la noticia. Una nave de enlace partía apresuradamente para comunicarse con los comandantes americanos en el norte, y de camino, si lo deseaba, le llevaría al puerto de Charleston más al norte. Era un puerto importante. De allí hasta La Havana era cuestión de suerte según las comunicaciones disponibles, pero Brunsbuick pensaba que desde Charleston no sería difícil encontrar una nave hacia La Havana.

—¿Debo tomar la decisión ahora? —preguntó Manex sabiendo la respuesta.

—Me temo que sí señor Lamark. Debemos hacer los preparativos.

Manex tuvo un primer momento de duda, en el que creyó que su contribución a la causa americana podía ser importante. Miró la cara de Brunsbuick, que aguardaba la respuesta con una expresión de gran simpatía en el rostro, y al mirarle comprendió que eran hombres como aquel americano quienes debían de terminar aquella historia, que su papel ya había sido importante y quizás decisivo, que lo que tenía que hacer era velar por quienes le querían y que su primera responsabilidad era preocuparse por la persona que más había contribuido al éxito de su misión, y que no era otro que su

fiel Ahimán. Sus dudas desaparecieron completamente mientras su mente se fundía en un recuerdo amoroso hacia la bella Eugene, que le aguardaba en las tierras de España, y hacia su padre adoptivo Montagnac, que estaría ansioso de abrazarle. Aquello era lo verdaderamente importante en su vida.

Así que decidió regresar. Era el momento de poner fin a la aventura.

—Entonces, coronel Brunsbuick, partiré mañana en la goleta. Gracias coronel.

—Lo arreglaré todo. Una persona os acompañará hasta Charleston para ayudaros a encontrar barco para La Havana. Ahora descansad, *monsieur* Lamark. Vendré a buscaros al alba.

Por la mañana, al despuntar el día, La Bruyere y Brunsbuick le acompañaron a la playa en la que ya esperaba la lancha, que le conduciría a la pequeña goleta encargada del transporte. La tripulación y los otros pasajeros habían dormido en la embarcación y solo aguardaban su embarque para partir.

La Bruyere, visiblemente emocionado, no acertaba a decirle nada y se limitaba a abrazarle, como si de un gran oso gris se tratase.

—¡Abrazad a Montaganac de mi parte! —acertó a decir finalmente mientras una lágrima corría por su mejilla.

—Nunca os olvidaré Hervé, sois un hombre singular y ha sido una suerte enorme teneros de nuestro lado —le respondió Manex abrazándole a su vez.

Brunsbuick estaba también visiblemente emocionado.

—Nosotros tampoco podremos olvidaros Manex. Si la causa americana triunfa en este envite será gracias al arrojo y los ideales de personas como vos. Lamento que nos hayamos conocido tan brevemente y sobre todo lamento no poder contar con vuestra destreza en el campo de batalla. Saludad de nuestra parte a los hermanos franceses. Los que vengan a luchar serán bienvenidos.

—Gracias de corazón por vuestras amables palabras, coronel Brunsbuick, pero he de regresar sin tardanza. Mis obligaciones me esperan desde hace largo tiempo. Espero de corazón que triunfe vuestra causa que también es la nuestra.

Emocionado, pero deseoso de partir, Manex subió al bote que le esperaba en la orilla y dio orden de bogar. A medida que avanzaba por la ensenada, se volvió y miró por última vez aquellas tierras del continente americano, a cuya libertad esperaba haber contribuido.

—¡Viva la Libertad! —les gritó desde el bote, mientras les saludaba militarmente.

Jabeque mercante holandés
Mar Caribe
Cerca de la Isla de Cuba
-4-

Los vientos portantes del este, habían propiciado un viaje rápido y sin sobresaltos. En Charleston no había encontrado ninguna cabina disponible para viajar a Cuba. Incluso había tenido que pagar un pasaje abusivo para poder acomodarse en la cubierta, y poder dormir en una desvencijada hamaca con la marinería de un barco mercante holandés, que partía hacia las posesiones holandesas en las Antillas, haciendo una escala comercial en La Havana. Pero todo le daba igual, tenía que regresar y saber lo que le había ocurrido a su sirviente, el fiel Ahimán.

Si había muerto sabía que sentiría una enorme pena, pues aunque la relación con Ahimán no era convencional, y no estaba basada en el intercambio de palabras, existía un diálogo constante entre ellos, un diálogo ininteligible para los demás pero continuamente presente. Si tenía que hacer honor a la verdad ya había percibido la ausencia de Ahimán cuando viajaba en la goleta que le había traído desde la Martinica al Havre, justo antes de comenzar la aventura. Creía que podría acostumbrarse nuevamente a estar solo. Pero esa presencia y ese diálogo sin palabras, se habían hecho insustituibles tras la milagrosa reaparición del egipcio. No era fácil para un cristiano aceptar lo que hacía Ahimán. Pero en honor a la verdad, había que decir que nunca le vio matar a nadie que no estuviese poniendo en peligro sus vidas, o las de otra persona indefensa bajo su protección. Había comprendido que Ahimán, más que un sirviente, era su amigo.

Esta reflexión le llevó inconscientemente, hacia donde su amada se había despedido de él, allí en la lejana y húmeda Tolosa, al otro lado del Atlántico. Tres cadáveres a los pies de su amada eran ahora un recuerdo terrible de su despedida. Ahora era completamente consciente de la terrible realidad en la que había

abandonado a su amada.

—¡Dios mío! ¡Eugene, mi querida Eugene! —suspiraba en voz alta en su lugar favorito en los barcos, a proa, junto a la serviola, el artilugio que servía para manejar las anclas del navío.

Pero nada podía hacer salvo cumplir con los pasos necesarios antes de reunirse con su amada. Sabía que el amor de Eugene, tras la dura prueba del matrimonio con Ezpeleta, era ahora sólido como una roca de las pirámides.

No hizo amigos en el barco y de hecho evitó todo contacto con los oficiales y con otros pasajeros que se agolpaban por doquier. A nadie pareció importarle su actitud y lo agradeció. Solo una cosa ocupaba su mente. Abrazar o enterrar a Ahimán y regresar a España a los brazos de su amada. Pero como siempre en la vida, lo que más se desea se hace esperar y las encalmadas que encontraron en el camino estuvieron a punto de acabar con su paciencia. Pero como enseña el Arte, la perseverancia trae ventura. La esperanza renacía.

Era un bonito día de finales de Abril. La aventura había terminado. Manex Lamark no era más que un viajero en una nave comercial, que se acercaba a La Havana en busca de un amigo.

La proa de la nave enfilaba la entrada del puerto. El día era cálido y una suave brisa del norte hacía llevadero el calor. El mar estaba en calma, suavemente rizado por la brisa. Manex, recostado sobre el palo de mesana, sintió una sensación de tranquilidad como no había tenido hacía meses, desde la lejana partida de Pasajes. Sintió como los rayos del sol le abrazaban, penetraban en él y le proporcionaban una cálida sensación de placidez y de paz.

Los botes de remolque halaban las estachas que arrastrarían el barco mansamente, hasta dejarlo recostado contra los muelles.

Al acercarse a los amarraderos de puerto, Manex levantó la vista hacia los muelles repletos de gente, y allí impávido, emboscado en su eterna chilaba parda negruzca, con su larga cabellera al viento, con su rostro más delgado que nunca y su mejilla surcada por la terrorífica cicatriz, despidiendo un halo de misterio y de temor entre quienes le rodeaban a cierta distancia, le esperaba Ahimán, su fiel sirviente y amigo, que había regresado de la muerte.

Y todo volvía a ser como antes.

FIN

L.·.I.·.F.·.

EPÍLOGO

El armamento

Aunque pueda parecer increíble, los americanos no conocían la bayoneta como arma de combate, de tal guisa que cuando el duro ejército británico se encontraba lo suficientemente cerca de su enemigo como para hacer una carga a pie, la suerte estaba echada en su favor.

En el comienzo de la Guerra de Independencia, el ejército americano estaba prácticamente constituido por colonos sin ninguna preparación militar. Las compañías americanas estaban armadas de una mezcla de escopetas, mosquetones y rifles de caza de calibres tan variados como las vestimentas de quienes los portaban, que como es obvio desconocían nada parecido a un uniforme.

Realmente se trataba de milicias y no de tropas regulares. Por esa razón sufrieron importantes reveses al comienzo de la guerra ante tropas regulares inglesas bien disciplinadas y entrenadas para la guerra convencional. Solo la guerra de guerrillas resultaba ventajosa para los americanos, en los primeros compases de la guerra.

Entre el mosquetón y el rifle, este último se había impuesto entre los moradores de la frontera india, por su capacidad para derribar a una pieza a cien metros de distancia; pero en la guerra, un mosquetón podía hacer fuego tres veces antes de que un rifle fuese recargado, por lo que este se impuso al rifle sin problemas.

Los americanos solo disponían de lo que los colonos podían aportar para cazar. Avituallarse de armas era prácticamente imposible debido al férreo bloqueo que ejercían los ingleses de los puertos franceses, tanto del Mediterráneo como del Atlántico. Este bloqueo comenzó a debilitarse a finales de 1777 y comienzos de 1778, debido a que los reveses de los casacas rojas en tierra obligaron a derivar más tropas y recursos marítimos hacia las costas americanas con el debilitamiento y desaparición del bloqueo naval en Europa, en los primeros meses de 1778.

La llegada de los primeros mosquetones modernos, equipados con bayonetas, representó un cambio cualitativo fundamental en los enfrentamientos entre ambos

ejércitos en el frente sur, que se abrió en 1778.

Desgraciadamente no fue el caso de los hechos militares relacionados con los acontecimientos que relata la novela. A pesar de que los revolucionarios trataron de conquistar la Florida y expulsar a los ingleses de un territorio amenazante siempre desde el sur, fracasaron ostensiblemente y nunca consiguieron empujar a los ingleses al mar en estos territorios de la Florida que administrativamente los españoles habían dividido en Oriental y Occidental, y que retornarían a España como resultado de la capitulación inglesa ante los americanos, franceses y españoles al final de la Guerra de las Trece Colonias.

La batalla de Alligator's Bridge (El Puente del Alligator) el 30 de junio de 1778, enfrentó a los destacamentos americanos enviados desde la cercana Georgia y comandados por James Screven, con las tropas británicas comandadas por Agustine Prevast y con los Rangers de Florida. El enfrentamiento fue un enorme fiasco para las aspiraciones de los americanos de expulsar a los ingleses del sur. Bien al contrario, los ingleses se rehicieron y contraatacaron logrando restablecer su dominio sobre Georgia en 1780 y llegando incluso a reconquistar la capital Savannah en 1781, aunque sería un episodio efímero.

El 19 de octubre de 1781 lord Cornwallis rindió las tropas inglesas a los americanos comandados por Washington y a sus aliados franceses comandados por el conde de Rochambeau y el marqués de La Fayette, en Yorktown (Virginia), y nació la nación que estaba llamada a ser una de las potencias hegemónicas mundiales de la era contemporánea.

Es cuanto.

Eibar, a 17 de diciembre de 2015.

S.·.F.·.U.·.

NOTAS Y AGRADECIMIENTOS

Todos los personajes que aparecen en la novela son ficticios, aunque los hechos históricos que se relatan en la misma realmente ocurrieron, como es bien conocido. Se han adaptado a la ficción todos los nombres y lugares que aparecen en el relato, para evitar malentendidos de cualquier tipo.

Hay, ha habido y habrá siempre, múltiples Logias masónicas con el título distintivo de «Libertad». El nombre elegido en esta novela para la Logia parisina, no tiene relación con ninguna de ellas, presentes o pasadas. La elección del nombre ha respondido a una mera conveniencia de la trama novelesca, unida a su alto contenido simbólico.

Las partes de los rituales masónicos que se citan en la novela, pertenecen al Rito Escocés Antiguo y Aceptado, uno de los más extendidos del mundo y practicado en todos los países. Lo desvelado, es exclusivamente lo necesario para mantener la trama de la novela, sin ánimo de revelar ningún secreto de la Orden, a la que es público y notorio pertenece el autor.

Mi agradecimiento a:

Mi esposa **Idoia**, mi primer crítico y mi mayor ayuda.

La **Respetable Logia Altuna n.º 52**, al Oriente de Donostia - San Sebastián, y especialmente al hermano **Irusta**, que lanzó el desafío de escribir esta novela.

José Miguel Utande, escultor, pintor, fotógrafo, poeta y sobre todo amigo, verdadero incitador de mi creatividad.

Koro Lasa, que me mostró con sabiduría el camino a seguir para culminar este trabajo.

Juancar Sánchez y al hermano **Tales**, por su enorme trabajo para hacer posible que esta obra vea la luz.

Citas:

Difusora Universal. Barcelona. Protagonistas de la Historia. Biografía de Montesquieu. Biografía de Carlos III.

El Monte. Lydia Cabrera. Editorial Si-Mar SA. Ciudad de La Habana (Cuba).



IÑAKI ZULOAGA (Eibar 1956), economista, empresario, político, masón, siempre sintió la llamada de la literatura desde la juventud, en la que escribió poesía y relatos breves. Comprometido de lleno con el reforzamiento de la sociedad civil.

Es capitán de yate, la navegación ha sido siempre «una de sus grandes pasiones». Viajero incansable ha recorrido los cinco continentes acumulando experiencias que piensa plasmar en las próximas novelas de su personaje Manex Lamar.

Notas

[1] Antesala de un Templo Masónico. <<

[2] Sífilis. <<

[3] Llamada de los Siete Años en Europa (French and indian war). <<

[4] Representan las columnas del Templo de Salomón en una Logia. <<

[5] Documentos fundacionales de la Masonería. <<

[6] Los ingleses llaman a la Masonería el Arte. <<

[7] Así llamaban los ingleses a los franceses, por comerse sus ancas. <<

[8] Una de las formas en la que los masones denominan sus templos. <<

[9] Reunión regular de masones. <<

[10] Albergue de la adivinadora. <<

[11] Persona de una logia encargada de acomodar a los visitantes. <<

[12] Dulce de leche y nueces de Vasconia. <<

[13] Tolosa en el territorio de Guipúzcoa. Vasconia. <<

[14] Saladino. <<

[15] Los turcos (Estambul). <<

[16] Antiguo nombre de El Cairo. <<

[17] En toda la obra se conserva la grafía antigua del nombre de la capital cubana. <<

[18] Así se denominaba a los esclavos en la jerga oficial. <<

[19] Azores en general y una isla en particular. <<

[20] Casa tradicional inglesa con tejado de paja trenzada. <<

[21] Trenzadores de paja para los tejados. <<

[22] Nombre con el que también se conoce a los masones. <<

[23] Velamen. <<

[24] Ciñendo al viento entre 30º y 80º. <<

[25] Entramado de cabos que sujeta los mástiles. <<

[26] La capitalidad del territorio se ostentaba de manera rotativa entre varias villas. <<

[27] En vascuence «nogal». <<

[28] ¿Quién es? En vascuence. <<

[29] Ando en busca del Sr. Zabala. <<

[30] Está en San Sebastián y no vuelve hasta la noche. <<

[31] A la Gloria del Gran Arquitecto del Universo. <<

[32] Querido Hermano. <<

[33] Costado del buque entre el palo mayor y la popa. <<

[34] Una milla náutica (1852 m) por hora. <<

[35] Porción del barco entre el palo de mesana y la popa. <<



[36] Nave de tres palos con cofa y verga en todas ellas, con batería cubierta entre puentes además de en cubierta. <<

[37] Palo grueso horizontal que sobresale de la proa. <<

[38] Cadenas con las que se ataba a los negros en las travesías. <<

[39] Herramienta náutica y de los maestros masones que sirve para trazar círculos. <<

[40] Rumbo o dirección de una embarcación. <<

[41] Resbalar el ancla hasta hacer presa. <<

[42] Documentos fundacionales de la masonería. <<

[43] Ceremonia de la Santería. Religión sincrética de dioses animistas y católicos. <<

[44] Dioses animistas de esa religión. <<

[45] El señor de los caminos. Divinidad de la Santería. <<

[46] Lugar onírico en el que habitan las divinidades de la santería. <<

[47] Dueño de las hierbas. Divinidad de la Santería. <<

[48] Divinidad máxima de la Santería. <<

[49] Una de las familias en las que se divide la Santería. <<



[50] Señora del agua y de las fuentes en la Santería. La Virgen de la Caridad del Cobre. <<

[51] Sacerdote de la Santería. <<